

Marcadores de valor y disvalor en situaciones de contacto sociocultural. Percepción y expresión de la diferencia a través del discurso.

Heras Monner Sans, Ana Inés.

Cita:

Heras Monner Sans, Ana Inés (2005). *Marcadores de valor y disvalor en situaciones de contacto sociocultural. Percepción y expresión de la diferencia a través del discurso*. En *Migraciones contemporáneas y diversidad cultural en la Argentina*. Córdoba, Argentina: Centro de Estudios Avanzados. Universidad Nacional de Córdoba.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/ana.ines.heras/43>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pomx/5tO>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. *Acta Académica* fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Migraciones contemporáneas y diversidad cultural en la Argentina

Universidad Nacional de Córdoba

Rector

Prof.Ing. H.González

Vicerrector

Ing.Agr. Daniel E. Di Giusto

Secretario General

Ing. Félix Roca

Secretaria de Posgrado

Dra. Myriam Parmigiani de Barbará

Centro de Estudios Avanzados

Universidad Nacional de Córdoba

Directora

Dora E. Celton

© De esta edición, Centro de Estudios Avanzados
de la Universidad Nacional de Córdoba,2005
Av. Vélez Sarsfield 153, Córdoba, Argentina
Tel.:(54-351) 4332086/88- Fax: (54-351) 4332087
centro@cea.unc.edu.ar
www.cea.unc.edu.ar

ISBN-10: 950-33-0535-7

ISBN-13: 978-950-33-0535-5

Hecho en depósito que marca la ley 11.723
Prohibida su reproducción total o parcial.
Derechos Reservados.

Migraciones contemporáneas y diversidad cultural en la Argentina

Eduardo E. Domenech
compilador

Julia Albarracín
María Paula Montesinos
Gabriela Novaro
Ana Inés Heras Monner Sans
Corina Courtis
Sergio Caggiano
Claudia I. Ortiz
José María Bompadre

Centro de Estudios Avanzados
Universidad Nacional de Córdoba

Presentación

El presente libro se origina en el marco de las actividades que desarrolla el Programa Multiculturalismo, Migraciones y Desigualdad en América Latina del Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba, cuyo comienzo tuvo lugar en diciembre de 2003.

Este Programa surge con el propósito de profundizar las actividades de investigación en el campo de los estudios migratorios que se iniciaron a mediados de los noventa en el Área de Estudios de Población del Centro de Estudios Avanzados, integrando y articulando diversos enfoques teóricos, metodológicos y disciplinares. En este sentido, la apertura del Programa estuvo motivada por la necesidad de abrir un espacio interdisciplinar de investigación, reflexión y debate de orientación crítica en torno a las distintas dimensiones de los movimientos migratorios internacionales con el fin de problematizar y comprender la relación entre sociedad, cultura y política en contextos migratorios. Por otra parte, aspira a contribuir a la formulación de acciones destinadas a transformar las condiciones de desigualdad y exclusión sociales ligadas a la inmigración. En la actualidad está integrado por docentes, investigadores y estudiantes con formación de grado y posgrado de distintas disciplinas de las ciencias sociales y pretende reunir en un futuro próximo a diversos actores sociales interesados o que desempeñan actividades de formación, investigación y/o intervención relacionadas a la temática migratoria.

La convocatoria para esta publicación fue lanzada en el año 2004. Una vez recibidos los trabajos, éstos fueron sometidos a un proceso de evaluación y selección que estuvo a cargo de un comité de referato formado por diecinueve investigadores especialistas en la problemática que abordaban los distintos artículos.

Con esta publicación, el Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba pretende apoyar y fomentar los esfuerzos de investigación, especialmente de investigadores jóvenes, dedicados al estudio de las distintas dimensiones del fenómeno migratorio en la Argentina, contribuyendo con la difusión de sus resultados y conclusiones.

Dora E. Celton
Directora del CEA-UNC

Introducción*

Eduardo E. Domenech

Desde que las migraciones internacionales asumieron un lugar destacado -en muchos casos central- en los debates contemporáneos y en buena parte de las agendas políticas, tanto a nivel internacional como regional y nacional, se ha vuelto cada vez más necesario revisar las lecturas y aproximaciones que se realizan acerca de esta compleja problemática, cada una con diferentes implicancias políticas. Este libro reúne una serie de trabajos basados en investigaciones empíricas de carácter cualitativo que se nutren de diferentes aproximaciones disciplinares -en particular, antropológica, sociológica, politológica y lingüística-, que analizan discursos o prácticas sociales específicas de una significativa variedad de actores sociales y que se sitúan en distintos contextos y escenarios socioeconómicos, culturales y geográficos, en el marco de las transformaciones ocurridas en la Argentina, especialmente a partir de la década de los noventa, en el campo de las migraciones contemporáneas y la diversidad cultural. Examinan, por su parte, discursos y políticas, procesos y mecanismos de identificaciones y alterizaciones -en algunos casos se enfatiza la dimensión estructural y en otros la subjetiva, pero siempre dentro de matrices sociohistóricas, políticas y culturales- en contextos migratorios y/o “multiculturales”, generalmente urbanos, advirtiendo -acertadamente- las condiciones de producción de desigualdad y exclusión sociales en el marco de las

* Este texto retoma algunos de los planteos desarrollados con mayor profundidad en los trabajos presentados durante el año 2005 en la XXV Conferencia Internacional de Población de la IUSSP (Tours, Francia), en las Jornadas Argentinas de Población de AEPA (Tandil, Argentina), en el Seminario Internacional sobre Pobreza, exclusión social y discriminación étnico-racial en América Latina organizado por CLACSO/CROP/CIDSE (Cali, Colombia) y en la primera reunión del Grupo de Trabajo Migración y Cultura de CLACSO (Lima, Perú).

relaciones de poder en que se desenvuelven. De manera más amplia, estos textos forman parte de una producción -con una particular inserción en el campo de los estudios migratorios en diversos ámbitos y países latinoamericanos- dedicada a problematizar la relación entre política, cultura y sociedad, y a profundizar la articulación entre “lo político” y “lo cultural”.

Es creciente el número y la diversidad de actores sociales que se ocupa del fenómeno migratorio -desde organismos internacionales y comunidades transnacionales de migrantes hasta instituciones académicas y gubernamentales- y que busca promover determinadas visiones y prácticas alrededor del tema. La cooptación y extensión de determinados discursos políticamente correctos y la búsqueda de consensos acerca del tema (como nueva estrategia política) ha complejizado la tarea. Las miradas realistas o románticas sobre las migraciones no es propiedad exclusiva de ningún actor social en particular y sería reduccionista atribuir ciertos discursos o acciones a determinados actores sociales por el hecho de que actúen principalmente a nivel global o local, sean gubernamentales o no, etc. De todas maneras, actualmente se puede apreciar una visión dominante sobre la cuestión migratoria que no puede pasarse por alto. En su construcción participan, de forma articulada, no sólo organismos internacionales y financieros, como podría pensarse de manera apresurada, sino también -entre otros- Estados nacionales, tanto del centro como de la periferia, organismos no gubernamentales, empresas multinacionales (incluidas aquí corporaciones propietarias de medios de comunicación), organizaciones de inmigrantes y la propia academia, tanto del norte como del sur. Recientes informes sobre las migraciones internacionales, como el de la *Global Commission on International Migration (GCIM)* de Naciones Unidas titulado *Migration in an Interconnected World: New Directions for Action* (2005), aunque firmados por organismos internacionales, muestran -y pretenden mostrar- que son producto del consenso obtenido a través de mecanismos participativos (sería interesante detenerse sobre la noción de “participación” que manejan) como consultas a funcionarios y técnicos de organismos de Estados nacionales, representantes de asociaciones de migrantes, activistas o miembros de organizaciones civiles y eclesiásticas involucrados con el tema migratorio, académicos de centros de investigación, etc. En este sentido, la conformación de *relaciones y redes transnacionales* (Mato, 2004) ha sido fundamental y se cristaliza

en espacios disímiles, en muchos casos opuestos, como los que promueven los organismos internacionales como los nuevos movimientos sociales. En definitiva, las migraciones internacionales han ingresado a la arena política internacional y nacional donde se disputa la producción de sentido, prácticas y políticas.

En la actualidad podemos observar que la visión dominante sobre el fenómeno migratorio asume una perspectiva basada en la *gestión de las migraciones*: las temáticas y preocupaciones centrales refieren a la migración laboral e irregular y los desplazamientos forzosos, el tráfico de migrantes, los derechos humanos de los migrantes, gobernabilidad de las migraciones y la seguridad internacional o nacional. Desde esta perspectiva, apoyada en buena medida en la lógica costo-beneficio -encarnada en la figura del “balance contable” (Sayad, 1998)-, se conciben las migraciones en términos de “ventajas”, acentuando las oportunidades que ofrecen y atribuyéndoles una capacidad de transformación antes desconocida: se destaca el papel de los migrantes en el crecimiento económico, el desarrollo y la reducción de la pobreza. Con ello se da un giro a nivel discursivo, desplazando la noción de “problema” asociado generalmente a las migraciones, pero en la práctica se continuaría operando como si lo fuese. Nadie dudaría que la migración internacional contribuye a la economía global y que su expansión depende de la movilidad humana, pero el crecimiento de la economía mundial no representa necesariamente un progreso para el bienestar general, incluidos los sectores y las clases sociales que se encuentran bajo condiciones de explotación y exclusión social, entre ellos los trabajadores migrantes. Como sabemos, no se trata únicamente de crecimiento, sino de redistribución.

Desde esta perspectiva también se distingue entre los flujos migratorios deseables (aquellos considerados “ordenados” y “voluntarios”) y los no deseables (a gran escala, masivos, “desordenados” y “forzosos”) para “el desarrollo” (entiéndase desarrollo de las sociedades capitalistas avanzadas). Consecuentemente, bajo una visión imbuida de pragmatismo, se define la (in)utilidad de los migrantes en función del saldo positivo o negativo que arroje la comparación entre “costos” y “ventajas” (Sayad, 1998). En este sentido, las migraciones internacionales son apreciadas positivamente mientras no alteren o favorezcan la reproducción de la economía global, esto es, el proceso de acumulación capitalista actual. Esta perspectiva entra en colisión -sin desmerecer los puntos en común que necesitarían

un análisis en profundidad- con una mirada centrada en la migración como estrategia de sobrevivencia, la construcción de una comunidad de intereses entre trabajadores migrantes y trabajadores “nativos”, los derechos de los trabajadores/as migrantes, el codesarrollo y el migrante como sujeto de desarrollo local, la movilidad regional sin fronteras, las mujeres migrantes, la integración social, política y cultural desde la perspectiva del migrante, el tráfico de personas y la explotación sexual, entre otros. En cierta medida, se trata de paradigmas antagónicos: uno responde a un modelo de equilibrio orientado al gerenciamiento de las migraciones, mientras que el otro aspira a constituirse como respuesta política, basada en una perspectiva del conflicto, a la dominación y la desigualdad entre los países centrales y periféricos. El primer modelo aceptaría como dado lo que cuestiona el segundo: el orden social, económico, político y cultural dominante.

Pero no debemos soslayar los solapamientos y cruces que se producen en diversas ocasiones. Por ejemplo, representantes de redes de organizaciones de migrantes han participado tanto en el informe de la GCIM de Naciones Unidas como de los talleres dedicados a las migraciones en el Foro Social Mundial. Naturalmente, el papel desempeñado en uno y otro espacio tiene diversas connotaciones y está motivado por distintos intereses, lo cual también produce divisiones al interior de las mismas asociaciones o red de asociaciones. Por otra parte, aquella emergente visión dominante sobre las migraciones, no es unívoca y su desarrollo difiere según las especificidades del contexto sociohistórico. En algunas versiones aparecerá acentuando, por ejemplo, la regulación de la migración laboral y la migración llamada “irregular” o la inserción de los migrantes, mientras que en otras se enfatizará la seguridad nacional, suprimiendo al máximo las cláusulas relativas a los derechos de los migrantes. En cuanto a otros solapamientos y cruces, baste señalar a manera de ejemplo el tema de los derechos humanos de los migrantes: como plantea Santos (2002) éstos pueden ser utilizados tanto como un instrumento hegemónico como contrahegemónico.

En la actualidad, en otro plano y articulado con la cuestión migratoria -aunque no exclusivamente- podemos observar la aparición o redescubrimiento de la “diversidad cultural” en el marco de lo que se ha llamado el *revival étnico*, originado en procesos, entre otros, como la lucha por los derechos civiles y políticos de las “minorías étnicas” en los Estados Unidos, la reaparición de los regiona-

lismos/nacionalismos y la presencia de inmigrantes en Europa, las reivindicaciones y luchas de los pueblos indígenas en América Latina, el surgimiento del discurso y las políticas multiculturales en Canadá y Australia. El extenso y polémico campo de la “diversidad cultural” se ha convertido en objeto de múltiples confrontaciones y apropiaciones. Algunos artículos de este libro muestran las distintas representaciones y usos acerca de la diversidad cultural que predominan en las interacciones cotidianas o en las políticas desarrolladas tanto por el Estado como por las colectividades de inmigrantes. En el campo de la educación, específicamente, se puede apreciar la diversidad o diferencia cultural asociada a las nociones de “desventaja” o “déficit” y a la idea de “enriquecimiento mutuo” o “encuentro cultural”. No es despreciable aquí la relación entre las agendas políticas nacionales e internacionales. Entre sus documentos de política educativa, el Banco Mundial (BM) establece claramente una vinculación entre diversidad, desventaja y equidad: incluye a las “minorías lingüísticas y étnicas” entre los grupos que el propio Banco denomina “desaventajados”; además, dado que para el BM la falta de acceso a la educación y la baja matrícula de estos grupos responde básicamente a un problema de equidad, sugiere como solución dirigir a ellos “medidas especiales”. Por otra parte, la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) ha cumplido un papel trascendental en la producción y difusión de ideas relativas a la diversidad cultural y la multi/interculturalidad. Se ha convertido en una de las organizaciones que con mayor fuerza promueve, a través de sus programas, declaraciones y recomendaciones, una visión armónica, horizontal y de enriquecimiento mutuo de las relaciones étnicas y culturales que sería reforzada mediante el respeto a los derechos humanos individuales bajo la bandera de la tolerancia y de la democracia liberal. Lejos de estas posturas, una de las virtudes de los trabajos reunidos en este volumen es que, analizando distintas dimensiones de las migraciones contemporáneas en la Argentina, problematizan desde una posición crítica aquello que se ha denominado “diversidad cultural”, desnaturalizando aquellas visiones e imágenes que parecieran haber arraigado marcadamente en los discursos oficiales y en el sentido común, sin caer en posturas celebratorias.

Ahora bien, en el caso de América Latina, algunos especialistas sostienen que la consolidación del nuevo orden mundial también estaría determinando un cambio en las lógicas con que tradicional-

mente se han definido las políticas migratorias (Mármora, 2003). En relación a la Argentina, con la nueva ley de migraciones (sancionada en diciembre de 2003 y promulgada de hecho en enero de 2004) se abre una nueva etapa en materia de migraciones y hace suponer una nueva relación entre el Estado y la cuestión migratoria, ajustada aparentemente a las tendencias internacionales dominantes: reconocimiento formal de los derechos migratorios, diferenciación entre comunitarios y extracomunitarios, introducción de medidas referidas a la integración de los migrantes y la adopción del discurso pluralista. En esta línea, es válido plantearse en qué medida esta nueva ley contribuiría a romper con una tradición del Estado de asimilar o excluir a determinados sectores o grupos sociales, entre ellos los inmigrantes de países vecinos pero también aquellos transatlánticos provenientes de Corea y China, por ejemplo, que no necesariamente forman parte -quizás sobre todo en el imaginario social- de las colectividades de inmigrantes que se encuentran en situaciones de pobreza y exclusión social. Estos artículos muestran las continuidades y rupturas en distintos espacios sociales con aquellos discursos y prácticas del Estado nacional, analizando la prensa escrita, la educación, las asociaciones o las colectividades de inmigrantes.

Cabe recordar que en Argentina, las migraciones internacionales han formado una parte constitutiva de los proyectos políticos del Estado. A diferencia de otros países de la región, “el aparato estatal argentino posee una temprana y extensa experiencia en la formulación de políticas migratorias” (Novick, 1997:86). De acuerdo a su carácter democrático o dictatorial, el Estado instrumentó facilidades y restricciones para regular los flujos migratorios. Novick indica que -dicho esquemáticamente- hasta la década de los ochenta los gobiernos de facto implementaron una política restrictiva mientras que los gobiernos democráticos sostuvieron una política permisiva; posteriormente los sucesivos gobiernos democráticos establecieron políticas de carácter restrictivo, concretadas a través de los reglamentos de migración de 1987 y 1994 (Novick, 1997: 129). A pesar de que en el país pueden reconocerse diferentes etapas históricas proclives a promocionar o a restringir las migraciones internacionales de acuerdo a intereses y necesidades económicas o a la idea de nación de las clases y grupos dominantes, los proyectos políticos del Estado han privilegiado -con algunas excepciones- la inmigración europea frente a otras corrientes migratorias. Esta preferencia,

aunque resignificada según las particularidades sociohistóricas de cada región del país, vale tanto para el pasado como para el presente, como muestran algunos de los textos que se encuentran en el presente volumen.

Precisamente, gran parte de los trabajos agrupados aquí se ocupan del Estado, ya sea analizándolo como interlocutor a través del análisis del discurso oficial, plasmado en distintos espacios y escenarios sociales, o de su relación con las colectividades de inmigrantes, examinando sus políticas y estrategias frente a la presencia/ausencia estatal. Y es que el Estado, como consideran Grimson y Godoy-Anativia (2003), aunque no resulta el único, sí es un actor central: “cuando hablamos de migración, de identificaciones, de legalidades, el Estado es un protagonista ineludible. Si el papel del Estado se exagera, se corre el riesgo de perder de vista el campo de interrelaciones en el cual está inserto. Pero si el papel del Estado se menosprecia, el resultado es, generalmente, un tipo de culturalismo extremo que imagina los mundos como si los poderes y las instituciones no tuvieran que ver con ellos” (Grimson y Godoy-Anativia, 2003: 514). Especial relevancia cobra el Estado cuando se analizan los actores sociales que organizan y definen los modos de “integración” de los migrantes en la sociedad “receptora”. Más allá de las acciones del Estado, es preciso tener presente que los inmigrantes despliegan sus propias políticas y estrategias, ya sean individuales o colectivas y a través de distintos medios, para incorporarse a la sociedad mayor, como muestran algunos de los artículos que componen este libro. Es conocida, por ejemplo, la importancia de la formación y desarrollo de las asociaciones de inmigrantes bolivianos en los procesos de inserción en la sociedad receptora por el grado de institucionalización social y la permanencia y estabilidad que han adquirido los vínculos entre los residentes y la relación con los lugares de origen (Benencia y Karasik, 1995). Los artículos referidos a la inmigración boliviana coinciden en que, en su búsqueda por construir maneras de estar en el mundo o ingresar a la esfera pública, las iniciativas y acciones de las asociaciones representantes muestran -al menos hasta ahora- una preeminencia de la dimensión “cultural” sobre la “social”, lo cual limitaría la atención de determinadas necesidades e intereses de la colectividad.

El neoliberalismo en América Latina, modelo que ha promovido y profundizado la concentración económica y la exclusión social en la región, debe ser tenido en cuenta como marco a la hora de

analizar las migraciones contemporáneas en la Argentina. El número y origen de los inmigrantes, su mayor visibilidad en la sociedad argentina y el creciente malestar social en importantes sectores de la población nacional como consecuencia de las medidas económicas y políticas implementadas en la década del '90, repercutieron en el modo en que los migrantes limítrofes fueron representados por el Estado, los medios de comunicación y la sociedad en general. La concentración en las ciudades más importantes y la aglutinación en ciertas actividades del mercado de trabajo, especialmente informal, motivaron manifestaciones de discriminación y xenofobia por parte de diversas instituciones y sectores sociales, situación agravada debido a que tradicionalmente la política de población de la Argentina no ha considerado al migrante de origen limítrofe como un migrante “deseable”, circunstancia que genera todavía en la actualidad un mayor nivel de desprotección (Benencia, 2003: 451). Advertencias acerca de la “amenaza” que puede constituir la inmigración para la sociedad receptora aparecen también en otros países tradicionales o recientes de inmigración, lo cual muestra la proliferación de argumentos xenófobos y racistas sostenidos por la llamada Nueva Derecha. En distintos contextos nacionales marcados por el auge del neoliberalismo, se han desplegado en contra de la inmigración argumentos de carácter económico, referidos principalmente a la competencia entre locales e inmigrantes en el mercado de trabajo y el aumento de las tasas de desempleo, y se han esgrimido otros de carácter político en nombre de la uniformidad cultural, la identidad nacional, la cohesión social o la democracia. También hay que considerar que como reacción a estos ataques conservadores, se han multiplicado aquellas organizaciones dedicadas a luchar contra la discriminación étnica y a favor de los derechos de los inmigrantes.

Es sabido que a partir de mediados del siglo XX -como se ha señalado en la literatura especializada- la inmigración limítrofe comienza a adquirir mayor visibilidad, a pesar de no sufrir demasiadas variaciones en términos cuantitativos durante las décadas subsiguientes. Esta visibilidad, inscrita en mayor o menor medida en algunas áreas geográficas del país en el espacio físico y/o en el discurso e imaginario sociales, cobrará especial relevancia durante la década de los noventa: es en este contexto que tiene lugar la producción de los artículos recogidos en esta ocasión. La mayor visibilidad que adquiere la inmigración limítrofe, como indica Grimson

(2005), no puede atribuirse únicamente a los cambios sociodemográficos ocurridos -como el aumento de la proporción de inmigrantes limítrofes sobre la población total de extranjeros, su desplazamiento desde zonas fronterizas hacia los centros urbanos, especialmente Buenos Aires (capital y provincia), y su distribución por nacionalidad- sino también a transformaciones socioculturales profundas. En este sentido, sugiere que “los inmigrantes de países limítrofes tuvieron un lugar específico en los imaginarios sociales de los años noventa y que ese lugar fue modificado al producirse cambios profundos acerca de cómo la Argentina se imagina a sí misma” (Grimson, 2005: 14). Argumenta que en esta década se evidencia el surgimiento de un cambio en el régimen de visibilidad de la etnicidad en la Argentina: se pasa de una situación de “invisibilización” a una de “hipervisibilización de las diferencias”, lo cual implicaría un desplazamiento de las identificaciones de clase por las étnicas, situación que se revertiría a partir de la crisis desatada en diciembre del 2001 (Grimson, 2003; 2005).

En el marco de las transformaciones ocurridas en el país, cabe preguntarse -retomando la hipótesis de Grimson- acerca de la posibilidad de que en Argentina las políticas estatales abandonen progresivamente la ideología de la asimilación que las ha caracterizado durante más de un siglo y adopten paulatinamente la ideología del pluralismo cultural. A mi juicio, si bien el discurso oficial argentino habría incorporado en buena medida elementos del discurso pluralista o multiculturalista, las concepciones asimilacionistas mantendrían su vigencia. La adopción de políticas estatales adscritas a la ideología del pluralismo cultural o “multiculturalismo pluralista” no supondría el abandono de nociones asimilacionistas, por el contrario, ahora podría operar a manera de una “nueva ideología de la asimilación”. Además, las tensiones o contradicciones entre estos modelos de integración serían salvadas, en parte, con el paso de políticas asimilacionistas a pluralistas siempre dentro de los límites de la tradición liberal. Dicho de otro modo, bajo el régimen de hipervisibilidad étnica que se produce en Argentina y frente a la pérdida de legitimidad de las políticas de asimilación, las políticas estatales se reconvertirían bajo la forma del pluralismo cultural, aunque con una marcada impronta asimilacionista, lo cual es muy visible en el sistema educativo argentino a partir de la reforma realizada en la década del '90. Con esta “nueva ideología de la asimilación” se reconoce la sociedad como multicultural y multiétnica, se valora la

contribución de los distintos grupos étnicos y migrantes al crecimiento y desarrollo del país, así como tomar conocimiento de ello, se promueve el respeto y tolerancia a la diversidad cultural para la disminución de la discriminación y los prejuicios, se reconocen derechos de igualdad formal, pero se mantiene inalterada la estructura de poder que reproduce las condiciones de desigualdad y exclusión sociales. Como hemos dicho en otro lugar (Domenech, 2004), a la falsa disyuntiva que se le ofrece a los inmigrantes de integrarse en la cultura dominante transformándose en malas copias o mantener sus particularidades a costa de su marginación y exclusión social (Juliano, 1994) se suma ahora una tercera posibilidad: conservar sus particularidades identitarias (o algunas de ellas, especialmente aquellas vinculadas a componentes culturales expresivos o no instrumentales, y sobre todo, folclóricos, en definitiva, aquellas que no resulten amenazadoras de la “unidad nacional”) a cambio de ignorar o abandonar, parcial o totalmente, reclamos y luchas por proyectos de sociedad que comprometan la estabilidad o reproducción del sistema político, económico y cultural.

Por último, es necesario señalar que en la mayoría de los artículos -en algunos de manera explícita, en otros de forma latente- hay una apuesta por revisar las políticas públicas dirigidas a la población en general como a los migrantes en particular con el objetivo de contribuir a una transformación de las políticas estatales a partir de nuevos canales de negociación. Esta preocupación, plasmada en el análisis de los procesos y mecanismos de discriminación y desigualdad social mediatizados por discursos y políticas de exclusión/inclusión, encuentra su contraparte en la confianza depositada en las grietas -algunos con mayor optimismo, otros con importantes cuotas de escepticismo- que se abren entre lo deseable y lo real.

Agradecimientos

Quisiera agradecer a todas aquellas personas sin las cuales este libro no hubiera sido posible, menos aún factible. Agradezco especialmente a los autores por sumarse con entusiasmo a participar de esta publicación colectiva y a los integrantes del comité de referato por su excelente predisposición para colaborar con la invaluable tarea de evaluación de los artículos: Elena Achilli, Roberto Aruj, Sebastián Barros, Roberto Benencia, Xavier Bonal, Claudia Briones, Ludmila da Silva Catela, Fernando Devoto, Raúl Díaz, Alejandro Grimson, Elizabeth Jelin, Gabriela Karasik, Marta Maf-

fia, María Rosa Neufeld, Susana Novick, Elías Palti, Rita Laura Segato, Jaime Silbert y Gustavo Sorá. Mi particular agradecimiento a Dora Celton por su permanente generosidad y su confianza en cada una de mis iniciativas. A los investigadores del Área de Población del CEA-UNC por los momentos de trabajo compartidos con seriedad y buen humor. A Carlos Mora-Ninci y a todos los integrantes del Programa sobre Multiculturalismo, Migraciones y Desigualdad en América Latina por asegurar un espacio de estimulantes reflexiones y debate, fuente también de amistades. A Roberto Benencia por su desinteresado apoyo. A Alejandro Grimson por sus generosas sugerencias. Un especial reconocimiento a Matías Keismajer por el cuidado puesto en la corrección de estilo, y a María José Magliano y Silvina Romano por su incansable colaboración y ayuda durante el proceso de revisión de esta publicación y en toda circunstancia de trabajo. Dedico este libro a Salvador y Paola por los momentos postergados.

Bibliografía

- Benencia Roberto (2003). “Apéndice: La inmigración limítrofe” en F. Devoto, *Historia de la inmigración en la Argentina*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Benencia, Roberto y Gabriela Karasik (1995). *Inmigración limítrofe: los bolivianos en Buenos Aires*, Buenos Aires: CEAL.
- Domenech, E. (2004). “Etnicidad e inmigración: ¿Hacia nuevos modos de ‘integración’ en el espacio escolar?”, en *Astrolabio*, Centro de Estudios Avanzados, núm. 1.
- Grimson, Alejandro (2003). “La vida política de la etnicidad migrante: hipótesis en transformación”, en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, año 17, núm. 50, pp. 143-159.
- Grimson, Alejandro (2005). “Nuevas xenofobias, nuevas políticas étnicas en Argentina”, ponencia presentada en el Seminario-Taller Migración Intrafronteriza en América Central. Perspectivas Regionales, CCP-UCR / OPR-Princeton, San José, Costa Rica.
- Grimson, Alejandro y Marcial Godoy-Anatívia (2003). “Introducción”, en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, año 17, núm. 52, pp. 507-517.

- Juliano, Dolores (1994). "La construcción de la diferencia: los latinoamericanos", en *Papers*, núm. 43, pp. 23-32.
- Mármora, Lelio (2003). "Políticas migratorias consensuadas en América Latina", en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, año 17, núm. 50, pp. 111-141.
- Mato, Daniel (2004). "Redes transnacionales de actores globales y locales en la producción de representaciones de ideas de sociedad civil", en D. Mato (coord.) *Políticas de ciudadanía y sociedad civil en tiempos de globalización*, Caracas: FACES, Universidad Central de Venezuela.
- Novick, Susana (1997). "Políticas migratorias en la Argentina", en Oteiza, E.; Novick, S. y Aruj, R., *Inmigración y discriminación. Políticas y discursos*, Buenos Aires: Grupo Editor Universitario.
- Sayad, Abdelmalek (1998). *A imigração ou os paradoxos da alteridade*, São Paulo: Editora da Universidade de São Paulo.
- Santos, Boaventura de Sousa (2002). "Hacia una concepción multicultural de los derechos humanos", en *El Otro Derecho*, ILSA, núm. 28, pp. 59-83.

Inmigración en la Argentina moderna: ¿un matrimonio en la salud y en la enfermedad con los europeos?

Julia Albarracín

La historia de la Argentina ha sido fuertemente marcada por la inmigración. Entre los años 1830 y 1950, más de ocho millones de europeos arribaron al país. Desde 1930, sin embargo, la inmigración hacia la Argentina proviene mayoritariamente de los países del Cono Sur. Paradójicamente, la Argentina buscó construir un país “civilizado” y económicamente viable con inmigrantes europeos, pero permaneció abierta (de hecho) a un importante número de inmigrantes sudamericanos, muchos de los cuales son de origen indígena. Este trabajo explora esta contradicción a través de un análisis de las políticas migratorias de la primera presidencia de Carlos Menem (1989-1995). Si analizamos los diferentes factores (económicos, culturales, internacionales) que determinan las decisiones de política migratoria, nos encontramos con que, mientras el estado de la economía pareciera determinar las reglas de admisión para los ciudadanos de países sudamericanos, este no es el caso para los ciudadanos europeos, quienes serían bien recibidos independientemente de la situación económica. La creación del Mercosur en 1991 pareció influir en el dictado de una amnistía para inmigrantes de países vecinos aprobada en 1992. Sin embargo, en 1993 y 1994 el gobierno de Carlos Menem tomó medidas que hicieron más restrictivas las reglas para la admisión de inmigrantes limítrofes. Casi al mismo tiempo, una resolución ministerial dio amplias facilidades de radicación en el país para ciudadanos de Europa Central y Oriental.

¿Cómo se explica esta contradicción en las políticas migratorias argentinas? Por una parte, la idea de poblar el país con europeos re-

presenta un tema central en la formación de la Argentina como nación. Por la otra, las ideas sobre identidad nacional y sobre las cualidades del “ciudadano ideal” han cambiado a lo largo de la historia. Este trabajo intenta no presuponer que la idea de Argentina como “nación europea” determina las políticas migratorias hasta nuestros días. Para ello, propone un análisis crítico de las imágenes de los inmigrantes en la prensa escrita. Específicamente, este estudio plantea que las ideas sobre cuán apropiados son ciertos grupos de inmigrantes para formar parte de lo que Benedict Anderson (1991) llama “comunidad imaginada” pueden influir sobre las políticas migratorias diseñadas para los grupos en cuestión.

Pero las ideas de nación no nacen en el vacío y están fuertemente imbuidas de intereses político-económicos. Es más, la existencia de una nación presupone un país y una economía viables (Breuilly, 1994). En el caso particular de 1993/1994, mi hipótesis es que la administración del presidente Menem buscó obediencia y legitimidad cuando debió afrontar la fuerte crisis económica desatada luego de la aplicación de las políticas económicas neoliberales a principios de los noventa. El Poder Ejecutivo en combinación con algunos gremios, culpó a los inmigrantes del desempleo, de la delincuencia y de casi todos los males sociales existentes en la sociedad argentina de ese momento.

En las páginas que siguen, presento una breve síntesis histórica de la inmigración a la Argentina, describo el marco institucional relativo a la toma de decisiones en materia de migraciones y comento brevemente la influencia de los factores económicos en las decisiones de política migratoria en años recientes, antes de analizar en profundidad los discursos sobre inmigrantes e inmigración en la prensa escrita durante los noventa en la Argentina a partir de la firma del acuerdo regional del Mercosur, específicamente a lo largo de los años 1992, 1993 y 1994 del primer gobierno del presidente Menem¹.

Inmigración hacia la Argentina

Frecuentemente, las políticas migratorias de los países se relacionan con los proyectos de nación en el sentido de que marcan quiénes son aceptables como miembros de la “comunidad imagina-

¹ El análisis se realizó para tres períodos de seis meses inmediatamente anteriores a los cambios de política migratoria ocurridos en 1992, 1993 y 1994 en los diarios *La Nación* y *Página*

da”. Generalmente, los autores se refieren a dos tipos diferentes de comunidades: el modelo *asociativo* u *occidental* y el *modelo étnico* u *oriental* (Smith, 1991). El primer modelo concibe a la nación como una asociación de individuos que viven en un mismo territorio, bajo el control de un determinado gobierno y bajo las mismas leyes. Este fue el ejemplo seguido por los Estados Unidos, ya que como explica Michael Banton (1998:28), “¿qué podía unir a los ciudadanos de este país y distinguirlos de los británicos, con los cuales compartían lengua, religión, cultura y apariencia física?”². La pertenencia en este tipo de nación es formal y los nuevos miembros pueden ser incorporados a la comunidad. El modelo *étnico*, en cambio, comúnmente asociado con Alemania, enfatiza la comunidad de sangre y la cultura nativa. Una comunidad de este tipo es, primordialmente, una comunidad de descendencia. Incorporarse como nuevo miembro es casi imposible: uno nace dentro o fuera de este tipo de comunidad. Si bien estos modelos rara vez existen en la práctica en sus formas puras, representan un buen punto de partida para el análisis.

Si examinamos la Constitución argentina de 1853 observamos que, en principio, este cuerpo legal sigue el modelo *asociativo* de nación. El preámbulo invita a “todos los hombres del mundo” a poblar el suelo argentino y los derechos civiles son consagrados para todos los habitantes y no sólo para los ciudadanos. Sin embargo, el hecho de que el Gobierno Federal sólo “fomentará la inmigración europea” (artículo 25) abre una duda a este respecto. ¿Por qué los ideólogos de la Constitución argentina prefirieron a los europeos? ¿Cuál es el rol que la comunidad de sangre cumple en la nación argentina? Para responder estos interrogantes, es necesario analizar qué pensaban las figuras influyentes de la época.

Es imposible discutir la conformación de Argentina como nación sin abordar las ideas de Juan Bautista Alberdi y Domingo Faustino Sarmiento. Ambos pensadores creían que la Argentina necesitaba agricultores europeos para integrarse a los mercados mundiales como exportadora de granos. Además, había argumentos culturales fuertes para la promoción de la inmigración europea. Jean Delaney (1997) cree que tanto Alberdi como Sarmiento siguen el

² Traducción propia. En el original dice: “[for] what was to bind together the members of this new nation and distinguish them from the British, with whom they shared language, religion, culture and physical appearances?”

modelo *asociativo* de nación y por lo tanto privilegian la comunidad política por sobre la comunidad de origen.

Tanto Alberdi como Sarmiento creían que el país necesitaba población europea para mejorar o reemplazar a los argentinos que, según ellos, eran bárbaros, vagos y racialmente mezclados (Alberdi, 1966; Sarmiento, 1883). Alberdi acuñó la famosa frase “gobernar es poblar” para expresar que, para él, la inmigración era el principal instrumento para la transformación del país (Alberdi, 1966). Por un lado, él creía que la educación era imprescindible pero no suficiente para cambiar los hábitos de la población. Alberdi sostenía que aun en el caso en que se sometiera al “cholo” o al “gaucho” al mejor sistema de educación, ni en cien años se obtendría un trabajador inglés. La solución para Alberdi era traer población de países más desarrollados que educaran a las masas argentinas con su ética de trabajo y hábitos de consumo ejemplares (Devoto, 2002).

Sarmiento, por su parte, creó lo que Josefina Ludmer llama la primera “catedral de la cultura argentina” con su dilema “civilización o barbarie” (Sorensen, 1996: 13). Para este escritor y político, el legado de la colonia española era un problema considerable. También estaba de acuerdo con Alberdi en que la población del país no era ni suficiente ni adecuada para su sueño de una gran Argentina. Para él, el gaucho, por ejemplo, tenía todas las facultades del cuerpo pero ninguna de la inteligencia. A pesar de ser valiente, orgulloso y vital, el gaucho no tenía ni ocupación ni instrucción, ni medios de subsistencia, y vivía alegremente en su barbarismo (Sarmiento, 1959). El país, según Sarmiento, necesitaba inmigrantes que trabajaran la tierra y que produjeran una transformación como la de los Estados Unidos. En *Conflictos y Armonías de las Razas en América* (1883), Sarmiento creía que el fracaso de la Argentina se debía a las falencias del *stock* racial.

Estas concepciones sobre la población argentina influenciaron la Constitución de 1853 y el posterior proceso de organización nacional. Después de exterminar a la mayoría de la población indígena, el gobierno dedicó todos sus esfuerzos a poblar el país con inmigrantes europeos. Estos esfuerzos incluyeron oficinas de inmigración en Europa, pasajes y tierra subsidiados y transporte desde el puerto de ingreso al lugar de destino. Con la “población adecuada”, se decía, el país se integraría al mundo moderno como exportador de granos. Entre los Censos Nacionales de 1895 y 1914 la población creció de tres a casi ocho millones de personas (Rock, 1987). Un

promedio de cien mil inmigrantes arribó cada año al puerto de Buenos Aires, entre 1904 y 1914. La mayoría de estos inmigrantes eran italianos (y no europeos de países nórdicos como Alberdi y Sarmiento hubieran deseado), seguidos en su importancia por los españoles, franceses, rusos y alemanes. Hacia 1914, un tercio de la población residente en Argentina era extranjera y en Buenos Aires esa proporción ascendía a la mitad. Estos cambios demográficos pronto tuvieron su impacto en el campo sociopolítico.

Las primeras contradicciones se hicieron evidentes al final del siglo XIX. Por diferentes razones, el plan de colonización de tierras había fracasado y sólo un 8% de los inmigrantes era propietario de la tierra que trabajaban en 1895 (Rock, 1987). Por éste y otros motivos, la mayoría de los extranjeros se asentó en las grandes ciudades y pronto constituyó el 60% de la clase trabajadora (Solberg, 1970). Por su parte, las elites se sintieron amenazadas por los recién llegados, los cuales escalaban posiciones en la antes rígida estructura social post-colonial. Aunque los argentinos todavía controlaban la cría de ganado, los extranjeros eran dueños del 60% de las firmas comerciales y pequeños negocios (Solberg, 1970). Además, las elites estaban preocupadas y, hasta ofendidas, porque los extranjeros no adquirirían la nacionalidad argentina.

Los inmigrantes también tenían sus propias sociedades mutuales y de beneficencia que, hacia 1914, contaban con medio millón de miembros. Y como si esto fuera poco, los extranjeros educaban a sus niños en sus propias escuelas y en su propio idioma. Finalmente y en relación con la crisis económica de 1898, las clases dirigentes argentinas se indignaron cuando los extranjeros, muchos de los cuales eran miembros de gremios anarquistas y socialistas, comenzaron a participar en la organización de huelgas, causando “desorden social”. La reacción ante esta situación no tardó en llegar. Por un lado, con el objeto de integrar a los extranjeros a la nación argentina, el gobierno se embarcó en una cruzada de “argentinización” llevada a cabo a través de las escuelas públicas y del servicio militar obligatorio. Por el otro, el Congreso aprobó la primera legislación anti-inmigración, la llamada Ley de Residencia (Ley 4144), que habilitó al Poder Ejecutivo a deportar a los inmigrantes que podían representar una “amenaza” para el orden social.

A medida que las necesidades del nuevo Estado-nación cambiaban, una nueva concepción del ciudadano ideal se arraigó en la sociedad argentina. Un grupo de intelectuales y políticos, que serían

conocidos más tarde como nacionalistas, exaltaron el idioma y cultura españoles como valores deseables para unir a la comunidad nacional. Es difícil resumir las ideas de los nacionalistas en un párrafo, ya que las ideas de los diferentes autores que lo componen son muy dispares. Por una parte, la mayoría de los nacionalistas mostró preocupación con el llamado “problema inmigratorio” y compartió el deseo de “argentinar” a los inmigrantes. Los nacionalistas, en general, también compartían la idea de que el sistema de educación debía tener un papel primordial en la nacionalización de las masas inmigrantes (Devoto, 2002).

A medida que los gobiernos conservadores de los años '30 se embarcaron en políticas de sustitución de las importaciones y que la inmigración desde Europa decreció, la inmigración de los países del Cono Sur cobró importancia. Por ejemplo, mientras que en 1914 los inmigrantes de la región representaban un 9% de la población extranjera, esa proporción ascendió progresivamente representando el 18% en 1960, el 40% en 1980 y el 52% en 1991. Perón realizó el último esfuerzo serio para atraer inmigración desde Europa. Pero también diseñó una política explícita para aprovechar la mano de obra provista por inmigración de los países vecinos. En los años subsiguientes, si bien no hubo políticas explícitas similares, los esfuerzos estatales estuvieron dirigidos a controlar la inmigración de ultramar y la inmigración de países vecinos sólo fue controlada superficialmente (Villar, 1984).

Esto de ningún modo significa que la preferencia por la inmigración europea hubiera perdido adherentes en la sociedad argentina. Pero la inmigración de países vecinos jugó en Argentina un papel conveniente³ similar al que tuvo la mano de obra mexicana en los Estados Unidos, cuyas “ventajas” fueron notadas por la Comisión Dillingham de Estados Unidos, bajo presión creciente por necesidad de mayor oferta de mano de obra:

“Los mexicanos proveen una oferta de mano de obra razonable... A pesar de que no son fácilmente asimilables a nuestra sociedad, este hecho no tiene mayor importancia ya que la mayoría de ellos regresa a su tierra. En el caso del mexicano, él es menos deseable como ciudadano que como trabajador”⁴ (Calavita, 1994:58).

³ En la Argentina, los inmigrantes limítrofes representaron una fuerza de trabajo poco “demandante” y, hasta los años '40, no se asentaban de manera permanente en el territorio nacional.

⁴ Traducción propia.

Marco institucional de las políticas migratorias recientes

La Constitución de 1853 establece en su artículo 25 que el gobierno federal fomenta la inmigración europea y no puede restringir o gravar aquélla que tenga por objeto labrar la tierra, mejorar las industrias e introducir las ciencias y las artes. El Congreso, a su vez, tiene la facultad de promover la inmigración (artículo 75 inc. 18)⁵. También los gobiernos provinciales poseen facultades concurrentes para promover la inmigración en sus territorios. Paradójicamente, a pesar de las amplias facultades otorgadas por la Constitución al Congreso de la Nación, el proceso de decisión en materia de política migratoria ha sido crecientemente centralizado en el Poder Ejecutivo, a partir de los años '30. La Ley de Inmigración y Colonización de 1876 o Ley Avellaneda fue reemplazada en 1981 por la Ley General de Migraciones y Fomento de la Inmigración de la última dictadura militar (1976-1983), también conocida como Ley Videla. Esta norma constituyó el marco jurídico de las políticas dictadas desde el restablecimiento de la democracia en 1983 hasta la sanción de la nueva ley de migración en el año 2003. En opinión de Romagnolli (1991) la Ley Videla sigue el mandato constitucional y distingue entre inmigración espontánea e inmigración asistida. Asimismo, la ley concede amplios poderes al Poder Ejecutivo para dictar medidas para ambos tipos de inmigración. La inmigración espontánea se divide en tres categorías: residentes permanentes, temporarios y transitorios (artículo 12). Los dos primeros tipos de inmigrantes (llamados "categorías" en la jerga migratoria) están habilitados para trabajar. La ley dejó sin determinar qué inmigrantes entrarían en cada categoría. El gobierno del presidente Alfonsín llenó esta laguna jurídica mediante el dictado del decreto 1434/87 y el gobierno del presidente Menem mediante el dictado del decreto 1023/94. En ambos casos, poco después de las reglamentaciones generales de la ley, se aprobaron importantes excepciones normativas a favor de europeos⁶.

Los primeros dos años del gobierno de Menem no culminaron en grandes cambios de política migratoria. En 1992 el gobierno expresó su interés ante el Parlamento europeo de atraer 300.000 ciu-

⁵ Numeración correspondiente al texto de la Constitución reformada en 1994.

⁶ Esto se hizo en el año 1988 mediante Resolución de la DNM 700/88 y en 1994 mediante Resolución MI 4632/94.

dadanos de Europa Central y Oriental (Página 12 y La Nación, 25/1/92). El programa era ambicioso y aspiraba a conseguir financiamiento para facilitar a los inmigrantes cursos de idioma, alojamiento temporario y créditos para vivienda (La Nación, 31/1/92). Aunque la ayuda financiera no se concretó, el plan fue aprobado por Resolución del Ministerio del Interior 4632/94⁷.

La Argentina firmó el acuerdo Mercosur con Brasil, Paraguay y Uruguay en 1991. En junio de 1992, el presidente Menem anunció en una reunión de presidentes del Mercosur en Las Leñas una amnistía que benefició a unos 230.000 limítrofes (Decreto 1033/92). Si bien las políticas migratorias en el año 1992 se esbozaban como “generosas”, la situación comenzó a cambiar cuando, al año siguiente, se hicieron evidentes las primeras falencias de las políticas económicas neoliberales establecidas a principios de la década. A fines de 1993, el Poder Ejecutivo dictó un decreto de cuestionable constitucionalidad, atribuyéndose amplias facultades para deportar inmigrantes. En 1994, se dictó el Nuevo Reglamento de Migración que requirió un contrato de trabajo para poder residir en Argentina (artículo 27 del decreto 1023/94). Este nuevo reglamento, al requerir un contrato de trabajo a personas que se manejan en mercados tan informales como los inmigrantes indocumentados, hizo su radiación legal en Argentina altamente difícil.

Aspectos económicos, políticos y culturales en la definición de las políticas migratorias

La mayoría de los autores que estudian las decisiones de política migratoria coinciden en que la economía es un factor influyente en dichas decisiones⁸. Shugart et al. (1986) establecieron que las políticas migratorias restrictivas están correlacionadas negativamente con el crecimiento del Producto Bruto Interno (PBI). A su vez, el desempleo y los salarios reales explicarían cambios en las políticas migratorias pero en menor medida. Aplicada esta hipótesis al caso argentino, se puede observar que las políticas migratorias para limítrofes no muestran correlación significativa con la tasa de

⁷ Informe sobre el Programa de Inmigración de Europeos de Europa Central y Oriental, Cancillería Argentina, Buenos Aires, 2002.

⁸ Los enfoques de política económica incluyen: Freeman (1979) y Goldin (1994). Otros autores para los cuales las migraciones están relacionadas con procesos económicos son Bovenkerk, Miles y Verbunt (1990); Beard y Beard (1994); Castles y Kosack (1985); Marshall (1973) y Portes y Walton (1981).

crecimiento del PBI. Sin embargo, están positivamente correlacionadas con los salarios reales y negativamente correlacionadas con el desempleo⁹. Es decir, en principio uno podría establecer que las políticas migratorias del Estado argentino responden a las necesidades económicas. No obstante, esta conclusión preliminar cambia cuando uno aplica el mismo procedimiento para las reglas de admisión de europeos. En este caso, ninguna de las tres variables independientes, es decir, ni el crecimiento del PBI ni el crecimiento de los salarios reales ni el desempleo muestran correlación alguna con la apertura de las políticas migratorias. La Argentina, entonces, daría buena acogida a los europeos independientemente de la situación económica, constituyendo lo que denomino en este trabajo “un matrimonio en la salud y en la enfermedad”. En cambio, los inmigrantes limítrofes serían una especie de termómetro de la situación económico-social del país, y su buena acogida dependería de las condiciones socioeconómicas imperantes. ¿Por qué, entonces, la economía influye sobre las políticas migratorias para inmigrantes limítrofes pero no para europeos? ¿Qué determina esta duplicidad de estándares?

Si las teorías económicas no son suficientes para dar cuenta de las políticas migratorias argentinas, cabe intentar explicaciones alternativas: ¿cómo se relaciona el proceso de decisión de políticas con las teorías de identidad nacional? ¿de qué manera la creación del Mercosur impacta en las políticas migratorias en los años noventa?¹⁰.

Las ideas de nación, es decir las concepciones de qué es una nación y qué mantiene unidos a sus miembros, pueden influenciar las políticas migratorias (Delaney, 1997). Más específicamente, las políticas migratorias nos marcan quién puede ser miembro del Estado-nación, estableciendo las reglas de admisión de nuevos residentes. A su vez, estas reglas están influenciadas por concepciones sobre cuan apropiados son ciertos grupos de individuos para ser

⁹ Estas afirmaciones se basan en los resultados de una regresión lineal que se realizó utilizando los índices de políticas migratorias para europeos y para limítrofes como variables dependientes y el crecimiento del Producto Bruto Interno (PBI+), la tasa de desempleo para el año en cuestión (DES) y el crecimiento de los Salarios Reales (SALRE+) como variables independientes.

¹⁰ Hay un cierto escepticismo en la literatura sobre el impacto de los acuerdos regionales en las políticas migratorias. Esto tal vez es justificable si consideramos que sólo la Unión Europea ha avanzado hacia la libre movilidad de factores. Los trabajos menos pesimistas son los de Cornelius, Martin y Hollifield (1994) o Krasner (1983); las visiones más pes-

miembros de la comunidad nacional¹¹ . Dichas ideas pueden influenciar las políticas migratorias respecto de los grupos a los cuales se refieren.

Muchos trabajos han analizado los discursos sobre inmigrantes en la prensa argentina en los noventa (Grimson, 1999; Oteiza y Aruj, 1997; Urresti 1999)¹² . La prensa ofrece un “suelo fértil” para analizar los discursos de identidad nacional. A su vez, según Benedict Anderson (1991), los periódicos tienen un rol fundamental en la construcción de la comunidad imaginada, ya que su lectura diaria posibilita la ocurrencia de una ceremonia masiva que permite a los individuos imaginar una suerte de comunión con compatriotas desconocidos. Además, el lenguaje es un arma poderosa que construye los objetos de los cuales habla (Foucault, 1972). Los términos y temas utilizados para caracterizar a los inmigrantes nos dan la primera pauta sobre su “ubicación” respecto de la comunidad imaginada (Heir y Greenberg, 2002). Cuando los inmigrantes son tratados como un “problema”, un “peso”, o una cuestión “ilegal” , esto abre la puerta para que el Estado imponga orden. Pero antes de pasar al contenido específico de la prensa argentina en los años noventa es necesario recordar el contexto socioeconómico imperante.

El presidente Menem asumió el mando antes de tiempo, ya que la severidad de la crisis económica provocó la renuncia temprana de Raúl Alfonsín (Levitsky, 2000). Según un mensaje presidencial de 1990, publicado por la dirección de prensa de la Presidencia del Honorable Senado de la Nación, Menem tenía “metas ambiciosas” y se proponía hacer de la Argentina “un serio protagonista internacional”. A principios de los noventa, se embarcó en diversas reformas de mercado (Pastor y Wise, 1999). En 1992, varios analistas macroeconómicos vaticinaban que para octubre Argentina tendría pleno empleo y el PBI creció ese año cerca del 10%. A su vez, a medida que el país se estabilizaba, Menem priorizó la integración económica de la región (OIM, 1999). Durante los noventa el acuerdo regional pareció tener cierto impacto sobre las políticas migratorias del Estado argentino en cuanto al intercambio de información y mecanismos de control de frontera (Kratochwil, 1995).

Como dijimos anteriormente, la forma de retratar a los inmi-

¹¹ Entre los trabajos sobre identidad nacional e inmigración se pueden consultar: Behdad (1997); hasta cierto punto, Fitzgerald (1996); o los clásicos de Brubaker (1992) y Higham (1995).

grantes nos da la pauta de la consideración que se les otorga como potenciales miembros de la comunidad nacional. En 1992, las políticas migratorias del Estado argentino fueron relativamente generosas e incluyeron la amnistía citada y un plan para atraer a ciudadanos de Europa central y oriental. La prensa durante este período también fue moderadamente positiva y receptiva de los inmigrantes como miembros potenciales de la comunidad. De las 124 instancias codificadas para este período, el 52 por ciento fueron positivas. En 1992, los inmigrantes fueron tratados respetuosamente. Por ejemplo, en el 33% de los casos se los menciona como “ciudadanos de...” o “naturales de...”. También los beneficios asociados con la inmigración son cuatro veces más frecuentes que los riesgos. Por ejemplo, la asociación entre inmigración y crecimiento económico aparece en el 30% de los casos.

Pero no toda la inmigración es considerada igualmente beneficiosa. En este sentido, es útil distinguir a los europeos de los inmigrantes limítrofes. La asociación entre inmigración y crecimiento económico o prosperidad, que tanto nos recuerda a las ideas de Sarmiento y Alberdi, es utilizada en referencia a los europeos centrales y orientales invitados a inmigrar a la Argentina (The Times, 1/2/92). Por ejemplo, la famosa frase de Alberdi “gobernar es poblar” aparece en el diario La Nación en tres ocasiones en apoyo al mencionado plan de inmigración (La Nación, 13/2/92, 20/2/92, y 1/4/92). O, también en referencia a la citada inmigración, el canciller Guido Di Tella expresa que “...en el caso de la Argentina y de los Estados Unidos se la asocia a un proceso que en el pasado fue muy positivo” (La Nación, 13/2/92). No encontré referencias a impactos positivos semejantes relativos a la inmigración limítrofe.

Los argentinos no sólo parecen ser altamente optimistas sobre el impacto de la inmigración europea en Argentina sino que, además, parecen ansiosos por ayudar a resolver los problemas que ocurren en la lejana Europa. Podría pensarse que esta actitud da crédito a las teorías de institucionalismo neoliberal, las cuales creen que la cooperación entre los Estados para la solución de dilemas comunes es cada vez más extensa (Cornelius et al., 1994). Sin embargo, como veremos, esta actitud del gobierno no tiene su paralelo respecto de los países vecinos. Por ejemplo, algunos funcionarios públicos enfatizan la importancia de resolver los problemas de movimientos de personas que la caída del muro de Berlín generaría en Europa. En este sentido, Di Tella explica que en Europa “la idea de

inmigración no es bien aceptada” (La Nación, 13/2/92). También el presidente Menem y su canciller manifiestan su buena disposición “con la intención de solucionar los problemas que se generaron como resultado de las transformaciones de Europa del Este, que provocarán una marea de inmigrantes...” (La Nación, 31/3/92).

Es importante señalar que no encontré preocupaciones similares de parte de los funcionarios públicos cuando se refieren a los problemas afrontados por países vecinos, los cuales, dadas sus condiciones económicas, hubieran estado más necesitados de la ayuda del gobierno argentino. Cuando los funcionarios hablan de la amnistía de 1992, poco se preocupan de los beneficios que ésta pueda reportar a los países latinoamericanos. Más aún, si tomamos en cuenta el período 1993-1994, los comentarios de los funcionarios sobre los países limítrofes contrastan fuertemente con los referidos a Europa. Por ejemplo, en 1993, el Secretario General de la Presidencia Luis Prol, afirmó que “la pregunta seria es si los argentinos estamos dispuestos a bajar nuestro nivel de vida para resolver el problema al conjunto de las comunidades de los países vecinos...” (Página 12, 31/7/93). Una vez más, no toda la inmigración tiene igual consideración a los ojos de los funcionarios argentinos.

Ya que en 1992 se decretó la citada amnistía para limítrofes, estos inmigrantes también recibieron atención de la prensa. Pero, la forma en que se retrata a esta inmigración es mucho menos optimista y los beneficios asociados a ella mucho más modestos en comparación con la inmigración de origen europeo. Los discursos referidos a inmigrantes limítrofes, por ejemplo, no mencionan el vínculo entre inmigración y crecimiento económico asociado a la inmigración europea. En general, se limitan a reconocer que los limítrofes trabajan e, indirectamente, producen un aporte al país. Por ejemplo, el texto del decreto 1033/92 expresa en este sentido que la “mayoría” de las personas beneficiadas por la amnistía, aun cuando no tienen la documentación legal en regla, desarrollan actividades que son útiles para el país.

Como mencioné anteriormente, no preocupa a los funcionarios argentinos resolver los problemas de la región. Sí, en cambio, les interesa el impacto que la amnistía pueda tener en otros ámbitos. Así, por ejemplo, Germán Moldes, Secretario de Población en 1992, explicó que la amnistía lograría “la transparencia del mercado de trabajo...” (Página 12, 6/6/92). También el decreto 1033/92 declara en sus considerandos la necesidad de controlar la evasión y pérdidas

fiscales. El Mercosur no está ausente como motivación para dictar la amnistía. Pero no se plantea la amnistía como consecuencia natural del acuerdo regional. Los funcionarios, por el contrario, argumentan que la amnistía puede o debe, más bien, coadyuvar a la integración de la región. José Luis Manzano, por ejemplo, se refiere a la amnistía como “un primer paso para la profundización del proceso de integración entre las naciones sudamericanas” (Página 12, 1/4/92). Estos comentarios enfatizan los efectos beneficiosos que la amnistía produciría en la Argentina, pero no aparece en ellos como motivación aliviar los problemas de los países limítrofes. En contraste, los funcionarios argentinos parecen ansiosos por contribuir a la resolución de los problemas migratorios europeos.

Anteriormente, he discutido los aspectos positivos de los discursos imperantes en la prensa escrita relacionados con la inmigración y planes migratorios en el año 1992. Pero aun cuando he caracterizado a la prensa como moderadamente positiva y receptiva de los inmigrantes para este período, encontré términos negativos y riesgos asociados con la inmigración. Nuevamente, en este caso los inmigrantes limítrofes son el blanco de la mayoría de las instancias negativas codificadas. El más común de los términos utilizados en la prensa para referirse a los inmigrantes es “ilegal” o “ilegales”, el cual aparece en el 54% de las instancias codificadas. Aparecen riesgos asociados a la inmigración en el 12% de los casos, pero esta frecuencia es de cuatro a cinco veces menor que para el período 1993-1994. Además, no encontré determinados temas o problemas que se reiteraran en los discursos. Esta circunstancia, combinada con la baja frecuencia de los riesgos en general, permite inferir que en este período aún no existían discursos estructurados que excluyeran a los inmigrantes como potenciales miembros de la comunidad nacional.

En 1993, la cobertura de la inmigración en los diarios La Nación y Página 12 cambió dramáticamente. El desempleo había comenzado a trepar, ascendiendo de siete a casi diez puntos en ese año (Rapport, 2000: 1019), lo cual señalaba el inicio de una eventual recesión económica. Paralelamente, se construyó una “crisis migratoria” a partir de una interacción entre funcionarios del gobierno, la prensa y algunos gremios. Diversos funcionarios del gobierno, reaccionando ante demandas de los gremios y con el posible objetivo de ganar legitimidad, culparon a la inmigración de los países vecinos por las “fallas” del plan económico. Cuando en diciembre de 1993 se

dictó el decreto 2771/93, posibilitando la expulsión de extranjeros, nueve de cada diez argentinos creía que la inmigración perjudicaba a la mano de obra local (Página 12, 9/12/93).

El primer acontecimiento que disparó la crisis fue la contratación de 350 brasileños para trabajar en una planta hidroeléctrica ocurrida en julio de 1993. Poco después, el líder del gremio de la UOCRA, Gerardo Martínez, pidió al gobierno el establecimiento de cuotas de inmigración (Página 12, 16/7/93). Otros funcionarios públicos se sumaron al discurso xenófobo culpando a los inmigrantes de países vecinos por el desempleo, la sobrecarga de los servicios públicos y la mayoría de los males de la sociedad argentina. La Iglesia Católica levantó su voz en defensa de los inmigrantes con poco éxito¹³. Aparentemente, esta sensación de crisis promovió una pronta acción de gobierno (Heir y Greenberg, 2002) encarnada, en este caso, en el dictado del citado decreto 2771/93. De acuerdo a las palabras del Director Nacional de Migraciones de aquel momento, Jorge Gurrieri, el gobierno “sintió que debía hacer algo”¹⁴. Las restricciones a la inmigración impuestas tanto por el citado decreto como las que le siguieron, fueron instrumentales al gobierno porque distraían a la opinión pública de las verdaderas razones por las cuales el plan económico no era exitoso.

En este clima, la prensa migratoria se volvió 94% negativa. “Inmigrante” se convirtió en sinónimo de “ilegal” y “clandestino” en un 40% de los casos. Este discurso generalizado sobre ilegalidad hace que el lector asocie al inmigrante y a la inmigración con la falta de respeto a la ley y a las instituciones democráticas. Y esto no es un problema menor, pues, como dice Paul Gilroy (1991:74), la ley y la ideología de legalidad expresan y representan a la nación. El respeto a ellas, de acuerdo a este autor, expresa la unión fundamental de los individuos de la comunidad imaginada. De esto se sigue fácilmente que si alguien no respeta las leyes “merece” no ser admitido en la comunidad imaginada. No sólo el hecho de no tener los papeles en regla establece la “ilegalidad” de los inmigrantes. También los artículos de diarios la acentúan al citar diversas situaciones en que los inmigrantes no respetan la ley. Por ejemplo, el Ministro del Interior, Carlos Ruckauf, justifica la necesidad de incrementar los controles migratorios para evitar que los “turistas se conviertan en

¹³ Padre Ildo Gris, entrevista con el autor en Buenos Aires (Julio 2001).

¹⁴ Jorge Gurrieri, entrevista con el autor, llevada a cabo en Buenos Aires (Julio 2002).

trabajadores ilegales...” (Página 12, 12/9/93), o se mezclen en actos criminales (Página 12, 23/12/93). Pero la criminalización de los inmigrantes alcanzaría su apogeo en 1994.

En 1993, los inmigrantes eran acusados de aumentar el desempleo, de quitar puestos de trabajo a los argentinos, de aceptar bajos salarios y de ser una competencia desleal para la mano de obra nativa, representando el 40% de los problemas codificados. Pero estos supuestos efectos de la inmigración no eran establecidos de manera objetiva en los medios. Es más, muchos funcionarios públicos sabían de la existencia de trabajos científicos publicados más tarde (por ejemplo, Maguid, 1995 o Sana, 1999) que demostraban que el impacto de la inmigración en el desempleo era casi insignificante¹⁵. En general, surgió en la prensa una retórica nacionalista, que por medio de la construcción del “nosotros” y el “ellos”, creaba una clara frontera entre “lo local” y “lo foráneo”.

El ministro Carlos Ruckauf, por ejemplo, anunció en noviembre de 1993 que “el Gobierno adoptará medidas para reglamentar el ingreso de trabajadores inmigrantes con el objetivo de priorizar las fuentes de trabajo para ciudadanos argentinos...” (La Nación, 21/11/93). En otra ocasión, enfatizó “los 45.000 nuevos puestos de trabajo que el gobierno nacional estima que se ofrecerán al mercado laboral el año próximo, son una parte importante de la razón política para decidir acabar con el problema de los trabajadores ilegales” (La Nación, 3/12/93). Gerardo Martínez, al opinar sobre los trabajadores extranjeros, sostuvo que “muchos parecen más aliados del contratista que del sindicato, porque prefieren cobrar más plata en mano aunque no tengan obra social ni jubilación” (Página 12, 8/8/93). Como se puede ver, este tipo de declaraciones enfatiza, como en un juego de suma cero, que los argentinos son perjudicados por los inmigrantes. De esta forma, crea una frontera entre “nosotros”, los locales, los que necesitamos las fuentes de trabajo y “ellos”, los extranjeros, los que nos sacan el trabajo, los traidores.

La prensa referida a temas migratorios en 1994 muestra cierta continuidad con la de 1993. El total de instancias negativas con respecto al total codificado decrece levemente de 96 a 88%. A la par, el contenido se modifica levemente. Por un lado, la problematización de la inmigración aumenta levemente, del 52 al 56%. Por otra parte hay una creciente criminalización de los inmigrantes que se nota

¹⁵ Entrevistas citadas.

en dos cuestiones. Primero, el uso del término “ilegal” y “clandestino” abarca el 62% del total de los términos codificados. Además, la delincuencia pasa a ser el principal problema asociado a la inmigración, el cual crece de 40 a 55%. La creciente asociación no sólo se relaciona con la violación de la ley por los inmigrantes. También hay una creciente conmoción en esta época por irregularidades cometidas en las tramitaciones de las residencias, muchas de ellas vinculadas con la participación de gestores (La Nación, 11/12/93). Muchas columnas aparecidas en el año 1994 se explayan sobre dichas irregularidades (La Nación 26/1/94, 28/1/94 y 31/1/94; Página 12 27/1/94, 28/1/94 y 1/2/94).

A medida que la palabra “inmigrante” se convierte en sinónimo de “delincuencia”, los discursos oficiales se vuelven más amenazantes. Así, el Ministro Ruckauf advirtió que “cualquier extranjero ilegal que sea sorprendido violando la ley será repatriado” (La Nación, 11/1/94). En la misma ocasión, el ministro anunció un aumento de los controles en frontera y un llamado a concurso para la informatización de dichos controles. Adicionalmente, el Poder Ejecutivo comenzó a hacer un uso selectivo de los poderes de expulsión de extranjeros otorgados por el Decreto 2771/93. Numerosas inspecciones comenzaron a tener lugar en la segunda mitad de 1994. Por ejemplo, en enero de 1994, treinta ciudadanos peruanos fueron arrancados de sus viviendas y luego deportados. El gobierno esperaba, de acuerdo a las palabras de Ruckauf, “que estos primeros casos de residentes peruanos sean aleccionadores” (La Nación, 11/1/94). Según el canciller Petrella, “...las deportaciones se enmarcan en la nueva política migratoria que tendrá el país...” (Página 12, 16/1/94). Esta selectividad, combinada con el tono amenazante de las declaraciones, hace pensar que lo que se buscaba con estas inspecciones era más un impacto en la opinión pública que un impacto real.

El plazo para la radicación por la amnistía aprobada por el decreto 1033/92 vencía en enero de 1994. Por esa época, numerosos artículos de diarios se dedicaron a describir la situación de los inmigrantes y de la Dirección Nacional de Migraciones. Algunos de estos artículos entrevistan a los propios inmigrantes. De acuerdo a la literatura, sería de esperar que si los inmigrantes tienen “voz” en los artículos de prensa, éstos últimos resulten más favorables a los intereses de los inmigrantes (Van Dijk, 1994). Sin embargo, algunos de los artículos de prensa en los cuales los inmigrantes aparecen co-

mo actores pertenecerían a lo que Paul Gilroy (1991) ha llamado *racismo tradicional*¹⁶.

“El espectáculo de unas 60 personas tiradas en la calle es bastante triste. La oscuridad y la falta de higiene no son una buena compañía para la noche. Ellos lo saben mejor que nadie: 'Y... ¿qué querés que haga?', parecen justificarse; 'Si no vengo a esta hora me quedo sin papeles', explicó un hombre que no pasaba los 30, bolso en mano, recién salido de la obra” (La Nación, 24/1/94).

“Este espacio abierto (plaza interior del edificio de la Dirección Nacional de Migraciones) mostraba el aspecto de un campamento, con grupos de familias sentadas o acostadas a la sombra de un árbol, aliviando el fuerte calor con alguna bebida. A las conversaciones en quechua o guaraní, se sumaban el ruido de las radios portátiles, el llanto de los bebés y el chillido de un grupo de loros” (La Nación, 1/2/94).

Estas notas periodísticas no enfatizan los supuestos impactos negativos producidos por la inmigración en la sociedad argentina, pero describen con desdén el “desorden” causado por los inmigrantes en la oficina de la Dirección Nacional de Migraciones, reproduciendo los estereotipos sociales construidos sobre los inmigrantes limítrofes, además de legitimar la exclusión de los inmigrantes de la comunidad imaginada argentina.

A modo de cierre

De acuerdo a Aristide Zolberg (1998), desde la perspectiva capitalista, los inmigrantes de cualquier tipo son, en primer lugar, trabajadores, y en segundo lugar una presencia política y cultural. Cabe agregar que los inmigrantes son, además, sujetos de Estados internacionales y, como tales, pueden ser afectados por las relaciones entre los países emisores y receptores de inmigración. Sólo teniendo presente este carácter múltiple de las migraciones podemos esclarecer la manera en que las decisiones de política migratoria tienen lugar. Este trabajo ha mostrado que los *factores económicos* influyen en las decisiones de política migratoria. Sin embargo,

¹⁶ Paul Gilroy llama *nuevo racismo* a las actitudes discriminatorias, como las descritas anteriormente, que se basan en determinados supuestos males causados por ciertos grupos de personas. En cambio, habla de *racismo tradicional* cuando las actitudes discriminatorias se basan en cualidades que supuestamente serían intrínsecas a las personas, es decir, genéticas o cuasigenéticas.

mientras que dichos factores pueden determinar la cantidad de inmigrantes que un país acepta y la oportunidad en que esto ocurre, son los *factores culturales o identitarios*, heredados o contruidos, los que determinan a quién se acepta como miembro de la comunidad nacional.

Fuentes

Periódicos:

La Nación, Buenos Aires, Argentina, diciembre 6, 2002.

La Nación, Buenos Aires, Argentina, 1992-1996.

La Prensa, Buenos Aires, Argentina, 1992-1996.

Página 12, Buenos Aires, Argentina, 1992-1994.

The Times, Londres, Reino Unido, febrero 1, 1992.

Legislación:

Decreto N° 87/74

Decreto N° 3938/77

Decreto N° 780/84

Decreto N° 1434/87

Decreto N° 1033/92

Decreto N° 2771/93

Decreto N° 1023/94

Ley 4144

Ley 22439

Resolución N° 2340/85

Resolución N° 700/88

Resolución N° 4632/94

Bibliografía

Alberdi, Juan Bautista (1966). *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*, Buenos Aires: Eudeba.

Anderson, Benedict (1991). *Imagined Communities* (Revised Edition), New York: Verso.

Andreas, Peter (1999). "Borderless Economy, Barricaded Border", en *NACLA Report on the Americas*, año 33, núm. 3, pp. 14.

Banton, Michael (1998). *Racial Theories*, Cambridge: Cambridge University Press.

Beard, Charles A. y Mary R. Beard (1994). *A Basic History of the*

- United States*, New York: Doubleday, Doran y Co.
- Behdad, Ali (1997). "Nationalism and Immigration to the United States", en *Diaspora*, vol. 6, núm. 2.
- Bovenkerk, Frank; Miles, Robert y Gilles Verbunt (1990). "Racism, Migration and the State in Western Europe: A Case for Comparative Analysis", en *International Sociology*, vol. 5, núm. 4, pp. 475-490.
- Breuilly, John (1994). *Nationalism and the Nation-State*, Chicago: University of Chicago Press.
- Brubaker, Rogers W. (1992). *Citizenship and Nationhood in France and Germany*, Cambridge: Harvard University Press.
- Calavita, Kitty C. (1994). "U.S. Immigration and Policy Responses: The Limits of Legislation", en W.A. Cornelius, P.L. Martin y J.F. Hollifield (comps.), *Controlling Immigration: A Global Perspective*, Stanford: Stanford University Press.
- Castles, Stephen y Godula Kosack (1985). *Immigrant Workers and Class Structure in Western Europe*, New York: Oxford University Press.
- CELS (2000). *Informe anual sobre la situación de los derechos humanos en Argentina*, Buenos Aires: Eudeba.
- Cornelius, Wayne A.; Martin, Philip L. y James F. Hollifield (comps.) (1994). *Controlling Immigration: A Global Perspective*, Stanford: Stanford University Press.
- Delaney, Jean (1997). "National Identity, Nationhood, and Immigration in Argentina: 1810-1930", en *Stanford Electronic Humanities Review*, año 5, núm. 2.
- Devoto, Fernando (2002). *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna: una historia*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Fitzgerald, Keith (1996). *The Face of the Nation: Immigration, the State and the National Identity*, Stanford: Stanford University Press.
- Foucault, Michel (1972). *The Archeology of Knowledge and the Discourse on Language*, New York: Pantheon.
- Freeman, Gary (1979). *Immigrant Labor and Racial Conflict in Industrial Societies*, New Jersey: Princeton University Press.
- Gilroy, Paul (1991). *There Ain't no Black in the Union Jack: The Cultural Politics of Race and Nation*, Chicago: The University of Chicago Press.
- Goldin, Claudia (1994). "The Political Economy of Immigration

- Restriction in the US, 1890 to 1921”, en C. Goldin y G. Libecap (comps.), *The Regulated Economy: A Historical Approach to Political Economy*, Chicago: University of Chicago Press.
- Grimson, Alejandro (1999). *Relatos de la diferencia y la igualdad: los bolivianos en Buenos Aires*, Buenos Aires: Eudeba.
- Heir, Sean y Joshua L. Greenberg (2002). “Constructing a Discursive Crisis: Risk, Problematization and Illegal Chinese in Canada”, en *Ethnic and Racial Studies*, año 25, núm. 3, pp. 490-513.
- Higham, John (1995). *Strangers in the Land: Patterns of American Nativism, 1860-1925*, New Brunswick: Rutgers University Press.
- Krasner, Stephen D. (1983). *International Regimes*, Ithaca: Cornell University Press.
- Kratochwil, Karl H. (1995). “Cross-Border Population Movements and Regional Economic Integration in Latin America”, en ECLA, pp. 25-31.
- Levitsky, Steven (2000). “The 'Normalization' of Argentine Politics”, en *Journal of Democracy*, año 11, núm. 2, pp. 56-69.
- Maguid, Alicia (1995). “Migrantes limítrofes en la Argentina: su inserción laboral e impacto en el mercado de trabajo”, en *Estudios del Trabajo*, año 10, pp. 47-76.
- Marshall, Adriana (1973). *The Import of Labor: The Case of the Netherlands*, Rotterdam: Rotterdam University Press.
- Migdal, Joel S. (2001). *State in Society*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Novick, Susana (1997). “Políticas migratorias en la Argentina”, en E. Oteiza, S. Novick y R. Aruj, (comps.), *Inmigración y discriminación: políticas y discursos*, Buenos Aires: Grupo Editor Universitario.
- O'Donnell, Guillermo (1988). *Bureaucratic Authoritarianism: Argentina, 1966-73, in Comparative Perspective*, Berkeley: University of California Press.
- OIM (1999). “Políticas y modalidades migratorias instituidas en el ámbito subregional: Mercosur”, ponencia presentada en el *Encuentro Sudamericano sobre Migraciones, Integración y Desarrollo*, Buenos Aires.
- Oteiza, Enrique y Roberto Aruj (1997). “Inmigración real, inmigración

- ción imaginaria y discriminación en la Argentina”, en E. Oteiza, S. Novick y R. Aruj (comps.), *Inmigración y discriminación: políticas y discursos*, Buenos Aires: Grupo Editor Universitario.
- Pastor, Manuel y Carol Wise (1999). “Stabilization and its Discontents: Argentina's Economic Restructuring in the 1990s”, en *World Development*, año 27, núm. 3, pp. 447-503.
- Portes, Alejandro y John Walton (1981). *Labor, Class, and the International System*, New York: Academic Press.
- Rapoport, Mario (2000). *Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2000)*, Buenos Aires: Macchi.
- Rock, David (1987). *Argentina 1516-1987: From Spanish Colonization to Alfonsín*, Berkeley: University of California Press.
- Romagnoli, Gino (1991). “Aspectos jurídicos e institucionales de las migraciones en la República Argentina”, Ginebra: OIM.
- Sana, Mariano (1999). “Migrants, Unemployment and Earnings in the Buenos Aires Metropolitan Area”, en *International Migration Review*, año 33, núm. 3, pp. 621-639.
- Santa Ana, Otto (1999). “'Like an Animal I was Treated': Anti-immigrant Metaphor in US Public Discourse”, en *Discourse & Society*, vol.10, núm. 2, pp. 191-224.
- Sarmiento, Domingo F. (1883). *Conflicto y Armonía de las Razas en América*, Buenos Aires: S. Ostwald.
- _____ (1959). “Facundo”, en *Textos Fundamentales*, Buenos Aires: Compañía General Fabril Editora.
- Sassen, Saskia (1996a). “Beyond Sovereignty: Immigration Policy Making Today”, en *Social Justice*, vol. 23, núm. 3, pp.9-20.
- _____ (1996b). *Losing Control? Sovereignty in an Age of Globalization*, New York: Columbia University.
- Shugart, William; Tollison, Robert y Mwangi Kimenyi (1986). “The Political Economy of Immigration Restrictions”, en *Yale Journal on Regulation*, año 54, núm. 1.
- Smith, Anthony (1991). *National Identity: Ethnonationalism in Comparative Perspective*, Reno, Las Vegas / London: University of Nevada Press.
- Solberg, Carl E. (1970). *Immigration and Nationalism in Argentina and Chile, 1890-1910*, Austin: University of Texas Press.

- Sorensen, Diana (1996). *Facundo and the Construction of the Argentine Culture*, Austin: The University of Texas Press.
- Timmer, Ashley y Jeffrey Williamson (1996). "Racism, Xenophobia, or Markets? The Political Economy of Immigration Policy Prior to the Thirties", en *National Bureau of Economic Research Working Paper 5867*.
- Urresti, Marcelo (1999). "Otrredad: las gamas de un contraste", en M. Margulis y M. Urresti (comps.), *La segregación negada*, Buenos Aires: Biblos.
- Van Dijk, Teun A. (1994). *Prensa, racismo y poder*, México, D.F.: Universidad Iberoamericana.
- Villar, Juan M. (1984). "Argentine Experience in the Field of Illegal Immigration", en *International Migration Review*, año 18, núm. 3, pp. 453-73.
- Zolberg, Aristide (1998). "Matters of The State", en C. Hirschman, P. Kasanitz y J. De Wind (comps.), *The Handbook of International Migration: The American Experience*, New York: Russell Sage Foundation.

En torno a la diversidad sociocultural. Algunas relaciones posibles entre migraciones, Estado, sociedad y educación en Argentina¹

María Paula Montesinos

Este artículo aborda algunas cuestiones vinculadas a la compleja relación entre cómo fueron/son significados los migrantes (inter-nos o latinoamericanos), en diferentes períodos históricos de nuestro país, en relación a las adscripciones identitarias hegemónicas en cada uno. En el análisis de estas relaciones, el énfasis está puesto en documentar cómo se cristalizan de manera distintiva en el campo de las políticas educativas dominantes en cada período. Para ello, elegimos tres momentos distinguibles de la historia de nuestro país: por un lado, el período de constitución del Estado-nación; por el otro, el que surge con el denominado modelo de sustitución de importaciones con vigencia hasta mediados de los años '70 y finalmente, el que cristaliza con especial énfasis en la década de los '90, marcado por la hegemonía neoliberal.

Acerca de la construcción de la diversidad/desigualdad sociocultural. Algunas precisiones conceptuales

Los procesos de constitución de las adscripciones identitarias, individuales y sociales, son construcciones sociales complejas, dinámicas, de base relacional y, por tanto, sus contenidos son, en sí mismos, transitorios y variables. Las adscripciones identitarias se construyen a partir del establecimiento de diferencias y límites entre *nosotros/yo* y *otros/otro*, sobre la base de “marcas” (visibles o simbólicas) “usadas” para fijar la diferencia, la alteridad. Son cons-

¹ Este artículo toma algunos de los desarrollos presentes en mi tesis de Maestría en Políticas Sociales: “Las políticas educativas focalizadas y su relación con los procesos de diversidad cultural y desigualdad social” (Montesinos, 2002).

titutivas de la relación entre individuos y grupos, como base para la autoafirmación (del yo y del nosotros) y el reconocimiento del otro/s². De esta manera “...las fronteras (no sólo en su sentido territorial) trazadas en la compleja y múltiple dinámica de adscripciones grupales no son mecánicas, sino que siempre está presente en su establecimiento una compleja y fluida definición relacional, tanto interna (por parte de los 'nosotros' frente a los 'otros') como externa (por parte de los 'otros' ante los 'nosotros')” (Moreno Feliú, 1994:239). La definición de quiénes son los “otros” y “nosotros” es variable y sus sentidos son contingentes por estar situados históricamente; no obstante, las categorías identitarias se presentan, a menudo, con carácter esencialista y estático.

En esa “compleja y fluida definición relacional”, las operaciones del pensamiento como la categorización y la clasificación enhebran aquellas marcas visibles o simbólicas, produciendo un conocimiento práctico que permite anticipar y significar las relaciones con los “otros”, conduciendo a generalizaciones simplificadoras por las cuales “visto a uno, visto a todos” (Preiswerk y Perrot, 1979). En esta perspectiva, Agnes Heller (1977) señala el papel que juegan los procesos de *ultrgeneralización*, los *juicios provisorios* y los *pre-conceptos* presentes en el pensamiento y la acción cotidianas de los sujetos. Señala su importante función práctica en la vida cotidiana, ya que sería imposible analizar las características de cada situación o persona antes de decidir cómo actuar frente a ellas. Sin embargo, y respecto de los preconceptos como tipo particular de juicio provisorio, enfatiza su carácter de juicio falso, que se resiste a ser corregido sobre la base de la experiencia o el conocimiento de nuevas situaciones o personas en la medida en que encuentra su anclaje en la fe, por oposición a los argumentos de la razón.

Ahora bien, respecto del origen de los preconceptos, Heller señala con claridad que no debe ser buscado en la dinámica de la vida cotidiana, sino que constituyen una producción vinculada al mantenimiento del orden y la cohesión social. Es por esto que la mayoría de los preconceptos son productos de las clases dominantes, dirigidos a mantener dicha cohesión y estabilidad social, buscando evitar o minimizar posibles amenazas a las mismas.

Las valoraciones acerca de las diferencias aparecen *naturaliza-*

² Las situaciones que anclan en una negación del “otro” presuponen, sin embargo, reconocerlo como un “otro” distinto al yo/nosotros.

das en el sentido común, ocultando que las diferencias son el producto de una construcción que se realiza a través de procesos históricos dinámicos y complejos, en los que participan sujetos ubicados desigualmente en la estructura social, de manera tal que la diferencia/diversidad queda asociada a la jerarquización. Así, la construcción de la *diversidad sociocultural y sus usos*³, entendidos en términos de *manipulación y politización de las diferencias étnicas, sociales y culturales* por los cuales se definen *zonas de inclusión/exclusión*, deben inscribirse -y, por tanto, historizarse- en los procesos más generales de constitución de una sociedad y comprenderse al interior de las relaciones de hegemonía/subalternidad (Neufeld y Thisted, 1999: 48) presentes en ella; es decir deben comprenderse en el marco de las características que informan cada orden histórico-social y dan cuenta, ente otras cuestiones, de cómo cada sociedad se piensa a sí misma, a sus miembros y a las relaciones sociales que los constituyen en tanto tales. Las características de cada formación social dibujan las fronteras (materiales y simbólicas) dentro de las que se inscriben las relaciones *nosotros-otros*, delimitando, por tanto, el conjunto de sentidos socialmente disponibles y hegemónicos respecto de la alteridad. Sentidos que integran la disputa social en la que los distintos grupos pugnan por definir los contenidos y la direccionalidad de cada sociedad. En este proceso, dinámico y complejo, de hegemonización, “...los distintos sectores sociales, si bien con armas desiguales, confrontan sus propias expectativas y luchan por imponer sus sistemas de significados” (Juliano, 1994a).

Siguiendo a Juliano (1994b), cada coyuntura define su “otro” fundamental y lo hace a partir de la definición de un *modelo étnico social privilegiado*, estableciéndose así una adscripción social hegemónica y fundante, que subordina otras más particulares. La atribución de sentidos a la alteridad, su relación con un modelo étnico determinado y hegemónico para cada momento histórico, son elementos de procesos mayores de constitución de cada formación social que responden a necesidades específicas de orden político-cultural y que contribuyen a delinear cada tipo de sociedad en particular.

³ La categoría de “usos” de la diversidad sociocultural fue ampliamente desarrollada en el marco del proyecto de investigación UBACyT (1994-1998) “Los “usos” de la diversidad sociocultural en un marco de neoconservadorismo. Continuidades y rupturas entre escuela y sociedad”, dirigido por la Dra. María Rosa Neufeld.

Contreras (1994: 10-11) sostiene que la percepción sobre la diversidad cultural acostumbra a desarrollarse sobre todo en dos tipos de situaciones: en las de contacto entre culturas distintas y en las situaciones de cambio y, más particularmente, en las de cambio rápido en una misma cultura, momentos en los que se derrumban las estructuras y las instituciones que se creían más sólidas. La percepción sobre la transitoriedad y la relatividad de las formaciones socioculturales se agudizan en estos períodos históricos y resurge el conflicto racial. Siguiendo esta perspectiva, los mecanismos de diferenciación, en su vertiente de inferiorización/subalternización, adquieren virulencia en tanto efectos, pero también como partícipes de cambios y acontecimientos que tensionan los parámetros de un determinado orden social, en términos de las modalidades establecidas para la integración y pertenencia social. Cada modificación de un orden o aspectos profundos del mismo tienden también a una redefinición del modelo étnico y cultural desde el cual se construye al diferente, y la extensión del “adentro” y el “afuera” social. El grado de amplitud del “adentro” influye en buena medida, en la legitimidad o no de los procesos de construcción de la diferencia/jerarquización/exclusión y la virulencia de su manifestación.

Acerca de la “racialización del 'otro' ”

En este apartado quisiera realizar algunas consideraciones en torno al racismo y a lo que actualmente se denomina *neorracismo* (Balibar, 1988) o *racismo diferencialista* (Taguieff, 1993). Moreno Feliú (1994: 230) sostiene que el racismo, en tanto ideología, remonta su nacimiento al siglo XIX en forma concomitante al auge que experimentaron las ciencias biológicas en el campo científico y en relación al desarrollo del liberalismo político en las sociedades capitalistas avanzadas. El principio de la igualdad individual de los ciudadanos posibilitó que el desarrollo de las ciencias biológicas en ese período jugara un papel central en la legitimación de las desigualdades. Al no poder ser social o política, la diferencia devenía “natural”: ésta es la novedad introducida por el racismo al imponer el determinante biológico en la justificación de las jerarquías sociales. En palabras de la autora, “...el racismo es propio de una sociedad que ideológicamente está basada en el principio estructurante de la igualdad como valor. La ruptura que frente a otros universos políticos supone el principio de igualdad (con su universalismo explícito) contrasta con el reconocimiento empírico de situaciones je-

rárquicas: peculiarmente en la -por primera vez aislada- esfera económica. En la esfera política, el principio de igualdad individual - ante la ley por ejemplo- es incompatible con el mantenimiento de un orden jerárquico. Por ello, mientras otros sistemas sociales -incluso los europeos de otras épocas- presuponían el orden jerárquico y no necesitaban una legitimación explícita, en Occidente la existencia de jerarquías empíricas que contrastan con los principios ideológicos se establece en nombre de la ciencia, que los sitúa no en un orden social, sino en el natural” (Moreno Feliú, 1994: 230). La metáfora orgánica se extendió a las instituciones sociales y los principios de selección natural y supervivencia del más apto conformaron la base explicativa de las diferencias individuales y grupales. La categoría “raza” y su apelación al genotipo -y su asociación a determinados rasgos fenotípicos- fijó a sus portadores en comportamientos, valores y actitudes considerados como estáticos, esenciales e inmutables.

A partir de la crisis de los Estados de Bienestar, y desacreditado el significante de la “raza”, surge un *racismo sin razas*, un *neorracismo* (Balibar, 1988), asentado en el principio de la irreconciliabilidad e irreductibilidad de las diferencias culturales y que, en apariencia, no postula la superioridad de unos sobre otros. Este nuevo racismo muestra que “el naturalismo biológico o genético no es el único modo de naturalización de los comportamientos humanos y de las pertenencias sociales. A costa del modelo jerárquico (más aparente que real), la cultura puede funcionar como una naturaleza, especialmente como una forma de encerrar a priori a los individuos y a los grupos en una genealogía, una determinación de origen inmutable e intangible (...). En las doctrinas neorracistas, la desaparición del tema de la jerarquía es más aparente que real (...). La idea de jerarquía se reconstruye en el uso práctico de la doctrina (por lo que no necesita que se la enuncie explícitamente) y en el tipo de criterios que se aplica para concebir la diferencia entre las culturas (...). Esta presencia latente del tema jerárquico (...) se expresa hoy en día especialmente en la prevalencia del modelo individualista: las culturas implícitamente superiores serían las que valorizan y favorecen la empresa 'individual', el individualismo social y político, por oposición a las que lo inhiben. Serían las culturas cuyo 'espíritu comunitario' está formado precisamente por el individualismo” (Balibar, 1988).

En las justificaciones de este nuevo racismo de raíz culturalista,

ocupan un lugar central las grietas dejadas por el relativismo cultural, al plantear la validez equivalente de las diferentes culturas sin tener en cuenta la estructura de desigualdad de las sociedades. Bajo el lema del “respeto a la diversidad y la diferencia cultural” se puede justificar la creación de compartimentos estancos: “...para los culturalistas, el problema no es el color de piel sino la incompatibilidad cultural igualmente reificada (...). Este discurso se ve como legítimo, pues se apoya en una vertiente de la antropología y, moralmente válido, pues pretende respetar las características esenciales de los demás al mismo tiempo que salvaguarda las propias. Su eficacia legitimadora de la discriminación es entonces tan alta que no debe extrañarnos que sea compartido por los medios de comunicación y por los sectores sociales encargados de la autorreproducción social, por ejemplo, los maestros” (Juliano, 1994c: 26). En esta línea, Contreras plantea que los procesos de exclusión basados en la construcción de estereotipos esencialistas no está reñido con discursos antirracistas: “...A veces, la distancia entre el racismo y el antirracismo no es tan grande (...) A veces, la distancia entre el universalismo y el particularismo no es tan grande. Se pueden defender posturas contradictorias (racismo y antirracismo) desde presupuestos ideológicos semejantes (la defensa de uno o todos los particularismos). Y, a la inversa, desde una misma postura -la de aceptar el pluriculturalismo- se puede ser racista o antirracista” (Contreras, 1994: 19-20).

Estado, sociedad, educación y migraciones

En el abordaje de la diversidad sociocultural me centraré en la *cuestión de los migrantes* por varias razones. En primer lugar, por el papel que jugaron en la conformación de nuestro país y de un determinado tipo de “identidad nacional”, en tanto adscripción identitaria hegemónica. En segundo lugar, asistimos a procesos en los que parece darse lo que Balibar (1988) llama para el caso de Francia la *psicosis de la inmigración*: un contexto internacional plagado de manifestaciones xenófobas y racistas, en las que el “otro” por excelencia es el “extranjero”. En tercer lugar, porque en nuestro país, a partir del ajuste estructural, la hegemonía neoliberal y las profundas modificaciones producidas en la estructura social en la última década, “...los cortes se producen a lo largo de líneas de fractura, ya prediseñadas en este caso por la historia negada de la discriminación en la Argentina”. Desde esta perspectiva, la *cuestión de*

los migrantes se convierte en un *analizador* en tanto "...lo que sucede con los migrantes anticipa o permite entrever los modos en que se justifica la exclusión de otros conjuntos sociales, ya no por ser inmigrantes sino por su pobreza, su falta de educación, la obsolescencia etaria, etc." (Neufeld y Thisted, 1999: 29).

El "otro" en los comienzos de la organización nacional

En los momentos de constitución del Estado-nación, la categoría que se construye por encima de otras identificaciones más particulares es la de *ciudadano*, fijando los límites en la pertenencia a la comunidad nacional y los derechos que ella habilita. En este marco se inscribe la construcción de la "Argentina crisol de razas", como cristalización de un determinado tipo de nacionalidad: una construcción mítica orientada a la cohesión de grupos de disímil procedencia, que debían homogeneizarse como requisito para la construcción de la nación.

En esta etapa, las elites dominantes promovieron el surgimiento de una sociedad capitalista integrada al mercado mundial a partir del modelo de acumulación agroexportador. Una de sus estrategias fue "...reemplazar a la población indígena y mestiza por una mano de obra sin derechos territoriales previos y sin cohesión grupal que pudiera servir más fácilmente a los proyectos de acumulación de los sectores dominantes" (Juliano, 1994b: 361). La promoción de mano de obra migrante de origen europeo -de la que se destacaba su supuesta superioridad cultural-, "...coincidía con una visión de la modernización de la elite dominante, que consistía en la necesidad de traer a estas orillas trozos vivientes de esas sociedades modernas para reproducir el proyecto de transformación deseado y asociado con la modernidad" (García Delgado, 1994:44).

En las corrientes migratorias europeas anteriores a 1880, predominan comerciantes que se relacionan y emparentan con los sectores dominantes locales; pero aquéllas que se producen en el período que va de 1880 a 1930, coinciden con la llegada de campesinos pobres, la mayoría analfabetos, procedentes de Italia, Galicia, del este de Europa y otras zonas del Mediterráneo (Juliano, 1994b: 365). El gran porcentaje de analfabetismo que poseían marca la contradicción con el discurso oficial.

En esta época, la conflictiva relación nosotros/otros, fue encarada a través de la "integración cultural", eliminando los aportes de la cultura popular, las viejas tradiciones nacionales y la de los grupos

étnicos. La contradicción fundamental del período fue *civilización o barbarie* -incluyendo en este último a indígenas y gauchos-, aunque pronto también serán “bárbaros” los inmigrantes europeos que no se subordinaron al proyecto hegemónico (Montesinos, Pallma y Sinisi, 1995). Es que en esa época se construyó un Estado concebido para garantizar sólo derechos civiles y restringidas libertades políticas. Pero los mismos derechos civiles y la igualdad ante la ley tuvieron contenidos contradictorios que se fueron perfilando a medida que el movimiento sindical y urbano de los sectores populares -nativos y extranjeros- crecía. Los conflictos de esta “integración” se manifestaron claramente en la sanción de la Ley de Residencia en 1902 y en la Ley de Defensa Social en 1910. De esta manera, durante esta década conviven dos visiones del inmigrante, la de civilizador y la de subversivo (Olrog y Vives, 1999: 96).

No obstante los conflictos y contradicciones señaladas -y que marcaron la instalación/integración en el país de estas corrientes migratorias-, en términos de los procesos de adscripción hegemónicos, se forja una identidad nacional que gira en torno a la noción idealizada de “país de inmigrantes, de origen europeo y no país con inmigrantes” (Oteiza y Aruj, 1995). Esta percepción de la propia identidad nacional va a determinar fuertemente las distintas valoraciones que en adelante se fueron produciendo frente a los orígenes de otros contingentes migratorios, ocultando/negando nuestra historia forjada de discriminaciones y diferencias muchas veces antagónicas respecto de los nativos -gauchos e indios- y la mayoría de los extranjeros europeos que en aquella época llegaron a nuestro país.

En la construcción de esta “identidad nacional”, la educación fue el dispositivo privilegiado: para “hacer” la nación había que construir el Estado y éste debía ser un Estado docente. El proyecto educativo se caracterizó por un profundo contenido *civilizador*: había que modernizar viejas creencias y lograr una amalgama a partir de las disímiles procedencias culturales de sus habitantes, para la constitución de un “ciudadano” con sentido de pertenencia nacional por encima de las particularidades regionales, sociales o étnicas. El proyecto ilustrado de la Generación del '80 cristalizó en la Ley 1420. En ella, los contenidos asignados a la escuela *obligatoria, gratuita y laica*, estaban dirigidos a la creación de la “conciencia o identidad nacional” donde la enseñanza del idioma y la historia local, a través de la fijación en el calendario escolar de las efemérides

y los rituales⁴ que las acompañaban fueron los elementos privilegiados, con un claro sesgo homogeneizador⁵, puesto que se diseñó una oferta educativa homogénea y con aplicación nacional: se trataba de igualar a través de un camino único (Puiggrós, 1990: 40; Montesinos, et al., 1995).

Los principios de universalidad y homogeneidad plantearon una inclusión contradictoria puesto que la integración de nuevos grupos sociales se asentó en la discriminación y negación de sus identidades sociales y culturales. Sin embargo, el proyecto educativo tuvo una importante eficacia simbólica en la producción, en el imaginario social, de la creencia acerca de "...la existencia de una cultura de la tolerancia (...) y esta disposición (es la que) había posibilitado la creencia en la amalgama que se produciría en el crisol de razas, en otros términos, la asimilación o integración de una masa de personas nacidas en otras latitudes que debían suplir las fallencias de los nativos" (Neufeld y Thisted, 1999: 25). Puiggrós plantea que el desarrollo del sistema educativo fue posible por una conjunción de condiciones, entre las que destacamos la "...creencia en la capacidad del sistema escolar para provocar movimientos en la sociedad tales como la movilidad, redención, moralización y el progreso económico (...), la coincidencia entre los sectores fundamentales de la sociedad de la legitimidad del Estado y la necesidad de que cumpla un rol directivo en el campo educativo (...) y la existencia en el presente de posibilidades futuras más que actuales para quienes concurren a él como educandos (...). Algunas de estas condiciones son las que le dieron sostén material al mito de la escuela civilizatoria". En este sentido, se torna importante destacar que si bien "...los sistemas educativos no se modernizaron (...), durante un siglo el discurso pedagógico de la Instrucción Pública tuvo efectos ideológicos fundamentales y contribuyó a que la Nación fuera posible en la imaginación colectiva, sin la redefinición de los factores económicos y políticos que la negaban" (Puiggrós, 1990: 41).

La formación de las nuevas capas medias documentan los procesos de integración de las primeras capas migratorias, para quienes el pasaje por la escuela pública influyó en las modalidades en que se plasmó la integración. Las presidencias de Yrigoyen, su ex-

⁴ Para un análisis más completo, ver el artículo de Novaro en este volumen.

⁵ Un elemento objetivo de uniformización y homogeneización fue la sanción de la Ley Láinez en 1905 que permitió al Consejo Nacional de Educación crear escuelas en los territorios nacionales.

presión política, representaron intentos por lograr una mayor democratización en el ámbito de los derechos políticos y civiles⁶ y la asunción de un rol estatal de mayor mediación de los conflictos sociales. No obstante, el modelo de acumulación agroexportador no fue puesto en cuestión, de tal suerte que no hubo rupturas con los sectores oligárquicos dominantes ni cuestionamientos acerca de las desigualdades sociales que aquél generaba (García Delgado, 1994: 47).

En el campo educativo, durante el yrigoyenismo se produce una recuperación de la tradición hispana como vía para la construcción de un horizonte común que unificara tanto a los sectores tradicionales que provenían de ese origen, como a los hijos de inmigrantes españoles, en la medida en que constituían cerca de la mitad de la población extranjera. No obstante, la fuerte presencia de italianos determinó un viraje del modelo étnico vinculado a una identidad “latina”, más vaga pero más inclusiva. Es la época en que se instaura el *Día de la Raza*, con la pretensión de unificar ambas fuentes de identidad en un mismo modelo de pertenencia étnica (Juliano, 1994b: 366-367).

El “otro” en épocas de mayor inclusión social

Con la crisis de 1930 se asiste a la pérdida de hegemonía del capitalismo clásico para sustentar el proceso de acumulación. En los países más avanzados, especialmente a partir de la Segunda Guerra Mundial, toma forma el denominado Estado de Bienestar, que permitió el desarrollo de una etapa del capitalismo que combinó las necesidades de acumulación del capital con la progresiva expansión en cantidad y calidad de las condiciones de vida de amplios sectores de la sociedad. Este particular arreglo institucional asumió especificidades concretas en cada país en función de su historia, características y fuerza de los sujetos y actores relevantes, los términos en que se plasmó la puja distributiva y el conjunto de instituciones e instrumentos heredados y contruidos para llevarlo a cabo.

En el ámbito local, a partir de los años '30, la caída de la legitimidad de los sectores oligárquicos, el ascenso de las fuerzas armadas y una nueva configuración de actores de la sociedad civil (presencia de sectores del empresariado industrial y un nuevo proletariado urbano) (García Delgado, 1994: 47), influyen en el pasaje del Estado Liberal-oligárquico al Social, que tendrá su máxima expre-

⁶ En este contexto se inscribe la Reforma Universitaria de 1918.

sión durante las dos primeras presidencias peronistas. El modelo de desarrollo dominante, basado en la sustitución de importaciones, se mantuvo con vigencia hasta mediados de los '70. En este período, el Estado se constituyó en un actor central garantizando tanto la rentabilidad del capital como la provisión de bienes y servicios de uso colectivo; fue árbitro entre los diferentes intereses sociales, al tiempo que escenario de la lucha social (Grassi et al., 1994: 11-12).

Especialmente durante el período 1945-53, se produjo una importante incorporación de los sectores populares, relegados hasta ese momento. Desde el modelo político, cambió el referente de clase, al tiempo que se trataba de una incorporación necesaria al nuevo modelo de industrialización. Fue una época de expansión de derechos sociales y políticos⁷.

Ya con la crisis del '30, va tomando cuerpo otra migración, del campo a la ciudad. El desplazamiento se produce hacia las principales ciudades, proceso que crece con el surgimiento del peronismo y la consolidación del modelo de sustitución de importaciones. En tanto integrante de los sectores populares y de la clase obrera, el *hombre del interior*, tuvo un destacado protagonismo social. Sin embargo, en tanto “migrante” y percibido como de “afuera” y viniendo de “abajo”, su presencia produjo una nueva construcción etnocéntrica de la diferencia. “Integrado” ya el inmigrante europeo, los nuevos sujetos objeto de la discriminación serán conocidos como *cabecitas negras* (Montesinos et al., 1995). En este sentido, el término *aluvión zoológico* ilustra la representación estigmatizante que acerca de ellos construyeron tanto los sectores tradicionales como los anteriores “otros”, esto es, migrantes europeos y sus descendientes, al tiempo que da cuenta de las luchas sociales entre los distintos sectores en la definición de los parámetros de inclusión e integración social. Así, la incorporación y protagonismo social de nuevos grupos adquieren sentidos contradictorios que contribuyen a la gestación de la historia de la discriminación en la Argentina: su presencia en las grandes ciudades fue significada en términos de derechos, pero también percibida/construida como “invasión”.

⁷ La expansión de los derechos sociales, a diferencia de los países centrales, aquí no estuvo atada a la expansión de la ciudadanía, sino a la “categoría de trabajador”, a la participación en el mercado formal de trabajo. Debido a la extensión alcanzada por el empleo, sus beneficios fueron percibidos como universales, mito que cae con las altas tasas de desempleo pos ajuste. Dentro del campo de las políticas universales, especialmente la educación primaria logró una cobertura casi universal. Ver Grassi, Hintze y Neufeld (1994).

Respecto de la población migrante de origen limítrofe, su presencia -de larga data en nuestro país- se caracterizó por ocupar los puestos más bajos del mercado laboral, especialmente aquellos que los nativos despreciaban y dejaban vacantes, produciéndose una etnización de ciertos tipos de trabajo⁸: su presencia se asentaba en circuitos laborales segmentados, funcionales a diversas economías regionales y sectoriales que requerían de trabajadores estacionales o golondrinas. Pero en esta misma época, también esta población fue acercándose a los grandes centros urbanos, al Conurbano Bonaerense y a la Capital Federal, dando lugar a la construcción, en la ciudad, de un nuevo estereotipo negativo, que resaltaba la “inferioridad” del inmigrante latinoamericano.

Ahora bien, la escuela continuó siendo un espacio privilegiado en los procesos de integración social y a través de ella, los sectores populares apostaron a la movilidad social. Especialmente durante los gobiernos peronistas se produce un cambio en la relación de los sectores populares con el poder estatal que, en el campo educativo, se reflejó en el aumento de las tasas de escolarización y en la diversificación de modalidades educativas, con orientación profesional. La apuesta por la diversificación educativa y la expansión que las propuestas educativas no formales tuvieron en este período deben comprenderse en el marco del cambio de referente de clase que asumió la intervención estatal. La diversificación de modalidades educativas se vinculó, por un lado, a las demandas de calificación requeridas por el modelo de industrialización y, por el otro, a los reclamos de ampliación de los derechos sociales por parte de nuevos grupos. Aun cuando esta diversificación supuso la configuración de itinerarios educativos diferenciados según la procedencia social de sus destinatarios, constituyeron efectivos espacios de integración social para los nuevos sujetos sociales que ingresaban en la escena política.

Acerca de los contenidos escolares, el peronismo implementó algunas redefiniciones, por un lado, acorde con la diversificación de la oferta educativa con especial orientación a la enseñanza técnica, se enfatizó la “capacitación para el trabajo” y, por otra parte, se acentuaron contenidos vinculados a los valores y la ideología (Grassi, et al., 1994:78) con el objetivo de generar identificación con el nuevo modelo político. Esto se tradujo en la incorporación de con-

⁸ En los países centrales, varios autores dan cuenta de un proceso semejante. Ver Wallerstein, Balibar, Contreras, Alvarez Dorransoro y Wieviorka.

memoraciones especiales y una simbología específica, con tintes personalistas, de exaltación de sus “conductores”. En términos del modelo étnico, Juliano plantea que “...el modelo de pertenencia se hizo más autóctono al tiempo que cambiaba el referente de clase” (Juliano, 1994b: 368).

El período posterior a la caída de Perón estuvo signado por la ideología desarrollista y su modernización industrializadora, adquiriendo mayor importancia las funciones instrumentales de la educación -la formación de “recursos humanos”- priorizando su función económica. Tal como sostienen Gras et al. (1994:79), “...entre los años 1955 y 1966, el desarrollo de sectores industriales modernos como la petroquímica y la metalúrgica y sus efectos de arrastre sobre el conjunto de la economía y la dinámica social, proveyeron el impulso para el tercer y último período de gran significación estadística en el proceso de escolarización de la población, que se continuó con posterioridad a 1966”. Simultáneamente, también surgen dos aspectos centrales, íntimamente vinculados entre sí: el avance del sector privado en educación⁹ y, de manera complementaria, la progresiva instalación del principio de subsidiariedad estatal en materia educativa; al tiempo que comienzan las primeras descentralizaciones en el área de la educación primaria¹⁰. Sin embargo, a pesar del aumento de matriculación en instituciones privadas, los sectores populares “siguieron incorporándose a la enseñanza a través de las escuelas públicas a cargo del Estado” (Grassi, et al., 1994: 81). Nuevos circuitos educativos comienzan a diseñarse en función de las características de origen de la población escolar.

De manera concordante, es a partir de los años '60 que las normas migratorias comienzan a tener en cuenta la población migrante de origen limítrofe, implícita o explícitamente, a través de las referencias al tipo de migración deseable, las restricciones en el ingreso y la normatización acerca de la situación de los trabajadores migrantes ilegales¹¹, iniciándose una etapa de mayor selectividad.

⁹ Esto se concreta con la creación de la Superintendencia Nacional de Enseñanza Privada (SNEP): organismo que centralizó la supervisión del sector, anteriormente bajo el control de la modalidad y el nivel oficial correspondiente.

¹⁰ Las primeras provincias que pasaron a gestionar el subsistema de educación primaria fueron Neuquén y Santa Cruz (Grassi, et al., 1994).

¹¹ Es importante destacar que fueron los gobiernos de facto los que legislaron el fenómeno migratorio (en pos de una mayor restricción), mientras que los democráticos lo hicieron a través de normas de excepción como lo son las amnistías (Sassone, 1987).

Finalmente, hasta los años '70, lo que nos interesa destacar es que el desarrollo de ese particular arreglo institucional que fue el Estado Social posibilitó la conformación de un horizonte amplio en el cual -aún a pesar de las profundas desigualdades que lo surcaban- la movilidad social, el acceso a la educación y el desarrollo del empleo lograron la construcción de un horizonte de integración social amplio que lograba amortiguar la expresión desembozada de los mecanismos de diferenciación/inferiorización, expresado, muchas veces, tanto en términos de discriminación positiva -privilegiando a aquellos ubicados en el polo de la valorización positiva-, o en el desarrollo del mito de la “cultura de la tolerancia” que supuestamente posibilitó la conformación de la “Argentina crisol de razas”.

El “otro” en la hegemonía neoliberal

Los procesos inflacionarios que se desencadenan a mediados de la década del '60 y que aumentan con la crisis petrolera del '73, inician la crisis del modelo de acumulación vigente especialmente desde la Segunda Guerra Mundial. Para el caso de América Latina, estalla principalmente con la crisis de la deuda externa en 1982. En esta época, si bien se hacen sentir los cuestionamientos de izquierda y derecha al funcionamiento del Estado de Bienestar¹², surge con más fuerza, acaparando los campos político e intelectual, la crítica conservadora orientada a recortar poder a los asalariados, como forma de reorientar los ingresos a favor del capital, razón por la cual sus ataques se centran en el papel que el Estado desempeñaba en la redistribución de ingresos y en la regulación de la economía (Grassi et al., 1994: 6; Isuani, 1991: 10).

Frente a la crisis¹³, las estrategias y respuestas desplegadas va-

¹² Las críticas al Estado de Bienestar se centraron en su ineficiencia, su extremo burocratismo, la ausencia de competencia que provocaba en la producción y la inversión, fruto de su intervención y de no ser, en la práctica, universal puesto que los recursos no llegaban a quienes realmente los necesitaban. Más allá de los aciertos de algunas de las críticas, la alternativa hegemónica se planteó “reconvertirlo” en pos de un nuevo modelo de acumulación.

¹³ La crisis del Estado de Bienestar es tanto producto como parte integrante de profundos cambios marcados por la profundización de la transnacionalización de la economía, acompañada de una gran concentración financiera, comercial y tecnológica en manos de las multinacionales; el desarrollo de los medios de comunicación; la revolución científica y tecnológica que conducen a una globalización cada vez más creciente que genera entre otras cosas, una mayor interdependencia en el mercado y una redefinición de los escenarios nacionales, tal como habían sido diseñados desde la época de la conformación de los Estados - Nación. En el campo de la producción, se asiste a cambios en los parámetros

riaron en cada país en función de sus marcos institucionales, regímenes políticos, fuerza de los actores relevantes, nivel alcanzado por las contradicciones entre los distintos grupos sociales y el grado de amplitud y desarrollo de los derechos civiles, políticos y sociales, es decir, las expectativas de ciudadanía.

Los autoritarismos en América Latina intentaron dar respuesta a la nueva situación. En el caso de Argentina, las políticas implementadas por la última dictadura dejaron grietas en las anteriores instituciones económicas y sociales, constituyéndose en las bases materiales y simbólicas de la conversión neoliberal llevada a cabo por el Partido Justicialista con apoyo democrático varios años después¹⁴. En este contexto es importante remarcar, siguiendo a Grassi et al. (1994: 5), que “...la crisis fue global (de un modelo social de acumulación) y los intentos de resolución han derivado en transformaciones estructurales que dan lugar a un modelo diferente, que incluye por definición la informalidad laboral, el desempleo, el subempleo, la desprotección laboral y, consecuentemente, la pobreza”. Este cambio de modelo asumió su expresión institucional en la conformación del *Estado Neoliberal Asistencialista*¹⁵ y se concretó con el llamado “ajuste estructural”, que no representó una “respuesta técnica” a un “problema económico”, sino “...que es parte de una redefinición global del campo político-cultural y del carácter de las relaciones sociales, expresión -a su vez- de los resultados de la lucha social y parte de un proyecto de “reintegración social” con parámetros distintos a aquellos que “entraron en crisis” desde los años '70. En este nuevo marco, se redefinen y se reintegran (de distinta manera) los sujetos y actores sociales: los ciudadanos, los trabajadores y los pobres” (Grassi et al., 1994: 11).

El conjunto de políticas y medidas implementadas abarcaron

distribuciones y relocalizaciones geográficas; cambios en los términos de la competitividad internacional y, fundamentalmente, un aumento creciente del desempleo y la precarización laboral, con el consiguiente debilitamiento de la clase obrera. Según Stuart Hall (1993) se trata de una nueva división social del trabajo a escala internacional, en la que también intervienen los nuevos movimientos de población. A diferencia de épocas anteriores, las metrópolis son el lugar añorado por grandes contingentes en busca de mejores oportunidades, pero en una época de “puertas cerradas”.

¹⁴ El ajuste tardío llevado a cabo por nuestro país, en comparación con otros países latinoamericanos, puede explicarse por las características asumidas por la transición democrática, que puso en primer lugar reclamos postergados de participación política y social y de democratización de las instituciones y relaciones sociales. Recién con la hiperinflación de 1989, estalla la crisis con toda su fuerza.

¹⁵ Esta expresión está desarrollada en Grassi et al. (1994: 17).

los distintos campos de la vida social y favorecieron la ampliación de las áreas de acumulación con la consiguiente transferencia de recursos a los grupos económicos transnacionales y sus aliados locales; como contrapartida, desfavorecieron a los sectores populares, a los trabajadores y sectores de la clase media, vulnerando derechos duramente conquistados. Después de más de una década, el escenario actual presenta una mayor concentración de la riqueza, niveles inéditos de desempleo, subempleo, desprotección social y, en consecuencia, una extensión de la pobreza que alcanza a casi la mitad de la población argentina.

Estas situaciones se han entrecruzado de manera compleja con un “clima de época” dominado por la *prevalencia del modelo individualista* (Balibar, 1988) produciendo renovadas peleas por espacios y recursos ahora reducidos, prevaleciendo la lógica de “ganadores y perdedores”, dirimida sólo en función de atributos puestos en juego en el espacio del mercado. Estos procesos tienen su sustrato ideológico en la aceptación de las desigualdades naturales, la justificación del éxito de los “más competentes” o “los más capacitados o diestros”; un nuevo sentido común por el cual la sociedad es concebida como conjunto de individuos y en donde se exalta o culpa al individuo aislado de su éxito o fracaso (Montesinos, et al., 1995). En esta perspectiva, los cambios descriptos constituyen condiciones que favorecen *procesos de politización/manipulación de la diferencia*, al tiempo que éstos contribuyen a legitimar las “consecuencias” sociales del proyecto neoliberal. Los procesos que subyacen al cambio de modelo anclan en una modificación trascendental en los contenidos políticos y culturales que definían la vigencia del Estado Social. Si por un lado, el modelo anterior cubría bajo el manto de la integración social acrítica y homogeneizadora la desigualdad estructural, incluía de todas maneras a la “igualdad como positividad y como potencialidad” (Grassi et al., 1994: 218). En cambio, el proyecto neoliberal construyó paradójicamente su legitimidad sobre el develamiento de dicha desigualdad, pero ocultando las condiciones sociales e históricas que la producen (Grassi et al., 1994:20).

En 1993¹⁶, momento en el que se disparan los índices de desocupación, comienza a manifestarse la construcción de un tipo de visibilidad acerca del “otro”, en el que las “voces oficiales” adquiere-

¹⁶ Datos del relevamiento hemerográfico que realizamos en el Programa de Antropología y Educación, Universidad de Buenos Aires.

ron un rol preponderante, al igual que los medios de comunicación. Se construye su presencia en forma sobredimensionada¹⁷, colocándolos en el polo negativo del estigma y en el rol de “chivo expiatorio”. En este período, el “otro” en tanto extranjero es nuevamente construido como un “otro” invasor, delincuente y también como inmigrante ilegal, indocumentado, usurpador de puestos de trabajo, etc.

En la última década, los procesos de fragmentación social han diezmado diques contenedores de larga construcción, vinculados a la reformulación de los límites y roles de la acción estatal y a un proceso global de privatización de la vida (Grassi, 1994) por el cual quedó en manos de los sujetos asegurarse gran parte de las condiciones de su reproducción, recibiendo solo “ayudas” compensatorias y transitorias que apenas favorecen “inserciones” temporalmente asistidas y precarizadas en los límites sociales donde se juega la dramaticidad del agudizamiento de las condiciones de explotación. La ruptura de lazos sociales más inclusivos desembocó en un reforzamiento de los procesos de diferenciación, en los que el representado como “otro” es vivido como enemigo y contrincante: el “otro” es el pobre, el migrante (interno y externo) con quien disputar bienes hoy no disponibles para todos: la salud, el trabajo, la educación, el derecho al espacio urbano, etc. Se naturaliza el desplazamiento del “otro” con vistas a la preservación del propio lugar (aunque éste también haya sufrido un desplazamiento): en todo caso, para los que siempre (aunque de manera desigual) estuvieron adentro, se trata de no saltar a los márgenes o fuera de él. Se adoptan posturas marcadas por la estigmatización y la racialización (Sinisi, 1999: 205-206) hacia aquellos a los que se percibe desde una distancia infranqueable, desde el desconocimiento y la inquietud.

¹⁷ La presencia de migración limítrofe es rastreable desde el primer censo nacional de población y se mantiene estable en números relativos respecto de la población extranjera total; lo que sí ha variado es su peso dentro de ésta, hasta llegar en la actualidad a que 3 de cada 5 extranjeros son de origen limítrofe (INDEC, 2004). Asimismo, si bien se registra un aumento en números absolutos en el período intercensal 1991-2001; lo que ha aumentado en los últimos años es su concentración espacial, por lo que en determinadas zonas de la Ciudad de Buenos Aires, su presencia es más visible. No obstante, también se construye su visibilidad y se la sobredimensiona cuando, por ejemplo se habla de la “Villa de los Paraguayos” cuando la mayoría de sus habitantes son “argentinos”, aunque muchos sean descendientes de migrantes de ese origen; se habla de la “escuela de los coreanos”, cuando su número no alcanza ni el 5% de la matrícula escolar (Montesinos y Pallma, 1999). Respecto del análisis de las variaciones intercensales, hay que cuidar ciertos recaudos metodológicos puesto que la pregunta orientada a captar la población extranjera fue modificada en el último censo. Agradezco a Laura Calvello, socióloga especialista en migraciones del INDEC, por haberme alertado sobre esta modificación.

En la misma línea, Balibar (1988) sostiene que en la actualidad la categoría de “inmigración” se constituye como sustituta de la noción de raza, que a la crisis también hay que especificarla como *crisis racista* y al racismo actual como *racismo de crisis*, el cual “...no es un fenómeno totalmente nuevo (...). Es la superación de determinados “umbrales de intolerancia” (generalmente proyectados sobre las propias víctimas en términos de “umbrales de tolerancia”). Es la entrada en escena, el paso al acto de capas y clases sociales nuevas (o de individuos cada vez más numerosos en capas sociales nuevas) que adoptan una postura de 'racificación' en situaciones cada vez más variadas: en materia de vecindad urbana, pero también de trabajo, en materia de relaciones sexuales y familiares, pero también de política. Si (...) es cierto que la ideología racista es esencialmente interclasista (no sólo en el sentido de su superación, sino de una negación activa de las solidaridades de clase), el racismo de crisis caracteriza una coyuntura en la que la estratificación social deja de determinar una actitud con tendencia a diferenciarse respecto a los 'extranjeros', cediendo el lugar a un 'consenso social' basado en la exclusión y en la complicidad tácita de la hostilidad. Por lo menos se convierte en un factor determinante del consenso que relativiza las estratificaciones de clase” (Balibar, 1988). Se produce una etnización del extranjero para marcar la diferencia y relegarlo, al tiempo que la “sociedad nacional” actúa como *grupo étnico* en esta caracterización, “relativizando” sus desigualdades internas. Esta construcción social del migrante tuvo su correlato en la década de los '90 en normativas migratorias, habilitando mecanismos más restrictivos y de control (Olrog y Vives, 1999: 110-113).

Como saldo del período, en contraposición con los “otros” migrantes de fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, “...los *extranjeros* son otros; bolivianos, peruanos, paraguayos y chilenos, coreanos¹⁸, chinos, rusos y ucranianos. Una estratificación naturalizada y compartida -a veces verbalizada de forma desembozada- coloca una vez más a los europeos y blancos en la cúspide de la es-

¹⁸ Aproximadamente desde el año 1965, se observa el arribo de inmigrantes orientales, principalmente coreanos y en menor medida chinos, sobre los cuales se construyen representaciones ambivalentes y contradictorias. Por un lado, son ponderados en términos de “vocación de trabajo”, “facilidad para las matemáticas”, etc., pero por otra parte, y aquí los medios de comunicación han tenido un rol importante, aparecen satanizados en tanto “esclavistas” y “explotadores” de la mano de obra de origen limítrofe. Ver Courtis y Santillán (1999).

cala evolutiva, a los hiperexotizados orientales en el medio, y debajo, maltratados de distintas maneras, a los latinoamericanos limítrofes y no limítrofes” (Neufeld y Thisted, 1999: 27-28).

La hegemonía neoliberal en la reconstitución del Estado implicó una reformulación global del sentido y orientación de las intervenciones estatales y las modificaciones en el campo educativo son trascendentales por el significado histórico de su constitución en nuestro país: la formación del ciudadano y su configuración como derecho social. Ambas tradiciones son quebradas con los procesos de implementación de la Reforma Educativa originados a partir de la sanción de la Ley Federal de Educación en 1993. En su lugar aparecen nuevos sentidos y prácticas.

Por un lado, se produjo un quiebre en la vinculación entre los principios de universalidad e igualdad (y gratuidad)¹⁹, en tanto eje alrededor del cual se organizó el sistema educativo. La universalidad de la acción educativa estatal presuponía a la igualdad como condición y meta -en tanto sostenía una definición única de los destinatarios de la educación: futuros ciudadanos-, a la gratuidad como garantía del acceso universal y a la homogeneidad de contenidos y prácticas como paradigma de intervención. En su reemplazo aparece el concepto de equidad que sostiene la necesidad de una oferta diferencial de los bienes y servicios educativos, dada la heterogeneidad de la población en cuanto a sus puntos de partida y posibilidades de efectivizar el tránsito por el sistema educativo, para lograr resultados equivalentes. Así, crean tipificaciones de “destinatarios” asentadas en el establecimiento de carencias definidas a priori. Si bien suponen el reconocimiento de lo inacabado del proyecto igualador y universalizante del Estado Docente y las críticas al paradigma homogeneizador, representan una ruptura radical al interior del sistema educativo y refuerzan, “el quiebre de la educación común” (Duschatsky y Redondo, 2000), puesto que por primera vez interpelan a sus “destinatarios” a partir de su condición social y no como futuros ciudadanos; diferencian a la población infantil y representan la sanción abierta de una *inclusión diferenciada y diferenciante de los “otros”*: niños pobres y diversos a los que se les suponen dificultades para el aprendizaje. Procesos que se producen

¹⁹ Aún cuando en la Ley aparece garantizada la gratuidad en la prestación de los servicios educativos estatales, el sector privado de educación aparece como co-gestor del campo junto con el Estado, consagrándose así plenamente el principio de subsidiariedad del Estado iniciado en la década del 60.

en el marco de un sistema educativo y una sociedad fuertemente fragmentados.

Estos cambios son correlativos al corrimiento de una intervención política que dejó de ser general (y homogénea) para dar paso a otra de carácter local, diferencial, acorde a los “destinatarios”. En este desplazamiento, se construye una peculiar visibilidad de la unidad escolar como lugar en que se realiza la acción educativa pero desde una mirada que prioriza resultados adaptados a las particularidades de sus contextos. Y es que otros conceptos ingresaron al campo educativo -calidad, eficiencia, etc.-, que impulsan a las escuelas a competir por su oferta, etc., en un marco de sentido en el que el desarrollo de *competencias* para poder insertarse en un mundo laboral complejo y cambiante se transformó en el objetivo formativo de *individuos*. Estas redefiniciones implicaron el reemplazo de un sujeto social por otro: del ciudadano por el trabajador competente, competitivo y eficiente, al tiempo que privilegiar en el ámbito educativo la “adaptación al entorno”, en función de las capacidades de los alumnos, de las “competencias” a desarrollar, trae como consecuencia una particular articulación entre diversidad e individualismo, que puede operar a favor del refuerzo de la desigualdad social. “Individuos competentes, competitivos, de habilidades múltiples, con capacidad de reconvertirse y adaptarse a escenarios que cambian velozmente” se corresponden con atributos que integran adscripciones identitarias hoy ponderadas; en concordancia con lo que señala Balibar como un rasgo de la actualidad -*la prevalencia del modelo individualista*- por lo cual son valoradas precisamente aquellas culturas cuyo “espíritu comunitario” ancla en el individualismo.

La reforma educativa incorporó explícitamente la cuestión de la diversidad cultural, presente desde hace tiempo en los discursos educativos que, en muchos casos, responde a preocupaciones legítimas respecto de los efectos de la imposición/reproducción del *arbitrario cultural* que realiza la institución escolar respecto de las producciones culturales de diferentes grupos sociales. Sin embargo, en las orientaciones hegemónicas, la “diversidad cultural” aparece despojada de potenciales sentidos interpeladores del etnocentrismo y la desigualdad social²⁰. Un ejemplo es el establecimiento de

²⁰ Una primera versión de estas cuestiones la desarrollamos en Montesinos, Pallma y Sinisi (1995). También en Novaro (2003), y el artículo en esta misma publicación.

uno de los llamados contenidos transversales²¹. “Educación para la tolerancia, la integración y la no discriminación” pero donde la diversidad sociocultural y las prácticas discriminatorias aparecen como un “problema” de valores que imperativamente deben ser respetados (Novaro, 2000) y no como problemáticas vinculadas con la estructura de desigualdad social que sustenta la valoración negativa de la alteridad. Asimismo, las maneras en que se plasma la “retórica de la diversidad” tienden a reforzar la concepción relativista y naturalizada de cultura presente en la mayoría de los actores educativos -y no tan solo de ellos- y a un tratamiento folklorista de las diferencias culturales, al estilo de las llamadas “ferias de las colektividades”.

Pero también la cuestión de la diversidad sociocultural aparece con el concepto de “equidad”, que -tal como se mencionó más arriba- parte de los desiguales puntos de partida de los diferentes grupos socioculturales, y al hecho que las escuelas pasan a ser concebidas como unidad de gestión educativa que deben actuar “bajo proyectos”²²: concebidos éstos como espacios de concreción de la acción educativa “local”, ya que a través de ellos se procuran adecuar los contenidos y características de las instituciones a las necesidades y perfiles de su población.

En tanto esta incorporación explícita de la diversidad sociocultural se produce en un contexto en el cual el “otro” es nuevamente construido como un “otro” denigrado, en el ámbito escolar es posible rastrear continuidades y rupturas respecto de estas representaciones más generales. Sin embargo, este “clima de época” favoreció particulares reactualizaciones de explicaciones vigentes hace rato en diversos actores educativos y no tan solo docentes, acerca de las posibilidades de aprendizaje de los alumnos, especialmente los “pobres y diversos”, explicaciones que asumen para esos mismos actores renovada vigencia en momentos en que son interpelados a enfrentar las “nuevas” realidades vinculadas a la pobreza y la diversidad cultural. En esta perspectiva, el sistema educativo posee una larga tradición respecto a culpabilizar al niño y su familia acerca del

²¹ Reciben este nombre aquellos contenidos que no pertenecen al cuerpo de cada área del conocimiento sino que deben estar presente a lo largo del desarrollo de cada una e integran los Contenidos Básicos Comunes, esto es el conjunto de contenidos conceptuales, procedimentales y actitudinales que todo niño argentino debe poseer.

²² Esta expresión es tributaria de la frase “la cotidianeidad de un barrio bajo planes” presente en Neufeld, Cravino, Fournier y Soldano (2001).

éxito o fracaso escolar. Y aquí podemos rastrear la impronta de origen del sistema educativo y su cruzada civilizatoria: los aún hoy presentes discursos vinculados a la formación de hábitos y valores remite a esta tradición fundante. Discursos que asumen particulares sentidos en aquellas escuelas que reciben a los niños y sus familias que habitan en contextos de pobreza y diversidad cultural, más asociados a la imagen del “bárbaro” que a fines del siglo XIX la escuela debía integrar y amalgamar.

Al respecto, puede observarse un complejo cruce entre teorías en uso, de diferente cuño, dado por el imperativo de incorporar la otredad en las escuelas: así pueden desplegarse las teorías que explican el fracaso escolar por el *déficit cultural* o la *diferencia cultural* o la tan presente *cultura de la pobreza*. Producida más cerca en el tiempo, también encontramos particulares usos de la noción de capital cultural: ya sea vinculada con un tratamiento más bien folclorista de usos y costumbres, más o menos exotizados; o empleada como categoría explicativa de las diferencias en el ritmo de aprendizaje porque “tienen otra cultura, otro capital cultural”. Asimismo, estas conceptualizaciones también se entretajan en el contexto de la actual difusión que vienen teniendo las corrientes neobiologicistas que pretenden explicar las diferencias en el desempeño escolar a partir de la carga genética de los diferentes grupos sociales y raciales. Los usos del concepto de cultura documentados en las prácticas educativas, muchas veces asumen características biologizantes en tanto la cultura es representada como algo estático, inmodificable y que se transmite de generación en generación (Neufeld, 1994).

Algunas reflexiones finales

Un rasgo saliente de los últimos años en la producción académica y en las producciones educativas oficiales ha sido la presencia y valorización de la “diversidad cultural”. Este hecho, que en principio es auspicioso respecto del reconocimiento de la pluralidad sociocultural presente en nuestra sociedad, ha estado más vinculado a la retórica de presentación de las ideas más que a una puesta en tensión de los condicionantes políticos, económicos, institucionales y culturales para que el mandato de incorporar la otredad a la cotidianidad escolar se efectivice.

En este sentido, más allá de las medidas y políticas implementadas, la mirada homogeneizante y europeísta continúa fuertemen-

te vigente al tiempo que las propuestas educativas diferenciadoras se inscriben en contextos de profunda fragmentación social y en el marco de “múltiples” sistemas educativos atravesados por la existencia de circuitos de diferenciación educativa. Cambios y situaciones que han conducido a las instituciones educativas a un descolocamiento de sus posiciones previas y a la necesidad de redefinir sus sentidos y funciones. En palabras de Tiramonti (2001) “...las instituciones están tratando de reconstruir su espacio a través de una negociación con múltiples dadores de sentidos: la tradición civilizatoria, las culturas de las comunidades en que están insertas, los complejos procesos de reconstitución de identidades que sufren los jóvenes y sus docentes en este fin de siglo y las propuestas de reforma que provienen del estado nacional”. En esta línea, los profundos cambios sociales, políticos, económicos y culturales de la última década han generado un quiebre tanto en las capacidades asignadas a la educación y sus instituciones para lograr la integración social de las nuevas generaciones, como en su legitimidad como única institución de transmisión cultural, acentuando los procesos por los cuales las funciones de las escuelas dejan de tener sentidos unívocos para los diferentes actores sociales.

La producción de sentidos respecto de la alteridad y, especialmente, del “otro pobre/migrante” se engarza en forma compleja con estos cambios. En una sociedad fracturada, en la que prevalecen orientaciones de sentido común fuertemente individualistas y donde la reproducción de importantes áreas de la vida social es devuelta a los sujetos, la construcción de la diferencia en su vertiente de inferiorización/subalternización encuentra un campo propicio al tiempo que contribuye a su producción. Respecto del vínculo entre la escuela y los grupos socioculturales, la última década agudizó algunos rasgos que históricamente atravesaron esta relación, puesto que desde los comienzos del sistema educativo, las diferentes adscripciones étnicas se entrelazaron con la desigualdad social. Al respecto, Juliano plantea que las minorías étnicas en nuestro país mantuvieron una relación tal que “...cambiaba según la fuerza económica de la comunidad, su interés por mantener sus características de origen y la etapa por la que atravesara la escuela oficial”. Así, antes de la generalización de la enseñanza pública en la década de 1880, eran frecuentes las escuelas de colectividades; éstas perdieron fuerza e importancia luego hasta la década de 1950, en que se les brindó apoyo económico del Estado después de una gran polémica.

mica que enfrentaba la escuela pública con la privada. Sin embargo, los grupos étnicos más débiles desde el punto de vista económico y organizativo (indígenas, migrantes internos y limítrofes) no han podido ocupar el margen de maniobra que les dejaba la decadencia de la escuela pública y siguen dependiendo de ella en forma exclusiva para su promoción social. Esta continúa siendo monoétnica en sentido europeísta por lo que sigue descaracterizándolos étnicamente, pero ofreciendo cada vez menos contrapartidas de promoción individual” (Juliano, 1994b: 369). En la misma dirección apuntan Neufeld y Thisted al señalar que “en este siglo que concluye, aún quedan fragmentos vivos de los momentos fundantes del sistema educativo: el discurso de la educación como formadora de ciudadanos (...) y prácticas pedagógicas diseñadas para la recepción de inmigrantes de distinto origen como el monolingüismo escolar, que perduró en la consideración de que la propia variante lingüística es la forma correcta de hablar el español a partir de lo cual se desvalorizan tonadas y expresiones provincianas o de otros países latinoamericanos” (Neufeld y Thisted, 1999: 27).

Racializar al otro, pensarlo/construirlo como alguien distante, lejano a un “nosotros”, reforzando su lugar subalterno, oculta el origen de esos sentidos y el lugar del “nosotros” en su reproducción cotidiana. Los procesos de construcción de hegemonía se asientan en una apropiación y resignificación de sentidos, muchos de los cuales no son nuevos en nuestro país ni exclusivos de los sectores dominantes: los procesos de discriminación actuales se asientan en líneas ya prediseñadas en la historia de la discriminación negada en nuestro país (Neufeld y Thisted, 1999). En esta alquimia reside su poder en la construcción de una específica cosmovisión.

Bibliografía

- Álvarez Dorronsoro, Ignasi (1994). “Los retos de la inmigración”, en J. Contreras (comp.), *Los retos de la inmigración. Racismo y pluriculturalidad*, Madrid: Talasa.
- Balibar, Etienne (1988). “Existe el neorracismo?”, en I. Wallerstein y E. Balibar, *Raza, nación y clase*, Madrid: IEPALA.
- _____ (1988). “Racismo y crisis”, en I. Wallerstein y E. Balibar, *Raza, nación y clase*, Madrid: IEPALA.
- Birgin, Alejandra; Dussel, Inés y Guillermina Tiramonti (1998). “Nuevas tecnologías de intervención en las escuelas: progra-

- mas y proyectos”, en *Propuesta Educativa*, núm 18.
- Contreras, Jesús (1994) “Prólogo”, en J. Contreras (comp.), *Los retos de la inmigración. Racismo y pluriculturalidad*, España: Talasa.
- Courtis, Corina y Laura Santillán (1999). “Discursos de exclusión: migrantes en la prensa”, en M. R. Neufeld y A. Thisted (comps.), *De eso no se habla.... Los “usos” de la diversidad sociocultural en la escuela*, Buenos Aires: Eudeba.
- De Marco, Graciela (1986). “Extranjeros en la Argentina: cuantía y continuidad de los flujos inmigratorios limítrofes, 1970 - 1985”, en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, año 1, núm 3.
- Duschatzky, Silvia y Patricia Redondo (2000). “Las marcas del Plan Social Educativo o los indicios de ruptura de las políticas públicas”, en S. Duschatzky (comp.), *Tutelados y Asistidos. Programas sociales, políticas públicas y subjetividad*, Buenos Aires: Paidós.
- Filmus, Daniel (1993). “El papel de la educación frente a los desafíos de las transformaciones científico-tecnológicas”, en D. Filmus (comp.), *¿Para qué sirve la escuela?*, Buenos Aires: Tesis Norma.
- Gagliano, Rafael (1991). “Nacionalismo, inmigración y pluralismo cultural. Polémicas educativas en torno al Centenario”, en A. Puiggrós (dir.), *Sociedad civil y estado en los orígenes del sistema educativo argentino*, Tomo II, Buenos Aires: Galerna.
- García Canclini, Néstor (1992). *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Buenos Aires: Sudamericana.
- García Delgado, Daniel (1994). *Estado y Sociedad. La nueva relación a partir del cambio estructural*, Buenos Aires: Tesis Norma.
- Grassi, Estela; Hintze, Susana y María Rosa Neufeld (1994). Políticas sociales. *Crisis y ajuste estructural*, Buenos Aires: Espacio.
- Grassi, Estela (1997). “La política social del neoliberalismo. Supuestos que orientan la acción política y problemas pendientes”, en *Dossier del Boletín del Colegio de Graduados en Trabajo Social*, Buenos Aires.
- Hall, Stuart (1993). “Nuevos tiempos”, en S. Delfino (comp.), *La mirada oblicua. Estudios culturales y democracia*, Buenos Aires: La Marca.
- Heller, Agnes (1977). *Sociología de la vida cotidiana*, Barcelona: Editorial Península.
- INDEC (2004). “Tendencias recientes de la inmigración internacio-

- nal”, en *Revista informativa del censo 2001*, núm 12.
- Isuani, Aldo (1991). “Bismarck o Keynes: ¿Quién es el culpable? Notas sobre la crisis de acumulación”, en A. Isuani, R. Lo Vuolo y E. Tenti Fanfani, *El Estado Benefactor. Un paradigma en crisis*, Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Juliano, Dolores (1993). *Las minorías étnicas en la Argentina. La autorreproducción social y el tratamiento de la diferencia (1880 a 1980)*, Memoria de Investigación, mimeo.
- _____ (1994a). “Migración extracomunitaria y sistema educativo: el caso latinoamericano”, en J. Contreras (comp.), *Los retos de la inmigración. Racismo y pluriculturalidad*, España: Talasa.
- _____ (1994b). “Educación e Inmigración. El caso de Argentina (1880-1980)”, en P. García Jordán, M. Izard y J. Laviña (comps.), *Memoria, creación e historia: Luchar contra el olvido*, Barcelona: Universitat de Barcelona.
- _____ (1994c). “La construcción de la diferencia: los latinoamericanos”, en *Papers*, Universitat de Barcelona, núm. 43, pp. 23-32.
- Montesinos, María Paula (2002). Las políticas educativas focalizadas y su relación con los procesos de diversidad cultural y desigualdad social, Tesis de Maestría en Políticas Sociales, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, mimeo.
- Montesinos, María Paula y Sara Pallma (1999). “Contextos urbanos e Instituciones escolares. Los usos del espacio y la construcción de la diferencia”, en M. R. Neufeld y A. Thisted (comps.), *De eso no se habla.... Los “usos” de la diversidad sociocultural en la escuela*, Buenos Aires: Eudeba
- Montesinos, María Paula; Pallma, Sara y Liliana Sinisi (1999). “La diversidad cultural en la mira. Un análisis desde la Antropología y la Educación”, en *Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*.
- _____ (1996). “Notas sobre la diversidad cultural. Aproximaciones críticas acerca de la construcción de la diferencia en la nueva propuesta curricular y en la vida cotidiana escolar”, ponencia presentada al I Congreso Internacional de Educación “*Educación, Crisis y Utopías*”, Buenos Aires.
- _____ (1995). “Diferentes o desiguales? Dilemas de los 'unos' y los 'otros' (y de “nosotros” también)”, ponencia pre-

- sentada a la *5ta. Reuniao do (Merco) Sul*, “Cultura e Globalizacao”, Tramandaí, Brasil.
- Moreno Feliú, Pilar (1994). “Cerraduras de sombra: heterofobia y nacionalismo”, en J. Contreras (comp.), *Los retos de la inmigración. Racismo y pluriculturalidad*, España: Talasa.
- Neufeld, María Rosa (1994). “Crisis y vigencia de un concepto: la cultura en la óptica de la Antropología”, en *Manual de Antropología*, Buenos Aires: Eudeba.
- Neufeld, María Rosa y Ariel Thisted (1999). *De eso no se habla... Los “usos” de la diversidad sociocultural en la escuela*, Buenos Aires: Eudeba.
- Neufeld, María Rosa; Cravino, María Cristina; Fournier, Marisa y Daniela Soldano (2001). “Vida Cotidiana e implementación de políticas sociales: Receptores y mediadores en un barrio del Conurbano Bonaerense”, en Documento de Trabajo *Cuestión Social y Política social en el Gran Buenos Aires*, Instituto del Conurbano, Universidad Nacional General Sarmiento.
- Novaro, Gabriela (2000). “Conocimiento social y formación moral. El tratamiento de la discriminación en la escuela”, en *Cuadernos de Antropología Social*, núm. 12.
- Novick, Susana (1986). “Las políticas inmigratorias argentinas en su expresión jurídica. Una perspectiva secular”, en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, año 1, núm 2.
- Olrog, Claudia y Carmela Vives (1999). “La normativa migratoria. Su papel en la producción de discursos y representaciones sobre los migrantes”, en M. R. Neufeld y A. Thisted (comps.) *De eso no se habla... Los “usos” de la diversidad sociocultural en la escuela*, Buenos Aires: Eudeba.
- Oteiza, Enrique y Roberto Aruj (1995). *Inmigración real, inmigración imaginaria y discriminación en la Argentina*, ponencia presentada en las V Jornadas sobre Colectividades, IDÉS, Buenos Aires.
- Perrot, Dominique y Roy Preiswerk (1979). *Etnocentrismo e Historia. América indígena, África y Asia en la visión distorsionada de la cultura occidental*, México: Nueva Imagen.
- Puiggrós, Adriana (1990). “Sistema educativo. Estado y sociedad civil en la reestructuración del capitalismo dependiente. El caso argentino”, en *Propuesta Educativa*, FLACSO, año 2, núm 2.

- Sassone, Susana (1987). "Migraciones ilegales y amnistías en la Argentina", en *Estudios Migratorios latinoamericanos*, año 2, núm 6/7.
- Sinisi, Liliana (1999). "La relación nosotros-otros en espacios escolares 'multiculturales'. Estigma, estereotipo y racialización", en M. R. Neufeld y A. Thisted (comps), *De eso no se habla.... Los "usos" de la diversidad sociocultural en la escuela*, Buenos Aires: Eudeba.
- Tiramonti, Guillermina (1998). "Regulación Social y Reforma Educativa", en A. Birgin, S. Duschatzky, I. Dussel y G. Tiramonti (comps.), *La formación docente: cultura, escuela y política. Debates y experiencias*, Buenos Aires: Troquel.
- _____ (2001). *Modernización educativa de los '90. ¿El fin de la ilusión emancipadora?*, Buenos Aires: FLACSO / TEMAS.
- Wallerstein Immanuel y Etienne Balibar (1988). *Raza, nación y clase*, Madrid: IEPALA.
- Wiewiorka, Michel (1994). "La gran mutación", en J. Contreras, (comp.), *Los retos de la inmigración. Racismo y pluriculturalidad*, Madrid: Talasa.

Nacionalismo escolar y migraciones en educación: de las "hordas cosmopolitas" a los "trabajadores competentes"

Gabriela Novaro

Este trabajo -enmarcado en una investigación más amplia que analiza los contenidos de ciencias sociales en la educación primaria a través de las propuestas oficial (los contenidos curriculares en particular), editorial y de clases escolares¹- se ocupa de ciertas "narraciones"² escolares en torno a la formación y organización de la nación y al desarrollo del tema de las migraciones en las propuestas educativas históricas y actuales. La atención estará puesta en el lugar dado a "los otros" en el nacionalismo y más específicamente en el "nacionalismo escolar". En este sentido, se considera que describir la identidad nacional (en la forma en que se lo ha hecho desde el discurso oficial) implica definir un lugar para los que tienen una identidad (con relación a lo nacional) supuestamente distinta.

¿El nacionalismo o los nacionalismos?

El tema del nacionalismo ha sido y es profundamente debatido en el discurso social y académico. Siempre ha sido divisor de posi-

¹ Los resultados de esta investigación, realizada en el marco de las actividades del Programa de Antropología y Educación del Instituto de Antropología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, son parte de mi tesis doctoral titulada "Nacionalismo y diversidad cultural en educación, un análisis antropológico de los contenidos escolares" (Novaro, 2002).

² Las narraciones deben ser consideradas (en términos de McLaren, 1997) como historias que nos ayudan a representar el mundo con ciertos rasgos de continuidad, dar sentido a nuestra experiencia y valorar los acontecimientos (en términos ahora de Bruner, 1997). En nuestro caso, debemos tener en cuenta que se trata de narraciones que son parte de "saberes escolares". En este sentido, es importante señalar que si bien este trabajo no se inscribe en una investigación didáctica, siempre estuvo presente la necesidad de atender las especificidades del saber escolar.

ciones políticas y académicas y con seguridad lo sigue siendo. En los autores contemporáneos se advierte una cierta dicotomía dentro de las posiciones críticas. Por un lado, aquéllos para los cuales el nacionalismo es una pura construcción ideológica legitimante del orden social, que presenta nuestra identidad como una unidad integrada y homogénea, y a partir de allí niega “lo diverso” como componente del “nosotros”. Frente a ellos se ubican aquellos autores para los cuales el nacionalismo encierra sentidos muy variados en la forma de caracterizar a “nosotros y los otros”, incluye contradicciones e incluso potencialidades críticas del orden social.

Distintos autores afirman que la idea de nación se construye históricamente desviando la atención de los conflictos internos e impidiendo el procesamiento de la diferenciación social (Gellner, 1997). La asociación entre nacionalismo y homogeneidad también es abordada por Stuart Hall (1993) quien afirma que las diferencias internas que atraviesan las culturas nacionales son unificadas a través de un ejercicio de poder cultural. Sostiene que los mitos fundacionales de la identidad nacional se sostienen como si los elementos esenciales del carácter nacional permanecieran inmutables a pesar de la historia.

Wallerstein y Balibar (1991), deteniéndose en la articulación del nacionalismo con proyectos discriminadores afirman que tanto el neorracismo como el nacionalismo sostienen que para preservar la propia identidad se debe segregar al otro, afirmando la irreductibilidad de las diferencias culturales y estigmatizando la alteridad como una amenaza.

Dentro de los trabajos antropológicos de nuestro país que atienden a la cuestión de la nacionalidad, Claudia Briones afirma que es posible relacionar los procesos de construcción de hegemonía, de comunalización y de imaginarización de la nación (Briones, 1995). La construcción de la nación supone la creación de “otros” internos al excluir a algunos grupos de los atributos nacionales; esta exclusión suele hacerse desde posiciones culturalistas simplistas presentando “cuestiones políticas” (quién queda adentro y quién afuera), como parte de esencias, mandatos o proyectos históricos distintos.

Frente a la insistencia en asociar el nacionalismo con proyectos uniformizadores y con el odio a los otros y resaltar sus afinidades con el racismo, es necesario recordar que hace ya varias décadas muchos autores denominados “tercermundistas” y más concretamente aquéllos cercanos a la teoría de la dependencia, rescatan la

ideología nacionalista en sus componentes de lucha contra la dominación y rescatan la asociación de los proyectos nacionales con utopías igualitarias.

En un trabajo relativamente reciente, Benedict Anderson (1993) -a partir de la reconstrucción histórica de sus variadas manifestaciones y contextos de surgimiento- sin dejar de advertir el carácter imaginario del nacionalismo, propone recordar, ante todas las críticas de las que es objeto, que el nacionalismo en su origen se desarrolla muchas veces con relación a movimientos populares, si bien el discurso oficial tiende a apropiarse de sus emblemas y símbolos. Sostiene que como fatalidad histórica y comunidad imaginada, la nación es una entidad simultáneamente abierta y cerrada.

En un sentido en algunos puntos concordante, desde la producción académica local, Grimson parte de entender al nacionalismo como un modo de identificación, una articulación entre un complejo dispositivo institucional y una conformación sociocultural. A partir de allí sostiene que el auge del constructivismo y el deconstructivismo nos llevó a sobre-enfatizar el carácter inventado y manipulado de todas las tradiciones e identidades, desconociendo el peso de las producciones de sentido comunitario y las experiencias compartidas de modos de imaginación, cognición y acción (Grimson, 2002).

Más allá de sus perversiones o bondades, de sus potencialidades y de sus distintos usos históricos, diversos investigadores acuerdan en que las naciones modernas son, todas, híbridos culturales, y que se trata de un mundo de “fronteras disueltas” y de “continuidades rotas”, donde las identidades se ponen cada vez más en cuestión (García Canclini, 1990). No obstante, acuerdan también en que el nacionalismo no ha perdido vigencia. En términos de Raymond Williams (1981) pareciera conservarse como un “elemento residual”, como una categoría formada en el pasado, pero que se mantiene en actividad dentro del proceso cultural “como un efectivo elemento del presente”.

Diversos ejemplos de la historia muestran cómo en muchos momentos, frente a cambios impulsados desde el sistema hegemónico, la afirmación de ciertos contenidos “tradicionales” de la cultura puede funcionar como forma de resistencia y cuestionamiento³. La

³ Los trabajos ya clásicos del historiador inglés E.P. Thompson (1984) avanzan a partir de este supuesto.

escuela aparece como un espacio especialmente propicio para ello ya que, en términos de Rockwell, en distintos momentos la misma se presenta como conservadora y tradicionalista frente a los mensajes modernos (Rockwell, 1986)⁴.

Es también evidente que la relación *nacionalidad-diversidad* no puede ser definida fuera de la historia. No significa lo mismo a fines del siglo pasado que en nuestros días. En términos muy generales podríamos pensar en los quiebres entre una situación donde la centralidad de la idea de nación se vinculaba a un proyecto de homogeneización e integración, con algunos sentidos de igualdad pero también de exclusión de lo diverso, a una situación donde, la “globalización” y los movimientos mundiales de población dan un sentido muy distinto a los proyectos de integración y exclusión, sumando a las nuevas formas de pensar las identidades y las tradiciones y (como decíamos) poniendo en otro lugar la cuestión de la nacionalidad (y de las identidades en general) y de la diversidad. Asimismo, es indudable la importancia que los temas de la diversidad y la discriminación adquieren en el discurso social con relación a la importancia que tenían pocos años atrás. Su sentido se presenta como absolutamente variable; desde la percepción de los alcances y límites de los procesos de unificación cultural, el compromiso con las minorías, la afirmación de lo étnico en interpretaciones que van de la resistencia a la homogeneización a posturas indudablemente reaccionarias y racistas, etc.

El nacionalismo escolar y el nacionalismo en los contenidos de ciencias sociales. Las marcas del pasado⁵

En las precisiones que siguen se pondrá cierto énfasis en las corrientes más reaccionarias del nacionalismo y su presencia en los discursos educativos. Esto se fundamenta en el supuesto de que es-

⁴ No se está afirmando que eso sea claramente aplicable al caso del nacionalismo escolar argentino, ya que en parte es válida su asociación con sentidos reaccionarios y discriminatorios. Pero en ciertos contenidos del nacionalismo podrían rastrearse posibilidades de cuestionamiento (por ejemplo en las nociones de igualdad y solidaridad a las que ha estado asociado y que son desvalorizadas por el discurso hegemónico). El análisis histórico permite desplegar esta hipótesis con mayor riqueza y comprender hasta donde los sentidos sólo pueden ser reconstruidos en contexto.

⁵ En este punto nos remitimos a fuentes escritas de distintos períodos históricos como “El Monitor de la Educación Común”, publicación periódica del Consejo Nacional de Educación, a la revista “La Obra” y a textos escolares (fundamentalmente los manuales Kapelusz y Estrada).

ta tendencia ha dejado profundas huellas en la forma en que en el sistema educativo se aborda la diversidad cultural, definiendo a los otros como potenciales enemigos y como una amenaza a la propia identidad. Entre “los otros” que son así concebidos, se encuentran los migrantes. La reiteración y permanencia con que este discurso está presente en el sistema no implica desconocer sus quiebres y discontinuidades. El ordenamiento de la información se realiza siguiendo en general las distintas gestiones políticas. Esta periodización es sin duda altamente arbitraria y por ello se intenta tanto señalar las continuidades entre los distintos momentos, como las discontinuidades presentes en cada uno de ellos.

Entre fines del siglo XIX y comienzos del XX la unificación nacional y la conformación de un sistema jurídico-legal aparecen como los objetivos prioritarios del proyecto hegemónico. El intento de homogeneizar y unificar los componentes de la nación se relaciona indudablemente con la intención de conservadores y liberales de imponer la idea de un pasado común y crear una “conciencia de pertenencia”.

En el análisis del discurso nacionalista del período se hace evidente la polaridad de posiciones e interpretaciones. Escudé (1990)⁶ registra, entre 1900 y 1908, una disputa ideológica (especialmente clara en educación) entre el liberalismo y el nacionalismo y el triunfo del segundo. En su opinión las posturas nacionalistas en la Argentina aparecen asociadas al autoritarismo y a posiciones reaccionarias, conservadoras y xenófobas.

Otro trabajo sobre el nacionalismo argentino especialmente sugerente es el del norteamericano Shumway (1993). Afirma que en nuestro país junto o más bien en oposición a “las mitologías liberales de la nacionalidad”, se define el “nacionalismo provincial”, menos compatible con el orden establecido y con una concepción distinta sobre la diversidad sociocultural. Shumway sostiene que la “mitología de la exclusión” del liberalismo porteño constituyó la historia oficial y la que entró en los textos escolares. Se caracteriza por sostener que el éxito proviene de la imitación de Europa, denigrar la herencia española y las tradiciones populares, estereotipar a los enemigos como bárbaros y enemigos del progreso, cayendo muchas veces en posiciones racistas. En contraposición, la tendencia

⁶ El interés por este autor se fundamenta en sus reflexiones y abundantes datos sobre los discursos educativos del período.

nacional-provincial es, según Shumway ideológicamente confusa, mal definida, en ocasiones progresista y populista y en ocasiones reaccionaria, nativista y xenófoba. Se define por oposición al elitismo liberal, no está unificada en una sola idea y algunos de sus elementos son profundamente contradictorios.

Los elementos más reaccionarios del “nacionalismo provincial” (en términos de Shumway) son asumidos en 1910, por algunos sectores dirigentes ante la conflictividad social creciente. Se afirman en este sentido posturas definidas como criollistas y vernáculos frente a lo que se llegó a vislumbrar como “invasión” de los inmigrantes.

El desarrollo de los estudios históricos tuvo un peso definitorio en el período. Devoto (1993) y Romero (1999) afirman que, ante la ausencia de una comunidad étnica e identitaria, los fundadores de la historiografía argentina crearon un corpus historiográfico que “inventó” la nación en el presente y el pasado. Esto llevó a los historiadores del momento (retomando la tradición iniciada por Mitre), a elaborar relatos de una supuesta historia del país míticos en su forma y contenidos, por presentar una idea de la nación como una esencia sagrada ubicada más allá del devenir temporal, como el modo de organización “natural” del mundo contemporáneo, como una fábula orientadora del futuro y justificadora del presente.

Con respecto a las características del sistema educativo en este período, distintos autores destacan la centralidad de las funciones políticas del sistema educativo, asociadas a la formación de ciudadanos y el disciplinamiento (Tedesco, 1986; Puiggrós, 1990a). En consonancia, los primeros programas de ciencias sociales presentan una clara tendencia ejemplificadora. La historia debe fomentar la identificación del niño con los valores nacionales y exaltar los personajes históricos de conducta ejemplar.

Hasta 1910 se postula reiteradamente en las propuestas de desarrollo de contenidos y los programas de historia la existencia de un origen único y común, el rechazo por la herencia colonial y por lo tradicional en general. En las propuestas se reafirman valores “autóctonos” que identifican a “la patria”. Entre estos, el más reiterado es “el valor y heroísmo que identifica a sus hijos”, constituyéndose en general “lo militar” en un mérito en sí mismo.

En 1910 se institucionaliza el proyecto de educación patriótica. Ésta no representa un quiebre absoluto con las tendencias anteriores, sino el acentuamiento de los sentidos más autoritarios, conservadores y militaristas que se insinuaban desde años atrás y el silen-

ciamiento de algunos tímidos elementos críticos y progresistas. Con un grado mayor de reiteración, la escuela aparece como elemento dinamizador de la “argentinización” del país. Se propone para ello: “Dar una orientación nacional en espíritu y letra a la educación primaria aconsejado por la constitución étnica del país y la necesidad de robustecer el alma nacional” (“La historia en las escuelas argentinas”, *Monitor de la Educación Común*, 1910: 60).

Que éste haya sido el discurso oficial no implica que tuviera un peso determinante en todo el sistema. En la revista *La Obra* se advierte que el discurso liberal-porteño (en términos de Schumway, 1993) siguió vigente en la admiración por lo europeo y la visión de progreso que permea las propuestas de planificación de los contenidos.

El énfasis en la característica “natural” de los sentimientos patrióticos y la tendencia homogeneizadora se vincula con la incapacidad de pensar la diversidad más que como una amenaza. En estos años (pasando por las revoluciones radicales de 1890 y 1905, y los años de crecientes huelgas obreras) el enemigo en el discurso oficial dejará de ser el hombre del interior, “tradicional e ignorante”, e “incólume a los llamados del progreso”, para pasar a estar representado por la inmigración “anarquista y apátrida”.

Los discursos, más que al proyecto de “integrar”, parecen responder a la necesidad de señalar lo que no es parte, lo que por peligroso y disolvente se excluye: los enemigos del orden. Entre ellos, los “inmigrantes agitadores” parecen ocupar un lugar central. Las reiteradas apelaciones al nacionalismo, en los programas escolares, en discursos, conferencias y comentarios, adquieren un sentido de afirmación de la uniformidad a la que el inmigrante debe “asimilar-se”. O se forma parte del “espíritu colectivo” o se está fuera de él.

“Se necesitaba revivir en el argentino nativo esa fibra dormida del patriotismo, y conquistar al extranjero por sus hijos, por la escuela. Conmover en una palabra la masa espiritual del pueblo para robustecer la Nación por la unidad de sentimiento de sus hijos, y realizar la amalgama necesaria, para la verdadera argentinización de un país esencialmente cosmopolita como el nuestro” (Discurso de Ramos Mejía, *Monitor de la Educación Común*, 1909-10: 12).

“Ante el avance de la inmigración ácrata y disolvente que entre nosotros se ha ubicado con suma comodidad, al amparo del liberalismo de las leyes y que hoy empaña el Centenario, pretendiendo imponer el predominio de la dinamita, hay que afrontar enérgicamente el problema educacional, fundando escuelas que...

modelan el alma de la patria” (Corvalan Mendilaharsu, “La Escuela Argentina”, Monitor de la Educación Común, 1910: 1037).

Personajes tan conocidos como Ricardo Rojas se refieren en textos educativos a la “inmigración inmunda” -aquella “que prefiere entonar la internacional antes que nuestro himno”-, a “la horda cosmopolita deformante de lo nuestro”.

Más allá de las menciones en los discursos generales, el tema de las migraciones aparentemente no llega a tratarse en los programas de historia, con excepción de algunas menciones elogiosas a la política migratoria que facilitó nuestra Constitución.

En el período que se inicia en 1930 se acentúa la identificación entre nacionalismo y patriotismo y se refuerza la tendencia militarista. Conjuntamente se incrementan los sentimientos de xenofobia que perciben a la migración como una amenaza a la continuidad de los valores nacionales. Todo esto tiene clara repercusión en los discursos educativos.

La crisis del liberalismo se dio juntamente con la difusión de posturas nacionalistas en los espacios académicos, vinculadas al surgimiento del revisionismo, que comienza a presentarse como una “contrahistoria” (Devoto, 1993). Pero el revisionismo tiene poca repercusión en el ámbito académico. La versión tradicional de la historia argentina de la Academia Nacional de Historia se fortalece como versión oficial (Pagano y Galante, 1994). Será la Academia quien mantenga estrecha vinculación con el Ministerio de Instrucción Pública y a partir de allí encuentre un espacio de difusión en las propuestas educativas.

El nacionalismo es constantemente reafirmado en las nuevas propuestas educativas (Programas de las Escuelas Comunes de la Capital Federal, 1937; Programas de Instrucción Primaria, 1939). El alumno ideal se define como un *cruzado de la argentinidad*. En este período además quedan más en evidencia los intentos de control de la ideología y las prácticas docentes: “[los docentes] ...deben saber lo que la patria fue, es y será, para hallarse en condiciones de defenderla con heroísmo... [y] luchar desde la cátedra contra aquéllos que en nuestro medio tratan de introducir ideas disolventes” (Vera Peñaloza, “Los artífices de la cultura nacional argentina”, Monitor de la Educación Común, tomo 2, 1940: 22).

En una línea similar diversos responsables educativos convocan al magisterio a desarrollar “la mística de la enseñanza y del nacionalismo”, a convertirse en un medio de creación de caracteres y re-

dención de almas, ya que "...la patria del mañana será resultado de su obra" (Astolfi, "Los maestros y el nacionalismo", Monitor de la Educación Común, 1949: 116). Este mismo autor (reconocido funcionario y capacitador docente), en continuidad con 1910, en sus escritos se refiere al efecto negativo del "aluvión" en nuestros sentimientos nacionalistas, y al peligro que representan los inmigrantes "resentidos porque no lograron triunfar" (Astolfi, "Los maestros y el nacionalismo", Monitor de la Educación Común, 1940: 124).

Más allá de las menciones al peligro extranjero en los discursos generales, las referencias a la migración son poco frecuentes en los programas y en los textos. Se encuentran algunas menciones al "aporte" extranjero o a "las leyes que favorecen la inmigración" (Compendio 1941).

Para caracterizar la situación entre los años 1945 y 1955 debemos volver sobre las nociones de nacionalismo reaccionario y popular. Ambos abrevan en la corriente "nacionalista provincial" descrita anteriormente a partir de la interpretación de Shumway. Otros dos autores, Oscar Terán y Ernesto Laclau, realizan una interesante descripción del panorama ideológico durante estos años. Para el primero, desde 1930 habría ido surgiendo, junto con un nacionalismo restaurador, católico y con tintes fascistas, que limitó sus propuestas a aspectos culturales y morales, un nacionalismo popular a partir de la izquierda radical (Terán, 1986). En un sentido semejante, Laclau dice, acerca de las ideologías oligárquica antiliberal y popular democrática, que ambas encontraban sus "materias primas" en las tradiciones federales, pero que, mientras las segundas expresaban la resistencia frente al Estado, las primeras reducían estas tradiciones a formas articulables al discurso dominante anterior a la consolidación del Estado liberal, caracterizado por el clericalismo, hispanismo y autoritarismo (Laclau, 1978).

A pesar de lo sugerente de estas clasificaciones, a medida que se avanza en la caracterización histórica se muestra más insostenible la posibilidad de diferenciar claramente los denominados nacionalismos reaccionario y popular. Entre ellos parecen en un principio ser importantes tanto los puntos de encuentro como de ruptura.

Con respecto a la función esperada de la escuela en el período, resultan significativas las siguientes palabras con que se inicia el programa de 1950: "[que la escuela] ...funcione como centro de irradiación de un plan... suprima la lucha de clases y una en un solo anhelo a todos los argentinos" (Programas de Educación Primaria, 1950: 10).

Miguel Mordegliá, interventor del Consejo en 1946 sostiene que la escuela debe dejar de ser “vulgar imitadora de lo foráneo”. Para ello sostiene la necesidad de formar un cuerpo docente “orientado hacia una conciencia nacional” (Monitor de la Educación Común, 1946, en Escudé, 1990: 155). Perón afirma en 1948 en la asunción de Oscar Ivanissevich como Secretario de Educación: “Sin un alma argentina, sin un pensar argentino y sin un sentir argentino, este pueblo sería una muchedumbre amorfa cuyo destino quedaría confiado a los audaces, a los malos y a los mentirosos” (Discurso de Perón, en Escudé, 1990: 162).

En los programas del período, hay frecuentes apelaciones al protagonismo y las virtudes de “lo popular”, pero también al origen y “lo esencial”. Es claro el énfasis puesto en asociar el nacionalismo con ciertos valores tradicionales: hispanismo, catolicismo, y militarismo. Lo mismo a pesar de la oposición docente (al menos de los docentes de La Obra) se reafirma en las reediciones a los programas de 1950 y 1954.

“El programa que ahora se reedita busca la formación del hombre argentino con plena conciencia de su linaje, auténtica visión de los grandes destinos de la nacionalidad y ferviente voluntad histórica para servir a su patria y a la humanidad”. Se inspiran por tanto en la corriente humanista y cristiana de raigambre hispánica, exaltan las auténticas tradiciones nacionales, viven el presente afanosamente constructivo y miran hacia el porvenir promisor que se abre para la Nueva Argentina” (Informe de la Dirección General de Enseñanza Primaria, Dr. A. Galmarino, Director General de Enseñanza Primaria, 1953, en Programa de Educación Primaria, 1954: 7).

En cuanto a las migraciones, también en este período en el discurso oficial suele caracterizarse a algunos inmigrantes como “agitadores sociales” que buscan introducir “ideas extrañas”. No obstante, en los programas el tema aparece presentado de la siguiente manera: “El inmigrante. Su contribución al progreso del país” (Historia para tercer grado, Programa de Educación Primaria, 1950: 42).

En algunos libros de texto se dice (en posiciones a la vez valorizadoras y estereotipantes) que los inmigrantes “...elegirán su rumbo. Unos labrarán la tierra, otros se dedicarán a las tareas manuales, pero todos pondrán su saber, su entusiasmo y su corazón al servicio de nuestro país” (Libro de Lectura “Patria Justa”, Editorial Kapelusz, 1953: 164).

En el período que se inicia en 1955, se advierte que la centralidad de la idea de nación es en alguna medida reemplazada por la apelación reiterada a nociones como progreso, desarrollo, crecimiento, civilización, etc.

En cuanto a la situación del ámbito académico y más concretamente de las investigaciones históricas durante el período, Cattaruzza (1994) sostiene que a partir de 1955 el revisionismo logra una legitimación en principio no académica, pero sí intelectual y, desde el peronismo, en su versión más popular, se divulga entre un público cada vez más amplio. Por otro lado, a partir del '60 figuras como Gino Germani y José Luis Romero impulsan una renovación historiográfica. En ella se pone énfasis en la historia social y económica. Todo esto parece haber tenido una repercusión muy limitada y tardía en las propuestas escolares.

Es indudable el menor énfasis en el nacionalismo escolar, si pensamos en la orientación nacionalista y patriótica de 1910 y 1937 y los discursos oficiales del peronismo. No obstante, la idea de nación está reiteradamente presente en los discursos de funcionarios y docentes, muchas veces junto con la centralidad de la noción de civilización.

Las menciones a la migración en los programas y contenidos siguen siendo esporádicas. La propuesta curricular del período incluye como un elemento novedoso menciones a “El colonialismo y la dominación”.

En el Manual Estrada, repitiendo las miradas valorizadoras y estereotipantes, se habla del preámbulo de la Constitución diciendo: “La generosidad proverbial de nuestro pueblo quedaba así confirmada por el voto de todos los diputados: se abrían las puertas de nuestro territorio a los hombres honestos y trabajadores de todo el mundo, que hallarían en la República Argentina su segunda patria” (Manual para quinto grado, Editorial Estrada, 1965: 415).

El período 1973-1976 es sumamente significativo y contradictorio en el planteamiento de estas cuestiones. La significación de “lo nacional” en el discurso oficial de la época no es unívoca. Es posible distinguir distintas variantes, en las cuales lo nacional aparece tanto asociado a contenidos cuestionadores del sistema (interpretación hegemónica durante los meses de Cámpora), como vinculado con la noción desarrollista de la “Argentina potencia”, o articulado con posturas claramente reaccionarias durante el gobierno de Isabel Perón.

El nacionalismo de los primeros tiempos se asocia con el an-

tiimperialismo, el discurso de “la liberación”, y la afirmación de la principalidad del papel del pueblo en su logro. Lo popular y lo nacional, además de los elementos de crítica y cambio que implican, se asocian al intento de rescatar las “auténticas raíces” dejadas de lado por el “modernismo extranjeroizante”. En este rescate el papel del sistema educativo es central:

“El sistema educativo argentino es todavía la resultante en su estructuración y en sus objetivos del proyecto político, económico y social de la dependencia. En función de dicho esquema ha contribuido a la colonización cultural que abre las vías a la indefensión popular mediante la sistemática desvalorización de las propias raíces de lo nacional” (“Bases para un plan de movilización educativa nacional”, Consejo Federal de Educación, 1973).

En un sentido ideológico muy distinto, el rescate de “lo auténticamente argentino”, basándose en las “fuerzas sanas” que quieren salvaguardar la nación frente a la “penetración de la subversión”, será la cruzada del ministro Ivanissevich a partir de 1974. “Lo auténticamente argentino” está claramente definido ahora, ya que aquí, a diferencia de la gestión pasada, no parece haber lugar para la ambigüedad, la contradicción y las sutilezas: la tradición de devoción cristiana, de orden y respeto, de trabajo y estudio:

“...nos hemos propuesto rescatar el alma de la escuela argentina perdida en un internacionalismo materialista... el pueblo está desorientado... no aceptamos que algunos quieran transformar la bandera azul y blanca en un trapo rojo” (Mensaje de Ivanissevich, “La educación nacionalista”, Ministerio de Cultura y Educación, 1974: 1).

“...Sepan los jóvenes argentinos que entramos en una lucha a muerte para conservar la patria de San Martín y de Perón” (Mensaje de Ivanissevich, “La educación nacionalista”, Ministerio de Cultura y Educación, septiembre, 1974: 14).

El año y medio de gestión de Ivanissevich representa sin duda una afirmación de las interpretaciones nacionalistas más reaccionarias. Se habla del bajo “índice patriótico” en que ha caído la escuela argentina, de “argentinar la escuela”, de la necesidad de formar ciudadanos “bien argentinos”. En significativas alusiones al discurso de 1910 se afirma: “Dice Ricardo Rojas 'No sigamos tentando a la muerte con nuestro cosmopolitismo sin historia y nues-

tra escuela sin patria'... este año volveremos a exaltar el sentimiento patrio; el que no tenga Patria o no quiera a la suya que oculte su miseria y esconda su dolor” (Ivanissevich, “La educación nacionalista”, Ministerio de Cultura y Educación, 1974: 43).

Durante el último gobierno militar, está permanentemente presente la idea de que la escuela debe exaltar los “valores supremos” de la nacionalidad y desarrollar un compromiso activo en defensa del patrimonio espiritual y material de la nación: “...entre los objetivos básicos del Proceso de Reorganización Nacional... figura la conformación de un sistema educativo que sirve efectivamente a los objetivos de la Nación y consolida los valores y aspiraciones culturales del ser argentino” (Tercer Asamblea Ordinaria del Consejo Federal de Cultura y Educación, 1981: 79).

En el diseño curricular de 1981 de la Ciudad de Buenos Aires es evidente la presencia simultánea de posturas conservadoras-traditionalistas y liberales-modernas. El énfasis en la cultura occidental y la tradición cristiana coexiste con sugerencias de incluir contenidos de ciencias sociales a los que sin duda es posible vincular el tema de la migración: el “disciplinamiento, organización y coacción de la mano de obra”, “los procesos de politización popular” a principios del siglo XX, etc.

Quiebres y continuidades en las propuestas actuales⁷

En los últimos tiempos, la exacerbación de los nacionalismos desde proyectos difícilmente articulables al sistema hegemónico y la “explosión” del discurso de la diversidad, promovidos y “usados” desde distintas posiciones ideológicas, hacen que, entre otras cosas, la tolerancia de la diferencia aparezca como la condición de la integración que la escuela debe promover.

Por otra parte se produce una renovación historiográfica; los trabajos históricos se centran en la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX en torno a cuestiones como la migración, el movimiento obrero, etc. Esta tendencia recién comienza a trascender en ámbitos de difusión masiva y a reflejarse en las propuestas y textos educativos en los años noventa.

En el período que se inicia en 1983 el discurso nacionalista tie-

⁷ En los puntos que siguen las referencias son tanto a las propuestas educativas nacionales como a las de la Ciudad de Buenos Aires y a un espectro más amplio de manuales (Santillana, Kapelusz, Aique, Stella).

ne un lugar muy relativo en el sistema educativo en comparación con aquél que tenía en las propuestas de años anteriores. Aparecen en los contenidos curriculares temas, conceptos y problemas que permiten pensar en la diversidad, los conflictos y las desigualdades.

Los documentos se refieren, no obstante, a que el sistema educativo debe estar “encuadrado en un modelo de cultura nacional” (Dirección de Innovaciones Educativas, 1984). Uno de los objetivos del diseño curricular es “desarrollar sentimientos de identidad nacional” (Diseño Curricular, MCBA, 1986). Se dice además en la presentación del área: “Las ciencias sociales facilitan la reconstrucción y representación de la identidad nacional porque ellas permiten apropiarse del pasado, generar una pertenencia participativa y asumir el futuro como un compromiso” (Diseño Curricular, MCBA, 1986: 148).

Entre los años 1989 y 1999 la difusión de estas nuevas propuestas y del discurso de la diversidad no impiden que se continúe hablando de que la escuela debe despertar sentimientos de “amor y pertenencia” hacia “lo nuestro”, de la relación entre la competencia social y el fortalecimiento de las identidades (Braslavsky, 1993), de la contribución de la educación a la unidad nacional, a la formación de una “conciencia de participación en un mismo imaginario compartido” (Braslavsky, 1993: 8).

En la introducción al Área de Ciencias Sociales de los CBC (Contenidos Básicos Comunes, definidos por el Ministerio de Cultura y Educación) el énfasis parece puesto más bien en lo universal y en la diversidad⁸. De cualquier manera “lo nacional” y “lo argentino” se presentan como referentes de los procesos sociales, aunque no con el mismo énfasis homogeneizador que en los años pasados; se da lugar a los conflictos y fundamentalmente se destaca la idea de que la conciencia de unidad debió ser “creada”.

¿Qué lugar ocupa la diversidad en estos planteos? En los CBC de Ciencias Sociales se propone el estudio de diferentes sociedades, diferentes formas de organización social y cultural con el argumento

⁸ Resulta significativo que la jerarquía eclesiástica haya observado a la versión original de los CBC definida en 1994 (que luego fuera reformulada): “En las expectativas de logros debería aparecer la idea valor de Patria, que es muy distinto de hablar de “comunidades nacionales”, lo que parecería dar pie a pensar que no hay una identidad nacional”

(Informe sobre los Contenidos Básicos Comunes de la Educación Argentina, Universidad Católica de La Plata, pp. 31). Se trata de las observaciones volcadas en un documento

de que: "...el conocimiento de la diversidad entre los seres humanos, en modos de vida, creencias... permite asumir actitudes flexibles y respetuosas frente a los demás, de modo que la valoración de lo propio no signifique la negación de los otros" (Contenidos Básicos Comunes, Ministerio de Cultura y Educación, 1995: 167-168).

A pesar de las diferencias con el nacionalismo escolar tradicional, la forma en que aparece la diversidad posiblemente sea coherente con el objetivo de que la escuela forme para la integración social. Esto se advierte por ejemplo en el énfasis uniformizador con que se define el concepto de cultura.

Por otra parte, en el tratamiento de "la diversidad" sigue siendo claro su desconocimiento a nivel de los contenidos; las "otras culturas" se mencionan en forma aislada y desarticulada, no se introducen elementos comparativos. En los CBC se sigue suponiendo la centralidad de la "Cultura occidental", proponiéndola como modelo de identificación con relación a la cual "lo diverso" se define como "lo otro". No se advierte la intención de profundizar en su caracterización, con lo cual la prédica del respeto por la diversidad no se basa ni siquiera en el conocimiento de qué es lo que se respeta.

De la misma manera, aunque en el planteo general se habla de conflictos, resistencias y transformaciones de distintas sociedades, de avanzar en la explicación de temas como "prejuicios, discriminación y negación del otro", en los contenidos concretos, no terminan de definirse estas situaciones, ni de ubicarlas en un contexto mayor que las explique.

Las permanencias y rupturas en el tratamiento de la migración⁹

Las migraciones en la propuesta oficial y editorial

En este apartado se exponen algunas reflexiones acerca de cómo se presenta en los últimos años el tema "Las migraciones" en los contenidos de Historia y Geografía de sexto y séptimo grado. Los títulos correspondientes en los contenidos educativos nacionales y de la Ciudad de Buenos Aires son: "La Argentina aluvional", "La gran migración del siglo pasado" y "Los desplazamientos de la población", "La migración del campo a la ciudad" y "Los movimientos mundiales de población".

⁹ En este punto se consideran los desarrollos de un trabajo anterior (Novaro, 1999).

Continuidades y pequeñas rupturas: esencialismo y homogeneidad. Otra vez el nacionalismo

Como vimos a lo largo de la historia, las distintas interpretaciones de lo nacional se asocian con visiones muy particulares sobre la migración en las posiciones oficiales. En los discursos de funcionarios jerárquicos e intelectuales, abundan las afirmaciones xenofóbicas y paranoicas que tienen por objeto a los inmigrantes, en especial en los años correspondientes a “propuestas nacionalistas” más reaccionarias. Esto se presenta juntamente con la casi inexistencia del tema de las migraciones a nivel de los contenidos escolares, y con una visión legalista formal del asunto, que se limita a hacer referencias positivas a nuestra Constitución y nuestras leyes que “generosamente abrieron las puertas del país para la entrada de extranjeros”. Se advierte también la omisión de referencias a las migraciones posteriores.

Los discursos oficiales se han reformulado y en muchos sentidos representan un quiebre con las posiciones tan abiertamente xenofobas. Resultaría absurdo escuchar a nuestros especialistas educativos intentando hoy “medir el índice patriótico” o denunciando indiscriminadamente a los anarquistas e “inmigrantes inadaptados”.

Sin embargo, advertimos el peligro de que el énfasis homogeneizador se desplace de la idea de nación hacia la forma de concebir la diversidad. En las propuestas actuales (por ejemplo de la Ciudad de Buenos Aires) el tema se presenta con la compleja metáfora de “La Argentina aluvional”. Se introducen sugerencias como “reconstruir los modos de vida de los inmigrantes”, incluso el punto correspondiente se titula “La vida en la sociedad en los tiempos de los inmigrantes y del ferrocarril” (MCBA, 1998, G: 28). El concepto de “vida”, si bien parece necesario y útil para superar la visión legalista, militarista y heroica, no se define ni problematiza, lo que puede llevar a describir las particularidades culturales con nociones naturalizadoras y homogeneizadoras. La homogeneización se advierte en los niveles más concretos de definición de los contenidos. Por ejemplo en un video sobre la migración (que se proyectó en dos de las escuelas donde trabajé), se afirma¹⁰: “Todas las nacionalidades, una sola esperanza: fe en el país que habían elegido” (“Los inmigrantes”, Videoteca Educable).

¹⁰ Las citas sobre el video son relativamente textuales, ya que las mismas corresponden a notas tomadas en clases en que se proyectó la película.

No obstante las continuidades, no podemos dejar de señalar los intentos desnaturalizadores y los desocultamientos con que se presenta el tema. En ellos los sujetos sociales, los grupos con sus distintos intereses y en situaciones conflictivas se presentan como los actores históricos. La nación se diluye, o más bien ocupa el lugar de un referente abstracto y lejano. Se introducen referencias a los cambios y conflictos sociales, proponiendo por ejemplo analizar los problemas de tierras, la huelga de los inquilinos, los problemas de vivienda, las condiciones de trabajo y el sistema de exclusión política, los conflictos con los socialistas y los anarquistas, etc.

Sin embargo, también se encubren situaciones conflictivas pasadas y presentes en afirmaciones como ésta: “La mitad de los trabajadores se afincaron en el país, el resto eran trabajadores temporarios [en referencia a los tres millones de personas que vinieron pero no se quedaron en Argentina entre fines del siglo XIX y principios del XX]” (Manual para sexto grado, Editorial Santillana, 1997: 91), o se hace énfasis en el aspecto supuestamente igualador en frases como la siguiente: “Todos los pueblos que han venido a la Argentina viven aquí y sus descendientes también. Nos lleva a la idea de que en la Argentina la convivencia y la tolerancia son las bases para una existencia democrática” (“Los inmigrantes”, Videoteca Educable).

Otra vez, en el encubrimiento del conflicto, el sujeto es la nación. Una nación que debe tolerar e integrar. Balibar y Wallerstein (1991) nos dan elementos para pensar en esta característica de los discursos escolares tradicionales, cuando afirman que la noción de integración suele confundirse con la adecuación a un tipo nacional mítico.

Estas apariciones y desapariciones de la “Nación” como referente, junto con las distintas interpretaciones sobre los procesos sociales, y en particular las migraciones, nos enfrenta a concepciones que terminan siendo sumamente contradictorias e inconsistentes.

De la migración necesaria a la migración como problema

Frente a una visión en líneas generales “positiva” de los textos sobre la migración pasada, las imágenes de las migraciones recientes son bien distintas, en especial cuando se habla de la migración de los países limítrofes y la migración interna. El tema es abordado sobre todo desde la geografía cuando se habla de urbanización y movimientos de población. La imagen pareciera ser la de población

que se desplaza del campo a la ciudad en búsqueda de trabajo, o de mejorar su nivel de vida. Este fenómeno aparece asociado con el surgimiento de las villas miseria y la multiplicación de “problemas”. En la actualidad, se hacen referencias a la migración de los países pobres a los ricos y los conflictos que esto provoca.

Dentro de la propuesta editorial, resulta significativo el abordaje que se realiza en un texto de editorial Stella: “A los países del Norte les cuesta imaginar cómo detener ese avance (de los migrantes del sur), que se transformó en una amenaza a la seguridad y el bienestar local, pues afecta la estabilidad nacional” (Manual para séptimo grado, Editorial Stella, 1998: 73). “...Los mismos inmigrantes africanos, americanos y asiáticos que llegan a Europa forman minorías que generan violentos brotes de xenofobia, creando un clima político explosivo. En una época en que las estructuras supranacionales (organismos internacionales) cobran tanta importancia, es fundamental que las minorías se acomoden a lo local para una mayor seguridad” (Manual para séptimo grado, Editorial Stella, 1998: 103). Este diagnóstico y los “consejos” asociados no son frecuentes en las propuestas editoriales, donde las visiones siempre aparecen más matizadas y contradictorias.

Una frase reiterada se dice en el video sobre la migración: “Después de la Segunda Guerra Mundial llega migración de países limítrofes atraída por mejores salarios, salud, educación, muchos se instalan en las villas miseria y se confunden con la migración pobre del interior del país” (“Los inmigrantes”, Videoteca Educable). En un sentido similar, en otro manual se afirma: “A diferencia del proceso inmigratorio anterior, la mayoría de estos nuevos habitantes aún no han sido enteramente integrados a la sociedad argentina: subsisten en asentamientos precarios, trabajan en empleos temporarios, y muchos de ellos ni siquiera cuentan con la documentación pertinente para residir legalmente en el país” (Manual Territorio y ambiente, Editorial Aique, 1998: 3).

En definitiva, si comparamos la forma en que hoy en día se aborda la migración del siglo pasado y la actual, podemos concluir que la migración actual se presenta como “un problema”: un problema para las ciudades, para los países ricos, otra vez, un problema para las naciones. Nuevamente el término “nación”, aparentando borrar a los sujetos concretos en un referente abstracto y supuestamente común, no hace más que encubrir los intereses de algunos. La noción de “invasión” sugerida en algunos contenidos es

significativamente continua con la imagen de invasión de ciertos funcionarios oficiales de principios de siglo (reproducida a veces en el discurso de políticos, sindicalistas y periodistas actuales); pero, si el peligro de aquella invasión era “el robo del alma nacional”, el pragmatismo de los nuevos tiempos hace que ahora se piense más bien en la posibilidad del “robo” de trabajo, servicios, derechos.

Las migraciones en la escuela¹¹

Concepciones de los docentes: el peso de “las identidades” y del paradigma integrador.

Las reflexiones que siguen ponen el acento en algunos obstáculos que se advirtieron en las clases observadas para complejizar el desarrollo de este tema. Estos señalamientos no niegan la importancia de los intentos y proyectos innovadores que, muchas veces en contextos adversos, los docentes intentan sostener. La idea en muchos docentes parecería ser que “éramos algo claro”, dejamos de serlo con la llegada de los inmigrantes, “ellos debían sentirse argentinos”, “aprender el castellano”, “enviar a sus hijos a la escuela”. Se advierte también que, en la elección de textos (partes de manuales o de libros más especializados), los docentes tienden a seleccionar los que hacen énfasis en las identidades de los otros (italianos, españoles, suizos) pensadas como fijas y homogéneas, obviando la diversidad al interior de los grupos migrantes y las relaciones, cruces y atravesamientos entre distintos grupos. Los alumnos, siguen el juego afirmando por ejemplo que: “...los suizos en Argentina alimentaban bien a sus hijos, no como en Europa, y entonces crecieron sanos y fuertes...los judíos que vivían en las ciudades eran merceros, los del campo admiraban a los gauchos... y los italianos vendían fruta y verdura y contaminaron La Boca”. En esta caracteriza-

¹¹ Se observaron clases sobre la migración en tres escuelas de la Ciudad de Buenos Aires durante el año 1998. Las docentes expresaron previamente sus objetivos al presentar el tema “Quiero partir de la Constitución, por ahí ver algo de los conventillos y la crisis del 30”, “comparar la migración del siglo pasado con la asiática”. La modalidad instalada era el trabajo con los manuales y, en algunos casos, con copias o libros aportados por las docentes (tangos, el libro de Fray Mocho, cartas, etc.). El tema continuaba con la respuesta de los alumnos en grupo a interrogantes planteados por los docentes. Estas respuestas seguían casi textualmente los manuales. En dos de las escuelas se agregaron actividades como visitas de los abuelos para charlar sobre la vida en el pasado y los inmigrantes, y análisis de objetos viejos. En la tercera el tema se cerró con el análisis de encuestas y entrevistas que los alumnos hicieron a sus parientes y conocidos migrantes y que se volcaron en la clase en un cuadro elaborado por la docente.

ción se advierte el énfasis clasificatorio de docentes y alumnos.

Es válido traer nuevamente aquí a Balibar y Wallerstein (1991) y su afirmación respecto a que en el nacionalismo la identidad racial y cultural de los nacionales permanece invisible y se impregna con la visibilidad pretendida de los falsos nacionales. O sea, lo nacional es algo poco preciso y al mismo tiempo, naturalizando y clasificando, se busca definir precisa y fijamente la identidad de italianos, españoles y judíos.

En las escuelas el discurso en relación con lo que debió pasar con los inmigrantes en el pasado suele ser también contradictorio: “Debían integrarse, debíamos y debemos respetarlos”. Una maestra dialoga de esta manera con sus alumnos sobre el proyecto integrador: “¿Para qué hacía falta la educación pública, qué transmite la escuela... veo la celeste y blanca y, qué pasa? ...tengo sentimientos de pertenencia [se contesta la docente a si misma ante el silencio de los alumnos]. Volvamos a lo de la inmigración, ¿qué había que lograr, tenían el mismo idioma, las mismas costumbres? Tenían que aprender el idioma para sentirnos todos parte de este país [vuelve a contestarse ante el silencio general]”.

El tema de la migración actual es omitido o muy escuetamente tratado en las escuelas, haciendo énfasis en los procesos de industrialización o en el surgimiento del peronismo, pero obviando otros procesos sociales. En este caso, las menciones reiteradas son al surgimiento de las villas miseria, la falta de servicios y los problemas de documentación: “La migración que ustedes vieron de Europa es distinta que ahora, estos no se integraron a la producción” dice una maestra, señalando efectivamente “el problema”, o al menos, uno de los problemas centrales, pero al mismo tiempo, al no reconstruir las cuestiones asociadas a esta no integración, dando la posibilidad de que se culpabilice a las víctimas, o sugiriendo que la no integración puede ser una cuestión de voluntad. La imagen en general parece ser que frente a la capacidad de adaptación y espíritu de progreso de la migración europea, la migración de los países vecinos, más que ser un factor de progreso, es un elemento de atraso y conflicto.

En el tema de la migración también está presente, especialmente en las escuelas, una cierta *fantasía de reciprocidad*. Frecuentemente se busca el “aporte”, lo que “nos dejaron” los migrantes del pasado, las comidas, las costumbres, y lo que nos “traen” los del presente.

Muchas veces los docentes evalúan que, frente a los “aportes” de

la migración pasada, la de hoy en general “no deja nada”, “solo vienen a sacar”. Dan por hecho que “nuestra” cultura (pensada indudablemente acá como sinónimo de “nuestra nación”) le aportó algo a “ellos”, establecen como indudable la existencia de una deuda que debe pagarse “por el solo hecho de pisar el suelo argentino” y juzgan al otro, lo valoran o lo condenan a partir de su supuesto “aporte”. No es un detalle menor que estas nociones se sostienen en ocasiones frente a clases con una alta presencia de niños migrantes.

Estrategias de enseñanza, costumbrismo, simplificación y comparación

En las escuelas se da importancia al relato de costumbres y tradiciones de los inmigrantes, buscando despertar interés en los alumnos. Muchos docentes trabajan a través de “estampas” del conventillo, haciendo referencias a la promiscuidad y la solidaridad de sus habitantes, a la actividad de los vendedores ambulantes, exaltando frecuentemente lo pintoresco y lo exótico y cayendo en visiones sumamente simplificadas. Otra forma de simplificación es la unicausalidad: “Hacer la América”, se presenta como “la razón” de migrar, “Poblar el país”, como la causa única del emprendimiento de una política migratoria, buscar trabajo como la única causa de la migración actual. Otra de las estrategias para despertar interés en los alumnos es hacer referencias a lo cercano y comparaciones con el presente. Los maestros suelen pedirle a los alumnos “el árbol genealógico”, que realicen encuestas a abuelos y bisabuelos, o que inviten a los abuelos migrantes a “contar su historia”. Lo preocupante en las referencias del tema a lo cercano y las comparaciones es que a veces llevan a sacar las situaciones de contexto. Así se concluyó por ejemplo en una de las escuelas donde se realizó el trabajo de campo, que “en el hotel de los inmigrantes se vivía igual que ahora en los hoteles”, o que “las causas de la migración actual son las mismas que las del siglo pasado”.

Para comenzar a concluir: La herencia histórica; mitos y tradiciones escolares

Se advierte en la reflexión del tratamiento actual de estos temas que, a pesar de quiebres y discontinuidades, existe una gran continuidad con el tratamiento tradicional. Algunos autores sostienen que la explicación de la continuidad en las imágenes sobre la nación

y la diversidad a lo largo de más de cien años debe buscarse en la hegemonía del discurso nacionalista reaccionario; otros califican de liberales las propuestas dominantes en educación. Más allá de tendencias y calificativos, pareciera que son los elementos excluyentes tanto del nacionalismo como del liberalismo y neoliberalismo los que en gran medida impregnan los discursos y programas escolares, y que posiblemente la continuidad haya que vincularla a la funcionalidad de esos elementos en relación con la situación social. En este sentido no pueden dejar de mencionarse las advertencias de diversas investigaciones acerca del “uso” que la ideología neoliberal hace de la diversidad, con vistas a deslegitimar los proyectos universalistas e igualadores y sostener alternativas de segmentación y fragmentación educativa (Neufeld y Thisted, 1996; Tiramonti, 2003).

Es posible afirmar que desde la organización del sistema a fines del siglo pasado hasta hace pocos años, los relatos escolares acerca de la historia y la organización nacional adquieren no exclusiva, pero sí principalmente, una notable fuerza legitimadora; la enseñanza de las ciencias sociales se asocia en forma explícita a la identificación con los valores nacionales y el desarrollo de “sentimientos de pertenencia” a una unidad supuestamente definida.

Con distinto énfasis y algunos quiebres, la tendencia a la legitimación se sostiene en la “forma mítica” con que se construye la idea de nación. Esto supone la imagen de un pasado sacralizado y presentado como común a todos los argentinos, de naturaleza incuestionable o cuestionado solo por “los inadaptados”.

Más allá de los discursos de los años correspondientes a “reacciones nacionalistas” (1910, 1940, 1974), la función naturalizadora coexiste con elementos contradictorios, cuyos sentidos no parecen tan “nítidos”. En numerosas situaciones nociones aparentemente legitimadoras pueden adquirir una funcionalidad potencialmente cuestionadora en contextos donde se disputa el sentido del nacionalismo (conservador, liberal, reaccionario, popular), donde los valores tradicionales son defendidos por distintos actores, con interpretaciones que van de la defensa acrítica del pasado, “lo auténtico” y “lo puro”, a la crítica de las tendencias exclusoras del modernismo evolucionista y la racionalidad positivista.

La posición de los docentes parece fuertemente condicionada por las constantes interpelaciones del discurso oficial que afirman su necesario compromiso con los valores patrióticos, y su misión de “formar al soberano” despertando en las almas de los alumnos los

sentimientos incuestionables de la nacionalidad. Coincide con ello la centralidad que históricamente tuvieron los rituales escolares, las ideas infantilizadoras sobre lo nacional, la promovida veneración de los símbolos patrios en la escuela.

Se advierte también la relativa omisión del tema de la migración en los contenidos escolares. Esto no es exclusivo de las propuestas escolares. Ya hemos visto como la misma historiografía académica apenas trata la cuestión.

Aproximaciones finales a la situación actual

Con respecto a las continuidades actuales con el nacionalismo escolar, diversas investigaciones afirman que la escuela se “abroquela” en valores tradicionales frente al discurso modernizador (Díaz, 1996). Esto puede implicar un sentido de resistencia, pero al mismo tiempo, puede convertirse en un mecanismo que acentúe la diferenciación al desactualizar la propuesta pedagógica y restar significatividad al discurso escolar. A mi entender habría que manejar esta segunda posibilidad, considerando que lo nacional en gran medida sigue apareciendo en forma mítica y encubridora.

En concordancia, las situaciones descritas dan cuenta de que el abordaje escolar del tema de las migraciones dista hoy en día de presentar una visión compleja de la diversidad. Esto parece estar claramente asociado a la persistencia de la nación como referente principal de los procesos sociales, la naturalización de identidades propias y ajenas y la vigencia del etnocentrismo.

La visión homogénea de la nación pone a los migrantes en el lugar de “lo otro”. Ante ello sus alternativas tanto en el pasado como en el presente se reducen a aislarse y excluirse. Las ideas de integración encubren las relaciones efectivas de intolerancia y evitan la reflexión sobre sus complejos condicionantes.

Sin embargo, también se advierte la existencia de contenidos que tienen la potencialidad de plantear conflictos con los sistemas de representaciones discriminadoras, incluir concepciones críticas y referencias a situaciones de conflicto y desigualdad. Son contenidos no concordantes, cuestionadores, que sin embargo, parecieran perder en parte esta potencialidad al presentarse en las clases. Parte de esto se observa particularmente en las omisiones en el tratamiento de la migración actual, o las simplificaciones y visiones valorativas con que se presenta.

Es necesario preguntarnos en qué medida todo esto es consecuen-

cia de manipulaciones ideológicas más o menos conscientes y en qué medida lo es de la forma, los alcances y limitaciones con que se define el saber escolar. Diversos investigadores nos advierten sobre la necesidad de considerar las modificaciones que deben hacerse en los saberes para hacerlos enseñables a los chicos, ya que se debe avanzar paulatinamente teniendo en cuenta sus capacidades cognitivas, sus dificultades para conceptualizar, sus representaciones estereotipadas y su tendencia a desvalorizar lo que desconocen. Preocupa sin embargo la asociación entre “simplificación” o “adecuación” de los contenidos (como atributo posiblemente necesario, tratándose de alumnos relativamente pequeños) y la distorsión, no didáctica sino ideológica (como atributo indeseado y frecuentemente negado) del sentido de los saberes.

En estas distorsiones mucho tiene que ver la concepción sobre lo social en que se asienta la imagen de nación. Retomando las primeras precisiones acerca de las diversas posibilidades del nacionalismo, sostenemos que la forma en que se presenta predominantemente en la escuela no es la única interpretación posible. No se trataría entonces de omitir necesariamente las referencias a “lo nacional”, sino de darle otro contenido, reconocer y valorar los elementos de resistencia que implica, recuperar las experiencias compartidas, y no referirse sólo a aquellas impuestas “desde arriba”. En esto la construcción de un nuevo abordaje de procesos como “las migraciones”, sin duda, tiene mucho que aportar.

Bibliografía

- Anderson, Benedict (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Amuchástegui, María L. (1995). “Los rituales patrióticos en la escuela pública”, en A. Puiggrós (dir.), *Discursos pedagógicos e imaginario social en el peronismo (1945-1955)*, Buenos Aires: Galerna.
- Braslavsky, Cecilia (1993). “Una función para la escuela: formar sujetos activos en la construcción de su identidad y de la identidad nacional”, en D. Filmus (comp.), *¿Para qué sirve la escuela?*, Buenos Aires: Tesis Norma, pp. 33-50.
- Briones, Claudia (1994). “Con la tradición de todas las generaciones pasadas gravitando sobre la mente de los vivos. Usos del pasa-

- do e invención de la tradición”, *Runa XXI*, pp. 99-129.
- _____ (1995). “Hegemonía y construcción de la nación. Algunos apuntes”, en *Papeles de Trabajo*, Centro de Estudios Interdisciplinarios en Etnolingüística y Antropología, UNR, núm. 4, pp. 33-48.
- Bruner, Jerome (1997). *La educación, puerta de la cultura*, Madrid: Visor.
- Cattaruzza, Alejandro (1993). “Algunas reflexiones sobre el revisionismo histórico”, en F. Devoto (comp.) *La historiografía argentina en el siglo XX*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, pp.113-139.
- Devoto, Fernando (1993). “Idea de nación, inmigración y 'cuestión social' en la historiografía académica y en los libros de texto de Argentina (1912/1974)”, en *Propuesta Educativa*, pp.19-26.
- Díaz, Raúl (1996). “Rituales, nacionalidad y política”, en *Actas Pedagógicas, núm.2*, Facultad Ciencias de la Educación, UNC.
- Escudé, Carlos (1990). *El fracaso argentino. Educación e ideología*, Buenos Aires: Tesis.
- García Canclini, Néstor (1990). *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México: Grijalbo.
- Geertz, Clifford (1996). *Los usos de la diversidad*, Barcelona: Paidós, I.C.E./UAB.
- Gellner, Ernest (1997). *Naciones y nacionalismo*, Madrid: Alianza.
- Grimson, Alejandro (2002). “La nación después del deconstructivismo. La experiencia argentina y sus fantasmas”, en *Primeras Jornadas de Interfases entre cultura y política en Argentina*. Buenos Aires, IDES.
- Hall, Stuart (1993). “Nuevos tiempos”, en S. Delfino (comp.), *La mirada oblicua. Estudios culturales y democracia*, Buenos Aires: La Marca.
- Laclau, Ernesto (1978). *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*, México: Siglo XXI.
- McLaren, Peter (1997). *Pedagogía crítica y cultura depredadora. Políticas de oposición en la era posmoderna*, Barcelona: Paidós.
- Neufeld, María Rosa y Ariel Thisted (1996). “El crisol de razas hecho trizas: ciudadanía, exclusión y sufrimiento”, en *Jornadas*

de Antropología y Lingüística en la Cuenca del Plata, Rosario, Facultad de Humanidades y Artes.

Novaro, Gabriela (1999). "Nacionalismo, integración y marginación. El tratamiento de la migración en los contenidos escolares", en M. R. Neufeld y A. Thisted (comps.), *De eso no se habla...los usos de la diversidad sociocultural en la escuela*, Buenos Aires: Eudeba, pp.165-188.

_____ (2002). *Nacionalismo y diversidad cultural en educación, un análisis antropológico de los contenidos escolares*, Tesis de Doctorado, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Pagano, Nora y Miguel A. Galante (1994). "La Nueva Escuela Histórica: Una aproximación al debate institucional del centenario a la década del 40", en F. Devoto (comp.), *La historiografía argentina en el siglo XX (I)*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, pp. 45-78.

Perrot, Dominique y Roy Preiswerk (1979). *Etnocentrismo e historia. América indígena, África y Asia en la visión distorsionada de la cultura occidental*, México: Nueva Imagen.

Puiggrós, Adriana (1990a) *Imaginación y crisis en la educación latinoamericana*. México: Alianza.

_____ (1990b) "Sistema Educativo. Estado y sociedad civil en la reestructuración del capitalismo dependiente. El caso argentino", en *Propuesta Educativa*, FLACSO, núm. 2, pp. 40-48.

Rockwell, Elsie (coord.) (1995). *La escuela cotidiana*, México: Fondo de Cultura Económica.

_____ (1986). *La escuela, lugar de trabajo docente*, México: Departamento de Investigaciones y Estudios Avanzados del IPN.

Romero, Luis Alberto (coord.) (1999). "La visión argentino-chilena en el sistema escolar: diagnóstico y perspectivas. La Argentina", *Informe Final*, Programa de Estudios de Historia Económica y Social Americana (PEHESA), Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. E. Ravignani", Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

Shumway, Nicolás (1993). *La invención de la Argentina*, Buenos Aires: Emecé.

- Tedesco, Juan C. (1986). *Educación y sociedad en la Argentina (1880-1945)*, Buenos Aires: Solar.
- Teran, Oscar (1986). *En busca de la ideología argentina*, Buenos Aires: Catálogos.
- Thompson, Edward P. (1984). *Tradición, revuelta y conciencia de clases*, Madrid: Crítica.
- Tiramonti, Guillermina (2003). "Nueva agenda para el sistema educativo", en *Novedades Educativas*, núm. 154, pp. 4 - 9.
- Wallerstein, Immanuel y Etienne Balibar (1991). *Raza, nación y clase*, Madrid: IEPALA.
- Williams, Raymond (1981). *Marxismo y Literatura*, España: Península.

Marcadores de valor y disvalor en situaciones de contacto sociocultural: percepción y expresión de la diferencia a través del discurso

Ana Inés Heras Monner Sans*

En este trabajo se analizan situaciones de contacto entre personas que se perciben como “diferentes” para estudiar algunos mecanismos discursivos que se producen (y reproducen) en encuentros¹ de ese tipo. El punto de partida es establecer que se considera al lenguaje como acción social, es decir que a través del lenguaje se dicen pero también *se hacen* cosas. Así, cualquier intercambio es un espacio concreto donde, entre otras cuestiones, se dirimen relaciones sociales de poder (Bourdieu, 1994; Foucault, 1986).

En el análisis presentado aquí, estos aspectos han sido estudiados desde la sociolingüística de la interacción (Fishman, 1972; Gumperz, 1972; 1982; Tannen, 1986). Importa, siguiendo esa línea teórica y metodológica, analizar quién dice qué a quién (o contra quién), a través de qué recursos lingüísticos y para-lingüísticos, con qué fin, con qué propósitos y con qué resultados. Esta línea de análisis permite entender, en los casos estudiados, algunos modos concretos en que se generan y reproducen valores sobre la diferencia

*Agradezco a todas las personas que siempre quieren conversar y compartir sus sentimientos e ideas para que pueda seguir trabajando. Agradezco al compañero de equipo Waldo Ernesto Guerrero por su dedicación en la obra Viajes. Y también muy especialmente a mi compañero intelectual y de la vida, David Burin, por sus sugerencias editoriales y desde la perspectiva de la comunicación social. Dedico este trabajo a mi abuela materna de noventa y cuatro años, “Pequeña” Cárdenas Monner Sans, por su capacidad de seguir aprendiendo y enseñándonos. Por su despierta inteligencia que le permite leer un borrador de este artículo y comentarme: “me ayudaste a pensar muchas cosas que pasé, que vi, que tenía en la cabeza pero que no podía nombrar”. Pequeña es tucumana de nacimiento.

¹ Se usa el término encuentros siguiendo lo propuesto por Goffman (1983; 1961; 1959). Se refiere con ese término a la interacción social cara a cara, donde uno o más individuos están

sociocultural, de formas tanto sutiles como explícitas. Se aspira a que un análisis de este tipo, que podemos caracterizar como micro-sociológico pero que se combina con una documentación etnográfica continua durante varios años, permita además hacer comprensibles algunas matrices histórico-sociales que suelen ser difíciles de identificar aunque aparezcan presentes aún hoy.

Se destaca entonces que si bien el objeto de estudio parte del “orden de la interacción” (Goffman, 1983 citado por Giddens, 1987: 112), lo que nos proporciona evidencia acerca de que interacciones *aparentemente* sin importancia van configurando patrones ideológicos aceptados como válidos por la mayoría durante generaciones, el interés de partir desde allí estriba en la posibilidad que brindan este tipo de datos para analizar mecanismos específicos de constitución, conservación o desafío de patrones establecidos en relaciones sociales ampliadas. Este material puede ser importante para pensar en modos específicos de intervención en esferas tales como la de políticas públicas o los formadores de opinión a través de medios masivos de comunicación.

A los fines de brindar el contexto en que surge esta línea específica de investigación (es decir, el interés por documentar y analizar los marcadores de valor y disvalor en interacciones microsociales) se presenta primero, en forma breve, el marco conceptual y algunos resultados de un programa de investigación sobre la diversidad sociocultural y sus expresiones en la escuela². Este marco sirve para comprender el origen de líneas de estudio específicas que se presentan en este trabajo: las formas en que se codifica el valor y el disvalor en situaciones de encuentro sociocultural.

Diversidad sociocultural en contextos escolares: punto de partida y transformaciones

Se trabajó en la Provincia de Jujuy desde 2001, inicialmente documentando el tratamiento de la diversidad socio cultural en la escuela. Las preguntas de investigación que guiaron el comienzo de esa etapa fueron: ¿Qué se enseña y se aprende en la escuela acerca de la diversidad? ¿Qué ideas tienen los participantes acerca de su percepción de sí y de su percepción de otros? ¿Cómo se manifiestan

²“Maestros y alumnos como sujetos culturales en la escuela: del análisis a la elaboración de propuestas pedagógicas basadas en la diversidad”, proyecto subvencionado con fondos del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Carrera de Investigación del CONICET), Secretaría de Ciencia y Técnica, Ministerio Nacional de Educación.

las percepciones en sus interacciones?³

A partir de una serie de análisis realizados desde 2002 se amplió el espectro de trabajo en dos sentidos: por un lado, se indagó a partir de esos interrogantes en otros lugares geográficos del país (Tucumán, Chaco, Misiones, Ciudad de Buenos Aires); por otro, como los análisis de los contextos escolares indicaban que la percepción de la diferencia se construye simultáneamente en diversos espacios, se comenzó a investigar otros contextos sociales, tales como los medios de comunicación (repletos de representaciones sociales acerca de los “otros”), o el campo de la política (donde existen situaciones de tensión vinculadas con la diversidad socio-cultural y económico-social vinculadas con la percepción y representación de los concebidos como “otros”). También se ha identificado que las percepciones de diferencia se construyen en el tiempo, y son pasibles de ser rastreadas en capas de contexto de la historia (reciente y no reciente) que permiten explicar situaciones de conflicto en el presente.

Se usó un enfoque etnográfico combinado con la sociolingüística interaccional porque permite una comprensión particular y situada de los fenómenos a estudiar. Sin embargo, puesto que postulamos una comprensión abierta de los conocimientos que van surgiendo en nuestra área de trabajo, hemos ido haciendo referencia a otros cuerpos de pensamiento (por ejemplo, filosofía, sociología, historia y psicología). Consecuentes con la idea de que los fenómenos sociales son complejos, partimos de tomar el concepto de *espiral* etnográfica de Spradley (1980) que nos permite, como procedimiento metodológico, un progresivo enriquecimiento del análisis a través de la identificación, descripción e interpretación de elementos constitutivos del fenómeno que se estudia y que pueden no presentarse al momento de iniciar el estudio. Spradley propone como

³Algunos resultados de ese trabajo se desarrollaron en varios artículos publicados y se continúan desarrollando en otros en prensa. A partir de las preguntas iniciales ya expuestas, se trabajó con otras que fueron surgiendo, tales como: ¿Qué relación existe entre lo que se dice y lo que se hace acerca de las relaciones interculturales? ¿Qué tensiones internas se presentan en el discurso de los participantes con respecto a la diversidad y a la comprensión de la identidad, propia y de los otros? Estas preguntas fueron tratadas en Heras Monner Sans (2003) y en Heras y Holstein (2002). Surgió en los análisis sucesivos que era también importante investigar acerca de: ¿Qué aspectos o atributos identitarios toman en cuenta los maestros cuando se habla de diversidad cultural? ¿Cuáles no y por qué? Estas preguntas se trabajaron en Heras Monner Sans (2003). Por último, otro aspecto relacionado fue el que surge en los interrogantes siguientes: ¿Quiénes actúan como intérpretes o facilitadores culturales? ¿En qué casos y con qué herramientas? Este tema se presenta en Heras Monner Sans (2003b).

herramienta la construcción analítica de matrices de sentido a partir de identificar relaciones semánticas presentes en los contextos estudiados, producidas en el juego entre la comprensión endo y exogenerada (*emic and etic perspective*, respectivamente, conceptos que provienen del trabajo de Hymes 1974 y han sido tomados por otros etnógrafos).

Glaser y Strauss (1967), por su parte, han señalado la importancia de tener en cuenta las categorías que surgen en la interpretación de los datos para cualquier investigación, llamando a estos conceptos “las categorías emergentes”, es decir, que emergen del proceso de análisis, conformando un tejido conceptual (“*teoría* emergente”). Este tejido permite ser comparado con otros tejidos conceptuales para refrendar o enriquecer las teorías que se producen situacionalmente. Coincidentemente, Rockwell (1987: 18), ha señalado que “el análisis etnográfico es un trabajo específico que conduce a la construcción de nuevas relaciones, no previstas antes de hacer el análisis. (...) El análisis etnográfico, por tanto, no responde a un procedimiento técnico idéntico para todo estudio”.

Por su lado, Watson Gegeo (1992) ha mostrado cómo, a través de la identificación y estudio de capas de contexto, es posible mostrar que un fenómeno en estudio es, en verdad, una *serie de relaciones* [las itálicas son mías] con otros fenómenos y contextos. La autora toma una definición de contexto tal que es “el conjunto de todas las relaciones en las que se sitúa un fenómeno” (Watson Gegeo, 1992: 53). En el campo del estudio de fenómenos escolares, Marta Souto ha homologado la situación de estudio etnográfico con el estudio de la complejidad (Souto, 2000). Acerca de este enfoque, citando a Edgar Morin, Souto nos indica que “la complejidad es un entretejido de constituyentes heterogéneos, inseparablemente asociados y nos plantea así la paradoja de lo uno y lo múltiple” (Souto, 2000: 25) para hacer énfasis en que cualquier estudio desde este punto de vista, toma en cuenta que los objetos de estudio son complejos, es decir, “son lugares de intersección de problemáticas diferentes” (Souto, 2000: 26).

Desde las perspectivas citadas, el enfoque etnográfico toma en cuenta que al comienzo de cualquier estudio habrá un planteo tal que a medida que el estudio avance se irá transformando al irse advirtiendo la variedad de relaciones presentes en las situaciones analizadas. Por tanto, se debe poder trabajar con métodos de identificación, registro y análisis suficientemente flexibles. Geertz (1973;

1983) ha denominado “descripción densa” al método de la etnografía que permite una progresiva comprensión conceptual sobre un fenómeno a través de la construcción y reconstrucción de narrativas, tanto de quien observa y participa, como de quienes participan de ellas como *locales*. La descripción densa es tanto una técnica (de escritura progresiva y detallada tomando en cuenta las perspectivas múltiples en juego que puedan identificarse), como un método de análisis que sirve para la interpretación.

Como síntesis apuntamos que estas premisas generales nos han guiado para producir en este trabajo un análisis de situaciones de contacto, producidas dentro y fuera de la escuela, desde una perspectiva microsociológica con acento en la sociolingüística interaccional, presentando, a tales efectos, métodos y técnicas detalladas de generación e interpretación de datos. En las secciones correspondientes a la presentación y discusión de los datos haremos visibles qué categorías de análisis emergen en nuestro trabajo, así como qué disciplinas convergen en la interpretación de los fenómenos estudiados. También mostraremos datos generados y analizados a partir de la descripción densa⁴.

Diversidad sociocultural y diferencia: ¿situaciones de *contacto*?

En este apartado se presenta primero un punto de partida general y luego una descripción de situaciones de contacto para proveer claridad a la presentación del análisis subsiguiente. Partamos de admitir que existen varias definiciones de los términos asociados “diversidad sociocultural”. Algunas de ellas toman a la diversidad sociocultural para referirse a una postura axiológica, a un enfoque pluralista que permite reconocer las *diferencias* entre seres humanos y sus grupos de pertenencia, haciendo hincapié, en general, en que dichas diferencias son positivas. En estos casos, no se analizan las tramas de poder que subyacen a las diferencias y se entiende que toda diferencia es algo enriquecedor. Es común que este tipo de enfoque se encuentre en la perspectiva educativa.

Sin embargo, también hay contextos en los que “culturalmente

⁴Razones de espacio no han permitido mostrar específicamente las vinculaciones entre este tema de estudio y el programa general de investigación para hacer explícita la construcción de nuestra espiral etnográfica, pero las vinculaciones generales entre ellas se describen a lo largo del trabajo cuando es pertinente.

diverso” o “diversidad cultural” significa, para quien usa esas categorías, que se está en presencia de un grupo humano al que se ve como *menos que*, pero para el cual se usa un eufemismo (“diverso” o “diferente”). En este caso la postura axiológica es ver a los “distintos” como *menos que*.

Otras definiciones no son valorativas sino descriptivas y se concentran en documentar el hecho de que existen modos culturales de ser, estar, percibir y actuar definidos en forma situacional para grupos humanos diferentes. Suele haber análisis sociológicos que asumen este punto de vista y conjugan esta perspectiva con explicaciones acerca de las diferencias de poder de unos grupos sobre otros, y/o de unas culturas sobre otras.

Esta polivalencia de significado de los términos *diversidad sociocultural* ocurre también para otros términos que definen el campo de estudio de fenómenos como los que presentamos en este artículo y que a veces se usan como sinónimos. Por ejemplo, los términos multiculturalidad, multiculturalismo, enfoque multicultural, pluralismo, interculturalidad, educación intercultural, entre otros. No es lugar éste para comentar las similitudes y diferencias entre estos términos pero sí para aclarar que a los fines de este trabajo tomaremos la siguiente definición: cuando hablamos de situaciones de contacto en referencia a la diversidad sociocultural nos referimos a situaciones de contacto próximo e interactivo entre personas que se reconocen como diferentes. Así enunciada la diversidad sociocultural parece ser un hecho para casi todas las personas; lo que interesa distinguir es que a cada uno nos afecta de modo diferente: no es lo mismo *ser un sujeto percibido como de menor valor* [por alguien que es visto como el que reúne atributos de poder] que *tener el poder de percibir a los demás como otro de menor valor*.

Presentes tensos, historias complejas

Ha sido documentado que en lugares en donde conviven personas que se reconocen como “diferentes” existen hechos históricos (recientes y/o lejanos) que permiten develar por qué en el presente existen procesos activos, tensos y complejos de construcción de identidad. Se presenta de forma muy evidente en estos casos lo que es común a la construcción de identidad en cualquier ámbito y situación: una definición de *nosotros* se construye a partir de la posi-

ción relativa con respecto a otros, es decir, es fuertemente relacional (Grimson, 2000). Las percepciones de los otros con respecto a nosotros fundan nuestra propia percepción de nosotros⁵, aunque lo que reconozcamos como identidad se ponga en evidencia de modos distintos según los contextos y relaciones que estén en juego. Así, es frecuente que nos reconozcamos e identifiquemos con ciertas formas de hablar, de ser y de actuar en un contexto de pares pero que no reconozcamos explícitamente y lleguemos hasta el extremo de tratar de disimular esas formas en un contexto en donde haya otros que consideramos no-pares (por ejemplo, porque tienen un rol jerárquicamente diferenciado al nuestro en la estructura familiar o laboral, o porque los reconocemos como pertenecientes a otros contextos, situaciones y orígenes y percibimos que nuestras identidades pueden suscitar en ellos juicios de valor negativos). Este aspecto general acerca de la identidad es el punto de partida teórico-epistémico de nuestro trabajo sobre las situaciones de contacto.

De acuerdo a lo dicho en los párrafos anteriores, existe una gran variedad de fenómenos que pueden pensarse como situaciones de contacto en lo que respecta a la diversidad sociocultural y a los procesos de conformación de la identidad. Ejemplos de este tipo son el de niños y familias mexicanos en California (Heras y Craviotto, 2001), el de ciudadanos de origen boliviano en Jujuy (Karasik, 2000) o de personas de origen coreano y boliviano en Buenos Aires (Courtis, De la Fuente y Domínguez, 1997).

Describiremos aquí algunos sin pretender una presentación exhaustiva sino orientadora: es un mapa de situación para mostrar que son variadas. Cabe aclarar que al presentar las situaciones como *tipos*, se parte de admitir que son generalizaciones y que, como tales, en verdad, no se presentan en *estado puro*. Por ejemplo, al estudiar casos concretos de historias de vida o de historias locales, se comprueba que varios de los atributos de un tipo de situación de contacto pueden cruzarse con atributos de otros tipos de situaciones, o que varias de estas situaciones listadas a continuación como *diferentes*

⁵Este es un aspecto tratado por varias disciplinas sociales y humanas de forma recurrente. Por ejemplo, en filosofía puede verse la discusión que presenta Habermas (1986) de las lecciones de Jena de Hegel. En psicología, el amplio corpus de teorización psicoanalítica freudiana y lacaniana. En letras, las discusiones sobre la identidad como desdoblamiento (*doppelanger*), entre otras. Lo que es común a estos enfoques disciplinares es la pregunta sobre qué es la identidad, en qué reside la constitución del "yo" y cómo (a través de qué mecanismos concretos) se produce. Lo que varían son las respuestas a estas preguntas que exceden el objeto de este trabajo.

entre sí pueden presentarse en un mismo lugar geográfico.

Situaciones que se producen cuando migran grupos enteros (colectivos migrantes). Pueden tener como origen razones diferentes: guerras, persecuciones políticas, privaciones económicas, deseo de ascenso social, entre otras. Si bien las razones que dan origen al movimiento de grupos humanos en forma masiva varían, lo que suele ser común en estas situaciones es que las diferencias se manifiesten de forma evidente, por ejemplo, en el idioma, en el origen étnico o en la pertenencia religiosa, que a veces se perciben por vestimenta u ornamentación: los marcadores de diferencia hacen que los grupos se autoperciban, y sean percibidos, como colectivos migrantes. En general, en estas situaciones la historia de las relaciones entre los grupos no es demasiado larga (no se remonta a varios siglos atrás). Puede ser el caso de mucha de la inmigración argentina reciente a países del norte (que se produce por un deseo de ascenso social relativo), el caso de inmigración procedente de Perú y Bolivia a Córdoba, Argentina (documentado, por ejemplo, por Agostini y Murúa, 2002), el caso de la inmigración coreana hacia Argentina en las dos décadas pasadas (Bialogorsky, 2002; Curtis et al., 1997), y el caso de la migración judía durante las guerras del siglo pasado (ver Galante y Jmelnizky, 2000, sobre todo para las distinciones entre los tipos de situaciones dentro de la colectividad judía que dieron origen a la migración).

Situaciones que se produjeron originalmente por situaciones de expansión colonizadora de un grupo sobre otro. En cierta manera puede pensarse como un movimiento inverso al anterior: alguien irrumpe en la vida de otro alguien. Éstas son situaciones en donde el contacto hoy y ahora tiene larga data y tiene una carga - simbólica y real- extrema en el grado de violencia. En estas relaciones de contacto ha habido pueblos o grupos enteros colonizados, dominados, asesinados, expulsados y luego marginados en sus propios lugares de origen y asentamiento. Son claros ejemplos de este tipo las situaciones de los pueblos o naciones originarias de América Latina, o las de grupos etno-lingüísticos del continente africano (tanto en su propio territorio como a través de la esclavitud ultramarina). También en estas situaciones las auto-percepciones y las percepciones de los otros acerca de las pertenencias a grupos humanos están presentes y los marcadores de la diferencia suelen or-

ganizarse en torno a la lengua, color de piel, clase social, modos de hablar (si se habla la misma lengua) y modos de vestir y llevar al cuerpo. Estas situaciones han sido extensamente documentadas⁶.

Situaciones que se producen cuando se relacionan personas de distinta clase social que conviven en un mismo espacio geográfico y que, al menos en forma inmediata, no tienen relación con situaciones de conquista o con situaciones de migración de un colectivo humano. Muchas veces, la diferencia de clase social va acompañada de diferencias étnicas y etno-lingüísticas que son percibidas como marcadores distintivos en la relación (Margulis, 1998). En estas situaciones se suelen producir contactos ocasionales pero permanentes. Por ejemplo, son las situaciones de pobladores de áreas rurales (campesinos o peones) o de áreas de montaña cuando van a la ciudad. O las situaciones de trabajadores que viven en el conurbano de una gran ciudad y se desplazan para ir a trabajar, diariamente (Margulis y Belvedere, 1998). O situaciones en espacios públicos (bancos, plazas, salas de cine o teatro, la calle, un bar, etc.). En este tipo de contactos los marcadores suelen ser percibidos muy rápidamente por los participantes y se organizan en torno al uso del cuerpo, de la vestimenta y ornamentación, de las formas de mirar, del idioma o de las formas de hablar si se habla la misma lengua. Goffman (1959), ha puntualizado que estos marcadores se perciben inmediatamente, incluso dentro de la “misma” clase social; Gumperz y Cook-Gumperz (1982) y Labov (1970) lo han documentado desde el punto de vista lingüístico cuando existen diferencias de clase, etnia o lengua.

Situaciones que se dan cuando personas de una misma clase socioeconómica o muy similar, pero de distinto origen religioso o étnico, orientación sexual, color de piel u origen nacional comparten actividades y lugares en forma estructurada y por largos períodos de sus vidas. Es el caso de algunos grupos de trabajo especializado, o de situaciones de formación educativa donde se comparte la clase social y una formación parecidas, pero donde las orientaciones culturales (por filiación y/o adscripción) pueden ser muy variables. Estas situaciones no se dan necesariamente por un cambio de lugar de origen, o por la irrupción de un grupo sobre otro (es decir, no hay traslado o movimiento geográfico con respecto a

⁶Ver, por ejemplo, Díaz (2001) para el caso de la etnia mapuche en Neuquén, Argentina y Hernández (1981) para el caso del mismo pueblo en Chile. Ver Bascuñan Fajardo y Martinic (2000) para un recuento histórico de estas situaciones en la Provincia de Chubut.

lugares de habitación) sino porque esas personas o pequeños grupos humanos asisten a algún lugar que los reúne (por ejemplo, lugar de estudio, lugar de trabajo, interés profesional, etc.). En estas situaciones los marcadores de las pertenencias a grupos suelen ser mucho más veladas; pueden, incluso, ser expresamente ocultas o negadas parcialmente. Desde un punto de vista de análisis del discurso se puede ver Gumperz, (1972; 1982) y Tannen (1986), que documentan algunas de estas situaciones a través de diferencias del habla.

Situaciones que tienen lugar por un movimiento sociocultural y socioeconómico. Se producen cuando, por ejemplo, una persona de un origen étnico cultural “migra” o se “mueve” dentro de clases sociales distintas en un mismo entorno geográfico a través de una o dos generaciones. O de personas que, siendo nativas de una región (por ejemplo, el NOA) migren al mismo tiempo de localidad geográfica (se asienten en otra ciudad, por ejemplo Buenos Aires) y de clase social (movilidad económica *percibida* en ciertas etapas vitales de los sujetos entrevistados como ascendente, por ejemplo, de origen campesino proletario a clase media profesional universitaria, Heras Monner Sans, 2003b). Es el caso también de migraciones internas de grupos étnico lingüísticos de comunidades de pueblos originarios, como por ejemplo la migración al Gran Rosario de la comunidad toba original del Chaco, según lo documenta Sagastizábal (2000).

Finalmente, hay otras *situaciones de contacto que reúnen algunas características de las anteriores*. Tienen lugar con personas que co-habitan en por lo menos dos locaciones geográficas (pueden tener dos o más viviendas reconocidas como tales en más de un lugar geográfico o geopolítico y transitan entre estos espacios con relativa fluidez o pueden permanecer en su vivienda para pernoctar y durante los fines de semana y viajar cotidianamente a otro sitio para trabajar o estudiar). En estas situaciones de contacto suelen suceder interacciones donde quien vive en más de un espacio se suele sentir nativo de, pero a la vez no nativo de, todas las situaciones que va habitando. Es un caso bastante común en situaciones de frontera nacional, documentado por ejemplo por Escolar (2000).

Así, las situaciones de contacto se dan por distintos tipos de movimientos: los de origen geográfico (pensados como aquéllos en donde se cambia de lugar de vida), por depredación de unos por otros (por conquista), pero también por cambios en el sentido de

movimiento sociocultural y socioeconómico, tanto en forma diacrónica (antes se estaba en un lugar, ahora se está en otro, ejemplo, movilidad socioeconómica ascendente) como en forma sincrónica (en un mismo día y lugar geográfico se está en contacto con personas de varios orígenes distintos). Aunque para algunos de nosotros las situaciones de contacto sean más cotidianas que para otros, parece cierto afirmar que todos interpretamos esas situaciones como momentos en donde *nos ubicamos con respecto al otro*. Lo que los datos muestran es que en la cosmovisión occidental capitalista esta ubicación se da tomando en cuenta una escala de poder⁷. Dentro de estos modos de percibir la diferencia, cuando nos encontramos con otros que percibimos como distintos los vemos como *carentes de* [cualidades que nosotros poseemos] o como *abundantes en* [cualidades que nos gustaría tener]. En la interpretación de qué sucede en esos encuentros cara a cara es fundamental tener en cuenta que algunas personas tienen márgenes de interacción más estrechos que otros ya que el hecho de *ser y parecer* de ciertos modos los hace ser vistos como “otros distintos” en un sentido de disvalor⁸.

Las categorizaciones jerárquicas y valorativas se hacen presentes a través del uso de una variedad de lenguajes (códigos semánticos) y si bien podría argüirse que estos son detalles (y podrían desmerecerse como poco importantes) se comprueba que son estas formas reiterativas de ser en relación a otros lo que va conformando, en algunos sujetos, sensaciones de exclusión, y en otros sujetos, sensaciones de poder (simbólico y real) que les otorga el hecho de nominar, invocar y señalar a otros (ver para ejemplos de esta aseveración la colección de trabajos compilada por Margulis y Urresti, 1998). En el transcurso de nuestro trabajo de investigación ha surgido una línea específica que busca entender estas situaciones al identificar cómo se articulan esferas de la acción social humana que pueden aparecer lejanas o sin aparente conexión de sentido: la que tiene lugar cara a cara, en interacciones cotidianas, casi tan familiares para los participantes que pasan las más de las veces desapercibidas, y la que tiene lugar en ámbitos macrosociales, históricos, pero que continúan abonando los marcos ideológicos actuales. El análisis de situaciones de contacto que se presenta a continuación

⁷ Ver por ejemplo Appfel Marglin (2004) para una presentación de cómo otras cosmovisiones ven y actúan en estas situaciones.

⁸ Para formas literarias de expresar estos hechos de discriminación sufridos, se puede ver Moraga y Anzaldúa (1983) y Kingsolver (2000).

toma como punto de partida la idea general de que estas esferas se articulan (Foucault,1972).

Nuestra contribución estriba en mostrar cómo específicamente se produce esta articulación en el campo particular de situaciones de contacto sociocultural, de qué modos concretos, materiales, e intersubjetivos se producen las invocaciones en el presente de situaciones generadas en marcos histórico-sociales (de larga data, en algunos casos; específicamente coyunturales en otros). Para ello tomamos para el análisis tipos distintos de registros en formatos variados y con análisis microinteraccionales complementarios. Es decir, los análisis presentados, si bien adscriben a un enfoque y campo general común (el orden de la interacción con una perspectiva micro), se sustentan en técnicas, soportes, formatos⁹ y pasos analíticos diversos.

Situaciones de contacto

El análisis que se presenta proviene de fuentes diferentes¹⁰. La variedad se selecciona para mostrar que el fenómeno es extendido. Puesto que los datos han sido generados en situaciones y en soportes y formatos distintos, se encontrarán en esta sección ejemplos que tal vez puedan ser ajenos a los tipos de estructuras narrativas [y retóricas] a las que se puede estar acostumbrado/a a leer. Se indican, en los casos en que es necesario, algunas convenciones que facilitan la lectura.

La presentación se organiza en dos grandes bloques: datos que provienen de grupos focales y entrevistas en viajes realizadas en el marco de un proyecto a nivel provincial y datos de talleres realiza-

⁹ Soporte se refiere al material en que se registra y formato al tipo específico. Dentro de un mismo soporte puede haber variados formatos, por ejemplo: dentro del soporte video, formato VHS, DVD, Hi8; dentro del soporte audio, cassetes o minicassettes; dentro del soporte escrito, notas, transcripciones generales, transcripciones completas, dibujos, etc. En nuestro caso el corpus está integrado por una gran variedad: videograbaciones VHS y DVD, audiograbaciones en cassetes, en cuanto al formato escrito, notas de campo narrativas, retrospectivas, “viñetas”, apuntes, reconstrucciones parciales y totales, entrevistas en viaje anotadas en cuadernos de campo, observaciones directas donde se tomaron notas y observaciones indirectas donde se tomaron notas retrospectivas; fotografías digitales y no digitales. La variedad de soportes y formatos permite por su redundancia y detalle reconstrucciones factibles para el tipo de enfoque analítico propuesto.

¹⁰ Por ejemplo, grupos focales sobre la discriminación; sobre pautas de consumo de los jóvenes y sus relaciones con la cultura local, en el marco del Programa de Prevención del Tabaquismo dirigido por la Dra. Ethel Alderete; entrevistas sobre historias de vida; entrevistas sobre trabajo docente y diversidad; etc.

dos en San Salvador de Jujuy. En el primer bloque se presentan testimonios de audio y video grabados y narraciones de material recolectado en viajes (notas de campo y Documento *Viajes*, Guerrero y Heras, 2003). El texto en itálicas es transcripción directa (desgrabaciones completas) o notas directas de campo. Cuando se presentan notas de campo pero hay frases que fueron dichas textualmente, se indica entre comillas. En el segundo bloque se muestran datos generados en el contexto de un taller con docentes de escuelas primarias y personal de la Secretaría de Turismo de la Provincia de Jujuy. Se analizan en particular dos intervenciones de la misma persona (a quien llamaremos JC) para mostrar que las situaciones de contacto intercultural pueden ser percibidas por la *misma* persona en forma contradictoria. Lo analizo mostrando dos momentos de conversación de la misma persona, en el mismo lugar, que ocurrieron con horas de diferencia. En este apartado se trata de forma diferente que en el anterior los datos transcritos, en el sentido de que se preparó una transcripción por unidades de mensaje para analizar los mecanismos internos de la construcción del discurso¹¹. También se realiza el análisis de forma diferente, es decir: no al final como una discusión breve, sino que se intercala a medida que se desarrolla para ir construyendo la interpretación sobre conceptos y recursos distinguidos anteriormente.

1. Los participantes están respondiendo preguntas-guía que se formularon al comenzar la conversación acerca de cómo se identificaban y cómo creían que los veían los demás a partir de ejemplos que quisieran compartir en el contexto de un grupo focal sobre aspectos socioculturales y etnoculturales de la juventud.

[habla una joven] me tocó un caso cuando tuve que recibir chicos, así, para hacer guía o hacer cosas, que iban y me decían “¿para qué es eso?” Y yo le explicaba y después, por ejemplo, los ritos o la vestimenta del coya como dice acá; y ellos dicen “ah, mirá, usan

¹¹ En estos ejemplos a continuación se usa un método de transcripción con que el lector/a puede estar poco familiarizado/a. Se trata de un método común en la sociolingüística interaccional, a través del cual se presenta el discurso de los participantes desde el punto de vista de la escucha, es decir, separando las unidades de significado por pausas, entonación y cadencia del parlante. Cada unidad mínima de significado se identifica con una línea y un número y de este modo se puede realizar un análisis detallado y microsocio de cada intervención. Se usan algunas convenciones para indicar aspectos del habla importantes de marcar en situaciones de análisis como esta. Por ejemplo, los dos puntos indican la elongación de una vocal. Si hay cuatro puntos [:::] esto indica que la elongación es aún más larga. Un apóstrofe indica aspiración de la ese. El subrayado indica énfasis. El signo de barra ascendente indica entonación ascendente. Las itálicas indican discurso indirecto.

ojota” y se reían. Yo me ponía mal. Es como si me lo estuvieran diciendo a mí. Por ahí pienso “es un ignorante” pero me pongo mal porque yo trato de... de defender lo que es mío. Y pienso “si voy allá [donde viven ellos] se van a burlá’...”. Creo que los hijos de familia de Quebrada y Puna que viven en la ciudad se sienten muy mal porque [te] discriminan, porque te dicen por ejemplo, “la del norte, la de la quebrada, la puneña”, así, tratan de discriminar...

[interviene otra participante del grupo y con entonación enfática dice] te dicen coya [su intervención está ligada a lo que venía diciendo su compañera, es decir, provee un ejemplo directo de un insulto que le pueden decir]

[continúa hablando la primera participante luego de escuchar a su compañera] o dicen “ella es media sucia” o “son así” o “son aquello”, tratan de hacer una discriminación que a uno le duele bastante. Porque nosotros cuando ellos vienen, nosotros no le discriminamos porque son de la ciudad. Al contrario le abrimos los brazos, le damos todo lo que nosotros tenemos a nuestro alcance. Pero ellos nos pagan de esa manera cuando vamos a un lugar y nos tratan de decir cosas, eh, y nos hacen sentir mal, por ahí, eso no tendría que pasar, no sé...

[otra participante agrega] dicen que porque lleva [algo que lo identifica] o hasta por la forma de hablar de acá también...

[otro participante agrega su explicación que es diferente] es que también hay que saber donde ir a relacionarse en Jujuy, porque si uno pretende estar en Jujuy e irse a meter... por ejemplo, con los conchetos o sea los hijos de los tabacaleros y de los quinteros, de los gerentes de los ingenios, o con los hijos de los doctores, de los diputados, bueno de lo diputados no tanto, pero así de eso'. Y bueno si uno quiere estar con ellos sí o sí te van a discriminar, pero si no no, si uno va con la gente, yo tengo amigos que están en Jujuy...

[interviene la otra participante que había hablado primero para disentir] siempre te va a tocar aunque vos digas no. Siempre va haber casos y te van a tocar aunque digas no te va pasar, pero te va tocar.

[contesta el participante que habló de los conchetos para decir] por eso, justamente, esa gente que yo te digo, conchetos. Si, pero yo lo voy a trompear cuando vengan (risas).

[continúa hablando la primera participante] por ahí si, las veces que yo traté con personas de otros lados y por ahí tratan de hacer-

te a un lado, como que, por ejemplo: atendí dos turistas y la señora un poco que, yo le mostraba y ella tocaba con delicadeza, pero por ahí yo le charlaba de una cosa y hablaba a mi manera de hablar de acá y por ahí me dice “ay, no se habla así, se dice así’ o sea, tratar de corregirme, ve? Y yo hablo como hablan acá. O por ejemplo yo les digo cómo soy, y por ahí me dicen “por qué no te ponés crema, hay muchas cosas para que no te pase eso” [refiriéndose a su piel] o por ahí te dicen “no te vistas así, por qué te vestís así” o “por qué coquean?” en definitiva tratan de hablar mal de uno y para mí no es nada malo decir lo que yo soy o lo que es mi pueblo, para mí no, es como si estaría identificando una cultura, a un personaje que yo misma lo soy, soy coyita.

[interviene de nuevo el participante anterior] por ejemplo mi hermano estudió en otro lado y estaba estudiando turismo y ahí en esa carrera siempre están los que pueden, son gente que puede, y entonces le decían “pero vos no parecés del norte, si vos hablás de tal forma, tendrías que hablar así y así” y lo que le decían es como que tenía que ser ignorante por ser del norte.

[otra participante interviene] tienen la idea de que tiene uno que ser callado, que tiene que esperar a que le pregunten a uno, que uno no tiene que... no sé... (Testimonios de jóvenes de Maimará, Quebrada de Humahuaca, Provincia de Jujuy).

Las formas en que jóvenes de la Quebrada perciben que son tratados como diferentes (menos que) confirman los testimonios directos anteriores. Se organizan alrededor de los siguientes marcadores, según entrevistas realizadas: color de piel, forma de hablar y formas de vestir. Muchos se autodenominan kollas, otros dicen que los demás les dicen kollas en forma despectiva. Se presenta el caso de un joven que relata que en el Hospital público más importante de San Salvador los discriminan negativamente enfermeras y personal administrativo. Tomando este dato se comenzó a relevar que muchos eligen irse a otras localidades, incluso lejanas, como Córdoba y Buenos Aires, si pueden costearse el viaje, porque allí los atienden mejor que las personas de acá. De todos modos, documentamos que también dentro de la Quebrada misma hay tratamiento de disvalor ya que los de Humahuaca dicen que las localidades pequeñas (Santa Ana o Caspala) son distintas (debe leerse como menos que, más atrasados, hablan mal, etc.). Estas localidades están a varias horas de viaje y no hay acceso en ro-

dado a muchas de ellas. Algunos de los jóvenes de localidades internas que asisten a escuelas en otras localidades son identificados, según sus relatos, por el color de sus mejillas y de su piel, y más que todo, por su forma de hablar y su modo de vestir. Se les corrige permanentemente su modo de hablar: como decía un entrevistado, “es mal visto”. Un caso de este tipo es el de dos hermanos en la localidad de Hipólito Irigoyen (a 25 km. de Humahuaca). Estos dos jóvenes estudian en la localidad de Irigoyen, pero ellos son nacidos en un pueblito de entre los cerros. Reportan sentirse muy mal por la ropa que llevan puesta. Dicen que les gustaría bajar a Jujuy para trabajar y vestirse bien. Cuando preguntamos qué es vestirse bien, la respuesta es “camisa nueva, pantalón nuevo, zapatos nuevos, así para que la gente no hable”. Además refuerzan diciendo que les da vergüenza andar con la misma ropa. También dicen que ellos con vestirse mejor van a poder estudiar mejor. Atribuyen sus dificultades en el primer año del colegio a sus formas de ser y parecer. En otro Departamento, en Valle Grande, sucede que las adolescentes perciben que al bajar a Ledesma son tratadas como “cerreñas” (que vienen del cerro) en forma despectiva. Los de Libertador se dan cuenta inmediatamente que son del cerro, dicen ellas, por su forma de hablar. Tomando esta información, al hacer entrevistas en Libertador se preguntaba lugar de origen pero muchos adolescentes decían no querer decir de dónde vienen. Muchos comentaron que terminan incluso cambiando su nombre o modificando la información real y dicen haber nacido en barrios de esa misma ciudad (barrios distintos a donde están viviendo ahora). Por ejemplo, un chico dice que nunca dijo de dónde él es y que si le preguntan dice que es de San Lorenzo porque “allí es un barrio reconocido por todos donde hay matacos, chaguancos...¹²”. En todas estas historias existe un patrón común: se oculta el origen porque se sabe que habrá cargadas y discriminación. No solamente por parte de los alumnos: también de los profesores. Incluso un entrevistado comenta que se negó en ocasiones a presentar su documento ya que no quería que los docentes descubrieran que pertenecía a una localidad de Valle Grande. Otra persona entrevistada, una adolescente de Santa Bárbara (localidad donde para llegar hay que caminar ocho horas), comenta que

¹² Tanto matacos como chaguancos son autodenominaciones de grupos etnolingüísticos; sin embargo, ambas categorías se usan de modo despectivo.

cuando baja a Libertador es tratada de forma “diferente” por sus propios familiares. Según su relato, “cada palabra que digo me corrigen”. Por eso dice que prefiere directamente no ver a su familia. En muchas de estas localidades (Santa Bárbara, San Lucas, Pampichuela, Valle Colorado, Alto Calilegua, Santa Ana, Caspala, Durazno, Lagunilla) hay pocos adolescentes y en general se van de sus localidades. Migran para buscar trabajo y estudiar en otros lados, por lo que su contacto con otros que no son sus pares locales es obligado. Un ejemplo de Santa Bárbara: un señor y una señora que hoy viven solos pero tienen doce hijos. Todos se han ido. (Notas de campo sobre relatos de jóvenes de la zona de Quebrada de Humahuaca).

En términos generales partimos de aseverar que estos datos confirman la existencia de procesos permanentes de ejercicio de poder de unos sobre otros en las micro interacciones, entre personas que se perciben como diferentes. Comencemos por analizar los detalles materiales (las formas de construcción concreta interactiva) comunes a los datos que acabamos de presentar.

Un recurso que aparece constantemente es la nominación¹³, proceso por el cual se nombra a otro según el punto de vista del que nombra sin tener en cuenta si el nombrado suscribe o no a ese nombre. Este es un recurso a nivel lexical que refiere a un contenido semántico y que es a la vez una acción social de coacción: un vocablo remite a un significado que se impone sobre alguien. Se ve en los datos presentados como un mecanismo de fuerza ya que está implícito el poder de decidir sobre la identidad de otro (nombrarlo como “yo quiero”). Pero al analizar los detalles aparecen variantes dentro del mismo recurso: una es el uso de un proceso de significado a través de la sinécdoque (la parte por el todo, proceso de singularización), como, por ejemplo, cuando se reporta que les dicen “la del norte, la de la quebrada, la puneña”. Es decir, se toma el uso del singular para significar el todo pero no en forma descriptiva sino, como dicen los testimoniantes, en forma peyorativa. La contracara es el uso de la generalización esencialista (se resume en la construcción “todos son así”, con los ejemplos que se daban: “son sucios, son coyas” o “son así o son aquéllo”). Esta construcción es poderosa por lo que no dice: deja a la imaginación de quien escucha com-

¹³ Pueden verse Todorov (1987) y Bixio (2001) para una presentación más detallada de los usos de la nominación durante “el descubrimiento” y la “conquista y colonización” respectivamente.

pletar estas características de “así” y la entonación sugiere que ese “así” es negativo.

Los testimonios indican, además, que al uso de la nominación, ya sea por generalización o singularización, se agrega el uso de otros marcadores para-lingüísticos para generar significado: la entonación y la risa parecen destacarse. Son formas en que se codifica la discriminación en las interacciones cara a cara.

Interesa destacar que en los testimonios que presentamos primero se usa la palabra coya de maneras distintas; esto se confirma en los datos que se recogieron en viajes por la quebrada: es diferente para alguien que se identifica como tal decir “soy coya” o -lo que es muy corriente- decir “soy coyita” (diminutivo que cumple la función de autovaloración) que ser insultado como coya. Es claro que la diferencia estriba en dos procedimientos que son muy distintos: el primero es la autonominación por identificación positiva. En el segundo caso es la nominación de otro que alude a la identificación negativa del coya como “indio sucio, vago”. Por lo tanto, podemos inferir que conviven en un mismo tipo de recurso (nominación) dos acciones sociales de signo contrario y por eso es fundamental tomar como marco de análisis las herramientas interpretativas de la sociolingüística interaccional que nos indican preguntar: ¿quién dice qué, a quién (o contra quién), por qué, con qué propósito y resultado?

¿Y qué nos dicen los testimonios con respecto a qué marcadores no estrictamente lingüísticos se usan para decodificar quién es quién en las interacciones cotidianas, y quién puede decirle qué cosa a quién? Los testimonios y datos presentados son coincidentes en señalar: color de piel, modos de llevar el cuerpo, uso de la vestimenta, indicación de localidad de origen. Para no ser inmediatamente identificado, se revela que existen deseos de asimilarse cambiando algunos de estos rasgos, cuando es posible, para evitar la violencia de la discriminación. Se percibe que quienes desean hacer estas modificaciones confían en que ocultar su identidad trae beneficios ya que no solamente se evita la violencia por contacto concreto despectivo, sino que se evitan barreras de acceso. Sus trayectorias de vida concretas confirman este beneficio (caso de la escuela y hospitales públicos).

Tomando el marco interpretativo de la historia para resignificar el microanálisis, tenemos en cuenta que los referentes semánticos para la identificación negativa se han construido en tiempos lejanos (ver, por ejemplo, Todorov, 1987; Luque, Paines y Manjón, 1997 en

el apartado sobre historia del insulto étnico). Para el caso de situaciones de contacto actuales en algunas regiones de nuestro país, sabemos que fueron generados en situaciones de conquista y violencia que a su vez fueron plasmadas en corpus jurídicos; estos mapas de relaciones con origen histórico han servido (entonces y ahora) como tramas de significado para categorizar a los sujetos en tanto pertenecientes a grupos y por tanto se han constituido en orientaciones (visiones) de las relaciones sociales (ver por ejemplo Bixio, 2001). Implícito está aceptar que ser blanco, urbano y burgués es mejor que otra cosa (ver Pratt, 1992 para un análisis histórico que muestra las formas de ir aceptando estas categorías ideológicas a través de la propaganda literaria de los viajeros coloniales). Sorprende, tal vez, que siglos más tarde estos procesos sigan siendo tan lentos para revertirse y que por tanto se admitan en el lenguaje coloquial expresiones tales como “negro villero” o “negra de mierda”, en donde la construcción de sentido negativo se da por color de piel y lugar de morada que indica pertenencia económico social, en un caso, y por color de piel e insulto directo en otro caso.

A estos tipos de discriminaciones percibidas como oposiciones socioculturales y étnico culturales se agrega, por lo que vemos en los datos presentados, la discriminación por percepción socioeconómica. Dichas percepciones se asocian, además, con color de piel, vestimenta y formas de hablar. Generan en quien se otorga el poder de nominar no solamente la facultad de usar la palabra para designar al otro sino el deseo y la posibilidad de arrogarse la facultad de 'corregir': el habla, la vestimenta, incluso el modo de ocuparse del cuerpo (maquillar la cara). Sorprende que, en las situaciones supuestamente democráticas en que estaríamos viviendo en el presente, haya posibilidades de que algunos se otorguen tanto poder sobre las identidades físicas y emocionales de los demás. En paralelo, quienes se ven identificados y manipulados de estos modos a su vez internalizan estas nominaciones y expectativas y se van acostumbrando -aunque no aceptando- a que los otros creen lo que creen (“de dónde sos, por qué hablás de ese modo, tenés que ser callado”). También se registran en estos datos procesos de diferenciación interna, por los cuales los mismos mecanismos que son denunciados para con ellos por otros que se autonominan como mejores son usados al interior de estas regiones, sobre todo en oposiciones semánticas implícitas como “campo versus ciudad”, “cerros versus valles”, “blanco versus tonalidades oscuras de piel”. Es decir, hay un

mapa implícito de significaciones que se alude y recrea en cada una de estas interacciones y que continúa permaneciendo como referente de significados al no existir cuestionamientos ni objeciones a las jerarquías aludidas.

El análisis nos muestra que hay dos niveles simultáneos: el de los múltiples modos discursivos y el marco referencial de jerarquías de poder históricamente construidas, políticamente reforzadas e institucionalmente instaladas (ver Weissglass, 2002 para una discusión del concepto de racismo institucionalizado). En relación al nivel discursivo concreto, vemos que el nominar a alguien como “coya en ojotas” (situación que ocurre en el campo lingüístico) puede ir acompañado de risa burlona (marcador paralingüístico). La expresión y la risa conforman un discurso de la diferencia como discriminación. En los otros ejemplos, el indicar que la cara puede tratarse con maquillaje va acompañado de gestualidad concreta que refuerza ese mensaje; el identificar que ciertas ropas designan cierto tipo percibido de personas va acompañado con situaciones concretas de exclusión.

Denomino “redundancia semántica” a este tipo de mecanismo de impregnación de significado en varios niveles. Como se ve, es poderosa en sí misma; parece aumentar su poder al reforzarse lo que sucede en las interacciones en concreto con las interpretaciones o alusiones al mapa conceptual implícito, abonado por siglos de tensiones, pero no suficientemente cuestionado ni modificado.

2. Hablando con JC me explica con pasión y detalle en qué consiste el Programa de Anfitriones Turísticos, un diseño educativo que promueve el conocimiento de la diversidad geográfica y cultural en las escuelas de la Provincia por medio de la intervención de personal especializado de la Secretaría de Turismo trabajando en conjunto con docentes, familias y alumnos. JC es coordinadora de un equipo de trabajo dentro de este Programa. El Programa se instrumenta, en parte, a través de talleres en las escuelas y de viajes de intercambio. Uno de los aspectos que a JC le entusiasma del diseño es que permite que circulen conocimientos a través de los niños acerca de sus realidades y pertenencias culturales. Sin embargo, le preocupa que se pueda dar un espacio real dentro de las aulas donde los chicos que son portadores de culturas no urbanas puedan, en un ámbito de escuela urbana, comentar sus conocimientos sin temor a que los ridiculicen. En este sentido, JC tiene una percepción aguda de que las situaciones de contacto entre niños de origen ur-

bano y no urbano se producen en muchas ocasiones con un grado importante de violencia (ver líneas 35 a 48 más abajo).

Hablando de este tema dice JC:

1. por ejemplo:
2. este::
3. estábamos pasando el video de los cañaverales
4. y uno de los chicos
5. dice
6. *bah, eso es apenas' un poquito*
7. *le falta mucho*
8. dice
9. porque eso es un poquito
10. es
11. entonces
12. conversando con el chico
13. le preguntamos de dónde era
14. que era zafrero
15. que había ido a la zafra
16. y había tenido::
17. tiene mucho' cuentos
18. anécdotas
19. lo que le pasó
20. lo que el vivió en la zafra.
21. o sea
22. por eso
23. para él le parece toda una vida
24. son muchos años
25. los que él ha vivido ahí
26. esa instancia
27. entonces
28. una de las cosas que nos estábamos planteándonos
29. justamente
30. ayudarle a ese chico
31. a que
32. cuente
33. al momento a los compañeros
34. lo que vivió
35. pero qué es lo que pasa/
36. él no lo va a contar porque
37. siempre hay alguno

38. que lo va a cargar
39. lo van a molestar
40. lo van a humillar
41. porque
42. esa es otra de las cosas que pasan en la escuela.
43. yo no sé por qué
44. hay
45. eh
46. en el proceso de la enseñanza
47. que ellos entre ellos
48. se dicen cosas horribles

En este fragmento hay varias sub-unidades temáticas que se van enlazando en el discurso para presentar la idea o tema general de este fragmento, que puede resumirse como la falta de condiciones concretas en las aulas para poder intercambiar conocimiento significativo sin que se esté amenazado por los pares que no comprenden la diferencia. Así, el primer sub-tema es la presentación de un ejemplo; el segundo es lo que sucedió a partir de esa situación que se comenta en el ejemplo; el tercero es la reflexión acerca de la riqueza de conocimientos que tiene un chico por su experiencia de vida; el cuarto es cómo esta anécdota y lo que sucedió después permiten a los integrantes del equipo hacer una reflexión de tipo pedagógico; el quinto es que un supuesto intercambio de información no es realmente posible entre pares: no están dadas las condiciones. Si vamos analizando el modo en que JC fue armando su discurso vemos que nos destaca que hubo algo interesante: que un alumno calificó el material que se estaba mostrando como muy sintético, como se lee en líneas 6 y 7. Pero por cómo cuenta JC que ese chico eligió armar la frase (el uso de “bah” y de “apenas”), puede inferirse también que pensó que era superficial, es decir que ese alumno, en tanto conocedor de la realidad que se estaba mostrando, realizaba una evaluación del material de video. A partir de línea 11 (entonces...) JC explica que ella se preocupó por averiguar más acerca de ese chico y su contexto, por qué él sabía esas cosas, y a partir de este diálogo JC puede comprender que para ese chico la zafra tiene un significado importante porque vivió y trabajó allí: “para él le parece toda una vida”, según la expresión de JC (líneas 23 a 27). En líneas 28 a 35 relata JC que este hecho promovió una toma de conciencia de que los alumnos mismos son portadores de historia, de cultura, de prácticas sobre las que se pretende enseñar, y que sería

una buena idea poder tomar ese saber para que sus compañeros lo conozcan. Sin embargo, desde el punto de vista de JC, eso no es posible, no están dadas las condiciones: se burlarían de él (líneas 36 a 48). Tomando este fragmento en su conjunto, algo que llama la atención es el empleo de la redundancia semántica a partir del uso/empleo de la entonación y la repetición (que puede producirse o no con variancia lexical). Veamos los ejemplos concretos (repito acá partes de lo transcripto para mostrar lo que estoy presentando como redundancia):

dice
bah, eso es apena' un poquito
le falta mucho
dice
porque eso es un poquito
es

Nótese que se repite dos veces “dice”, una para indicar que empieza el discurso indirecto y otra para indicar que termina, pero, de todos modos, esto también se produce por el cambio de entonación que realiza JC. Obsérvese que a continuación JC repite lo que en realidad acaba de decir pero esta vez en forma de discurso directo para volver a decirnos lo mismo que acaba de decir (“porque eso es un poquito, es”). En este caso las palabras son las mismas, no hay variancia lexical. Inmediatamente nos cuenta que:

entonces
conversando con el chico
le preguntamos de dónde era
que era zafrero
que había ido a la zafra
y había tenido::
tiene mucho' cuentos
anécdotas
lo que le pasó
lo que el vivió en la zafra.

En este caso, la redundancia semántica está dada por el énfasis, la repetición semántica y un uso lexical combinado entre la repetición pura y el cambio de vocablo. La repetición semántica se da al contarnos de varias maneras distintas que es un chico cuya experiencia de vida está en la zafra y que tiene mucho para compartir, engarzando la variancia lexical con la no variancia lexical (repite la palabra zafra, zafrero pero varía la palabra anécdotas, cuentos, lo

que le pasó y lo que vivió, todas formas de comunicar el mismo significado). Este procedimiento se repite más abajo para otras ideas que transmite JC (líneas 23 a 25 y luego líneas 37 a 40). En conclusión, podemos decir que JC usa la redundancia semántica a través de la entonación, el léxico, la construcción sintáctica y la repetición. Y que en este caso, la redundancia está en función de hacer hincapié sobre un mensaje que le importa transmitir ya que, según JC, éste es uno de muchos ejemplos similares en su trabajo. Este análisis nos permite mostrar que la redundancia semántica existe en el discurso corriente y no es solamente una “cuestión de estilo”, sino de construcción elaborada de significado.

Hemos elegido comenzar con este ejemplo ya que es opuesto al que sigue aunque producido por la misma persona, el mismo día, en el mismo grupo focal, con horas de diferencia. Veremos ahora cómo la redundancia semántica, construida de formas similares, sirve a otros propósitos.

En el ejemplo, primero se transcriben tres líneas de discurso mío (participo como coordinadora de este taller). En línea 1 estoy repitiendo -para confirmar- un comentario hecho por una docente acerca del significado del término *coya*. Una docente había dicho que “*coya* significa el que es de la puna o de la quebrada”, a lo cual respondí (líneas 1, 2 y 3):

1. (ana) o sea que según lo que vos me decías
2. el término coya es un término geográfico
3. nada más/

Ante esa respuesta mía, JC se preocupó de intervenir para aclarar que:

4. (JC) no::
5. hay otra cosa
6. por ejemplo
7. nosotros lo usamos muy en forma común cuando pasa alguien
8. este:
9. eh: eh: en vehículo
10. y nosotros decimos
11. *como coya en camioneta*
12. que está manejando como un *coya* en camioneta

En esa aclaración que hizo JC es interesante notar que se preocupa por decirnos que no es solamente un término geográfico (en línea 4) como había dicho alguien. Además, en el momento de in-

tercalar su comentario se produce con una risa que suena incómoda. Parece como si JC supusiera que su comentario podría ser poco adecuado pero sin embargo necesitara hacerlo explícito.

Su intervención da a entender que es un término de clasificación de otro tipo. Sin embargo, no aclara *qué* tipo de clasificación es la que está por ofrecer. Para elaborar sobre lo que dijo provee un ejemplo, como dice que hará en línea 6 y pasa a presentarlo. Pero cabe notar que antes de presentar el ejemplo concreto y el dicho (con construcción comparativa) que lo acompaña, en línea 7 comienza con un posicionamiento de interacción: usa el pronombre nosotros. Lo interesante también es que aquí otra vez JC da cosas por supuestas. Como antes, cuando ofrece una clasificación de otro tipo (pero no aclara de cuál), tampoco aquí aclara quiénes son “nosotros”.

Este uso de la sintaxis es portador de significado ya que cabe hacer notar que en español (a diferencia, por ejemplo, del inglés) no hace falta usar el pronombre en la construcción de una frase, es decir, usar nosotros, en este caso, es optativo (JC podría haber dicho “lo usamos muy en forma común...” o en línea 10 “y decimos”). Pero JC usó el pronombre y lo usó dos veces: es redundante y repetitivo. Redundante en el sentido de que no hace falta en español usar el pronombre, y repetitivo en el sentido de que lo usa dos veces. Por como está armada su intervención y la interacción con lo que acaba de suceder, puede parecer implícito que este nosotros se refiere, por lo menos, a quienes no se identifican como coyas.

Interpretamos esta actitud lingüística para indicar especialmente que su pertenencia es a un nosotros-que-no-somos-coyas. Líneas 11 y 12 presentan además un estereotipo (el argumento que subyace es “todos los coyas son así”¹⁴) y se lo hace a través de un dicho popular en forma de comparación. Esto es común en discursos peyorativos y estereotipados sobre otros, ya sean o no insultos francos o elipsis (Amossy y Herschberg Pierrot, 2001; Luque, Pamies y Manjón, 1997).

En mi función de coordinar el intercambio, y además porque necesitaba aclarar qué se estaba diciendo porque no lo entendía, pregunté qué quería decir JC (línea 13), y JC me lo aclaró (líneas 14 en adelante):

13. (ana) qué quiere decir
14. (JC) qué es lo que queremos decir

¹⁴ Ver Domenech (2003) para una discusión sobre los procedimientos semánticos de generalización como formas comunes de discriminación.

15. coya es el tipo de la puna
16. el hombre de la puna
17. de la quebrada
18. cuando viene a comprar un vehículo acá
19. le
20. y eso nos pongamos en una... como se llama...
21. en una agencia de
22. de venta de cosas
23. de autos
24. viene con un montón de plata
25. compra el camión
26. compra la camioneta
27. se sube
28. y pregunta cómo se hace
29. entonces
30. él sale y se sienta en el volante
31. y maneja y no ve nada
32. va derecho así
33. no le importa nada
34. nada nada
35. sea que es una [no termina esta frase y enlaza con la siguiente]
36. es el hombre ha venido él
37. la camioneta
38. el vehículo para él es una gran herramienta de trabajo
39. no/
40. y hay gente mucha de la puna
41. que viene a comprar
42. los vehículos acá
43. pero no sabe manejar
44. no tiene la menor idea
45. o:
46. ((se superponen otras voces y no se entiende))
47. desconoce las normas
48. entonces
49. cuando vos veas a un coya en camioneta
50. hacete a un lado
51. porque corrés peligro
52. (risas de otros participantes)

53. pero eso no es
54. no es una forma despectiva de decir

En este extracto JC nos da una explicación descriptiva, detallada y larga para presentar su conclusión final, que es que este dicho, esta comparación “como coya en camioneta” no es despectiva. Según su punto de vista, muchas veces, como los coyas no tienen forma de practicar el manejo de vehículos, cuando compran uno manejan mal, no dominan la técnica de manejo y entonces hay que cuidarse de ellos porque se corren riesgos.

Podría inferirse que este dicho también esconde otra aseveración, del tipo: “uno, que es de la ciudad y no es coya, no tiene plata para comprarse un auto y estos coyas que ni saben manejar vienen con un montón de plata y se llevan un camión o una camioneta...”.

Nuevamente, como con otros ejemplos que hemos presentado y analizado, nos encontramos con la nominación, en este caso presentada a través de una construcción comparativa, que, además, se nos informa, es “un dicho popular” o es algo que circula en boca de muchos. La construcción sintáctica (repetición lexical, como del vocablo y concepto “nada” o ilación a través de conjunción copulativa “y” reiterada para producir forma de enumeración, tales como se producen en líneas 28 a 34) busca generar significado a partir, nuevamente, de la redundancia semántica a través de la repetición, el ritmo, y el uso de la entonación. Se hace notar que en línea 52 hay risas de varios de los presentes que en verdad atestiguan que el efecto dramático-narrativo que JC deseaba provocar, para sostener su argumento, se logra.

Conclusiones

Estamos en condiciones de contestar los interrogantes que guiaron la presentación de esta línea especial de trabajo, que habían sido: ¿por qué tiene tanto poder el uso del lenguaje? Si son meramente *cosas que se dicen...* ¿acaso no podrían ser fácilmente cuestionables?

Sostenemos primero que, aunque los casos analizados son diferentes en cuanto a dónde se producen, quién los produce y por qué razones, comparten similitudes importantes en cuanto a los mecanismos interactivos y en cuanto a las razones últimas, como lo son el ejercicio de poder a través de clasificaciones que operan como redes de significado y que se construyen en espacios y tiempos anteriores o distantes a cada una de las situaciones de encuentro analizadas.

Podemos afirmar que en las micro-interacciones que se establecen en situaciones de contacto se ejercen dos tipos de poder: el primero de ellos es el que se construye *in situ*, a través de diversos mecanismos que otorgan gran fuerza a lo que se dice porque se hace una variedad de cosas al mismo tiempo. Hemos denominado “simultaneidad semántica” a esta conjunción sincronizada. Vemos que esa simultaneidad tiene una fuerza de por sí que la hace difícil de ser desafiada: el peso que tiene afirmar un mismo mensaje con varios lenguajes y mecanismos hace que ese mensaje sea difícil de cuestionar, además de que la locución (por quienes se arrojan poder sobre otros) de ciertos tipos de discursos es el escenario donde esas locuciones tienen lugar. Esta es una primera respuesta a las preguntas formuladas: las palabras pesan, y más si se acompañan de otros mecanismos de refuerzo, sean éstos para-lingüísticos o desde la perspectiva de quién es quién en el discurso social.

Pero también estamos en condiciones de decir que si la simultaneidad semántica ocurriera solamente en el espacio microsocioal, y se agotara allí, podría ser disputada en ese ahí y entonces, aunque fuera difícil. Sin embargo, se hace evidente a través de nuestro análisis que la violencia en situaciones cara a cara remite a su vez a símbolos que se tejen en otros contextos: estos mensajes aluden a categorías, jerarquías y símbolos que se configuran en contextos anteriores y más amplios a los de esas interacciones. He aquí el segundo poder al que aludimos.

Por lo tanto, a la redundancia semántica, que es de por sí un instrumento conveniente para establecer relaciones de jerarquía, se agrega el hecho de que los referentes de significado por nominación se construyen en contextos *ajenos* -por proximidad temporal y espacial- a los que tienen lugar cuando suceden las interacciones de las que hablamos, pero estrictamente propios, es decir, íntimamente relacionados desde el punto de vista de los significados. Esta lejanía-cercana, sostuvimos, es extremadamente eficaz para generar exclusión.

Como se mostró en los análisis minuciosos presentados en la sección anterior, el contacto entre personas diferentes asume formas variadas. Común a los casos analizados son los siguientes hechos:

- la diversidad se percibe entre los participantes como diferencia
- en algunos casos la diferencia es muy explícita
- en otros casos no lo es, pero no por ello es menos presente
- se organiza alrededor de juicios de valor y disvalor
- estos juicios son sustentados por categorías y mapas conceptuales

que se producen en lugares y situaciones anteriores a los de la situación concreta de contacto

De lo expuesto surgen algunas nuevas precisiones pero también interrogantes para el programa de investigación, por un lado, y para la aplicación de los resultados de este programa, por otro. Desde el punto de vista de los núcleos de significado a continuar analizando, nos importará tener como mapa-guía dos pares de ideas: el presente-ausente tenso y su expresión en el par de significado cerca-y-lejos para los referentes de interpretación generados en las interacciones de los participantes.

Desde el punto de vista de la metodología y técnicas de generación de datos, nos importará ir construyendo, progresivamente, herramientas que permitan documentar la simultaneidad semántica. Si bien como resulta casi obvio el uso de video sería especialmente apropiado, es dado notar que no es tan fácil usarlo por las características del tema a investigar, y por los lugares concretos en donde se lo investiga.

Con respecto a los interrogantes teórico-metodológicos del programa de investigación, queda por plantear más a fondo qué es lo particular de las situaciones de contacto sociocultural y etnocultural, ya que parece haber similitudes y diferencias que no se han explorado en este texto por razones de espacio aunque se hayan mencionado en los análisis. También parece haber similitudes y diferencias con las situaciones de poder que se producen en otras relaciones sociales (por ejemplo, padres e hijos; relaciones laborales jerárquicas o entre pares; etc.). Creemos que esta teoría sobre las relaciones humanas y sus expresiones inmediatas-lejanas (evidentes en la codificación y decodificación semántica a la que aludimos en este escrito) puede ser transferible a otros tipos de vínculos. Lo que será importante comprobar, en cada caso entonces, será a qué mapas semánticos históricamente generados se aluden en cada uno de los vínculos estudiados, y si, acaso, existe una alusión a más de un mapa cuando hay situaciones cuya complejidad así parece indicar (casos reportados, por ejemplo, de vínculos padres-hijos donde se agregan elementos como diferencia de color de piel y género).

Por último, en relación a la aplicación de estos análisis en contextos tales como la escuela, si bien parte de estos datos se han ido compartiendo con algunos de los participantes, parece imperativo organizar formatos comunicacionales que permitan a públicos muy diversos acceder a los tipos de interpretaciones que se formulan en

este texto. Me refiero a que si bien este texto es adecuado para una audiencia de cierto tipo, lo es ciertamente para una audiencia limitada. Es un desafío interesante y agradable pensar los modos específicos en que esta forma de analizar datos que parecen nimios puede alcanzar a audiencias vastas y variadas. En cuanto a los interrogantes queda abierto pensar: ¿de qué modos podemos, en conjunto, familias, chicos, jóvenes, maestros, trabajadores ir generando herramientas concretas para que las interacciones no sean violentas y para que, si lo son, haya formas no violentas de ponerlas en evidencia? Pero también: ¿de qué modo pueden esas herramientas hacerse masivas para proponer, tal vez, otras mentalidades posibles?

Bibliografía

- Agostini, Alejandra y Roxana Murúa (2002). “Acerca de la identidad ciudadana de las familias inmigrantes bolivianas y peruanas residentes en la ciudad de Córdoba, 2000”, ponencia presentada en las *VII Jornadas de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Jujuy*, Argentina.
- Amossy, Ruth y Anne Herschberg Pierrot (2001). *Estereotipos y clichés*, Buenos Aires: Eudeba.
- Appfel-Marglin, Frédérique (2004). *Criando juntos mundos vivos y vivificantes*, San Martín, Perú: Centro para la biodiversidad y la espiritualidad andino amazónica Waman Wasi (CILA).
- Bascuñan Fajardo, Adriana y Martinic, Mauricio M. (2000). “Diversidad cultural y medios de comunicación social en la Provincia de Chubut”, ponencia presentada en el Tercer Encuentro Internacional en Patagonia para el Desarrollo Sustentable, Chubut, Argentina.
- Bialogorsky, Mirta (2002). “Minorías inmigrantes e identidades plurales. El caso de la comunidad coreana en la Argentina”, ponencia presentada en las *VII Jornadas de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Jujuy*, Argentina.
- Bixio, Beatriz (2001). “Los espacios de la exclusión en la Córdoba del Tucumán”, en *Anuario*, Centro de Estudios Históricos Profesor Carlos Segreti, año 1, núm. 1, pp. 15-38.
- Bolsi, Alfredo (2000). “La población urbana-rural del Noroeste Argentino en el siglo XX”, en M. Panaia, S. Aparicio y C. Zurita

- (comps.), *Trabajo y población en el Noroeste Argentino*, Buenos Aires: La Colmena, pp. 41-58.
- Bourdieu, Pierre (1994). *Language and Symbolic Power*, Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- Courtis, Corina; De la Fuente, Lisandro y M. Irupé Domínguez (1997) “Espacio, discurso y etnicidad: el caso del barrio coreano”, ponencia presentada en el *Sexto Encuentro de Geógrafos de América Latina*, Buenos Aires.
- Díaz, Raúl (2001). *Trabajo docente y diferencia cultural. Lecturas antropológicas para una identidad desafiada*, Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Domenech, Eduardo (2003). “La otredad y el espejismo de la integración. Reflexiones sobre la escuela multicultural en la Argentina”, en *Educación y Antropología II*, Buenos Aires: Noticias de Arqueología y Antropología.
- Escolar, Diego (2000). “Identidades emergentes en la frontera argentino-chilena. Subjetividad y crisis de soberanía en la población andina de la provincia de San Juan”, en A. Grimson (comp.) *Fronteras, naciones, identidades*, Buenos Aires: CIC-CUS-La Crujía, pp. 256-277.
- Fishman, Joshua (1972). “The Relationship between Micro- and Macro-*Sociolinguistics* in the Study of who speaks what Language to whom and when”, en J. Pride y J. Holmes, *Sociolinguistics*, London: Penguin Books, pp. 15-32.
- Foucault, Michel (1986). *La verdad y las formas jurídicas*, México: Gedisa.
- _____ (1972). *The Archaeology of Knowledge*, London: Routledge.
- Galante, Miguel y Adrián Jmelnizky (2000). “El primer peronismo y los migrantes de posguerra vinculados a la Shoá (Holocausto), 1946-1950”, en *Índice, Revista de Ciencias Sociales*, DAIA, Centro de Estudios Sociales, núm. 20, pp. 51-92.
- Geertz, Clifford (1973). *The Interpretation of Cultures*, New York: Basic Books.
- _____ (1983). *Local Knowledge*, New York, USA: Basic Books.
- Giddens, Anthony (1987). “Erving Goffman as a Systematic Social Theorist”, en A. Giddens, *Social Theory and Modern Sociology*, Stanford, California: Stanford University Press, pp.109-139.
- Glaser, Barney y Strauss, Anselm (1967). *The Discovery of Groun-*

- ded Theory. Strategies for Qualitative Research*, New York: Aldie de Gruyter.
- Goffman, Erving (1959). *The Presentation of Self in Everyday Life*, Boston: Northeastern University Press.
- Grimson, Alejandro (2000). "Introducción ¿Fronteras políticas versus fronteras culturales?", en Alejandro Grimson (comp.), *Fronteras, naciones, identidades*, Buenos Aires: CICCUS-La Crujía, pp. 9-40.
- Guerrero, Waldo y Heras, Ana I. (2003). *Viajes*, documento interno de trabajo, equipo de investigación-acción, Jujuy.
- Gumperz, John (1972). "Verbal Strategies in Multilingual Communication", en D. Abrahams y R. Troike, *Language and Cultural Diversity in American Education*, Englewood Cliffs, New Jersey: Prentice-Hall, pp. 184-196.
- _____ (1982). *Discourse Strategies*, New York: Cambridge University Press.
- Gumperz, John y Jenny Cook-Gumperz (1982). "Language and the Communication of Social Identity", en J. Gumperz (ed.), *Introduction to Language and Social Identity*, Cambridge, Great Britain: Cambridge University Press.
- Habermas, Jürgen (1986). *Ciencia y técnica como "ideología"*, Madrid: Tecnos.
- Heras Monner Sans, Ana I. (2003a). "Contribuciones de la etnografía al trabajo docente sobre la diversidad cultural: análisis de experiencias con docentes jujeñas", en *Educación y Antropología II*, Buenos Aires: Noticias de Arqueología y Antropología.
- _____ (2003b). "Identidad y diversidad. El rol de facilitadores interculturales", en *Revista Andes*, Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Salta, vol. 14.
- _____ (2002). "Acerca de las relaciones interculturales: Un presente-ausente tenso", *Scripta Ethnologica*, CAEA, vol. 24, pp. 149-172.
- _____ (2002). "La ilusión multicultural en el marco de la globalización: pluralismo y poder", en *Actas de las X Jornadas de Filosofía*, Buenos Aires: FEPAI, pp. 14-36.
- Heras Monner Sans, Ana I. y Eileen, Craviotto (2001). "Mediating Different Worlds: Bicultural Students at School", en W. Goodman

- (comp.), *Living and Teaching in an Unjust World. New Perspectives on Multicultural Education*, Portsmouth, NH: Heinemann.
- Heras Monner Sans, Ana I. y Adriana Holstein (2002). "Herramientas para comprender la diversidad en la escuela y la comunidad", en *Cuadernos*, Revista de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Jujuy, vol. 22, pp. 72-93.
- Hernández, Isabel (1981). *Educação e sociedade indígena*, San Pablo: Cortez.
- Hymes, Dell (1974). *Foundations in Sociolinguistics: An ethnographic approach*, Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- Karasik, Gabriela (2000). "Tras la genealogía del diablo. Discusiones sobre la nación y el estado en la frontera argentino-boliviana", en A. Grimson (comp.), *Fronteras, naciones, identidades*, Buenos Aires: CICCUS-La Crujía, pp. 152-184.
- Kingsolver, Barbara (2000). *La Biblia envenenada*, Buenos Aires: Ediciones del Bronce.
- Lavob, William (1970). "The Logic of non Standard English", en J. Karabel y A. Halsey (1977), *Power and Ideology in Education*, Oxford: Oxford University Press.
- Luque, Juan; Pamies, Antonio y Francisco J. Manjón (1997). *El arte del insulto. Estudio lexicográfico*, Barcelona: Península.
- Margulis, Mario (1998). "La 'racialización' de las relaciones de clase", en M. Margulis y M. Urresti (comps.), *La segregación negada. Cultura y discriminación social*, Buenos Aires: Biblos, pp. 37-62.
- Margulis, Mario y Marcelo Urresti (comps.) (1998). *La segregación negada. Cultura y discriminación social*, Buenos Aires: Biblos.
- Margulis, Mario y Carlos Belvedere (1998). "La 'racialización' de las relaciones de clase en Buenos Aires: genealogía de la discriminación", en M. Margulis y M. Urresti (comps.), *La segregación negada. Cultura y discriminación social*, Buenos Aires: Biblos, pp. 79-122.
- Moraga, Cherrié y Gloria Anzaldúa (eds.) (1983). *This Bridge Called my Back: Writings by Radical Women of Color*, Latham, New York: Kitchen Table, Women of Color Press.
- Pratt, Mary Louise (1992). *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation*, London: Routledge.

- Rockwell, Elsie (1987). *Reflexiones sobre el proceso etnográfico*, Departamento de Investigaciones Educativas, México: mimeo.
- Sagastizábal, María A. (comp.) (2000). *Diversidad cultural y fracaso escolar*, Rosario: IRICE.
- Souto, Marta (2000). *Las formaciones grupales en la escuela*, Buenos Aires: Paidós.
- Spradley, James (1980). *Participant Observation*, New York: Holt, Rinehart and Winston.
- Tannen, Deborah (1986). *Talking Voices*, New York: Cambridge University Press.
- Todorov, Tzvetan (1987). *La conquista de América*. La cuestión del otro, México: Siglo XXI.
- Urresti, Marcelo, (1998). “Cuerpo, apariencias y luchas por el sentido”, en M. Margulis y M. Urresti (comps.), *La segregación negada*. Cultura y discriminación social. Buenos Aires: Biblos.
- Watson-Gegeo, Karen A. (1992). “Thick Explanation in the Ethnographic Study of Child Socialization: A Longitudinal Study of the Problem of Schooling for Kwara'ae (Solomon Islands)”, en W. Corsaro y P. Miller (eds.), *Interpretive Approaches to Children's Socialization*, San Francisco: Jossey-Bass, pp. 51-66.
- Weissglass, Julian (2002). “Inequity in Mathematics Education: Questions for Educators”, en *The Mathematics Educator*, vol. 12, núm. 2, pp.34-39.

Políticas e ideologías en torno a los usos de la lengua coreana en el contexto migratorio: una aproximación lingüístico-antropológica a la inmigración coreana en Buenos Aires

Corina Courtis

En un artículo ya clásico, Mary Louise Pratt (1987) proponía fundar una “lingüística del contacto” cuyo horizonte rebasara el estudio del código compartido por una comunidad de habla para incorporar la dimensión del conflicto. Años más tarde (1992), acuñaba el concepto de “zona de contacto”, que definió como un espacio social en el que culturas diversas se encuentran y establecen relaciones duraderas de dominación y subordinación fuertemente asimétricas que implican coerción, desigualdad y conflicto. Cruzando ambos planteos, podría pensarse la lengua como zona de contacto y, concomitantemente, mirar las prácticas lingüísticas y comunicativas como constitutivas y constituyentes de procesos socioculturales más amplios (Golluscio y otros, 2001).

Con esta premisa, y desde una perspectiva antropológica que integra discusiones y herramientas teórico-metodológicas de diversas ramas de la lingüística (etnografía del habla, sociolingüística, análisis crítico del discurso), este trabajo ensaya una aproximación al tema de la inmigración coreana en Buenos Aires y de su inserción social a través de la exploración de una serie de prácticas relativas a los usos de la lengua coreana en el contexto migratorio. Dichas prácticas echan luz sobre las políticas culturales -específicamente, las políticas lingüísticas y las ideologías que las sustentan- que operan, explícita o implícitamente, en niveles macro y micro, “desde arriba” y “desde abajo” y con variados grados de organicidad en los procesos de formación de subjetividades tanto de carácter étnico como nacional.

Luego de presentar una breve caracterización de la inmigración coreana en Buenos Aires y un esbozo de la situación sociolingüística de la colectividad coreana local, examino, por un lado, algunas fuerzas operantes en la matriz de diversidad distintiva del marco nacional argentino que moldean el devenir de la lengua coreana en lengua de inmigración. El foco está puesto en ciertas prácticas cotidianas de minorización de la lengua coreana y de sus hablantes orientadas por una histórica política de homogeneización cultural. Frente a este panorama, exploro también ciertas prácticas de valoración de la lengua de inmigración generadas desde distintos ámbitos de la colectividad coreana que, informadas por viejas y nuevas formas de nacionalismo lingüístico activas en la sociedad de origen, llevan a su (re)apropiación como lengua materna. Ambos tipos de prácticas hilvanan, en el contexto migratorio, los simultáneos estatus de la lengua coreana como lengua nacional, lengua de inmigración y lengua materna. El trabajo cierra con una apostilla en clave de contribución a una política integral de migraciones. En ella, se sugiere la necesidad de modificar la política lingüística argentina actual, no sólo en el sentido de ofrecer a los inmigrantes y a sus hijos oportunidades efectivas de adquisición del español, sino de plantear una acción de sensibilización positiva hacia esas otras lenguas históricamente subordinadas en el marco de la hegemonía nacional.

Breve reseña sobre la inmigración coreana en Buenos Aires

Según un relato legitimado en la colectividad coreana de Buenos Aires, la inmigración coreana en la Argentina se remonta a mediados de la década de 1960. Estos inmigrantes pioneros llegaron por mar desde Corea del Sur, huyendo de la pobreza y la inestabilidad político-militar resultantes de la Guerra de Corea, y -luego de un período de asentamiento precario en el área capitalina de Retiro- fueron reubicados mayormente en zonas rurales de Río Negro, Buenos Aires, Santa Fe y Santiago del Estero, sobre tierras adquiridas por la Corporación Coreana de Desarrollo de Ultramar¹.

Sin embargo, algunos permanecieron en la ciudad de Buenos Aires y se acomodaron en zonas humildes; entre ellas, las cercanías

¹ En octubre de 1956 y mayo de 1957 arribaron a la Argentina dos reducidos contingentes de ex-prisioneros militares norcoreanos. Sin embargo, es la llegada de trece familias provenientes de Corea del Sur, en octubre de 1965, que la colectividad coreana considera como hito fundante del proceso migratorio por ella protagonizado.

de lo que hoy se conoce como *Koreatown*, en Flores Sur. Reforzando esta tendencia a permanecer en el ámbito urbano, durante la década de 1970, arribaron al país unas 200 familias coreanas pertenecientes a los sectores medios de la población (propietarios, profesionales, estudiantes) que escapaban a una acentuada tensión militar entre el Norte y Sur de la península y a una política autoritaria de gobierno, además de buscar mejores condiciones y calidad de vida y, especialmente, posibilidades de ascenso social. Este proceso se inserta en el marco del rápido crecimiento económico de Corea del Sur, que no sólo se vio acompañado de un aumento drástico de la población urbana, sino que propició un desbalance estructural en términos regionales (Dong, 1995).

El mayor volumen de inmigrantes coreanos ingresa por avión a la Argentina en la década de 1980, y está principalmente representado por familias provenientes de una Corea del Sur ya altamente industrializada, donde la fuerte competencia dificulta el desarrollo de las nuevas generaciones. No se trata de una inmigración con destino rural avalada por el gobierno coreano sino de inmigrantes con capacidad económica para invertir en la pequeña y mediana industria, que arriban estimulados por convenios económicos entre los gobiernos coreano y argentino². Esta inmigración condicionada tiene un

²Acta de Procedimientos para el Ingreso de Inmigrantes Coreanos a la Argentina de abril de 1985, y Resolución de la Dirección Nacional de Migraciones nº 2340 del 26 de junio del mismo año. Establecida por esta normativa, la exigencia de un depósito de 30.000 dólares para el ingreso del grupo familiar intentaba asegurar la radicación y evitar que los inmigrantes utilizaran a la Argentina como tierra de paso en su supuesto camino hacia América del Norte. Cabe destacar que quienes no cumplían con los requisitos legales para tramitar la radicación o quienes, sencillamente, no estaban al tanto de ellos, recurrieron al ingreso desde países limítrofes en calidad de turistas, para luego cambiar de categoría y tramitar su residencia, tal como lo permitía la normativa migratoria con anterioridad a la vigencia del decreto 1117/98.

³Un estudio realizado en mayo de 1996 por personas de la colectividad coreana en Buenos Aires estimaba la presencia de 32.000 coreanos en la Argentina. Informalmente, se hablaba de 40.000 personas. Para la misma fecha, la Embajada de Corea, por su parte, utilizaba oficialmente las siguientes cifras en su cálculo del número de residentes coreanos en el país: Total aproximado: 25.000 residentes (incluidos los temporarios); Nacionalizados: 4.174 personas; Radicados: 15.000 personas; Otros: 310 personas; Temporarios: 487 personas (<http://www.embcorea.int.ar/>). Hacia finales de la década de 1990, se registraba no sólo una merma en el arribo de inmigrantes coreanos sino una tendencia a la re-migración y al retorno, y se hablaba de la salida del país de un número considerable de personas identificadas con la colectividad que tenían por destinos principales los Estados Unidos, la República de Corea y México. Luego de la "crisis de 2001", los cálculos informales sugerían que sólo permanecían en el país unas 15.000 personas. En los últimos tiempos, sin embargo, se ha registrado el reingreso tanto de re-migrantes como de retornados, y las estimaciones informales ascienden nuevamente a 25.000. Estos datos, producidos y manejados por la colectivi-

flujo pico entre 1985 y 1989, y su patrón de asentamiento indica preferencia por áreas céntricas de la capital y por el Gran Buenos Aires, antes que la circunscripción al Bajo Flores. Actualmente, se estima la presencia coreana en la Argentina en unas 25.000 personas³.

El proceso de inmigración coreana a la Argentina ha funcionado, de manera primordial, a través de cadenas migratorias compuestas por familias nucleares emparentadas o amigas. En términos económicos, la adopción de estrategias como la empresa familiar ha permitido a muchos de estos inmigrantes insertarse en un nicho ocupacional independiente, ya sea en la pequeña y mediana industria de la confección, el comercio mayorista y minorista de alimentos e indumentaria de bajo costo o la importación de productos diversos. Según Bialogorski y Bargman (1997), las redes de solidaridad intra e interfamiliares hacen que “se preserve una amplia zona de intercambio endogrupal, especialmente en lo referente a las pautas matrimoniales, la comensalidad, la sociabilidad y la competencia lingüística”.

El campo de articulación con los sectores de la sociedad mayor y con otros colectivos de inmigrantes ha sido, hasta el momento, más intenso en el terreno laboral. Es común que las empresas familiares empleen a migrantes internos y de países vecinos en sus talleres y negocios de indumentaria que, en competencia directa con el sector de la colectividad judía dedicada al comercio textil en los barrios metropolitanos de Once y Flores, abastecen a consumidores de bajo y mediano poder adquisitivo. Para las generaciones más jóvenes -que incluyen tanto a personas nacidas en Corea como en Argentina-, la escuela constituye el ámbito privilegiado de interacción con personas de origen no coreano.

Panorama sociolingüístico de la colectividad

La situación sociolingüística de la colectividad coreana en Buenos Aires arroja un panorama amplio y variado que ha sido poco estudiado. A falta de una sistematización actualizada, resulta interesante concentrarse en algunos núcleos de discusión que emergen cuando se cruzan los resultados de los escasos intentos por abordar el tema.

En su libro sobre la inmigración coreana en Buenos Aires, Mera (1998:80-82) propone un cuadro de la situación lingüística de la colectividad coreana sobre la base de una correlación entre la varia-

ble “manejo del idioma” -definida operativamente como la capacidad demostrada por sus consultantes para expresar ideas y comprender el castellano- y las variables edad y año de llegada al país. Por mi parte, prefiero pensar los diferentes grados de competencia lingüística y comunicativa⁴ en español que despliegan los inmigrantes coreanos en función de los contactos sociales y de las interacciones -directas y mediadas- que han podido establecer tanto con la población local como con migrantes de países vecinos⁵.

Así, la modalidad adoptada para la organización familiar del trabajo -particularmente en las primeras camadas migratorias-, y el establecimiento de redes de cooperación tendientes a facilitar la inserción económica de las familias inmigrantes ha redundado en la exclusión de muchos adultos -en especial, de los abuelos- de las interacciones laborales directas con hablantes nativos de español. Por otra parte, la fluidez de las comunicaciones con el lugar de partida y la creación de un mercado de información en lengua coreana (que incluye la importación de videos, la publicación de periódicos, y diversos intentos de producción de programas radiales y televisivos de cable) se han conjugado con una política migratoria que desatiende los procesos de inserción social del inmigrante, de modo que el aprendizaje del español no ha encontrado incentivo en esta franja poblacional que, actualmente, apenas lo habla y lo comprende, si acaso llega a hacerlo. No está de más destacar la aguda situación de incomunicación con la sociedad mayor que afecta a estos migrantes.

Los inmigrantes adultos que han llevado adelante la inserción económica de las familias -cabe resaltar aquí el rol activo de las mujeres- y se han visto involucrados en actividades laborales que implican la relación con la sociedad mayor y con otros colectivos migrantes⁶ han logrado diversos niveles de aptitud en el manejo del español. Algunos han adquirido capacidades gramaticales y fonológicas apreciables; otros manejan palabras aisladas. Se trate de unos

⁴Según Hymes (1964), la competencia comunicativa depende no de saber decir algo sino también de saber decirlo de manera apropiada. A su vez, Gumperz (1984) la define como el conocimiento de las convenciones del procesamiento del discurso y normas comunicacionales relacionadas que los participantes deben controlar como una precondition para poder participar y mantener la cooperación conversacional.

⁵Cabe tener en cuenta que si bien no todos los migrantes de países vecinos son hablantes nativos de español, sus intercambios comunicativos con la sociedad mayor y con miembros de otras colectividades migrantes se realizan en esta lengua.

⁶En el ámbito de la pequeña industria de la confección, estas actividades incluyen la compra de insumos, los vínculos con talleristas y empleados, y la venta.

o de otros, sin embargo, a la adquisición de moderadas destrezas receptivas se suma el reconocimiento de las normas sociolingüísticas que rigen un reducido número de situaciones comunicativas - transacciones comerciales, saludos- para posibilitar el uso eficaz de unas limitadas capacidades productivas.

Aunque con capacidades productivas más altas y con destrezas receptivas y conocimiento de normas sociolingüísticas para esferas más amplias de la praxis, también entre los integrantes de la llamada generación 1,5 -personas nacidas en Corea que arribaron a la Argentina de niños o adolescentes-⁷ se exhiben diversas aptitudes en el manejo del español. Siendo que la mayor competencia lingüística y comunicativa general que manifiesta esta franja inmigratoria resulta fundamentalmente de la socialización secundaria en el sistema educativo argentino, las diferencias de aptitud señaladas se relacionan con el tiempo de escolarización experimentado en el país. Como sugiere Mera, es probable que la edad de ingreso al sistema escolar argentino haya tenido incidencia sobre el mencionado diferencial de competencia⁸, y que, por tanto, el año de llegada al país -en el sentido de la antigüedad de residencia calculada para los miembros de un mismo grupo etario- sea una variable relevante. Pero esta hipótesis da por sentada la continuidad en la educación formal de los niños y adolescentes migrantes. Desde una perspectiva que atiende a las dificultades de aprendizaje del español que enfrenta la colectividad coreana en Argentina, Jeon (1999:324-325) utiliza la variable “año de llegada al país” en un sentido diferente para interpretar las variadas aptitudes lingüísticas y comunicativas de la generación 1,5. Según esta investigadora, el año de llegada al país indica la pertenencia a contingentes inmigratorios cualitativamente distintos que han gozado de posibilidades diferenciales de participación continua en el sistema de educación formal argentino.

En efecto, Jeon encuentra que, por razones de desinformación burocrática, problemas administrativo-legales y la exigencia de contribución al trabajo familiar, el nivel de deserción escolar (espe-

⁷Esta denominación, extraña quizás al vocabulario migratorio local, es de “experiencia cercana” para la colectividad coreana.

⁸“Porque los que hoy tienen 36 y llegaron hace 20 años, incorporaron los valores y métodos de acá en un momento clave del desarrollo psicofísico; en cambio, los que hoy tienen 36, que llegaron hace menos de 15 años, se encuentran en una posición de desventaja, ya que el apogeo del proceso de aprendizaje se vio interferido por el desplazamiento migratorio” (Mera, 1998:81-82).

cialmente, secundaria) registrado entre los hijos de los primeros inmigrantes es considerablemente mayor que el registrado entre niños y adolescentes llegados con la inmigración de inversión que tuvo inicio en la década de 1980. Estos últimos se vieron parcialmente librados del trabajo familiar, en concomitancia con uno de los móviles centrales del desplazamiento dispuesto por sus padres: la búsqueda de oportunidades para el desarrollo educativo y profesional de su progenie.

Para esta generación arribada en los años '80, la discontinuidad en el sistema educativo se da no ya en el nivel medio sino en el superior. Si bien los primeros graduados de universidades argentinas corresponden a esta franja de la población migrante, tanto el ingreso a la universidad local como la permanencia en ella han sido relativamente bajos. Entre los diversos factores que permiten comprender este fenómeno⁹, no debe subestimarse el obstáculo que representa un manejo no siempre completo del español. El carácter incompleto de tal manejo se relaciona, según Jeon, con un insuficiente entrenamiento en determinados registros, especialmente aquellos formales.

Los niños nacidos en Argentina no son ajenos a esta situación. Si bien Mera postula que éstos “manejan el castellano correctamente, en cuanto expresión y comprensión” (1998:80), Jeon encuentra que “los chicos no tienen un manejo homogéneo de los diferentes registros que se utilizan en el ámbito académico. Sí, es verdad que manejan sin mayores problemas el registro infantil o adolescente; pero este manejo muestra su deficiencia cuando se trata de los otros registros: el de la escritura, el de la lectura comprensiva, el literario, el informativo” (1999: 327). Esta carencia, sentida por muchos estudiantes de la colectividad y que subyace a fracasos y deserciones, se asienta, en parte, en la falta de acceso a ámbitos de utilización “natural” de tales registros. Por otra parte, el uso del coreano en el dominio familiar entra en tensión con la socialización en códigos culturales y lingüísticos cuyo conocimiento la escuela presupone y sólo enseña parcialmente.

⁹La falta de salida laboral ha sido una de las razones que han desanimado a potenciales y efectivos estudiantes universitarios. Muchos perciben que “si hay poca salida para los argentinos graduados, menos hay para los coreanos graduados”. También la preferencia por las universidades norteamericanas podría relacionarse con la actual escasa presencia coreana en el ámbito de la educación superior local.

De lengua nacional a lengua de inmigración: prácticas de minorización de la lengua coreana en el contexto migratorio

Hablar de tensión entre códigos culturales y lingüísticos nos remite a una lógica de tratamiento de la diversidad y producción de diferencias que opera en el proceso semiótico de modelado del coreano de lengua nacional en lengua de inmigración. Para aproximarnos a ese proceso tal como se da en el contexto argentino, es útil abordar algunas prácticas de minorización de la lengua coreana y de sus hablantes. Si bien en el caso de la colectividad coreana local se cumplen, sin duda, los criterios fundamentales que definen una minoría lingüística -auto-identificación, ascendencia común, rasgos culturales e históricos ligados a la lengua, y organización social de la interacción entre grupos lingüísticos tal que el grupo en cuestión queda relegado a una posición minoritaria-, ciertos mecanismos de sumisión operantes en la sociedad de destino han conspirado, hasta el momento, contra la articulación *política* de la colectividad coreana en términos de minoría lingüística. Es por ello que, antes que retratar la lengua coreana en el contexto inmigratorio como lengua minoritaria, prefiero enfatizar su carácter de *lengua minorizada* (Allardt, 1992) y resaltar las *prácticas de minorización* de que es objeto¹⁰.

El devenir de la lengua coreana en lengua de inmigración nos remite obligadamente a la matriz de alteridades específica del marco nacional, que resulta de los mecanismos de unificación de la experiencia montados por el Estado argentino en el proceso histórico de formación de la nación como Estado. Como sostiene la antropóloga Rita Segato en su análisis de la formación de diversidad en la Argentina, “[aquí] el Estado nacional, frente a la fractura originaria capital/interior y a los contingentes de inmigrantes europeos que se le agregaron y a ella superpusieron [...], presionó para que la nación se comportase como una unidad étnica dotada de una cultura singular propia homogénea y reconocible” (1997:11). De este modo,

¹⁰ Es probable que, en comparación con la intensidad y duración de los procesos de minorización que afectan otras lenguas y a sus hablantes en el marco de la nación como Estado -en particular, las lenguas de los pueblos originarios-, uno estaría tentado a desestimar el componente de desprecio (Dorian, 1998) que se juega en el caso de la lengua coreana como lengua de inmigración, y a no ver en ella más que una lengua hablada por un grupo numéricamente minoritario. Sin embargo, si, como sostiene Woolard (1998), el estatus de las lenguas refleja el estatus de sus hablantes, la lengua coreana refleja el estatus de ciudadanos de segunda que los inmigrantes adquieren en el

desde su fundación, la nación se instituyó como “la gran antagonista de las minorías”. Este modelo histórico de procesamiento poblacional tuvo como meta explícita la limpieza cultural de los contingentes que confluyeron en la formación de la nación argentina. El Estado argentino adoptó el papel de una eficaz “máquina de aplanar diferencias”, presionando a las personas étnicamente marcadas -por autoctonía o aloctonía- para “desplazarse de sus categorías de origen para, solamente entonces, poder ejercer confortablemente la ciudadanía plena” (Segato, 1997:17). Así, infundidos por una suerte de “terror étnico” o pánico de la diversidad, se activaron variados mecanismos de vigilancia cultural que encontraron en la escuela y el servicio militar obligatorio resortes clave¹¹.

Sujeto a una ideología nacionalista que ponía en ecuación directa pueblo, territorio y Estado, el plano de la lengua adquirió especial importancia. De la mano de un programa castellanizador, la sumisión lingüística fue una aspiración constitutiva de los mecanismos generales de sumisión social (Allardt, 1992). La vigilancia lingüística abarcó desde la prohibición del uso de las lenguas americanas en la escuela hasta formas inorgánicas y cotidianas de control como, por ejemplo, la burla del acento que, “aterroriz[ó] a generaciones enteras de italianos y gallegos que tuvieron que refrenarse y vigilarse para no hablar 'mal'” (Segato, 1997:17). Más allá de sus resultados -diferentes según se trate de los propios inmigrantes, sus hijos o sus nietos-, estos dispositivos de omisión y de exposición peyorativa de la diferencia siguen funcionando en nuestros días, aun sin el sustento explícito de un proyecto nacionalista para el cual la homogeneidad lingüística es un imperativo y en un contexto de creciente reivindicación de la diversidad que parece, en parte, ser producto de la importación de un modelo globalizado de multiculturalismo.

Desde esta perspectiva, las modalidades específicas de minorización de la lengua coreana, que estallan en múltiples escenarios en un espectro que va desde el desconocimiento deliberado de la lengua de inmigración hasta su estigmatización abierta, se vuelven relevantes. Dichas prácticas podrían englobarse bajo dos grandes rubros: políticas de desconocimiento y poéticas de estigmatización.

¹¹Aunque discutible a partir de datos históricos que ponen en cuestión tanto la organicidad de un modelo poblacional tal como los alcances de sus efectos, esta interpretación -que suscita, en cambio, mayor consenso entre antropólogos-, parece propicia para iluminar lo que se denominó “la cuestión del idioma”.

Políticas de desconocimiento

Las políticas de desconocimiento tienen sus consecuencias más graves cuando de la adquisición del español se trata, y se hacen evidentes, por ejemplo, en la escasez de investigaciones destinadas a facilitar la adquisición del español por parte de adultos, jóvenes y niños, que tengan en cuenta la especificidad de la lengua coreana, y en la desatención al hecho de que muchos niños de familias coreanas son, al momento de ingreso al nivel inicial o al primer ciclo de la educación general básica, monolingües en coreano a quienes se impone el aprendizaje de una segunda lengua según criterios pedagógicos diseñados para el hablante nativo¹². En suma, para los adultos, “el proceso de aprendizaje resulta lento y dificultoso” (Jeon, 1999: 326), tanto más por cuanto se trata de un proceso solitario y autogestionado pues, de manera informal e implícita, el Estado argentino ha delegado la enseñanza del español para adultos en la propia colectividad inmigrante. En el caso de los niños, la situación de desventaja y vulnerabilidad a la que son forzados hace de la escuela una “usina de sufrimiento” (Neufeld y Thisted, 1996; 1999), y resulta, con frecuencia, en el encuentro de dificultades en materias que presuponen cierto dominio de la lectura comprensiva y de la redacción en español. Todo esto, frente a la presión que ejercen las expectativas de éxito de los padres, para quienes la educación formal de excelencia representa una vía primordial para el ascenso sociocultural y económico de la familia de origen migrante¹³.

¹² Téngase en cuenta que esta no es necesariamente la situación en que se encuentran los niños de otras colectividades de inmigrantes o de las comunidades aborígenes del país. Entre otros factores, inciden sobre el caso coreano el carácter autosuficiente de la inserción económica lograda por estos inmigrantes y la aplicación de pautas tradicionales de socialización/sociabilidad (especialmente en el interior de la familia) en el contexto inmigratorio. Las diversas condiciones lingüísticas de los niños que ingresan al sistema escolar -niños monolingües en (distintas variedades del) español, monolingües en lengua distinta del español, bilingües casi pasivos, bilingües efectivamente pasivos, semihablantes bilingües de alta y baja aptitud (Dorian, 1982)- deben ser consideradas, desde el punto de vista pedagógico, en su especificidad si se quiere instrumentar una modalidad de enseñanza del español que no sea ni alienante ni paternalista.

¹³ La fuerte exigencia en los estudios que los padres de la colectividad establecen para sus hijos se encuentra informada por una modalidad disciplinaria estricta, habitual en Corea. Sin embargo, no se trata del simple transplante de pautas culturales: el imperativo de éxito académico puede verse como una respuesta a las experiencias de discriminación sufridas por la colectividad en un contexto hostil que sistemáticamente convierte la diferencia en desigualdad (ver también Mera, 1998:74-75). De ahí que aquellos inmigrantes que han logrado una inserción económica más ventajosa apunten a enviar a sus hijos a escuelas privadas bilingües (español/inglés) para ampliar el espectro de sus futuras posibilidades laborales.

Otra expresión cotidiana de esta política de desconocimiento es, fuera del ámbito escolar y ya “desde abajo”, el desinterés general que la población local ha demostrado por la lengua coreana. Apelando a la metáfora ambientalista, puede decirse que, en la ecología sonora de Buenos Aires, el coreano aparece relegado al lugar de lengua amenazante, y la oferta de espacios públicos en los que éste pueda circular y ser expuesto en un clima de respeto y con ánimo de intercambio es casi inexistente¹⁴.

*Poéticas de estigmatización*¹⁵

En cuanto a las poéticas de estigmatización, estas se realizan en los discursos cotidianos sobre la inmigración coreana en Buenos Aires, que actualizan persistentemente variados tópicos del dominio lingüístico. Desplegando estrategias propias del discurso racista, estos discursos están tácticamente elaborados, y en ellos es patente el centramiento en la forma del mensaje y la explosión de las funciones no referenciales del lenguaje, particularmente la función poética¹⁶.

En conversaciones cotidianas y artículos de prensa se materializan actitudes de desaprobación y descrédito tanto hacia la relación de los inmigrantes con la lengua “mayoritaria” como hacia la lengua etnicizada y sus usos en el contexto inmigratorio. Una de las figuras del inmigrante coreano más corrientes en estos discursos es la del *coreano que no habla castellano*¹⁷. La tematización de este imputado déficit comunicativo no sólo se realiza de manera explícita, sino también implícita y metapragmáticamente. Como se observa en el siguiente pasaje extraído de una narración oral en la que se representa el diálogo entre un policía y un inmigrante coreano detenido por presunta evasión fiscal y contratación ilegal de inmigrantes de

¹⁴En sentido contrario a esta tendencia, algunas instituciones de la colectividad han abierto sus espacios de enseñanza de la lengua y cultura coreanas a la población no coreana.

¹⁵Un análisis extensivo del material empírico presentado en este apartado se encuentra en Courtis, 2000.

¹⁶Concebimos aquí la función poética del lenguaje en términos amplios que no implican necesariamente un propósito artístico, sino que recogen la idea jakobsoniana de “poesía de la gramática” (Jakobson, 1960). Siguiendo a Jakobson, también Silverstein habla de “la ‘poesía’ pragmática de la prosa”. En este caso, las comillas que encierran a ‘poesía’ indican la ausencia de intención artística.

¹⁷Si bien dicho tópico refiere a la generación inmigrante, su extensión al colectivo “los coreanos” es frecuente, relegándose a segundo plano el hecho de que tanto los hijos nacidos en Corea como los nacidos en la Argentina son comunicativamente competentes

países vecinos, las intervenciones muy breves en parca respuesta a la interpelación policial, las emisiones lentas y de volumen bajo (que contrastan con el discurso enfatizado del interrogador), las señales de duda y la repetición de una misma frase que connota un vocabulario exiguo y general son recursos no referenciales posibles para actualizar la mencionada insuficiencia comunicativa:

*A: [el policía] le pregunta entendió? // >°**Algunas cosas**°< ((risas)) // A ver bueno lo voy a imprimir / a ver si: si puede entender / (en)tonces imprime con la computadora el acta / se la da ((risas)) y:: y dice: entiende? // >°**Y: algunas cosas**°< ((risas))*

El énfasis en la limitación de la competencia comunicativa es una manifestación práctica de aquella ideología que, presuponiendo la homogeneidad lingüística nacional, ve en la lengua extranjera un problema (creado por el extranjero) antes que un derecho. En ese sentido, la acción de no hablar español suele ser leída en clave de sospecha, en especial cuando se refiere a interacciones de tipo comercial.

La actitud reprobatoria recae también sobre el uso del alfabeto coreano, el han-gul, que se erige en índice de cerrazón, hermetismo, exotismo, misterio y demás características que se atribuyen a una colectividad percibida en términos de comunidad homogénea. Esta práctica discursiva puede registrarse en la prensa:

“El lugar conocido como 'barrio coreano o barrio chino' se caracteriza por la gran cantidad de comercios con letreros escritos con caracteres orientales” (La Nación, 20/4/93)

“En el barrio coreano, desde comestibles y lencería hasta cosméticos y videos subtítulos en su idioma son ofrecidos únicamente a miembros de su comunidad” (La Nación, 28/9/92),

pero también aflora en conversaciones cotidianas, tal como lo ilustran los siguientes fragmentos de una conversación que sostuve con un taxista durante el trayecto a esta zona de Flores en octubre de 1997:

C: Ajá / así que hay muchos coreanos por ahí? / desde cuándo? /

*T: Sí / hace años / desde que conozco el lugar // **hay un barrio coreano ahí***

C: Ah / y cómo sabés?

*T: **Porque todos / todos son todos coreanos! / los negocios están escritos todo en // como escriben ellos***

C: Ah sí? / cómo? / qué qué es como escriben ellos?

*T: **Bueno como escriben ellos / imposible de describir / no?***

[...]

C: Y vos cómo los ves a: a ellos?

T: Y: / a ellos? // que están en su mundo

C: Que están en su mundo?

T: Sí / **con su ge:nte y: bue / de ahí no quieren salir // al no querer tener ninguna relación con na:die / nin-gún contacto / es como que no les interesa /// tienen su pr su propio: BARRIO /// tienen su propio ba:rrio ahí donde vamos / así que con eso ya te das una idea**

Conjurando esta supuesta peligrosidad, los discursos cotidianos sobre la inmigración coreana en Buenos Aires manifiestan, además, actitudes burlescas que desautorizan y desacreditan toda voz que los inmigrantes logran articular. Esto se suma a las imitaciones y a los juegos verbales sobre los nombres coreanos, todas prácticas discursivas que hacen de la lengua de referencia de los inmigrantes coreanos un vigoroso diacrítico estigmatizante.

De lengua de inmigración a lengua materna: prácticas de valo(ri)zación de la lengua coreana en el contexto migratorio

Frente a las fuerzas de minorización de la lengua coreana y de sus hablantes vivas en el contexto migratorio, desde diversos ámbitos de la colectividad coreana local se han generado prácticas de valorización de la lengua de inmigración que llevan a su (re)apropiación como lengua materna. Hablo de *valorización* -y no sólo de *valoración*, categoría clásica en el estudio de actitudes lingüísticas- porque son éstas prácticas que proponen formas de embellecimiento, perfeccionamiento o compleción de la lengua minorizada (Schleiermacher, 1999). En otras palabras, buscan un aumento del valor relativo de esa lengua nacional transformada en lengua étnica.

Un rasgo interesante de estas prácticas es que tienen la potencialidad de evocar aspectos de los propios procesos semióticos de valoración dialectal que alguna vez llevaron a la cristalización de un determinado código denotacional como lengua nacional en el país de origen (Silverstein, 1998)¹⁸. En el caso que nos ocupa, reapare-

¹⁸Este concepto ha sido principalmente aplicado sea al caso de los movimientos tendientes a jerarquizar ciertas variedades lingüísticas minorizadas bajo la etiqueta política de dialectos, sea a los procesos de re-emergencia de lenguas funcionalmente “muertas” o “en peligro”. Considero, sin embargo, que este potencial torna las prácticas de valorización de lenguas nacionales que se generan en contextos migratorios particularmente

cen, en el contexto migratorio, marcas del férreo nacionalismo lingüístico que históricamente interpela al ciudadano coreano a través del relato oficial que predica el carácter científico excepcional de su alfabeto. La siguiente cita, extraída de un manual de coreano para hispanohablantes, constituye una sintética entextualización de dicho relato:

“El coreano se escribe generalmente en el alfabeto han-gul, que fue inventado por Magno Sejong (reinado 1418-1450), el cuarto rey del Período Choson, en el temprano siglo XV, de acuerdo con los principios fonéticos y metafísicos, y está basado en las observaciones y análisis lingüísticos cuidadosos de la lengua coreana. El han-gul muestra no sólo fonemas individuales, sino también cómo ellos se arreglan en sílabas. Como una invención científica, el han-gul es único entre los sistemas de escritura mundiales, y los coreanos están orgullosos de él y de su inventor” (Baxter, 1996:115).

Si los usos de la lengua en el proyecto político peninsular son antiguos, y han servido para consolidar el hegemónico ideal de “nación de un solo pueblo”¹⁹, en las últimas décadas, las políticas culturales de Corea del Sur han tendido a reforzar y crear procesos de tradicionalización por los cuales ciertos elementos -entre ellos, el alfabeto coreano- decantan en epítome de una “cultura coreana milenaria”²⁰. Un activo nacionalismo lingüístico permea, entonces, los procesos de valorización de la lengua coreana en el contexto migratorio tal que los recurrentes discursos “orgullosos” de los inmigrantes sobre la lengua coreana entran en clara interdiscursividad con este manejo político ejercido en y desde el país de origen. Te-

¹⁹ Esa es, justamente, la traducción de Han-guk, una de las denominaciones de Corea del Sur. Nótese que hablar de nacionalismo (y nacionalismo lingüístico) en el caso argentino y el coreano no implica homologar ambos procesos. La clasificación de Kohn (1967) de nacionalismos occidentales y orientales puede ofrecer elementos para iluminar las diferencias.

²⁰ Dichas políticas coinciden con la acelerada industrialización de la República de Corea, y con el fomento de la emigración y la constitución de una diáspora coreana -es decir con una apertura al flujo mundial de bienes y personas-, y están diseñadas con un marcado espíritu de marketing internacional. La promoción y comercialización de una “cultura coreana” resumida en el han-gul, el taekwondo, el kimchi (comida elaborada mediante la fermentación de ciertos vegetales) y una serie de “géneros” musicales y dancísticos ha sido especialmente activa en las Olimpiadas de Seúl de 1988, y en ocasión del Campeonato Mundial de Fútbol celebrado en Corea del Sur y Japón en 2002. La creciente asignación de recursos para los “estudios coreanos” en distintas partes del mundo y las numerosas iniciativas de traducción de obras prestigiosas de literatura coreana a las lenguas “occidentales” más habladas son expresión de estas políticas.

niendo este telón por fondo, pasemos a revisar tres tipos de práctica que, en un movimiento metapragmático/metacultural, puntúan el valor de la lengua de inmigración: examinaremos algunas modalidades particulares que adquiere la compleción de la lengua en el contexto migratorio, su actualización como índice de pertenencia comunitaria, y lo que llamaré experiencias de retorno a la lengua coreana.

Algunas formas de compleción de la lengua coreana en el contexto migratorio

Ciertamente, las formas de embellecimiento, perfeccionamiento o compleción que hacen a la valorización de la lengua coreana en el contexto migratorio difieren de las señaladas para las lenguas emergentes (Schleiermacher, 1999). No existe, por ejemplo, un movimiento político-literario de reapropiación de la lengua coreana por parte de sus hablantes que la lleve a emerger como lengua valorizada en la sociedad mayor; ni son obligadamente los virtuosos de la lengua o los grandes autores quienes llevan adelante su perfeccionamiento. Sin embargo, existen pequeñas prácticas, ejercidas en el nivel individual y cotidiano, que, poniendo el foco en el aprendizaje de la lengua por parte de los jóvenes, se asocian a este fenómeno: la insistencia de padres y maestros para que los jóvenes adquieran una escritura “correcta”, las exigencias en torno al logro de una caligrafía armoniosa, la conciencia crítica de los mismos jóvenes acerca de sus más o menos limitadas competencias en la producción escrita. A su vez, completar la lengua implica adquirir destrezas en el manejo correcto de los diversos niveles de lengua propios del coreano. Los institutos privados de la colectividad²¹ y las iglesias que ofrecen clases de lengua y cultura coreanas buscan reforzar la competencia gramatical y comunicativa de los jóvenes haciendo especial hincapié en estos puntos.

Si bien la valorización no pasa necesariamente por los virtuosos, no faltan en la colectividad quienes ocupan ese rol. Es interesante notar que ha sido en función de tópicos relacionados con la inmigración que la producción literaria local en lengua coreana se ha puesto en marcha. Como hito de esta producción aparece la compi-

²¹En 1996, se incorporó a la enseñanza oficial el Instituto Coreano-Argentino (ICA), un colegio bilingüe coreano/español (con énfasis adicional en el inglés). El ICA implementa la “escuela de los sábados”, una serie de cursos de lengua y cultura coreanas en varios nive-

lación de poesía titulada *Los Andes*, presentada por primera vez en 1996 y aún no traducida al español en razón de que -en palabras de uno de sus autores- “la tarea es muy difícil y no hay quien pueda hacerla”²². La obra tiene un doble efecto constructivo: consagra a los virtuosos “comunitarios” de la lengua como tales, y los autoriza a instituir públicamente estándares de belleza lingüística para las generaciones jóvenes quienes, con su putativo imperfecto manejo de la lengua coreana -en especial aquel que deriva de “interferencias” con el español²³- parecen atraer el fantasma de la pérdida patrimonial.

Es en ese escenario que hace su aparición la ideología purista, instaurando un horizonte mítico de pureza original no sólo frente a las amenazas de la lengua dominante en el contexto migratorio, sino también frente a las dinámicas de cambio lingüístico que involucran a la lengua coreana en diversos países de la diáspora²⁴ y en el propio contexto de origen. En ese sentido, la ideología purista y el horizonte de fantasía sobre el que se recorta colocan la lengua coreana hablada en Argentina en relación con un estado de perfección que remite a un cronotopo fuente: el tiempo y el espacio previos a la migración.

Tanto la insistencia en la escritura/caligrafía perfecta y en el uso correcto de los niveles de lengua como el establecimiento de parámetros de belleza lingüística a través de la producción literaria lo-

²²Si, según Schleiermacher, que una lengua sea reapropiada como lengua materna requiere de su perfeccionamiento, de la creación de una versión alta que se sirva de lenguas extranjeras tenidas por bellas, en este caso, vale la pena notar la resistencia a la traducción. El comentario del poeta puede interpretarse sea en función de la inexistencia de traductores literarios idóneos en el ámbito local, sea por la necesidad de recalcar la sofisticación de la lengua coreana frente al español.

²³No obstante sea demasiado pronto para observar cambios funcionales y estructurales que afecten la lengua coreana en situación minoritaria (y más aún para decidir si se trata de fenómenos de retracción lingüística), puede hipotetizarse la interferencia -o mejor, la interreferencia - del español en el aprendizaje del complejo sistema de deferencia del coreano e, incluso, vislumbrarse una incipiente relajación en su uso que, de desarrollarse, no estaría exenta de consecuencias sociales en el ámbito de la colectividad. En una comunicación personal, la profesora Chae Me Young, manifestó que, entre sus alumnos, es común que los mayores protesten porque los de menor edad no utilizan el título “hermano mayor” y el nivel de lengua correspondiente que el sistema de jerarquía codificado en la lengua coreana impondría para dirigirse a ellos.

²⁴En la colectividad coreana de Buenos Aires hay alta conciencia de diáspora. Existe un flujo de comunicación con familiares inmigrantes en Estados Unidos, Canadá, Australia, México y algunos países sudamericanos. Esta comunicación conlleva información y evaluación sobre las transformaciones lingüísticas que se producen en distintos puntos de la diáspora. Un comentario recogido durante una clase de lengua coreana de la que participé como alumna fue: “los coreanos de Estados Unidos hablan peor [coreano] que nosotros”.

cal hablan de intentos por fijar una variedad “alta” del coreano en el escenario migratorio. Frente a la inestabilidad inherente del lenguaje, este proceso de estabilización convierte la lengua en núcleo duro de procesos culturales de identificación.

La lengua coreana como índice de pertenencia comunitaria

Sin duda, la lealtad a ciertas normas denotacionales particulares implica una valorización práctica de un código en tanto instrumento privilegiado de referencia. A la vez -y, claramente, en ámbitos que abren la posibilidad al plurilingüismo de hecho- la actualización de ese código particular suele entrañar una valoración de sus propiedades indexicales en tanto diacrítico identitario y de pertenencia comunitaria.

La (frecuentemente reportada) indignación de los mayores ante el putativo imperfecto manejo del coreano por parte de los jóvenes, el crédito y el respeto asociados a la destreza en la lengua y el descrédito que recae sobre quienes se juzga carecen de ella, el uso casi obligado del coreano en la relación padre-hijo o la utilización de palabras “guiño” en coreano entre los jóvenes que prefieren comunicarse en español²⁵ señalan esta vinculación metapragmática entre lengua e identidad. Además, ratificando esta propiedad indexical del coreano en uso, cristalizan ciertos eventos comunicativos -muchos de ellos, públicos aunque restringidos al espacio “intra-comunitario”- que cuentan como centros rituales de autoridad en los cuales el uso de la lengua coreana es garantizado e investido con dimensiones culturales de autonomía que orientan el sentido de buena y mala praxis. Entre estas entextualizaciones autorizadas se destaca el culto -mayoritariamente protestante- y diversas formas de *performance* y rutinas comunicativas reservadas a quienes ocupan posiciones sociales jerárquicas -los mayores, los progenitores, los maestros, profesores y académicos, entre otros. A través de ellas se refrenda el poder realizativo de “hablar coreano” en la construcción de comunidad y, más específicamente, en el señalamiento de ciertos vínculos sociales de asimetría, culturalmente privilegiados, que *deben* recrearse (o mejor, a los que habrá que supeditarse) para conformar localmente comunidad.

²⁵Entre otras, aparecen las palabras usadas para nombrar en tono despreciativo a los argentinos (won-ju min = nativo + connotación negativa), o para referirse a costumbres tenidas por propiamente coreanas (no-re bang = karaoke).

Experiencias de retorno a la lengua coreana

Una búsqueda común entre quienes han recorrido el trayecto de su socialización secundaria mayormente en español es el retorno, aprendizaje mediante, a la lengua coreana. Es en la medida en que la lengua coreana -lengua primera en que los inmigrantes, sus hijos e incluso sus nietos han estado inmersos durante la niñez- se torna objeto de apropiación que deviene lengua materna. Algunos elementos son recurrentes en estas prácticas de apropiación que transforman la lengua de inmigración en lengua materna²⁶. En primer lugar, aparece la dimensión pasional. La lengua “perdida” vuelve como foco de deseo, blanco de pasión, núcleo de inversión psicológica, término de una relación afectiva. En ese sentido, es indisociable de otros objetos de pasión tal como la familia (en especial, los hijos) o diversas expresiones artísticas (Derrida, 1997). Durante mi trabajo de campo, me he encontrado con personas que buscaban (re)aprender el coreano para enseñarlo a sus hijos, o quienes estudiaban la lengua impulsados por su pasión por las letras o por el cine.

En segundo lugar, emerge la dimensión del placer. Detrás del intento por recuperar, como dice Derrida, “aquello que nos posee, pero que no poseemos” parece jugar la intuición del reencuentro con la lengua como fuente de placer en el sentido de que la re-inmersión en el “rumor natal” permitiría expresar parte del propio ser como no lo hace ningún otro medio. La transformación de la lengua de inmigración en lengua materna involucra, entonces, también, su apropiación como medio irremplazable de expresión subjetiva. Es más, apropiarse de la estructura de la lengua y tejer en su trama la propia palabra no es sino un modo en que el sujeto en situación migratoria puede tejerse a sí mismo.

Apostilla

En el panorama presentado hemos conjugado algunas de las múltiples y nunca totalmente asequibles variables, niveles de abordaje y contextos socio-políticos necesarios para pensar las relaciones entre lengua y migración. Concebir el coreano simultáneamente como lengua nacional, lengua de inmigración y lengua materna permite

²⁶ Si bien los elementos que recogemos aquí son del orden emocional, hay que tener en cuenta que el retorno a la lengua coreana se relaciona con una fuerte apreciación del bilingüismo (español/coreano) y del trilingüismo (inglés/español/coreano) como factores de ampliación del horizonte laboral.

condensar parte de la complejidad en juego. Vale la pena dirigir este esfuerzo hacia el campo de la política lingüística y sugerir líneas de gestión tendientes a una inclusión en términos igualitarios de los migrantes que llegan a la Argentina.

Ante todo, la cuestión de la adquisición, por parte de los inmigrantes, de competencia lingüística y comunicativa en la lengua de la sociedad de destino debe entenderse en el marco de los procesos macrosociales de formación y regulación de subjetividades “en el sentido foucaultiano de hacerse y ser hecho por relaciones de poder que producen consenso a través de la supervisión, disciplina, control y administración” (Ong, 1996:737). Como hemos visto, la presentación del dominio de la lengua como factor obligado de la integración tiende a manifestarse como una exigencia legítima de la sociedad nacional, generalmente ratificada por los mismos inmigrantes. Frente a tal situación, una política lingüística homogeneizadora que no brinde a estos instancias específicas y adicionales de aprendizaje, más allá de aquellas planificadas para la ciudadanía estándar, tiene como efecto (y, sin duda, como fin) dilatar la brecha en una doble jerarquía implícita de “hablas” -construida sobre la evaluación de competencias diferenciales- y de lenguas, a través de la cual se (re)producen las relaciones sociales de sujeción que hacen de la identidad inmigratoria una identidad de segundo rango.

Siendo la lengua un poderoso elemento para la producción de extranjería, que participa activamente de los procesos de etnicización operantes en el fenómeno migratorio, cabe a las ciencias sociales investigar y fiscalizar los medios a través de los cuales se dirime, en el plano lingüístico, la construcción social de esa moralidad inferior, sujeta a tutelaje y con prerrogativas siempre limitadas.

Desde esta perspectiva, se comprende la necesidad de modificar la tónica de indiferencia expresa que caracteriza la política lingüística argentina actual. En el caso de la inmigración coreana, no es tarde para ofrecer a los inmigrantes y a sus hijos oportunidades efectivas de adquisición del castellano que incluyan una enseñanza específicamente diseñada para las necesidades de adultos, jóvenes y niños: desde cursos mediáticos, clases temáticas (español comercial, por ejemplo), actividades de mediación lingüística y cultural, e instancias recreativas hasta, como propone Jeon, “talleres de formación implementados por las mismas escuelas: lectura, escritura,

comprensión y producción de diferentes registros” (1999:828)²⁷. Pero también es imprescindible encarar, de manera simultánea, una acción de sensibilización positiva hacia la lengua coreana -y, en general, hacia todas las lenguas que la hegemonía nacional minoriza o torna minoritarias-, promoviendo intercambios que diluyan la evaluación peyorativa que recae sobre ella. Está al alcance de una nueva política lingüística contribuir a la construcción de definiciones alternativas del sujeto inmigrante, que puedan ubicarlo fuera del espectro de una etnicidad forzada y estigmatizante, y concebirlo ya no como interlocutor inválido o mero objeto de discurso sino como sujeto plenamente dialogante.

Bibliografía

- Allardt, Erik (1992). “Qu'est-ce qu'une minorité linguistique?”, en H. Giordan, *Les minorités en Europe*, Paris: Kimé.
- AAVV. (1991). *Harvard Studies in Korean Linguistics*, Proceedings of the Harvard Workshop on Korean Linguistics 1985-1991.
- Bastardas, Albert y Emili Boix (comps.) (1994). ¿Un Estado, una lengua? *La organización política de la diversidad lingüística*, Barcelona: Octaedro.
- Bauman, Richard (1975). “Verbal Art as Performance”, en *American Anthropologist*, núm.77, pp. 290-311.
- _____ (1992). “Contextualization, Tradition, and the Dialogue of Genres: Icelandic Legends of the *Kraftaskáld*”, en A.

²⁷La nueva ley de migraciones nº 25.871, sancionada en diciembre de 2003, da un paso adelante en este sentido. En su artículo 14, establece que: “El Estado en todas sus jurisdicciones, ya sea nacional, provincial o municipal, favorecerá las iniciativas tendientes a la integración de los extranjeros en su comunidad de residencia, especialmente las tendientes a: a) La realización de cursos de idioma castellano en las escuelas e instituciones culturales extranjeras legalmente reconocidas; b) La difusión de información útil para la adecuada inserción de los extranjeros en la sociedad argentina, en particular aquella relativa a sus derechos y obligaciones; c) Al conocimiento y la valoración de las expresiones culturales, recreativas, sociales, económicas y religiosas de los inmigrantes; d) La organización de cursos de formación, inspirados en criterios de convivencia en una sociedad multicultural y de prevención de comportamientos discriminatorios, destinados a los funcionarios y empleados públicos y de entes privados”. Sería ahora deseable que la reglamentación y aplicación de este artículo previera: 1) la utilización de metodologías apropiadas para la enseñanza del español como segunda lengua, teniendo en cuenta las especificidades de la lengua hablada por los destinatarios; 2) los recursos humanos y financieros disponibles; 3) las condiciones, medios y modalidades adecuadas a las realidades de los destinatarios para que estos puedan acceder efectivamente a las iniciativas propuestas; 4) la participación de los inmigrantes en el diseño de estas propuestas.

- Duranti y C. Goodwin (eds.), *Rethinking Context: Language as an Interactive Phenomenon*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Baxter, David (1996). "La lengua coreana. Una introducción informal para los hablantes españoles", en *Coreano I*, Instituto de Investigación de Idiomas de la Universidad Nacional de Seúl, Seúl: Bum Sin Sa, pp. 113-130.
- Bialogorski, Mirta y Daniel Bargman (1997). "La mirada del otro: coreanos y bolivianos en Buenos Aires", en I. Klich y M. Rapoport (comps.), *Discriminación y racismo en Latinoamérica*, Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, pp. 95-106.
- Courtis, Corina (2000). *Construcciones de alteridad. Discursos cotidianos sobre la inmigración coreana en Buenos Aires*, Buenos Aires: Eudeba.
- Derrida, Jacques (1997). *El monolingüismo del otro o la prótesis del origen*, Buenos Aires: Manantial.
- Di Tullio, Angela (2003). *Políticas lingüísticas e inmigración. El caso argentino*, Buenos Aires: Eudeba.
- Dong Won Mo (1995). "Regional Cleavage in Southern Korean Politics", en *Korea Observer*, núm. 21, pp. 1-25.
- Dorian, Nancy (1982). "Defining the Speech Community to include its Working Margins", en Suzanne Romaine (ed.), *Sociolinguistic Variation in Speech Communities*, London: Edward Arnold, pp. 25-33.
- _____ (1998). "Western Language Ideologies and Prospects for Minority Languages", en L. Grenoble y L. Whaley (eds.), *Endangered Languages. Language Loss and Community Response*, Cambridge: University Press, pp. 5-21.
- Duranti, Alessandro (2000). *Antropología Lingüística*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Fanjul, Adrián (1995). *Bilingüismo en los estudiantes secundarios coreano-argentinos*, Informe de investigación, Maestría en Ciencias del Lenguaje, Instituto Superior del Profesorado "Joaquín V. González": mimeo.
- Friedrich, Paul (1986). *The Language Parallax. Linguistic Relativism and Poetic Indeterminacy*, Austin: University of Texas Press.

- Gal, Susan y Judith Irvine (1985). "The Boundaries of Languages and Disciplines: How Ideologies Construct Difference", en *Social Research*, núm. 62, pp. 967-1001.
- Golluscio, Lucía y otros (2001). "La lengua como 'zona de contacto': (dis)continuidad(es), conflicto(s) y transformacion(es) en la práctica lingüística indígena en contextos urbanos", Proyecto UBACyT FI049: mimeo.
- Gumperz, John (1982). *Discourse Strategies*, Cambridge: Cambridge University Press, pp. 130-152.
- _____ (1984). "Communicative Competence Revisited", en D. Schiffrin (ed.), *Meaning, Form and Use in Context: Linguistic Applications*, Washington: Georgetown Press, pp. 278-289.
- Hymes, Dell (1964). *Language in Culture and Society*, New York: Harper and Row.
- _____ (1976). "La sociolingüística y la etnografía del habla", en E. Ardener (ed.), *Antropología Social y Lenguaje*, Buenos Aires: Paidós, pp. 115-152.
- _____ (1996). *Ethnography, Linguistics, Narrative Inequality. Toward an Understanding of Voice*, London: Taylor and Francis, pp. 207-230.
- Jakobson, Roman (1960). "Concluding Statement: Linguistics and Poetics", en T. Sebeok (ed.), *Style in Language*, Cambridge: MAS-MIT Press, pp.350-377
- Jeon Yun Sil (1999). "Los problemas lingüísticos de la comunidad coreana en la Argentina", en *Actas del Congreso Internacional de Políticas Lingüísticas para América Latina*, Buenos Aires, UBA, pp. 319-329.
- Kohn, Hans (1967) [1944]. *The Idea of Nationalism*, New York: Collier.
- Lee Chang Rae (2001). *En lengua materna*, Barcelona: Anagrama / Panorama de narrativas.
- Lynch de la Serna, Marcela (2002). "Relación entre el uso o adquisición del idioma coreano y la construcción de la identidad diferencial en los coreanos escolarizados en Argentina", www.naya.org.ar.
- Mera, Carolina (1998). *La inmigración coreana en Buenos Aires. Multiculturalismo en el espacio urbano*, Buenos Aires: Eudeba.

- Neufeld, María Rosa y Ariel Thisted (1996). “Los niños de los migrantes y la escuela en Argentina: la diversidad cultural en un marco de neoliberalismo conservador”, ponencia presentada en el *Congreso Internacional de Educación*, Buenos Aires, UBA: mimeo.
- _____ (comps.) (1999). “*De eso no se habla...*” *Los usos de la diversidad sociocultural en la escuela*, Buenos Aires: Eudeba.
- Ong, Aihwa (1996). “Cultural Citizenship as Subject Making. Immigrants Negotiate Racial and Cultural Boundaries in the United States”, en *Current Anthropology*, año 37, núm. 5, pp. 737-762.
- Pratt, Mary Louise (1987). “Utopías Lingüísticas”, en N. Fabb y A. Duranti (eds.), *La Lingüística de la Escritura*, Madrid: Visor.
- _____ (1992). *Ojos Imperiales*, Quilmes: Universidad Nacional de Quilmes.
- Santamaría, Enrique (1993). “(Re)presentación de una presencia. La 'inmigración' en y a través de la prensa diaria”, en *Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura*, núm 12, pp. 65-72.
- Schieffelin, Bambi; Woolard, Kathryn y Paul Kroskrity (1998). *Language Ideologies. Practice and Theories*, New York / Oxford: Oxford University Press.
- Schleiermacher, Friedrich (1999) [1813]. “Des différentes méthodes du traduire”, Paris: Seuil, Points-Essais.
- Segato, Rita (1997). “Alteridades históricas/Identidades políticas: una crítica a las certezas del pluralismo global”, en *Série Anthropologia* 234, Brasilia: UnB.
- Silverstein, Michael (1976). “Shifters, Linguistic Categories and Cultural Description”, en K. Basso y H. Selby (eds.), *Meaning in Anthropology*, Albuquerque: University of New Mexico, pp. 11-55.
- _____ (1985). “Language and the Culture of Gender: At the Intersection of Structure, Usage and Ideology”, en E. Mertz y R. Parmentier (eds.), *Semiotic Mediation*, Orlando: University of Florida Academic Press, pp. 219-259.
- _____ (1998). “Contemporary Transformations of Local Linguistic Communities”, en *Annual Review of Anthropology*, núm. 27, pp. 401-426.
- Suk Jin Chang (1996). *Korean*, Amsterdam / Filadelfia: Benjamins.
- Thouard, Denis (ed.) (2000). Humboldt, *Sur le caractère national des langues et autres écrits sur le langage*, Paris: Seuil.

- Wang Hahn Sok (1990). "Toward a Description of the Organization of Korean Speech Levels", en *International Journal of Sociology of Language*, núm. 82, pp. 25-39.
- Won Pyo Lee (1989). *Referential Choice in Korean Discourse: Cognitive and Social Perspective*, Tesis doctoral, University of South California: mimeo.
- Woolard, Kathryn (1998). "Introduction", en B. Schieffelin, K. Woolard y P. Kroskrity *Language Ideologies. Practice and Theories*, New York / Oxford: Oxford University Press.

“Lo nacional” y “lo cultural”.
Centro de Estudiantes y Residentes Bolivianos:
representación, identidad y hegemonía*

Sergio Caggiano

Instituciones, identidades y representación

En los últimos años el *constructivismo* ha logrado un amplio consenso acerca de algunos problemas centrales para las ciencias sociales. En primer lugar, que las identidades sociales son, precisamente, *construcciones*, recibe un acuerdo generalizado contra esencialismos de diversa índole. Que en tanto que tales, dichas construcciones son históricas, contingentes y modificables, recibe un acuerdo igualmente extendido. De esto se deriva la búsqueda común de la desnaturalización y la crítica de toda forma de reificación de lo social. En tercer lugar, aunque aquí comienzan las diferencias y los énfasis divergentes, también se acepta que las identidades son resultado de luchas y conflictos, y que su consistencia depende de lograr ocultar esas luchas; es decir, necesitan presentarse como autoevidentes (en otras palabras: resultan de un ejercicio de poder y del borramiento de dicho ejercicio).

Ahora bien, una parte importante de los trabajos constructivistas adolece de al menos tres defectos de magnitud: 1) no se especifican las condiciones sociohistóricas sobre las que el fenómeno bajo estudio se ha vuelto posible; 2) más allá de la denuncia genérica de la naturalización de los procesos históricos, no se precisa qué es concretamente lo que se legitima en dicha naturalización; 3) no se establece cuáles son las fallas de ese proceso, es decir, no se determina qué elementos lo ponen en tensión y, en consecuencia, lo abren a la historia.

* Diálogos con Elizabeth Jelin y Alejandro Grimson fueron muy importantes en el proceso de elaboración de este trabajo. La responsabilidad por los errores es exclusivamente mía.

De acuerdo con la perspectiva que asumo, que recoge los puntos anteriores, los procesos identitarios, en tanto que *articulación hegemónica*, suponen conflictos por el sentido que pueden tomar las relaciones y las posiciones sociales. El establecimiento de ese sentido significa la cristalización (provisoria) de aquellos conflictos, aquellas relaciones y aquellas posiciones (Vila, 1993).

Las *instituciones* juegan un papel preponderante en este movimiento y, consecuentemente, en el modo en que los efectos sedimentados de las luchas hegemónicas pueden estabilizar los grupos sociales y funcionar con una cierta (provisoria) fijeza. En la compleja dinámica de estos procesos es posible reconocer tres elementos que son profundamente interdependientes: (la definición de) intereses, (la construcción de) identificaciones sociales, (la formación de) instituciones. En esta dinámica, las instituciones ofrecen un marco y un código que ordenan el juego de las variaciones contextuales. Por lo demás, toda institución se halla en medio de fricciones y disputas que otras instituciones, junto a ella, configuran.

Se vuelve fundamental, entonces, enfocar la *relación de representación* en que estas instituciones están envueltas, es decir, la relación entre la institución representante y aquello que (y aquéllos a quienes) representa. Toda articulación hegemónica se da sobre la base de relaciones de representación, y toda relación de representación supone ya, al menos de manera incipiente, una articulación hegemónica. Por definición, la relación de representación conlleva una tensión entre representante y representado; es la tensión inherente a la opacidad de la sustitución/“encarnación” que la representación establece. Para su “buen funcionamiento” dicha tensión debe ser disimulada, la opacidad debe ser reducida a un mínimo (Laclau, 1993; 1996; 2003). Por otra parte, es importante entender la relación de representación como “el campo de batalla hegemónico entre una multiplicidad de decisiones posibles. (Lo cual) no quiere decir que en cualquier momento todo lo que es lógicamente posible se vuelva, automáticamente, una posibilidad política real. Hay posibilidades incoadas que serán bloqueadas, no debido a alguna restricción lógica sino como resultado de los contextos históricos en los cuales operan las instituciones representativas” (Laclau, 1998: 103).

Históricamente los movimientos migratorios han originado y originan asociaciones y organismos de inmigrantes en sus lugares de destino. Estas instituciones pueden ser de índole variada, y llevan adelante actividades de diverso tipo. Comprender algunos de

sus efectos en el proceso de inmigración y de inserción en el lugar de destino requiere estudiar el funcionamiento interno de estas instituciones, sus criterios de representatividad, el tipo de participación que promueven, así como la dinámica de relaciones interinstitucionales que despliegan.

En este trabajo procuraré interpretar la *estrategia de representación* llevada adelante por el Centro de Estudiantes y Residentes Bolivianos en La Plata, llamando la atención sobre el tipo particular de actividades que desarrolla (de difusión cultural, centralmente), la interpelación identitaria que procura (en clave nacional), y los actores sociales a los cuales postula como interlocutor y público privilegiado (la sociedad receptora, en primer lugar). Exploraré asimismo algunas condiciones específicas del contexto de recepción, vinculadas al *campo de interlocución* oficial en nuestro país, que hacen posible esta estrategia de representación. Podrá verse también de qué modo esto es funcional a determinadas lógicas y relaciones sociales, en tanto delimita y acota un espacio de demandas y reivindicaciones posibles. Por último, intentaré indicar las grietas que presenta este proceso y que permiten ver las tensiones propias de esa articulación hegemónica.

“Lo social” y “lo cultural”. Breve perfil de la institución

En el marco de la llegada a la región de La Plata de inmigrantes provenientes de países fronterizos, la presencia sistemática de bolivianos data de la década de 1960. Es durante el período que Sassone (1988) considera la cuarta etapa de la migración boliviana hacia la Argentina, desde la década de 1970, cuando se da la mayor difusión espacial de los asentamientos de bolivianos y una búsqueda de ocupación permanente y ascenso socioeconómico. En ese período crece su presencia en esta región en particular. Por otra parte, de acuerdo con el Censo Nacional de Población de 1991 los bolivianos registran, entre 1980 y dicho año, un incremento cuantitativo del 24% a escala nacional (esto se relaciona con el hecho de representar el grupo más numeroso de los beneficiados por la amnistía que el gobierno argentino dictara entre 1992 y 1994). Además, para los años '80 la cantidad de inmigrantes provenientes de la República de Bolivia que se asentaban en la Capital y el Gran Buenos Aires, lo mismo que en La Plata y el Gran La Plata, había crecido significativamente y alcanzaba o superaba a la de los que vivían en las provincias de Salta y de Jujuy, en la frontera con Bolivia. Esto implica un

cambio en relación con las primeras tres etapas que eran de carácter rural-rural. Desde mediados de siglo, y de manera creciente desde 1960 y 1970, entonces, una parte importante presenta un carácter rural-urbano. Incluso desde los años '80 es posible que el proceso sea en parte urbano-urbano. Parece legítimo inferir que el crecimiento que arrojan los datos censales para la década del '80 ha continuado en la década siguiente. La información cualitativa de primera mano recogida por distintos investigadores pareciera confirmar esta tendencia¹. Según los inmigrantes entrevistados (muchas veces dirigentes de “la colectividad”), en la década del '90 la inmigración boliviana habría crecido. Finalmente, la intensificación de la recesión y el crecimiento de la desocupación y de los niveles de pobreza e indigencia durante 2001 (y algunas de las medidas económico financieras tomadas como respuesta a la crisis que estallara a fines de ese año) tuvieron como correlato el retorno de algunas familias bolivianas al país de origen. Sin embargo, hay importantes indicios de que muchos de esos retornados regresaron nuevamente a la Argentina. Razones económicas y también socioculturales explicarían este regreso.

Se estima que cerca del 40% de los inmigrantes bolivianos residen en el Área Metropolitana de Buenos Aires y la región platense. Puede apreciarse, por otro lado, cómo estos cambios en las tendencias generales de la inmigración boliviana a la Argentina impactan en la región del Río de la Plata, y en nuestra ciudad y su zona de influencia en particular, dando por resultado una composición social peculiarmente compleja. De acuerdo con los desplazamientos poblacionales generales descriptos, los inmigrantes llegados en los '60 y '70 se dirigieron principalmente al cinturón rural periurbano (Romero, Lisandro Olmos, Arana, Alejandro Korn, Colonia Urquiza, Etcheverry, etc.). Aquí la inserción laboral de hombres y mujeres tiene lugar en la producción agraria horti-florícola. Durante los '80 se consolidan asentamientos en áreas plenamente urbanas, como uno en Tolosa conocido como el “barrio boliviano” (a unas treinta cuadras del centro de La Plata). En la ciudad, los hombres se dedican prioritariamente a la construcción y al comercio, y las mujeres

¹Existe escasa información estadística específica para la década del '90, pero los datos existentes van en la misma dirección. Por otra parte, si bien comienzan a conocerse los datos del último censo nacional (realizado en 2001), los mismos deben tomarse con cuidado dados los problemas de documentación de muchos inmigrantes, y el posible subregistro consecuente, así como los problemas que la realización de este censo en general habría pre-

al comercio. Hay también un porcentaje que se inserta en la industria (de forma prioritaria en aquellas de uso intensivo de mano de obra: centralmente pequeños talleres textiles), y en el área de servicios gastronómicos. En todos estos casos sus inserciones de trabajo son fundamentalmente de baja calificación². Es claro que la inmigración boliviana, tanto al área plenamente urbana como a la rural periurbana, constituye un fenómeno estructurado, con una dinámica propia, que se ve reforzado por el subempleo en las áreas de economía campesina en Bolivia y la demanda de algunos sectores de la economía local, como los mencionados de la construcción y de la producción horti-florícola (Archenti, 1997; Archenti y Tomás, 2000).

En este contexto es indispensable señalar la importancia de la Universidad Nacional de La Plata como factor que históricamente atrajo a estudiantes de varios países de América Latina (entre ellos, bolivianos), así como su relevancia como ámbito de emergencia de focos de organización de distintas colectividades. Esta presencia de la Universidad genera algunos de los rasgos peculiares de la inmigración a esta ciudad. La composición interna de la inmigración boliviana en La Plata presenta una heterogeneidad singular, en la medida en que el funcionamiento de este factor de atracción intensifica entre los inmigrantes las diferencias al momento de llegar, es decir, las diferencias que se arrastran desde el lugar de origen, sustentadas en distinciones de clase, étnicas, regionales, etc.³

El Centro de Estudiantes y Residentes Bolivianos (CERB) en La Plata presenta una historia algo imprecisa. El registro formal de su existencia nos conduce a 1983, año en que es reconocido por el estado municipal. El registro informal dado por los recuerdos de los miembros va más atrás en el tiempo, señalando con vaguedad que para entonces el Centro se reunía desde hacía bastante tiempo. Los relatos remiten a los primeros años de la década del '70, e incluso indican antecedentes organizacionales a principios de la década anterior. El CERB surgió en el centro de la ciudad como una iniciativa de jóvenes universitarios, provenientes de familias bolivianas

²El caso de las explotaciones hortícolas es sumamente peculiar. El trabajo intensivo se relaciona tanto con las formas de reclutamiento de mano de obra y contratación informal de empresarios e intermediarios como con características de la propia organización familiar y de las redes sociales. Implica, por lo demás, a la vez una situación de gran precariedad y una vía de ascenso social (Benencia, 1997; 2003).

³Enfatizo estas "diferencias al momento de llegar" en relación con las diferencias producidas entre los mismos bolivianos luego de la llegada al lugar de destino (Pereyra, 2001: 14).

acomodadas. Incluso actualmente puede comprobarse, entre argentinos que vivieron vinculados al ámbito universitario local durante aquellos años, una imagen de los inmigrantes bolivianos como jóvenes acaudalados que gozaban de una situación que se volvía deseable aun para los propios platenses. A favor de esta situación, a comienzos de los '70 el cambio monetario beneficiaba a la moneda boliviana en relación con la argentina.

Esta situación cambió en muchos aspectos. No solamente porque a principios de la década del '90 las condiciones financieras dejaron de significar una ventaja comparativa para los estudiantes bolivianos. Además, como se señaló, en ese momento y desde la década anterior estos mismos cambios y otros complementarios originaron el aumento de la llegada de bolivianos trabajadores de baja calificación. Ambos fenómenos modificaron la composición porcentual de los distintos sectores de “la colectividad”, y las relaciones entre ellos, y esto, a su vez, trajo aparejadas consecuencias para el funcionamiento del CERB. El perfil socioeconómico de los miembros de la institución no se modificó en este tiempo del mismo modo en que esto se comprueba para el conjunto de “la colectividad”. Si bien no ocupan el lugar social privilegiado que ocuparan los fundadores, los integrantes de la institución son estudiantes, o ex estudiantes, profesionales o técnicos, empleados de comercio o servicios, trabajadores por cuenta propia en la ciudad. Pero ahora se ven ante “una colectividad” no sólo ampliada sino también diversificada (en términos socioeconómicos, étnicos, etc.). En su historia reciente el Centro consiguió avances en el proceso de consolidación institucional (como la obtención de la Personería Jurídica en 1998, o su designación como Entidad de Bien Público, durante 2002). Pero al mismo tiempo sufre algunos trastornos vinculados a la participación activa de sus miembros y, sobre todo, a su representatividad respecto del conjunto de los bolivianos en La Plata.

Respecto de las actividades que realiza el Centro, puede efectuarse una caracterización y una primera clasificación de las mismas de acuerdo con el tipo de objetivos específicos perseguidos. En los términos de los miembros de la institución, dichas actividades pueden pertenecer a uno de dos grandes conjuntos: el de “lo social” y el de “lo cultural”. Si se tienen en cuenta, además, los actores sociales involucrados en cada una, estas tareas pueden clasificarse del siguiente modo:

- Actividades culturales (participación en ExpoFerias, festejos

por el Día del Inmigrante, etc.) que tienen como objetivo “hacer presente” a Bolivia (su música, sus danzas, etc.) en la sociedad local, “mostrar Bolivia” en la ciudad y la región. En ellas el Centro se coloca como una suerte de difusor de Bolivia y la “cultura boliviana” en La Plata.

- Actividades culturales (Peña del 6 de agosto, día de la Independencia de Bolivia, por ejemplo) que tienen como objetivo el acercamiento entre el Centro y sectores de “la colectividad” para, a partir de ello, promover la “integración” de estos últimos a la sociedad mayor, así como el “mantenimiento de tradiciones y costumbres”, y su divulgación entre los más jóvenes.

- Actividades sociales (acompañamiento y asesoramiento en casos de hospitalización, etc.) que persiguen facilitar la resolución de problemas puntuales y cuyo beneficiario es un miembro individual de “la colectividad” (y, eventualmente, su familia). Entre estas actividades hay que mencionar algunas como el asesoramiento legal y técnico en cuestiones administrativas, documentación personal, etc. que, no obstante beneficiar directamente a individuos, afectan potencialmente a un vasto sector de la colectividad.

- Actividades sociales (recolección y distribución de alimentos en barrios pobres, por ejemplo) que el Centro ha realizado como parte de la Federación de Instituciones de Colectividades Extranjeras (FICE) y cuyos beneficiarios exceden los límites de “la colectividad” propia (y de las restantes que conforman esa Federación).

Entre estos cuatro tipos de actividades son los dos primeros, es decir, los que reúnen actividades “culturales”, los que concentran la mayor dedicación del Centro. Algunas de estas actividades suelen tener fechas fijas, lo cual parece favorecer su realización. Otras, aun cuando no respondan a un cronograma previamente fijado, ocupan también los primeros lugares de la agenda del Centro. Las actividades “sociales” responden usualmente a una demanda externa puntual (como en el ejemplo mencionado de una hospitalización), o a una oportunidad circunstancial que se decide aprovechar (por ejemplo, el ofrecimiento de un abogado boliviano para brindar asesoramiento jurídico). A lo largo de la observación participante en las reuniones semanales de la Comisión Directiva pudo comprobarse la preeminencia del primer tipo de actividades sobre el segundo, no sólo respecto del tiempo absoluto dedicado, sino también respecto de las discusiones generadas y de las tareas concretas requeridas a los propios miembros por fuera del espacio de encuentro de

la Comisión Directiva⁴. Como veremos más adelante, la preponderancia de una de estas dos áreas de actividades por sobre la otra se vincula al problema de la representatividad y del lugar social ocupado por el CERB.

El Centro de Estudiantes y Residentes Bolivianos como “interconexión o nexo”

De acuerdo con todos los entrevistados bolivianos, el lugar del Centro debiera ser el de “nexo o interconexión” entre los organismos oficiales locales y, eventualmente, las representaciones diplomáticas bolivianas en la Argentina, por un lado, y los grupos de la colectividad, por el otro⁵. La idea del Centro como nexo o interconexión aparece en militantes activos, integrantes de la actual Comisión Directiva, en ex miembros del Centro, y también en bolivianos que no pertenecen a la institución y que tienen una opinión negativa sobre su funcionamiento.

Los organismos locales con los que el CERB tiene relación permanente son dos: la Dirección de Entidades, Colectividades y Cooperativas de la Municipalidad de La Plata, y la Federación de Instituciones de Colectividades Extranjeras (FICE).

De cara a “la colectividad”, la situación se vuelve más compleja. Hasta hace pocos años el Centro se mostraba como *el* representante de “la colectividad boliviana”. Más allá del alcance real de esta pretensión, ninguna otra institución o grupo disputaba ese espacio públicamente. Sin embargo, las señaladas modificaciones en los flujos migratorios, y los cambios propios en el asentamiento de los inmigrantes, impiden pensar actualmente -si es que alguna vez fue posible hacerlo- en una colectividad homogénea a la que el Centro represente. De hecho, el crecimiento de la inmigración y sus transformaciones cualitativas generaron el surgimiento de varias organi-

⁴ Por otra parte, las respuestas a la pregunta amplia acerca de los objetivos y actividades del CERB se orientaron generalmente a las intervenciones en “lo cultural”. La inclusión de las actividades de tipo “social” en las entrevistas fue muchas veces producto de una interrogación directa al respecto. Asimismo, una dirigente sostuvo que “(s)upuestamente el objetivo fundacional, que está por Estatuto es sociocultural, es un objetivo sociocultural. O sea dedicarse a la parte de la cultura y a la parte social, que es a lo que (el CERB) no se dedica. (En cambio) a nivel cultural yo creo que cumple ampliamente todos sus objetivos...” (Rossi).

⁵ Menciono las representaciones diplomáticas junto a las instituciones locales porque es aquí donde aparecen, cuando lo hacen, en el discurso de los inmigrantes. No me detendré en ellas porque el CERB no tiene relaciones fluidas o firmes, más allá de algún contacto

zaciones de bolivianos en la región⁶. Estas organizaciones se originan en fechas y procesos de gestación diferentes, revisten formas asociativas diversas y persiguen objetivos singulares, no obstante puedan coincidir en algunos. Explorar este espacio conllevaría atender la heterogeneidad social interna de la migración boliviana, y reparar en “las colectividades” dentro de “la colectividad”. Aquí sólo puedo señalar el creciente peso de un fuerte regionalismo que *reproduce* un modelo regional anterior, a la vez que lo *re-crea* en las nuevas condiciones⁷.

El nexo o la interconexión pareciera tener que asumir esta forma doble (o múltiple): con la sociedad receptora, en la figura de “La Dirección” y la FICE, y con “la colectividad boliviana”, generalmente en la figura de las mencionadas organizaciones.

Es significativo que esta función del Centro es mencionada siempre como una meta o un fin anhelado que no ha logrado aún convertirse en realidad. El Centro “debería” o “podría” funcionar como nexo o interconexión, pero distintas razones lo impiden o retardan. Más precisamente, la “conexión” falla o se ve dificultada del lado de las instituciones bolivianas⁸. Esto puede comprobarse por varias vías:

a) En primer lugar, el carácter malogrado de la conexión es señalado explícitamente desde afuera y desde adentro del CERB:

⁶ Algunas entidades y asociaciones fueron formadas durante los últimos años. Otras, en cambio, tienen un nacimiento anterior, que puede remontarse a unos veinte años atrás. Pero suelen presentar, a su vez, una revitalización en los últimos tres o cuatro años, en relación con una etapa de decaimiento hacia fines de los '90. Un tercer fenómeno contemporáneo y correlativo es el interés que el CERB manifiesta respecto de ellas. Ante las transformaciones en la composición de los flujos migratorios, y el consecuente achicamiento de la base social que daba sustento al Centro, la institución volvió la mirada hacia sectores de la colectividad con los cuales hasta entonces había guardado una mayor distancia.

⁷ Esta diversidad regional aparece organizada territorialmente. Para los bolivianos en La Plata y alrededores es claro que a la regionalización en Bolivia corresponde una división de barrios o zonas en el lugar de destino. En el cinturón rural periurbano (Romero, Lisandro Olmos, Arana, Alejandro Korn, Colonia Urquiza, Etcheverry, etc.) se instalan de manera mayoritaria los tarijeños y los potosinos. En Tolosa, en un espacio urbano unido al casco de la ciudad de la Plata se ubican prioritariamente los cochabambinos. Al otro lado de la ciudad, hacia el este, se ha formado en los últimos años un pequeño asentamiento que reúne inmigrantes provenientes de Sucre.

⁸ Aun más: el florecimiento mismo de otras instituciones de “la colectividad” puede ser visto como un problema (por los miembros del CERB) o como un logro (por quienes están fuera de él), pero en cualquiera de los casos es visto como resultado de las dificultades o de la incapacidad del CERB para vincularse a los distintos sectores de bolivianos en La Plata.

“Una cosa que sería buena sería que los mismos barrios se vayan organizando, y el Centro podría cumplir una función de nexo (...) (T)iene que aparecer una figura verdadera que empiece a enlazar, coordinar, y esa debería ser la función del Centro. Está en ese camino... Lo que pasa es que hay que mejorar la organización. Y mejorar la organización a lo mejor implica que el grupo de trabajo medite más lo que quiere hacer” (Felipa, ex integrante del CERB).

“...que el Centro puede funcionar como nexo, conectarse con cada Centro, con cada lugar, con cada Comisión Directiva (...) Es la única manera de hacer cosas, digamos, si es que tienen ganas de hacerlo. Pero si no, bueno, estás ahí, figurás, pero no existís, a los fines a lo que realmente se ha creado eso, ¿no?” (Bernardo, no integrante del CERB).

“(Al Centro se le hace imposible) el papel de nexo porque no tenés gente, porque no hay convocatoria, y si la gente no se siente cómoda y no viene... entonces se van amontonando en otro lado, y acá no...” (Ramiro y Rossi, miembros actuales de la Comisión Directiva).

b) En segundo lugar, muchas de las actividades concretas de acercamiento con los distintos sectores de “la colectividad” y sus instituciones, han estado signadas por dificultades y obstáculos. Visitas de trascendencia política para el CERB largamente planificadas y nunca realizadas a instituciones del cordón rural periurbano, escasa respuesta a convocatorias a reuniones abiertas del Centro, etc.

c) Por último, en íntima relación con la concentración del CERB en las actividades de tipo “cultural”, no forman parte de su agenda varias problemáticas que afectan directamente a distintos sectores de “la colectividad”. Esto es puesto de manifiesto por otros inmigrantes bolivianos en la ciudad y reconocido incluso por algunos de los mismos integrantes del Centro. Se hace referencia, por ejemplo, a la explotación a que son sometidos muchos *paisanos* en el trabajo en las quintas del cordón rural, así como a las condiciones de hacinamiento y precariedad en que se ven obligados a vivir, los cuales no son problemas a los que el CERB se aboque⁹. Un segundo ejemplo lo constituye la participación de algunos integrantes del Centro en el intento de un grupo de pobladores de un asentamiento en Tolosa de lograr la

⁹ Por lo demás, las organizaciones formadas en la misma zona quizá estén aún más lejos de hacerlo. En parte por su propio perfil deportivo-cultural y comercial. Pero, fundamentalmente, porque los “dueños” de estas instituciones (algunas son de carácter privado) son propietarios o medieros en buena posición económica que suelen ser justamente los empleadores que se aprovechan de dichas condiciones laborales.

legalización de su tenencia de los terrenos. La participación de los miembros del CERB fue muy breve y terminó al poco tiempo, no obstante los pobladores del barrio siguieran adelante con el proyecto.

Las razones para explicar las dificultades en el éxito de esta “interconexión” y estas relaciones son múltiples, y muchas de ellas vienen dadas por particularidades de “la colectividad” misma y del propio Centro: características socioculturales y económicas, lógicas y dinámicas organizacionales, etc. Pero si es cierto que la interconexión falla en uno de sus lados (“la colectividad”), no lo es menos que en el otro (la “sociedad receptora”) las cosas parecen darse exitosamente. Y es precisamente allí dónde podremos encontrar nuevas razones para explicar aquellas dificultades con “la colectividad”: en la forma singular que toman las relaciones con las instituciones locales.

Las instituciones locales no bolivianas: posibilidades y limitaciones

La Dirección de Entidades, Colectividades y Cooperativas de la Municipalidad de La Plata es tan antigua como la ciudad misma, fundada a fines del siglo XIX. Reúne una gran variedad de asociaciones incluidas en la algo vaga amplitud de las categorías contenidas en su nombre: “entidades”, “colectividades”, “cooperativas”. Los cambios históricos han vuelto cada vez más amplio el ya ancho espectro de instituciones que se propuso reunir desde su creación. Si en aquel momento, estos tipos de organizaciones no gubernamentales podían constituir un conjunto relativamente homogéneo¹⁰, el crecimiento de la ciudad y la especificación de los perfiles de esas organizaciones hacen que actualmente la Dirección comprenda no sólo una importante cantidad sino también una gran diversidad de entidades.

El objetivo principal de la Dirección, de acuerdo con su Director, es “auspiciar, alentar, propiciar actividades propias de las instituciones en general de Bien Público, entre las cuales se incluye a las Colectividades (...) Aunamos a un gran número de Colectividades de la región en acciones conjuntas propias y afines a su objeto social”¹¹ (Majluf).

¹⁰Como en otros lugares del país, a veces estas organizaciones superponían y combinaban las referencias étnico nacionales a las laborales, por rama o tipo de actividad, si bien también hubo muchas veces tensiones entre las entidades de base étnica y las asociaciones por oficio u ocupacionales (Devoto, 2003: 312).

¹¹Los objetivos se explicitan en la Ordenanza 4715, de 1980 (actualmente en revisión). Asimismo, un Decreto Municipal del año 2002 ratifica sus objetivos, misiones y funciones. La Dirección incluye a entidades de Colectividades de La Plata y también de la región (mayoritariamente Berisso y Ensenada).

En cuanto a las Colectividades, la Dirección abarca entidades que difieren según el criterio de agrupamiento, el año de formación, el momento de afiliación a la Dirección y las actividades que realizan¹². Si bien nominalmente son más de 80 entidades, en los Plenarios de Colectividades que se realizan desde mayo de 2000 han participado entre 25 y 30 instituciones¹³.

Las actividades que lleva a cabo la Dirección se orientan predominantemente hacia “lo cultural”: organización de actos en festejos y conmemoraciones locales; homenajes (en los Plenarios) a las Asociaciones en sus aniversarios; difusión de actividades “culturales y artísticas” de cada institución; publicación de sus efemérides. La Dirección destaca, por ejemplo, el establecimiento durante el año

¹² Para dar una idea de la diversidad, menciono aquellas que tuvieron participación en alguno de los Plenarios, desde el 1º, en mayo de 2000, hasta el 12º, en agosto de 2001: Casa de los Países Catalanes, Casa de Los Vascos Euzco Etxea, Soc. Familia Friulana, AMIA, Centro Lucano de L.P., Bssso., Eda., FAILAP, Casa de Portugal Virgen de Fátima, Círculo Siciliano L.P., Club Lazio de Bssso., Asoc. Reduci del Ejército Italiano, Círculo Ligure de L.P., Helvecia Soc. de Soc. Mut. L.P., Club Soc.Cult. y Dep. Vostok, Círculo Campano de L.P., Centro Gallego de L.P., Soc. Lituana Cat. Cult de Soc. Mut. Mindaugas, Círculo Italiano de L.P., Centro de Est. y Res. Bolivianos, Asoc. Arg. Peruana Yunta, Asoc. Coord. de Colect., Círculo de Residentes Peruanos, Centro Aragonés de L.P., Centro Asturiano de L.P., Círculo Cultural Andaluz, Asoc. La Colect. Helénica y Platón de Soc. Mut., ABA., Círculo Recreativo Trevisano, Unión Polaca en Bssso., Colect. Irlandesa San Patricio de L.P.Bssso.Eda., Círculo Lombardo de L.P., Asoc. Abruzzese de Eda., Soc. Libanesa de L.P., Centro Lit. Israelita y Bib Max Nordau, Colect. Cubana Caribeña, Instituto Cult. Arg. Heleno, FICE, Hogar Arg. Árabe de Bssso., Asoc. Italiana de Soc. Mut. Unión y Fraternidad, Centro Paraguayo L.P., Centro Paraguayo Platense, Círculo Sardo A. Segni de L.P., AMIA, Soc. Italiana de Soc. Mut. y Benef. Hosp. Italiano Humberto I, Soc.Cult. Lituana de Soc. Mut. Nemunas, Inst. de Cult. Itálica Esc. Italiana, Centro de Res. Uruguayos J.G.Artigas, Círculo Calabrés, Centro Castellanoleonés de L.P., Círculo Giuliano de L.P., Soc. Mut. y de Inst. Op. Italianos, Centro Cult. Dep. Paraguay Arg., Centro Cult. y de Fto. Bivongesi, Asoc. Nipona, Centro Extremeño de L. P., CICHA, Asoc. Italiana de Soc. Mut. Unión y Fraternidad, Asoc. Sefaradi, Centro Correntinos, Asoc. Ucraniana Renacimiento, Centro Escandinavo COPARA, Centro Cult. Paraguayo Ña Ne Retá, Asoc. Cult. de Folk. Perú Tusuy, ICAI Alianza Francesa L:P., Soc. Armenia de Bssso., Soc. Cult. Búlgara I. Vazov, Asoc. Española de Soc. Mut. Hosp. Español, Soc. Arg. Irlandesa L.P., Círculo Trentino, Centro Cult. Dep. Lima, Tradicionalista, Instituto Platense de Cult. Hispánica y Bib. Pop., Círculo Toscano de L.P., Centro Cult. Dep. Chíncha, Asoc. Cult. de Folk., Pilmaiquén (Dirección de Entidades, Colectividades y Cooperativas, Boletín Informativo, N° 6, 2001, p. 14).

¹³ Hay que señalar que, en esta diversidad, las Entidades de Colectividades latinoamericanas, no obstante conformar el 30% de los asistentes a los últimos dos plenarios, parecen ocupar un lugar secundario. Durante una entrevista, el funcionario olvidó mencionarlas en todo momento, hasta ser consultado explícitamente al respecto. Incluso, refiriéndose a las transformaciones sociales de las últimas décadas, señaló que “(e)l cambio es porque ahora no hay corrientes inmigratorias, hay corrientes emigratorias”, aludiendo a los jóvenes que dejaron la Argentina en los últimos años. Ante la consulta, como podía esperarse, indicó que “los inmigrantes latinoamericanos tienen una riqueza tan importante como las (colectivida-

2002 de “un calendario anual, repetitivo, de actividades culturales a cargo de las entidades (y) un Convenio que está vigente con la Subsecretaría de Cultura de la Provincia (de Buenos Aires)” para la realización de esas actividades, que pueden ser “turísticas, pueden tener relación con efemérides patrias, pueden tener relación con las fechas de celebración de los Aniversarios de los Municipios, etc.” Se menciona también la “consolidación del Jardín de La Paz como sede de las Colectividades, y la valorización de ese espacio (...) la colocación de las mayólicas con la flor nacional de cada país, etc.”, así como la realización de la Feria Anual de Colectividades (o ExpoFeria que, en rigor, es organizada por la FICE, con auspicio de la Municipalidad) (Majluf).

En otro orden, a fines de 2000 comenzó a funcionar como parte de la Dirección una “oficina de información y orientación” que se propuso “brindar información sobre trámites de radicación, obtención de certificados originales para hijos de extranjeros, certificados de nacimiento, de antecedentes, renovación de radicación, entrada al país, localización de oficinas relacionadas con gestiones” y sobre “los pasos a seguir” en las mismas¹⁴. La Oficina se mantuvo abierta durante poco más de un año. De acuerdo con la propia Dirección, y con los inmigrantes, la iniciativa no tuvo éxito. Diversas razones pueden haber contribuido en ese sentido: desde jurisdiccionales y de posibilidad real de intervención de la Oficina hasta logísticas (los interesados debían dirigirse al Palacio Municipal, donde la Dirección tiene su sede, en el centro de la ciudad).

La Federación de Instituciones de Colectividades Extranjeras (FICE) se formó en el año 1994, como desprendimiento de la Dirección de Entidades, Colectividades y Cooperativas de la Municipalidad, y a sugerencia del entonces Director, ante la posibilidad de que un cambio de gobierno local (había elecciones en poco tiempo) produjera modificaciones en la conducción de la Dirección. En la actualidad, la FICE es una entidad autónoma, pero desarrolla algunas actividades de manera conjunta con la Dirección de Entidades, Colectividades y Cooperativas, lo mismo que con la Dirección de Cultura de la Municipalidad.

Según su Secretario, el principal objetivo de la FICE “es unir a todas las colectividades en un ámbito en donde todos podemos ex-

¹⁴ Dirección de Entidades, Colectividades y Cooperativas, Boletín Informativo, N° 3, octubre de 2000, pág. 13.

presarnos libremente para que salgan ideas concretas culturales (...). Lo primordial es juntarse y tratar de sacar algo en concreto para el apoyo de las colectividades” (Jaschek). Agrupa unas veinte instituciones de colectividades y, como la Dirección de la Municipalidad, abarca no solamente colectividades de La Plata sino también de Berisso y de Ensenada¹⁵.

Aquí también los objetivos y actividades son principalmente “culturales”. El primer lugar en importancia lo ocupa la ExpoFeria de Colectividades, la cual se efectúa anualmente en el mes de octubre o noviembre: “en cada *stand*, cada colectividad puede exponer lo que quiere: artesanías, platos típicos; puede poner un televisor con un video y mostrar algo cultural del país”. En la Federación aclaran que las tareas no se agotan en la ExpoFeria: “se han hecho exposiciones de trajes típicos de diferentes colectividades; se han hecho muestras de películas de diferentes países mostrando su cultura (...) se hacían en otra época las Ferias de Platos Típicos, (y se participa) de la Semana del Tilo, del 12 al 19 de noviembre, cuando es el aniversario de la ciudad de la Plata (...) A su vez apoyamos a las instituciones que hacen algún acto cultural” (Jaschek).

No obstante esta preeminencia de “lo cultural”, circunstancialmente se han llevado adelante trabajos con “objetivos sociales”. Concretamente, entre fines de 1999 y comienzos de 2000, cuando los dirigentes de las entidades participantes ven que “empieza a haber una debacle en el país (y) que realmente había una necesidad muy grande en algunos sectores”, la FICE decide encarar tareas de beneficencia. Se realizaron, entonces, con relativa periodicidad, eventos artísticos y espectáculos con el propósito de recaudar alimentos que luego se entregaron a escuelas carenciadas de la región, comedores populares, etc.

¿Qué implicaciones tiene la relación del CERB con estas instituciones?, ¿cuáles son las consecuencias que trae para su funcionamiento? Un primer efecto sobre el Centro se pone de manifiesto como disputa acerca de con cuál de estas dos entidades mantener un

¹⁵Forman parte de la FICE “la Colectividad Armenia; la Brasileira; la Ucraniana; la Portuguesa; la Española, representada por dos regiones: Aragonesa y Valenciana; la Boliviana; la Uruguaya; la Judía o Israelita, Paraguay, Perú, la Colectividad Francesa; Italia, también por región, actualmente representada por el Círculo Sardo; el Club Alemán, la Colectividad Irlandesa; la Colectividad Suiza; la Colectividad Árabe; la Colectividad Griega; la Colectividad Búlgara; la Libanesa; la Colectividad Lituana, Polaca, Caboverdeana; y también están los Centros Tradicionalistas, a pesar de que no son una Colectividad, lo tomamos como país anfitrión para que participe” (Jaschek).

vínculo más estrecho, o cuál priorizar, por ejemplo, cuando las convocatorias de una y otra entidad se superponen. Esta disputa se hace patente en el enfrentamiento entre dos dirigentes del CERB. Sin embargo, pese a que este enfrentamiento se manifiesta frecuentemente, no parece impedir la participación en uno u otro frente. Antes bien, podría interpretarse que esta alternativa significa mantener abierta la posibilidad de estar presentes en distintos ámbitos. En este sentido concluye uno de estos dos dirigentes:

“muchas veces (...) verbalmente nos agarramos, en cuanto a que él tiene unas ideas personales porque él es delegado ante la Municipalidad, y yo soy delegado ante la FICE (...) Entonces yo me pongo firme, y él también se pone firme y discutimos. Y después decimos 'bueno, esté donde esté, Bolivia va a estar presente. O sea, por más que venga la invitación de Montoto, o Juancito, o quien sea, si hay que representar a Bolivia, vamos a estar'” (Álvaro).

Por otra parte, la relación con estas entidades no solamente permite estar allí dónde convoque cada una de ellas. Los dirigentes ven a la vez en cada una un espacio para coordinar actividades con otras instituciones y, al mismo tiempo, otorgarles legitimidad pública a esas actividades (para esto último, particularmente la Dirección Municipal). En este sentido, el reconocimiento de la Municipalidad parece autorizar y legitimar el lugar del Centro, al suscribir sus proyectos.

“Generalmente las que producen eventos, las que crean, son las instituciones, las entidades. Porque el Municipio, si bien tiene infraestructura, no cuenta con fondos, o no cuenta con una infraestructura sólida, o está solamente de nombre. Entonces nosotros aprovechamos nuestra experiencia, nos unimos... el Municipio nos sirve de lugar de unión, y entonces aprovechamos esa cosa...” (René).

No obstante, como anverso y reverso de una hoja, la participación en espacios legitimados podría implicar potencialidades pero a la vez restricciones. Las posibilidades organizativas y de gestión abiertas podrían conllevar límites en materia de áreas de interés y de problemas a ser abordados. Entre las limitaciones que estos lazos pueden originar, quisiera señalar dos que considero centrales:

En primer lugar, como pudo verse, se trata de dos ámbitos que aglomeran en su interior conjuntos heterogéneos que aparecen uniformados bajo el título de “colectividades” o “colectividades extranjeras” (lo cual se acrecienta en el caso de la Municipalidad, que in-

cluye junto a las “colectividades”, otras “entidades” y “cooperativas”). Estamos ante un problema complejo que no puede ser resuelto fácilmente. Si bien esta es una homogeneización arbitraria no se ve qué tipo de agregación sería más apropiada o válida. Tal como el criterio nacional/extranjero, cualquier otro criterio asimilaría posibles diferencias (y desigualdades), y diferenciaría posibles semejanzas.

Pero lo cierto es que hay una heterogeneidad innegable entre esas “colectividades extranjeras”. En términos generales, los inmigrantes llegados en las últimas décadas desde países limítrofes y vecinos se encuentran en condiciones muy diferentes de las de aquellos provenientes principalmente de Europa y arribados entre fines del siglo XIX y principios del XX. Entre un grupo de colectividades y el otro las condiciones materiales difieren, lo mismo que el goce de derechos civiles, políticos y sociales (en la medida en que, por ejemplo, los problemas de documentación son frecuentes entre unos y no entre otros). También los lugares que cada uno ocupa en los discursos hegemónicos son divergentes, y muchas veces opuestos. El crecimiento de la visibilidad social de los “inmigrantes latinoamericanos” durante los '90 estuvo ligado a la emergencia de discursos y prácticas discriminatorios y estigmatizantes. Estos discursos han sido sostenidos en ocasiones desde ámbitos gubernamentales y organizaciones sindicales y, más o menos cotidianamente, desde los medios de comunicación masiva. Las imágenes de estos inmigrantes construidas y promovidas en tales discursos suelen contraponerse a las imágenes positivamente mitificadas de los inmigrantes europeos de los siglos pasados (Caggiano, 2003).

La equivalencia y uniformización de “las colectividades extranjeras” puede generar, en consecuencia, la deshistorización de procesos migratorios peculiares. Y esta deshistorización puede llevar a perder de vista las especificidades de las reivindicaciones y demandas o, al menos, configurar un marco inapropiado para las mismas.

La segunda limitación, asociada a la anterior, resulta del énfasis casi exclusivo puesto sobre “lo cultural”. Pudo verse qué tipo de actividades y tareas comprende el área “cultural”: ExpoFerias, muestras artísticas, ferias de platos típicos y danzas, etc. Pudo verse también que hay excepciones tanto en la Dirección de Entidades, Colectividades y Cooperativas, como en la FICE. Pero estas excepciones no tienen mayor relevancia. El intento de la Dirección de intervenir en problemas de documentación subsistió poco tiempo, durante el

cual no parece haber conseguido logros de peso¹⁶. Las tareas asistenciales llevadas adelante por la FICE, por su parte, no tienen sistematicidad ni forman parte de una planificación a mediano o largo plazo, ni de los objetivos principales de la entidad.

Para el caso de la ciudad de Buenos Aires, Pereyra ha mostrado cómo “(d)esde las políticas gubernamentales, una estrategia para favorecer la integración y disminuir el prejuicio está constituida por la difusión del aporte *cultural* de las distintas colectividades” (Pereyra, 2001: 81). La observación es aplicable a la ciudad de La Plata. Ahora bien, más allá de las intenciones que puedan fundar estas estrategias y de los beneficios que pudieran originar, un privilegio excesivo del campo cultural así entendido podría limitar las posibilidades de una acción sobre “lo político”, “lo social”, “lo económico”. Este énfasis y este predominio colocarían “lo cultural” como la dimensión donde las colectividades y sus instituciones, en tanto que tales, podrían (o deberían) actuar.

Dimensiones de la representación. La orientación hacia la sociedad “receptora”

Luego de presentar la relación del CERB con las instituciones locales no bolivianas puede entenderse mejor la preferencia de aquel por un tipo de actividades (las “culturales”) por sobre las otras (las “sociales”), y puede entenderse mejor también de qué modo el éxito en este lado de la interconexión puede implicar dificultades en el otro. Es posible intentar ahora una caracterización en términos positivos de la estrategia de representación del Centro.

Lo primero que debería decirse acerca de esta representación es que el CERB entiende y acomete la “interconexión o nexo” entre (las instituciones de) la “sociedad receptora” y (las instituciones de) “la colectividad” colocando a la primera como su pivote. En última instancia, el movimiento de interconexión tiene una dirección clara hacia ella:

“(E)s como que el Centro ha hecho mayor articulación con la Municipalidad, o con otras colectividades, que con la misma colectividad (boliviana); eso es así (...) Hay como un problema ahí...” (Felipa).

¹⁶Anteriormente se aludió a problemas jurisdiccionales que podían explicar, en parte, el fracaso de ese intento. Es sugestivo que la Dirección Nacional de Migraciones (que tiene una delegación local en la ciudad), con injerencia directa en los trámites de documentación, no tenga contactos planificados con las instituciones de colectividades, mientras que entidades como la Dirección de Entidades, Colectividades y Cooperativas de la Municipalidad, que sí tiene los contactos regulares, carece de esa capacidad de intervención.

La priorización de las actividades “culturales” por sobre las “sociales” nos da una pista para interpretar esta afirmación, dado que esa priorización se relaciona con el problema de la *representatividad* de la institución. Una dirigente señala claramente la correlación entre el área de intervención privilegiada por el Centro y su falta de representación del conjunto de bolivianos en la ciudad. De acuerdo con ella, el CERB sólo cubre “lo cultural” y no “lo social” “porque no es representante de la colectividad” (Rossi). El supuesto que se encuentra detrás de esta aseveración es que “lo cultural”, a diferencia de “lo social”, sí puede cubrirse sin necesidad de *representar* a los bolivianos que están fuera del Centro. Esto nos conduce a que el privilegio o la preponderancia de una u otra de las áreas significaría la *representación* de sectores sociales diferentes en cada caso. Si las acciones sociales son las apropiadas para *representar* a “la colectividad”, entonces, ¿a quién *representarían* las acciones culturales?

En rigor, no se ponen en funcionamiento únicamente representaciones de distintos sectores sino dos dimensiones distintas de la representación, que denominaré “representación *de*” y “representación *ante*”¹⁷. Con la primera de las nociones se hace referencia a aquello *en lugar de lo cual* la institución se coloca, aquello o aquellos a quienes “encarna” y por los cuales ella ocupa un cierto lugar y toma la palabra. Con “representación *ante*” hago alusión a aquello *hacia lo cual* la institución enfoca sus intervenciones, aquello o aquellos a quienes apunta y dirige sus acciones¹⁸. Los actores y las áreas que una institución involucre en cada uno de estos modos de representación, y la forma en que lo haga, serán sustanciales para definir su perfil.

El CERB se concentra en las actividades culturales que, como vimos, pueden ser de dos grandes tipos: a) las que tienen como objetivo “hacer presente” a Bolivia en la sociedad local, “mostrar Bolivia” en la ciudad y la región; y b) las que tienen como objetivo el acercamiento entre el Centro y otros sectores de la colectividad para, a partir de ello, promover la “integración” de estos últimos a la sociedad mayor, así como el “mantenimiento de tradiciones y cos-

¹⁷ La *representatividad* de una institución, y la legitimidad correspondiente, no se deducirían, entonces, del simple cálculo de las personas que están “detrás” de ella, lo cual puede ayudar a comprender el sostenimiento en el tiempo de muchas de estas entidades.

¹⁸ En cuanto a las categorías “representación *de*” y “representación *ante*”, sería fructífero considerarlas a la luz de las dimensiones *transitiva* y *reflexiva* que toda *representación* supone, según ha enseñado la Historia del arte (Para una historización de estas dimensiones, y del tratamiento que han recibido en el

tumbres”, y su divulgación entre los más jóvenes.

En cuanto a la “representación *de*”,

1.a) parece claro que en el primer caso el Centro está *en lugar de* Bolivia, i.e., su música y su danza, sus valores culturales, aquello que tiene para mostrar y dar a conocer a una sociedad que no la conoce, la platense. El Centro, como una suerte de difusor local, es representante de Bolivia.

1.b) En el segundo caso la institución continúa siendo centralmente la “representante *de*” Bolivia, esta vez de cara a unos paisanos que se hallan literal (y tal vez metafóricamente) alejados de Bolivia, y a otros más jóvenes que quizá no conozcan las costumbres y la cultura de Bolivia. El Centro aquí busca construir con sus acciones (con la Fiesta por la Independencia, con una peña) un espacio boliviano donde los distintos paisanos se encuentren, y busca constituirse como el articulador que motorice y congregue las entidades de aquellos distintos paisanos.

¿*Ante quién o ante qué* es la representación que pretende el CERB?

2.a) No cabe duda de que en el primer caso se trata de representar Bolivia *ante* la sociedad local y sus instituciones. Se apunta a la sociedad local como público, y se espera de esas instituciones las invitaciones, la consideración y el respeto.

2.b) El segundo caso es más intrincado. Por un lado, el Centro es representante *ante* “la colectividad”, puesto que son los paisanos a quienes dirige sus mensajes de recuperación o recreación de “tradiciones y costumbres”. Sin embargo, el objetivo último presentado como “integración” vuelve insuficiente esta respuesta. Como sostuvo un dirigente (hoy ex dirigente):

“Nuestro principal objetivo es tratar de que esa gente (los paisanos que 'se aíslan') se integre a nosotros, y nosotros nos integremos a esta sociedad (platense)... Nosotros ya estamos integrados porque estamos acá (en el CERB); se sabe que estamos integrados porque estamos participando en una federación (la FICE).” (Johnny)

En consecuencia, en última instancia las acciones apuntan y se dirigen una vez más hacia la sociedad local (o hacia algunas de sus entidades). La representación *de* Bolivia *ante* “la colectividad” aparece como el primer nivel de un proceso de “integración” en *dos etapas* que culminaría con la “integración” de *todos* a la *sociedad de recepción*.

De manera resumida y un poco esquemática, puede concluirse que el CERB pretende ser, en primera instancia, el representante *de*

Bolivia y *de lo boliviano ante* “la colectividad”, y *ante* las diversas organizaciones bolivianas. Paso necesario para pretender, luego, ser el representante *de* Bolivia y *de* “la colectividad” *ante* los plateneses, y *ante* organizaciones locales como la Dirección de Entidades de la Municipalidad y la FICE.

Por último, es preciso subrayar que el trabajo y la negociación que se intenta desde el CERB significa fundamentalmente vérselas con la complejidad de “una colectividad” diversa. Ante esa complejidad, y por sobre ella, los dirigentes del Centro colocan la adscripción *nacional*. No se ignoran las singularidades que distinguen entre sí a los inmigrantes provenientes de Bolivia (entre otras cosas porque los *otros* paisanos están allí para recordarlo). Pero se proyecta por sobre ellas la referencia nacional. El Centro no remite a un punto particular(ista) para su llamamiento identitario. Más allá de los efectos que pueda tener en quienes no participan de la institución, para quienes sí lo hacen la categoría “estudiantes” aparece contrapesada por “residentes”, en una interpelación que se busca amplia e inclusiva. Por otra parte, no hay alusiones particulares en clave regional o étnica. Nuevamente más allá de los resultados efectivos que se consigan, las convocatorias y las actividades se proponen la re-uniión de los diversos sectores y grupos en el colectivo nacional que el CERB vendría a representar. Algunos de los clivajes sociales que históricamente han puesto en discusión (y a veces han horadado) la formación nacional en Bolivia tienen una particular existencia aquí; frente a esto, como sugerí en otro lado (Caggiano, 2003), el CERB intenta una mediación que se podría considerar homóloga en varios aspectos a la que intenta el estado en Bolivia¹⁹.

La relación de representación del CERB ha podido ser vista en su *particularidad*. Se ha descrito el perfil general del Centro, sus objetivos y actividades, así como su estrategia de representación, ci-

¹⁹ Los encargados de este trabajo de recreación de lo estatal nacional boliviano en La Plata no serían tales por delegación del poder político de su país de origen, o por procuración de sus organismos oficiales (como se dijo, las relaciones y contactos con las representaciones diplomáticas son casi inexistentes) sino por el lugar social ocupado por estos dirigentes, por su adscripción étnica y su pertenencia de clase. Los dirigentes manifiestan una adscripción étnica que, en términos negativos, puede expresarse en el hecho de “no ser indios” (es decir, en el hecho de que los indios sean otros compatriotas). Esta característica, además, está íntimamente ligada a su procedencia urbana. Proviene asimismo, como se dijo, de sectores medios y medio altos de la sociedad de origen. Estos dos rasgos interdependientes, que se complementan a lo largo de la historia de la estratificación social boliviana, permitirían permear un discurso estatal nacional o, más precisamente, re-generar un discurso nacional como unificador de lo boliviano en el contex-

frada en el privilegio de las actividades de tipo “cultural”, la interpelación identitaria en clave nacional, y la vinculación de ello con la postulación de actores e instituciones “locales” como interlocutores centrales. Quedó claro al mismo tiempo que el papel del CERB en esta relación de representación tiene lugar en el marco que el contexto de recepción coloca, particularmente mediante las instituciones locales analizadas. Llegados a este punto, es necesario precisar cómo determinadas condiciones sociohistóricas contribuyen a hacer posible que esta relación de representación *funcione*, establecer qué significa concretamente que la representación *funciona* (es decir, establecer qué relación de poder legitima) y también, por último, recordar en qué puntos este funcionamiento puede verse amenazado.

Condiciones de posibilidad, efectos “funcionales” y tensiones

La nacionalidad argentina y el “crisol de razas”

Comenzaré con las condiciones que hacen posible esta relación de representación. No es posible atender en este espacio una parte fundamental de la explicación: aquella concerniente a factores propios de la colectividad boliviana. Indudablemente, algunas condiciones específicas para la re-producción de la “diversidad boliviana” en La Plata, y para que un sector de “la colectividad” procure esa suerte de recreación del trabajo estatal nacional frente a otros sectores, debieran buscarse entre estos factores. No solamente en la adscripción étnica y de clase de unos y otros, sino también en las formas que ha tomado en la historia boliviana la relación entre esos sectores y entre esos sectores y el estado²⁰, en la fuerza que las regiones y las *identidades regionales* han tenido y tienen como rasgo de la conformación política y social de Bolivia (Calderón, 1983; Ro-

²⁰ Esto serviría para evaluar la naturaleza de las resistencias que se le oponen al CERB en su intento de articulación hegemónica *nacional*. Por ejemplo, entre las demás instituciones de “la colectividad” no aparecen impugnaciones al CERB en torno a la legitimidad de ser los bolivianos. Se trata de instituciones *regionales* que, por ser precisamente tales, no pretenden representar ellas (en vez de aquella) la *verdadera bolivianidad*. No disputan el proyecto neo-nacional, ni habría en ello, pues, un intento de sustitución. Habría más bien una resistencia que puede verse, en cierta medida, como complementaria. Sin embargo, el hecho de no postularse como “la verdadera bolivianidad” podría interpretarse también como la recusación lisa y llana de lo nacional en tanto que categoría identitaria. Desde esta segunda perspectiva, la disputa de los regionalistas sería capital y básica, puesto que no discutirían por el *contenido particular* de la categoría nacional, sino que discutirían la centralidad misma de esa categoría.

mero Pittari, 1983), en la correspondencia entre la clase social y la dimensión campo/ciudad en la formación social boliviana (Zavaleta Mercado, 1986: 105), en los modos de interrelacionarse las dimensiones regional, étnica y de clase en aquel país (Calderón y Dandler, 1986: 43; Albó, 1986; Giorgis, 1998).

Volvamos ahora sobre el procedimiento de vinculación con las comunidades de “residentes extranjeros” adoptado por el gobierno municipal y por la FICE. El encuadre que estos organismos definen para el intercambio y, consecuentemente, para las propuestas y respuestas que el CERB pueda formular ha mostrado una gran incidencia en su desempeño.

Estas instituciones locales, en tanto instituciones de segundo orden, abren un espacio en el que reconocen entidades nacionales. Tanto en la Dirección Municipal como en la FICE las colectividades son “colectividades extranjeras”, es decir, son calificadas dentro de una lógica nacional. Por otra parte, sostienen acciones de carácter “cultural”. Como se detalló, ambos organismos focalizan sus esfuerzos en actividades que definen como tales (ferias, celebraciones de efemérides, exposiciones, etc.). Resta solamente recordar y poner de relieve el carácter *folklorizante* de estas actividades “culturales”, definidas alrededor de un pintoresquismo exhibitivo.

Este trabajo doble parece responder a un mecanismo de definición reflexiva de la nacionalidad argentina, encuadrado en el marco del “crisol de razas”²¹. De la *nacionalidad* entendida no como *ca-*

²¹Podría pensarse que estas cuestiones constituyen el espacio ideológico donde se constituyen las articulaciones hegemónicas a nivel del *conjunto de la formación estatal-nacional*, y que en este sentido son demasiado generales para explicar la particularidad local o regional de las estrategias de representación del CERB en La Plata. Sucede que se está asumiendo aquí la *particularidad rioplatense* de estas cuestiones nacionales. Es decir que la concepción oficial de la nacionalidad y del “crisol de razas” que analizo es, en principio, central, rioplatense y urbana, y, si bien en tanto que oficial logra un cierto reconocimiento en todo el país, es precisamente como resultado de una *articulación hegemónica*, i.e. de una particularidad que consigue (así sea provisionalmente) “universalizarse”. Indudablemente podría hipotetizarse que este proceso seguiría una lógica propia y una dinámica diferente en otras regiones del país, o entre otros sectores sociales. Más allá de un trabajo futuro específico que proyecta comparar la relación entre instituciones de “la colectividad” e instituciones locales no bolivianas en San Salvador de Jujuy y en La Plata, puede anticiparse que en un contraste ya efectuado pudieron ser identificadas lógicas discriminatorias distintas puestas en juego por las sociedades de “recepción” en cada una de estas ciudades, así como modalidades singulares de comunicación intercultural (Caggiano, 2003, cap. 2). Por otra parte, a partir de este misma investigación, procuré dar cuenta del complejo proceso por el cual elementos ideológicos regionales (rioplatenses) adquirirían validez “nacional” (Caggiano, 2004; puntualmente intenté mostrar entonces que el *européismo* -o la “ideología europeizante”- como concepto crítico propuesto como factor explicativo del racismo en *toda la Argentina* reproduce en gran medida el mismo desplazamiento centralista-expansionista del *européismo* en tanto que proyecto cultural nacional).

tegoría identitaria sino como *campo de interlocución*, es decir, no como modo de identificación vinculada a “los procesos históricos de imaginación de pertenencia comunitaria”, sino como espacio de “diálogo y disputa de actores sociales” y de constitución de dichos actores (Grimson: 2003b: 154)²². No se trata meramente de una suerte de definición diferencial de la nacionalidad argentina frente al inventario de las otras nacionalidades, como si la clasificación del resto de las colectividades conllevara la colectivización imaginaria argentina como efecto rebote. Antes bien, esa definición reflexiva de la nacionalidad tiene lugar aquí en la medida en que la nación argentina se ve confirmada como *espacio de regulación de esas colectividades y de la colectivización misma*.

La interpelación nacional-cultural-folklorizante es, entonces, un requisito para el funcionamiento de lo argentino como un marco regulatorio para la interlocución. La nación argentina aparece por encima o abarcando a estas naciones que la componen o, acaso más, que *la han compuesto*, puesto que la folklorización de estas entidades las convierte en elementos inertes, *arcaicos*, en el sentido de que se las reconoce “como un elemento del pasado para ser observado” (Williams, 1988: 144)²³. (No sorprende en este contexto que dos “Centros Tradicionalistas” -“argentinos”- formen parte de la FICE. Ello confirma el carácter *arcaizante* de la interpelación local oficial, a la vez que lo nacional argentino como un *más allá* de estas particularidades.).

La vinculación de esta definición reflexiva de la nación argentina como campo de interlocución con el mito del “crisol de razas” es clara. La metáfora del crisol habría remitido en su historia a dos nociones diferentes. “La más antigua percibía el proceso como 'argentinización', es decir, como la integración de los inmigrantes en una sociedad o en una matriz cultural originaria que los preexistía. La segunda (...) imaginaba el 'crisol' como una fusión entre los distintos elementos, lo que daba lugar al surgimiento de una cultura nue-

²² Estas dos dimensiones no son excluyentes; son dimensiones diferentes pero interrelacionadas.

²³ El lugar ofrecido en este campo de interlocución a las colectividades de inmigrantes y sus instituciones no es uno ni homogéneo. El crecimiento de asociaciones de inmigrantes (bolivianos, paraguayos, chilenos, etc.), y de federaciones que las agruparon, durante la década del '90 (Pereyra, 2001), nos permite reconocer un “proceso de creciente etnicización de la acción pública y la organización social” (Grimson, 2003a: 144) que forzó reajustes en dicho campo de interlocución. Los criterios intervinientes fueron diversos: desde la puja de las propias organizaciones de inmigrantes por su reconocimiento hasta el aprovechamiento (de funcionarios, par-

va construida con el aporte de los nativos y de los inmigrantes. El pasaje de una a otra noción se habría producido en algún momento hacia mediados del siglo XX” (Devoto, 2003: 320)²⁴.

Es esta segunda idea del crisol la que está detrás del mecanismo de confirmación de la nación argentina como *más allá* de las entidades componentes, y como fruto de su unificación. Y si la evocación de estas naciones en su particularidad pudiera recordar el carácter “inacabado”, nunca plenamente logrado del acrisolamiento, la operación de folklorización viene a conjurar esta posibilidad. Los componentes están allí como elementos inertes, arcaicos para recordar que el proceso ha concluido. (Esto hace aun más patentes los desajustes que puede producir la unificación de las colectividades de la inmigración “clásica” con las de la inmigración contemporánea).

“Lo nacional”, “lo cultural” y las posibilidades incoadas

Como apunté, cualquier relación de representación supone una tensión entre lo que representa y lo que es representado pero, en tanto que articulación hegemónica, supone la suspensión de esa tensión y su aceptación naturalizada. Más allá de esta afirmación general, un análisis crítico empírico debe intentar dar cuenta de los elementos concretos que participan de tal proceso de naturalización y legitimación, y de la forma específica que el proceso adquiere²⁵.

Anteriormente hablé de “limitaciones” al describir algunos de los efectos de la relación del CERB con las instituciones locales: el encuadre “cultural” y la interpelación en clave nacional. Hablar de “limitaciones” supone, en el primer caso, que existen necesidades o intereses entre los inmigrantes bolivianos que no se atienden con las acciones “culturales” y, en el segundo caso, que hay criterios de identificación/diferenciación que quedan opacados por la exclusividad del criterio nacionalidad/extranjería.

Tomemos algunos ejemplos que surgen de las descripciones he-

²⁴ Para ver la índole de “aplanadora cultural” que este mito y el proyecto político que lo origina revisten, cfr. Segato (1997). Para la descripción del debate entre “crisol de razas” y “pluralismo cultural” en la historiografía contemporánea argentina, ver Devoto (1992) y Devoto y Otero (2003).

²⁵ Por lo demás, considero que un trabajo empírico no debiera (al menos, no solamente) tratar de mostrar la operación de poder hegemónico (es decir, mostrar lo que la relación de representación intenta borrar) a partir de parámetros que la propia mirada crítica del investigador coloca como vara de medida, sino a partir de los propios elementos que en el fenómeno analizado muestran la falla de la relación.

chas algunas páginas atrás:

1) La búsqueda de los bolivianos de Tolosa de legalizar la tenencia de los terrenos donde viven. La participación del CERB no dio resultados, y sus dirigentes se apartaron (o fueron apartados) porque (entre otras cosas) el Centro no tiene capacidad de acción ni adiestramiento en estas gestiones, y no los tiene (en parte) porque se vincula con una dependencia estatal que, pese a las buenas intenciones que puedan manifestar sus funcionarios, tampoco tiene esa capacidad (lo mismo sucede para el caso de la FICE). Esto posibilita, en pequeña escala, la reproducción de numerosos mecanismos y canales que eluden las dependencias oficiales, lo cual suele resultar más oneroso, y no necesariamente más efectivo para los interesados. (Tras el alejamiento del CERB, algunos vecinos del asentamiento se contactaron con un *paisano* que trabaja en la Municipalidad, y que quizá “puede asesorar porque desde ahí puede conocer un poco más...”).

2) La ausencia en la agenda del CERB de la explotación laboral en las quintas del cordón rural. Vemos en este caso que la constricción “cultural” contribuye a que instituciones como ésta no formulen reclamos en términos de clase. Estos reclamos, consecuentemente, no tendrán lugar o, en todo caso, tendrán que darse por los carriles previstos (algunos inmigrantes podrán sindicalizarse, otros podrán participar de los movimientos de desocupados, etc.). ¿Cuál sería el problema aquí?, ¿es que existiría una especificidad “boliviana” del reclamo de clase? Por cierto no se puede responder sencillamente que sí. Pero la situación es más compleja de lo que la pregunta muestra, al menos por dos razones: 1) porque la sobreexplotación de estos trabajadores rurales es posible en condiciones jurídicas y socioculturales concretas que sobredeterminan la explotación económica, y estas condiciones están ligadas profundamente al hecho de que se trata de bolivianos y de “indocumentados”; 2) porque esa sobreexplotación favorece la reproducción de otras formas de explotación y desigualdad que afectan también a otros sectores sociales, y porque el modo en que se ha politizado este hecho ha llevado muchas veces a la estigmatización de las propias víctimas de esa sobreexplotación, lo cual termina justificando estas otras formas de explotación y desigualdad (puede recordarse que en los '90 algunas conducciones sindicales señalaban como explicación y causa de los bajos salarios y del incremento del desempleo el “robo de trabajo” que perpetuarían los inmigrantes, y las condiciones en que éstos estarían “dispuestos” a trabajar). Por fin, lo que ambas razo-

nes muestran claramente es que, en efecto, un reclamo específico es necesario ya que los “carriles previstos” pueden no ser los más adecuados en determinadas circunstancias.

Por otra parte, en relación con la exclusividad del criterio nacionalidad/extranjería, es evidente que este contexto dificulta la politización de la identificación regional, en el sentido en que ella puede actuar (como en el lugar de origen) como eje de demandas y reivindicaciones. Procesos similares podrían rastrearse respecto a la identificación étnica y a la formación de instituciones en torno a ella²⁶.

En síntesis, numerosas cuestiones y problemas que son potenciales intereses y objetivos comunes en un proceso identitario aparecen aquí como *posibilidades incoadas*, esto es, como aquellas que han recibido una cierta actualización pero han sido bloqueadas luego como resultado del trabajo de las instituciones representativas. Los efectos “funcionales” que se acaba de reseñar efectúan precisamente ese bloqueo: como anulación efectiva de determinados intereses y objetivos, o como obstrucción y redireccionamiento de los canales y modalidades viables para su tratamiento. En este proceso se legitima, además, el conjunto de actores sociales que tendrán o no el derecho a participar en la definición de aquellos intereses y objetivos, canales y modalidades, es decir, “quiénes podrán decir qué en el proceso de definir cuáles son los problemas comunes y cómo serán abordados” (Jelin, 1996: 116). Lo cual nos devuelve al problema del campo de interlocución, y de los actores sociales reconocidos en ese campo.

Restaría, finalmente, indicar los puntos en que el funcionamiento de la representación se ve amenazado. Pero, en rigor, estos puntos ya han sido presentados. En efecto, son las referidas *posibilidades incoadas* las que constituyen una amenaza al funcionamiento de la representación. La sutura que procura toda estrategia de articulación presenta grietas, y estas grietas pueden dar lugar a su transformación, o a la aparición de articulaciones hegemónicas alternativas. En nuestro caso particular, los elementos “bloqueados” en la relación de representación entre el CERB y “la colectividad” constituyen esas grietas. Son aspectos *puestos de manifiesto por miembros de la misma colectividad*; es decir, son problemas, objetivos, dimensiones identitarias que sectores o grupos de “la co-

²⁶ Una puerta de entrada a este tema podría ser el estudio de las diferencias entre el indigenismo altiplánico (quechua/aymara) en Bolivia y el que puede verse en ciudades del centro de nuestro país.

lectividad” consideran relevantes, pero que ven obturados en su potencialidad. Es en relación con ello que toma forma la alarma de algunos dirigentes del Centro en torno al dilema de la representación. Puesto que si es en las grietas de la sutura donde se abre un espacio para articulaciones alternativas, esos elementos constituyen entonces la base de posibles estrategias de representación diferentes.

Conclusiones

La estrategia de representación del CERB resulta, en parte, de su respuesta positiva y su adecuación a los parámetros puestos por las instituciones locales oficiales. Esta relación de representación tiene como condición de posibilidad un campo de interlocución en el cual las organizaciones de las “colectividades extranjeras” son interpeladas en la clave nacional-cultural-folklorizante ya explicada. El mito del “crisol de razas” actúa como el marco de contención y sustento de esta interpelación. A su vez, las operaciones puestas en marcha en la estrategia de representación ayudan a la consolidación y confirmación de dicho campo de interlocución.

Este campo es acotado, cercado, y restringe los juegos posibles en su interior. Esto es común a cualquier campo de interlocución. Lo singular en este caso es que en los márgenes de su “buen funcionamiento” despuntan voces que indican su estrechez y, de este modo, plantean un desafío. Miembros y sectores de “la misma colectividad” señalan aquello que no alcanza a ser contenido en la *bolivianidad*, y aquello que no es atendido con las acciones *culturales* arraigadas. Ese conjunto de cuestiones y problemas que no entra plenamente en esta articulación hegemónica es el germen de posibles mutaciones y del surgimiento de alternativas.

El dinamismo y la posible transformación que esta última idea subraya tiene las limitaciones propias de un estudio de caso. No obstante, quizá pueda abonar algunas hipótesis generales contemporáneas que indican que nos encontraríamos en un momento de modificación de algunos aspectos claves del espacio nacional en tanto que campo de interlocución. Grimson ha formulado, en este sentido, la idea según la cual la crisis de fines de 2001 habría significado una reversión en el régimen de hipervisibilización de las diferencias propio de los '90 (Grimson, 2003a: 154). Por otro lado, en los últimos meses han sucedido hechos de relevancia cuyo impacto no es posible evaluar aún, entre los que se destaca la sanción de una nueva Ley de Migraciones que sustituyó a la ley N° 22.439, promul-

gada durante la última dictadura militar²⁷. Ciertamente, no es posible determinar ni las derivaciones que puedan tener estos hechos ni el rumbo que pueda seguir aquel proceso. Pero ellos parecen testimoniar una tendencia general hacia la modificación de un campo de interlocución en movimiento que estaría percibiendo y experimentando no sólo las consecuencias de la crisis de 2001, sino también las de las profundas transformaciones de la década anterior.

En cuanto a los aspectos teóricos, solamente quisiera insistir en los señalamientos efectuados al comienzo del trabajo. La hegemonía implica una operación de borramiento de la relación de representación sobre la que se sostiene, de las tensiones que esa representación supone, y del ejercicio de poder mediante el cual esas tensiones se diluyen. El constructivismo ha tenido el mérito de concentrar la energía crítica en el desmontaje de estas operaciones. Ha mostrado justamente lo que de construido (ficticio) y no esencial tienen las identidades y los intereses motorizados en las luchas políticas. Pero vuelto un gesto intelectual hegemónico en las ciencias sociales (y “correcto”, en sus dos sentidos: acertado y cortés), el constructivismo corre el riesgo de perder su mérito y su energía crítica. Para recuperarlos es necesario, como espero haber mostrado, no descuidar dos requerimientos que vienen como presupuesto de la investigación empírica de articulaciones hegemónicas concretas: la especificación de las condiciones sociohistóricas en que esa articulación tiene lugar (y de los agentes involucrados en ella); la determinación, junto a los efectos “funcionales” de legitimación, de aquellas grietas y tensiones que dejan abierta la dinámica histórica de las luchas sociales.

Bibliografía

Albó, Xavier (1986). “Etnicidad y clase en la gran rebelión Aymara-/Quechua: Kataris, Amarus y Bases. 1780-1781”, en F. Calderón y J. Dandler (comps.), *Bolivia: la fuerza histórica del campesinado*, Ginebra: Instituto de Investigaciones de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social (UNRISD) / Centro de Estudios de la Realidad Económica y Social (CERES).

²⁷ A ello se agrega: la información periodística (ver La Nación, Buenos Aires, 04-01-04) acerca de la consideración del Poder Ejecutivo nacional de posibles medidas para regularizar la situación de extranjeros con problemas de documentación procedentes de los países miembros plenos o asociados del Mercosur; y el incipiente debate público sobre (e)migraciones y ciudadanía, a partir de su inclusión en la agenda presidencial durante la última visita del Presidente de la Nación a España (en enero de 2004).

- Archenti, Adriana (1997). "Identidades móviles: migración y trabajo en La Plata, Argentina", en *VIII FIEALC*, Congreso de la Federación Internacional de Estudios sobre América Latina y el Caribe, Universidad Nacional de Talca, Chile: mimeo.
- Archenti, Adriana y Marcela Tomás (2000). "Variaciones identitarias en contextos migrantes de la ciudad de La Plata", en *Actas VI Congreso Argentino de Antropología Social*, Mar del Plata.
- Benencia, Roberto (1997). "De peones a patronos quinteros. Movilidad social de familias bolivianos en la periferia bonaerense", en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, año 12, núm. 35, pp. 63-101.
- _____ (2003). "La inmigración limítrofe", Apéndice en F. Devoto, *Historia de la inmigración en la Argentina*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Burucúa, José Emilio (2002). "Reflexiones sobre la pintura de Guillermo Roux, la noción de *Pathosformel* y una explicación provisoria de la imposibilidad de representación de la Shoah", en *Ramona*, núm. 24, pp. 3-14; núm. 25, pp. 4-17.
- _____ (2003). "Reflexiones sobre la pintura de Alejandro Puente, la noción de *Pathosformel* y la vuelta a la vida de civilizaciones heridas de muerte", en *Ramona*, núm. 32, pp. 24-43.
- Caggiano, Sergio (2003). "*Ya acá es distinto*". *Bolivianos en La Plata: migraciones, comunicación intercultural y procesos identitarios*, Tesis de Maestría en Sociología de la Cultura y Análisis Cultural, UNSaM-IDAES, Buenos Aires: mimeo.
- _____ (2004). "Conceptos 'nacionales' en periferias regionales", en *Nómadas*, núm. 20.
- Calderón, Fernando (1983). "Reflexiones preliminares: sociedad regional y movimientos sociales", en F. Calderón y R. Laserna, (comps.), *El poder de las regiones*. Cochabamba: CERES-CLACSO.
- Calderón, Fernando y Jorge Dandler (1986). "Movimientos campesinos y Estado en Bolivia", en F. Calderón y J. Dandler (comps.), *Bolivia: la fuerza histórica del campesinado*, Ginebra: Instituto de Investigaciones de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social (UNRISD) / Centro de Estudios de la Realidad Económica y Social (CERES).
- Devoto, Fernando (1992). "Del crisol al pluralismo: treinta años de historiografía sobre las migraciones europeas a la Argentina",

- en *Movimientos migratorios: historiografía y problemas*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Devoto, Fernando (2003). *Historia de la inmigración en la Argentina*, Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Devoto, Fernando y Hernán Otero (2003). “Veinte años después. Una lectura sobre el crisol de razas, el pluralismo cultural y la historia nacional en la historiografía argentina”, en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, año 17, núm. 50, pp. 181-227.
- Giorgis, Marta (1998). *Y hasta los santos se trajeron. La Fiesta de la Virgen de Urkupiña en el boliviano Gran Córdoba*, Tesis de Maestría en Antropología Social, UNAM, Posadas: mimeo.
- Grimson, Alejandro (2003a). “La vida política de la etnicidad migrante: hipótesis en transformación”, en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, año 17, núm. 50, pp. 143-159.
- _____ (2003b). “La nación después del deconstructivismo. La experiencia argentina y sus fantasmas”, en *Sociedad*, núm. 20-21, pp. 147-162.
- Jelin, Elizabeth (1996). “La construcción de la ciudadanía: entre la solidaridad y la responsabilidad”, en E. Jelin y E. Hershberg (coords.), *Construir la democracia: derechos humanos, ciudadanía y sociedad en América Latina*, Caracas: Nueva Sociedad.
- Laclau, Ernesto (1993). *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Buenos Aires: Nueva Visión.
- _____ (1996). *Emancipación y diferencia*, Buenos Aires: Ariel.
- _____ (1998). “Desconstrucción, pragmatismo, hegemonía”, en C. Mouffe (comp.), *Desconstrucción y pragmatismo*, Buenos Aires: Paidós.
- _____ (2003). “Estructura, historia y lo político”, en J. Butler, E. Laclau y S. Žižek, *Contingencia, hegemonía, universalidad*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Pereyra, Brenda (2001). *Organización de inmigrantes de países vecinos en la construcción de ciudadanía*, Tesis de Maestría en Políticas Sociales, UBA, Buenos Aires: mimeo.
- Romero Pittari, Salvador (1983). “Estado y movimientos regionales”, en F. Calderón y R. Laserna (comps.), *El poder de las regiones*. Cochabamba: CERES-CLACSO.

- Sassone, María Susana (1988). "Migraciones laborales y cambio tecnológico. El caso de los bolivianos en El Ramal jujeño", en *Cuadernos de Antropología Social*, núm 1, Instituto de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, Buenos Aires.
- Segato, Rita (1997). "Identidades políticas/ alteridades históricas: una crítica a las certezas del pluralismo global", en *Anuario Antropológico/97*, pp. 161-196.
- Vila, Pablo (1993). "Las disputas de sentido común en la frontera norte. El 'otro' en las narrativas de juarences y paceños", en *XIII Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas*, México: mimeo.
- Williams, Raymond (1988). *Marxismo y literatura*, Barcelona: Península.
- Zavaleta Mercado, René (1986). *Lo Nacional-Popular en Bolivia*, México: Siglo XXI.

Proyectos político-culturales de las organizaciones de inmigrados: estrategias para la reterritorialización del desarraigo

Claudia I. Ortiz

Este trabajo presenta algunos de los resultados de una investigación realizada sobre el Centro de Residentes Bolivianos en la ciudad de Córdoba y su labor como asociación durante la década del '90. En la primera parte consideraremos las características centrales de los flujos inmigratorios en Argentina desde principios del siglo XX hasta la actualidad y, en particular, las referidas a la inmigración limítrofe. A partir de este marco general, avanzaremos en el análisis de los conceptos que propone Renato Ortiz (1996) en relación al despliegue de la modernidad-mundo que caracterizaría nuestra sociedad contemporánea, focalizando sobre los procesos de desterritorialización/reterritorialización.

Específicamente, estas ideas nos permitirán analizar cómo y a partir de qué representaciones se plantean las reconfiguraciones identitarias que se producen en contextos migratorios. De esta manera, tomaremos como caso paradigmático al Centro de Residentes Bolivianos y sus proyectos político-culturales. Los analizaremos como formas estratégicas para confrontar, por un lado, la representación dominante del “inmigrante limítrofe” en la sociedad receptora. En este sentido, esta representación forma parte de una matriz de segregación o discriminación que se ha conformado en nuestro país a partir de la construcción histórica de una discursividad social en torno a la figura del inmigrante como un “problema social” o una “amenaza”. Pero por otro lado, son también formas de reconstruir la organización social y cultural al interior del colectivo, especialmente en lo referido a los modos en que se plantean las relaciones intergeneracionales, de género o clase en el contexto de inmigra-

ción. Haremos especial referencia a estos aspectos.

Estas dinámicas ponen de relieve la densidad de un entretejido social y cultural, a partir del cual plantear la posibilidad de reflexionar no sólo sobre lo que implican los flujos inmigratorios sino sobre las dimensiones que adquieren, en un sentido más amplio, los procesos de exclusión social.

Hacia la localización de la cultura

La problematización sobre la inmigración adquiere singular importancia a partir de la modernidad. Los movimientos poblacionales formaron parte de la expansión mercantil y el afianzamiento de nuevos territorios como base de desarrollo económico-político de los Estados-nación emergentes. Colonialismo, esclavitud, acumulación del capital, imperialismo, fueron parte de la serie que conformó un horizonte de época, forzando el destino de millones de personas a abandonar sus lugares de origen.

En relación a estos aspectos, es importante advertir que el fenómeno migratorio es una problemática contemporánea importante, precisamente, porque su análisis implica reconocer sus dimensiones culturales, políticas y económicas que trascienden las fronteras de cada Estado-nación particular. En el caso argentino, por ejemplo, ninguna de las variaciones que asumió el discurso político sobre la inmigración, a su vez, se la puede desligar de la expansión del capitalismo en su faz transnacional, la crisis del Estado de Bienestar y con ello la emergencia de nuevos discursos sobre la articulación de las identidades culturales en el marco del contexto latinoamericano de las últimas décadas.

Esta interrelación de las dinámicas locales e internacionales, ha adquirido su problematización en relación al concepto de “globalización”. Con respecto a este tema, distintos enfoques teóricos permiten advertir que su abordaje reviste diferentes aristas. Por lo tanto, para nuestro trabajo recuperamos algunos de los planteos de Renato Ortiz(1996), los cuales nos permitirán analizar los procesos de recreación identitaria en contextos inmigratorios.

En primer lugar, en virtud de las fluctuaciones que adquiere el discurso sobre la globalización, Renato Ortiz advierte la necesidad de pensar esta problemática desde otra posición teórica que no subsuma los enfoques en posiciones dicotómicas (es decir que apunten a plantear procesos de totalización o particularización), sino más bien que “pensemos el mundo en su flujo” (Ortiz, 1996:20). Como el autor lo

expresa, las dificultades de pensar estas nuevas condiciones de la sociedad contemporánea surgen de las cosmovisiones que se sustentaron en una idea de sociedad relacionada con modelos de desarrollo económico o referida a la emergencia de los mismos Estados-nación.

En este sentido, pensar cómo se conformaron los relatos sobre la identidad nacional en Argentina remite al análisis de los proyectos políticos-económicos que los sustentaron, sus actores y conflictos situados históricamente. En consecuencia, nuestras miradas se vuelven sobre la construcción de la narrativa identitaria en torno al modelo nacional del “crisol de razas”. Allí, se pueden reconocer los claroscuros de lo que se pretende definir como “ser nacional” y las paradojas que persisten en la configuración de los procesos de inclusión/exclusión en Argentina.

En segundo lugar, Ortiz distingue los conceptos de “globalización” y “mundialización”. Por un lado, la globalización remite al movimiento unificador de la economía y la tecnología. Por otro lado, la mundialización se refiere a un aspecto de la cultura que la muestra diversa y anclada en diferentes organizaciones sociales y materiales. Por lo tanto, como lo aclara, “una cultura mundializada atraviesa las realidades de los diversos países de manera diferenciada” (Ortiz, 1996: 22). Es decir, el planteo revela dos fuerzas estructurantes de la cultura contemporánea: la homogeneización y la diferenciación. Y a su vez, la transversalidad que implica estos procesos.

La mundialización de la cultura, por lo tanto, tiene diferentes posibilidades de expresarse y si revisamos estos aspectos en relación a las dinámicas identitarias, éstas no perderían sus referentes (nación, etnia, clase, género) a pesar de ser confrontadas con movimientos que tenderían a una cierta homogeneización cultural.

Finalmente, si tomamos en cuenta lo planteado en los párrafos anteriores, las dimensiones de “lo local”, “lo nacional” y “lo global” no son unidades jerarquizadas de interacción ni aún en oposición. Sino más bien, tienen distintos niveles de presencia en la articulación de las prácticas de los diversos grupos sociales. Si los flujos homogeneizadores de la economía global suponen una fuerza desterritorializadora de la cultura, de ella también parten las formas e intensidades de la fuerza re-territorializadora. Desde esta perspectiva, planteamos a las migraciones como un enclave de lectura de estos procesos. En relación con esta idea, Ortiz expresa que este movimiento es propio de un tipo de civilización que se generó a partir de la modernidad, caracterizada por un principio necesario para

su desarrollo, que es el descentramiento de las relaciones sociales.

En consecuencia, cada uno de los proyectos que despliegan los colectivos de inmigrantes dentro del espacio social “localiza” distintos aspectos de la modernidad-mundo. En este plano situamos el análisis de los proyectos político-culturales de una organización particular, el Centro de Residentes Bolivianos en la ciudad de Córdoba.

La conformación de este panorama nos habilita a replantear el lugar que ocupa este actor social dentro de los procesos de construcción identitaria local. Especialmente, su historización pone en evidencia ciertas estrategias a partir de las cuales, la visibilidad comunitaria del colectivo boliviano adquiere relevancia como proceso cultural, tanto en sus modalidades de mediación entre la sociedad receptora y la comunidad inmigrante, como en las formas que adquieren las luchas por la ciudadanía y la reconstrucción de las tradiciones.

En tal caso, el proceso asociacionista en contextos de migración podría ser analizado como una forma que los migrantes habilitarían para “asumir el riesgo de existir” (De Certeau, 1999), con una doble implicancia. Por un lado, porque permitiría reconfigurar los lazos sociales deslocalizados por el abandono de un “territorio”, de “tradiciones” que conformaban el horizonte identitario de un determinado Estado-nación. Por otro lado, porque ese reconocimiento como grupo a partir de prácticas concretas, los sitúa como actores sociales dentro de un entramado social diferente, al cual arriban y en el cual se actualizan nuevas dimensiones conflictivas locales, nacionales y globales.

Especialmente, en este proceso habría que prestar atención a cómo, a través de los proyectos políticos culturales, las organizaciones de inmigrantes, construyen estas maneras de “negociar” sus posiciones en el espacio hegemónico que acota una determinada sociedad receptora. Tal vez es redundante especificarlo, pero estos posicionamientos se establecen en el marco de tensiones que refuerzan los procesos de exclusión social y, por lo tanto, las posibilidades de negociación están ceñidas a estas condiciones.

A partir de estas consideraciones teóricas, es que podemos pensar los flujos migratorios como figuras de los procesos de desterritorialización-reterritorialización de las sociedades contemporáneas. El movimiento es la imagen de este orden social. Sin embargo, este movimiento también requiere de referentes para activar su fluir. Por lo tanto, nos volvemos a situar en el terreno de un escenario que no está estructurado por fuera de las contradicciones. Las fronteras jurídicas, los límites que definen los bordes internos y ex-

ternos de las identidades, por ejemplo, se actualizan constantemente redefiniendo las formas y contenidos de una conflictividad social tan intensa y violenta como la presencia de la desterritorialización.

Desde esta perspectiva, entonces, los procesos asociacionistas que generan los inmigrantes nos dan una oportunidad para pensar en las formas en que se reterritorializan los desarraigos, implicando actos de recreación cultural e interpelación a las formas de democratización de las sociedades de recepción. La importancia de los proyectos que despliegan estas organizaciones hacen que puedan ser abordadas como modalidades que asumen las demandas de los colectivos de inmigrantes. Ahora bien: ¿son la voz legitimada de la colectividad? ¿Qué voces quedan, a su vez, fuera del espacio interlocucional que privilegian las organizaciones? ¿Qué contenidos asumen estas demandas y qué reconfiguraciones sociales y culturales plantean? A continuación, abordaremos algunos de estos aspectos analizando el Centro de Residentes Bolivianos en la ciudad de Córdoba.

Identidad y organización

En Argentina, la colectividad boliviana ha adquirido una visibilidad creciente. Básicamente, tomamos como referencia el despliegue y fortalecimiento del entramado cultural de este colectivo. Dan cuenta de este proceso sus asociaciones y la manifestación de distintas prácticas culturales de abarcan desde las festividades hasta formas de organización económicas. Este desarrollo asociacionista de la colectividad boliviana en Buenos Aires, es caracterizado por Alberto Zalles Cueto como un fenómeno de *enjambramiento*. Utiliza esta expresión para plantear cómo la población boliviana emplaça una cultura, con características y rasgos propios al interior de la sociedad argentina (Zalles Cueto, 2002:100). También, se puede ampliar esta referencia, con el trabajo de Brenda Pereyra (2001). Es interesante revisar en este trabajo la conformación de las comisiones y los proyectos de las distintas asociaciones bolivianas en Buenos Aires para advertir las tensiones que supone el ejercicio de la ciudadanía en nuestro país.

En el caso de la ciudad de Córdoba, la presencia del colectivo a través de sus fiestas, actividades religiosas, culturales y económicas, ha tenido un lento proceso de visibilidad. Especialmente, en lo referido al proceso asociacionista, recién en 1986 el Centro de Residentes Bolivianos obtuvo su personería jurídica, aunque los entrevistados dieron cuenta de un período del asociacionismo que datan

de la década del '40 con la representación de las actividades que llevó a cabo una familia de inmigrantes bolivianos. También existen otras agrupaciones de danzas, una Asociación Deportiva y una red de programas radiales que distinguen la labor de sus integrantes del resto de las comunidades de inmigrantes de países limítrofes.

Con la obtención de la personería jurídica, el Centro de Residentes Bolivianos se convirtió en “*madre de las instituciones de la comunidad*” (así definido por sus fundadores). Este fue el acto formal que lo instaló en el ámbito de la participación comunal y en consecuencia, como un actor social relevante en el marco de los procesos de construcción identitaria.

A través de la historización que realizamos de su formación, reconocimos un trabajo de institucionalización de varias etapas dentro de la comunidad cordobesa. La primera de ellas la podemos considerar como de *prehistoria* (aludimos específicamente al momento fundacional del proceso asociacionista que reconocen los entrevistados) del Centro de Residentes. Los inmigrantes llegados en la década del '40 comienzan a realizar una serie de actividades que están relacionadas con ciertas festividades religiosas. Esta etapa se extiende hasta la obtención de la personería jurídica. Desde ese momento, se registró un trabajo discontinuo y atravesado por distintos conflictos relacionados con la conducción del Centro de Residentes. Estas situaciones distanciaron a los residentes bolivianos que participaban de esta organización. Recién en el año 2000 y luego de un período de intervención, las nuevas autoridades de la comisión (tras un proceso electoral) asumieron un nuevo proyecto cultural. Básicamente, para recuperar los lazos con sus *compatriotas*, focalizaron en una serie de actividades, fundamentalmente, de difusión cultural y de documentación de inmigrantes residentes y recién llegados.

Ahora, bien, ¿cuál es la importancia de analizar como caso específico una organización de inmigrantes? Basta recordar que durante el proceso migratorio europeo (a principios de siglo) sus integrantes trataron de mantener sus idiomas y costumbres. Las estrategias de mantenimiento de las prácticas culturales particulares de cada colectividad, estuvieron referidas a la constitución de asociaciones de socorros mutuos, hospitales y escuelas (Favero, 1995; Fernández, 1991; Rodino, 1992; Devoto, 1995).

En este sentido, las organizaciones se constituyen en ámbitos en los cuales se construyen ciertas definiciones de identidad, como nodos de significaciones de relativa estabilidad que permiten, a modo

de estrategia, relacionarse con la comunidad receptora. Como punto de partida conceptual, consideramos que las organizaciones se presentan “como un ámbito en donde *se reproduce en parte la configuración social general y en donde se generan formas peculiares de organización e instituciones singulares que las legitiman y garantizan*. De hecho, tienen en el concierto social un grado relativo de autonomía que les permite *especificarse y diferenciarse* como ámbito capaz de generar una *cultura singular*. *Esta cultura es valorada, conservada y transmitida*, y en ese sentido, cada establecimiento estructura un status quo que *resume centralmente ciertas formas exitosas de responder a los mandatos y demandas de la sociedad mayor* con ciertas formas exitosas de encontrar solución a las tensiones que se generan por su mera existencia social” (Fernández, 1998; subrayado nuestro).

Esta definición nos permitió rescatar algunos puntos centrales para ahondar en el presente análisis. Las organizaciones instituyen una nueva dimensión de significados desde los cuales justifican, estabilizan su propia existencia y reconfiguran el *espacio social*¹ en el cual actúan. En este sentido, podríamos plantear que la inmigración es un movimiento compuesto por una serie de tácticas que se van desplegando temporo-espacialmente mientras dura el recorrido del migrante. Parecen frágiles, pero que en algún momento y lugar, logran conformarse como una estrategia. Al respecto, Michael De Certeau ligó las tácticas al “arte del débil”, es decir, una “acción calculada que determina la ausencia de un lugar propio” y las estrategias “al cálculo de las relaciones de fuerzas (...) que se hace posible desde que un sujeto de voluntad y poder (...) resulta aislable” (De Certeau, 1996: 42-43). En esta perspectiva, mientras dure el trayecto, los recorridos transitan por un diseño incierto de tácticas, compuesto por yuxtaposiciones de tiempos, espacios, lenguas y tradiciones puestas en suspenso. Sin embargo, cuando el migrante circunscribe un espacio y lo comienza a designar como propio, lo designa como “un lugar” y siente que su *allá es valor a transmitir, crear y defender*, y las estrategias de reterritorialización del desarraigo, comienzan a ser prácticas de identidad. Por lo tanto, se “localizan” memorias, tradiciones, espacios, a modo de restitución del

¹ Por espacio social se entiende al “conjunto de relaciones sociales y políticas que los actores colectivos entablan en su proceso de constitución como tales. En este sentido, la conceptualización sobre espacio social atraviesa este conjunto relacional así como la propia definición sobre identidades.” (Bolos , 1999).

sentido, una forma de retotalizar la experiencia dislocada por el viaje. Analizaremos algunos de estos aspectos en el próximo apartado.

A partir de estos planteos, podríamos pensar que el asociacionismo es parte de una estrategia de un actor social que se ha reconocido a sí mismo como tal, es decir, recreando su identidad, estableciendo los contornos de su visibilidad y por ende, de su voluntad de poder. Por eso, también, podríamos leer el proceso organizativo, a su vez, como parte de un proceso cultural más amplio a partir del cual plantear las formas sociales que adquiere nuestra contemporaneidad.

El proyecto de la organización

En el apartado precedente, aludimos a nuestra perspectiva desde la cual abordamos los procesos asociacionistas de la colectividad boliviana en la ciudad de Córdoba. Ligamos estos aspectos a estrategias de reterritorialización del desarraigo, tanto como acto cultural como político. A continuación revisaremos algunas de las dinámicas identitarias que son significativas para profundizar este planteo.

Durante la realización de las entrevistas y a través de las observaciones de los diferentes eventos que el Centro de Residentes Bolivianos desarrolló durante los años 2001 y 2002, advertimos cómo a partir de la dinámica organizacional se conforman ciertas configuraciones de significaciones que habilitan una tarea de reconstrucción de la identidad cultural.

Estas configuraciones pueden ser analizadas a través de las distintas producciones de la vida organizacional. Una de ellas es fundamentalmente el establecimiento de un proyecto colectivo que unifica y formaliza una tarea, expresión de la misión que se asignan los miembros de la organización. Este elemento incide en la construcción de la identidad colectiva, en la medida en que de alguna manera expresa las posiciones de los actores sociales en un determinado contexto socio-histórico, porque establece las formas internas de relación entre los miembros, los objetivos y finalidades del mandato social asumido desde la organización. Pero, a su vez, fija los parámetros de pertenencia a la “colectividad boliviana” como una instancia total mayor.

En este sentido, las organizaciones legitiman una forma de narración de la historia de los antagonismos sociopolíticos entre la comunidad receptora y los residentes inmigrados, pero también aluden a las mismas contradicciones como grupo. En consecuencia, la definición de los proyectos en las organizaciones es sumamente im-

portante, a la luz del análisis cultural, por cuanto se relaciona con los procesos de recreación identitaria y por consiguiente, con la posibilidad de accionar políticamente dentro de un espacio social. Entonces, es importante reconocer que *“la identidad 'esencial' no está más allá de la configuración cultural, sino que está modelada culturalmente de una manera concreta y reflexiva”* (Eagleton, 2000) y en consecuencia, es *“una relación de pertenencia a construir en términos de historia, narraciones y política”* (Delfino, 1997). En este sentido, la *“identidad del inmigrante”* es un ámbito en permanente movimiento de inclusión/ exclusión de sentidos. Su proceso de definición se establece desde distintos ámbitos formales e informales tanto por parte de los actores sociales de la comunidad receptora como desde los mismos ámbitos formalizados o no por los inmigrados y a su vez, por la articulación individual de la experiencia de la inmigración.

De esta manera, consideraremos que el proyecto que se ha consensuado a partir del Centro de Residentes Bolivianos, es el componente de la organización que sintetiza las aristas de un discurso identitario de la organización, que define el exterior y el interior de una identidad narrada como *“lo boliviano”*.

A partir del proyecto cultural de la organización, fijan una demanda que transforman en guía del accionar político. Pero a la vez, el proyecto se transforma en la expresión de una selección de valores culturales a partir de los cuales dirimen los aspectos que permitirán la reconstrucción de una identidad colectiva más amplia. A través de las entrevistas, los relatos del origen se vinculan con la consolidación del proyecto organizacional del Centro de Residentes bolivianos. Allí se encuentra un material significativo ligado a:

a) Relatos de la experiencia individual:

- experiencias de subestimación racial;
- padecimiento individual de la xenofobia;
- extrañamiento por la situación de pérdida de un mundo reconocido como estable y por lo tanto idealización de la tierra, las costumbres y la nación abandonada.

b) Relatos de gesta frente a las nuevas transformaciones que se operan en el tránsito:

- la nostalgia que se transforma en *alguna forma de hacer cosas por el país, que no se hubieran hecho de otra manera, sino abandonándolo;*

- promesas de mantener vivas tradiciones ancestrales: la residencia particular se transforma en *un trozo de Bolivia*. Y luego, por extensión, la organización se reproduce como un ámbito pacificado, doméstico: *el hogar, la tierra*;

- propósitos utópicos de una construcción identitaria americana capaz de englobar a todo el continente. Aquí son importantes los relatos que refieren a la situación de la conquista de América y a los procesos emancipatorios vinculados a la figura de Simón Bolívar.

Estos aspectos que plantean los entrevistados nos llevaron a reconsiderar el sentido del lema del Centro de Residentes Bolivianos: *Identidad en la integración*. En primer lugar, en lo que respecta a la sociedad receptora, la integración de los inmigrantes no implica el ajuste más o menos forzoso a las condiciones de una relación de alteridad en la cual se plantea, a su vez, la producción de las diferencias. En segundo lugar, la inmigración permite plantearnos cuáles son las condiciones de nuestra cultura y por ende, de nuestra propia identidad.

La tarea de la organización: dimensiones políticas y culturales

La historia de esta organización puede leerse a partir de los fines que se persiguen para llevar adelante lo que se ha establecido como misión utópica del Centro: ejercicio de plena ciudadanía, respeto y reconocimiento de la cultura boliviana. A modo provisional, tomando como elementos de análisis el material que los entrevistados suministran, podemos resaltar una serie de aspectos que tienen que ver con un conjunto de significaciones que emergen primero en torno a:

1. El conjunto de representaciones que expresan una tarea social valorada tanto para cada miembro de la organización como para la totalidad figurada como la “colectividad”, no sólo reivindicativa sino, también, difusión de “la cultura boliviana”:

(...) dar a conocer lo que Bolivia es, un país rico culturalmente (...)

“Los valores más importantes para nosotros son relacionados con la transmisión de nuestra cultura, sea expresada en la música, en la danza o la poesía. Yo siempre sostengo que hasta en la forma de hablar estamos haciendo cultura por el sólo hecho que se transmite de generación en generación”.

“Eso es lo que quiero que se la reconozca a Bolivia, es un país chico pero con una gran riqueza cultural, que se lo reconozca

tal cual es, que nos traten mejor acá (por Argentina), es por eso que estoy haciendo una y otra actividad en el Centro, para rescatar todo lo que es nuestro (...) tienen una idea errónea de nuestro país, siempre llegan las malas noticias desde allá”.

(...) América es morena, América es nuestra, no estamos en nuestra patria porque nuestra patria es Bolivia, pero estamos en nuestra tierra, en nuestro continente, los de afuera, los inmigrantes propiamente dichos, los europeos... ellos deberían aprender de nosotros².

2. El conjunto de representaciones que podríamos calificar de políticas, relacionadas con la figuración de la tarea social de la organización en su conjunto: los objetivos, gestión, definición de necesidades, recursos para llevar adelante un proyecto (por ejemplo, apelar a la posesión de medios de difusión propios como síntesis de la libertad de expresión), etc. Con relación a un determinado contexto socio-histórico que forma parte de la definición misma del ideario organizacional (identidad en la integración).

Los acontecimientos, tanto como sus representaciones, entonces, tienen distintas dimensiones de expresión (individual, grupal, organizacional o comunitaria). Cada miembro de la organización posee una mirada sobre ese acontecer pero en su conjunto se expresa la síntesis colectiva de la cultura del establecimiento. Esta trama de representaciones es comprendida como parte de las representaciones de la cultura en general y amplía los términos en los cuales reconocen la integración:

“La unificación está en los estatutos y yo lo respeto pero no es lo mismo que la integración. Yo hablo de unificación (con relación a la comunidad boliviana) pero eso no quiere decir que seamos todos uniformes, eso es tonto, podemos coordinar diversos trabajos, esa es la forma de entender la unificación, pero los obstáculos pasan por otro lado, no por lo regional (...) por ejemplo, los niveles de educación. Falta conocimiento, de conocer al otro y entender su problemática, de un lado como del otro. Nosotros a veces queremos hacer algunas entrevistas y te dicen 'hay rumores'... pero que me lo digan en la cara... que el Centro es elitista, por ejemplo, que el Centro no vive en La Villa”³.

² Estos fragmentos corresponden a testimonios de miembros y colaboradores del Centro de Residentes Bolivianos de la Ciudad de Córdoba (2002).

³ Fragmento de testimonio de un miembro del Centro de Residentes Bolivianos.

De alguna manera, el Centro de Residentes Bolivianos fija una posición que le permite diferenciarse de “otros”, tanto en alusión a la sociedad receptora como a la colectividad a la cual adscriben. En este sentido, el proceso de integración conlleva una acción política implícita en tanto, como grupo, ingresa a un entramado conflictivo, ya sea de clase, generación o género. Sin embargo, esta afirmación de una identidad cultural que tiende a reducir la dimensión política de su constitución, abre una clave de lectura crítica sobre su posición como actor social en el espacio hegemónico. Es decir, que sostener la representación cultural como eje de las prácticas de la organización implica “entrar en el juego de una sociedad que ha constituido lo cultural como espectáculo, y que instaure por todas partes los elementos culturales como objetos folklóricos de una comercialización económica-política” (De Certeau, 1994:120). Y allí, podríamos localizar un eje de lectura para la mundialización de la cultura y su vínculo con los fenómenos migratorios.

Este retorno sobre lo político no está ausente de las consideraciones de algunos de los miembros del Centro de Residentes Bolivianos. No sólo plantean la defensa de los derechos sociales y la representación cultural sino, a su vez, la participación política igualitaria en la toma de decisiones públicas. En este sentido, los representantes del Centro de Residentes Bolivianos, así como sus fundadores revitalizan estos objetivos como parte de los desafíos de la comunidad. En parte, los conflictos que atraviesan las agrupaciones bolivianas en Córdoba, estarían relacionados con la valoración diferencial de las posibilidades de convertirse en grupos de presión específicos.

A modo de conclusión

En ese abandono de los lugares de origen, de las tradiciones, los lazos afectivos y la contradictoria sensación que depara el augurio del progreso y la decepción, en esa memoria en tránsito, es que tienen lugar distintas selecciones de aquella cultura puesta entre paréntesis por el viaje y el proceso de resignificación de la experiencia del encuentro con lo nuevo.

El inmigrante es “colocado en la articulación de dos mundos, practicante, de mala gana y de manera caótica, pero practicante de dos lenguas y de dos culturas, muestra que es posible pese a todo desplazarse entre el pasado y el presente, entre el aquí y el allá, que uno puede inventar equivalencias de códigos, organizar sistemas de

traducción” (De Certeau, 1995: 179). Sin embargo, estos aspectos del desplazamiento, al cual alude De Certeau, sólo son posibles si los consideramos desde una perspectiva cultural y por ende desde ese movimiento que describe Renato Ortiz como modernidad-mundo.

Las tácticas desplegadas en la experiencia de la inmigración permiten dilatar un espacio, se desterritorializan. Pero a la vez, la permanencia como grupo y los juegos identificatorios requieren de la reterritorialización de algunos referentes. Impone el despliegue de estrategias para que ese lugar abandonado sea parte de las nuevas configuraciones identitarias.

En este sentido, el trabajo del Centro de Residentes Bolivianos también proyecta una construcción identitaria apuntalada en una determinada selección de valores culturales. Esta dimensión de la tarea individual es parte del proceso de identificación a través del cual opera la organización. A partir de la articulación de los proyectos individuales con los colectivos, busca erigir una identidad total. “La comunidad boliviana” sería esta instancia superior para realizar el trabajo de pacificación de los antagonismos de clase que permanecen, también, hacia el interior de la misma.

Se vuelve comprensible entonces, cómo la construcción de la identidad conlleva, también, la construcción de un estereotipo aceptable con el cual entablar la relación con los “otros”. Se trata, en definitiva, de una construcción política, en tanto permite establecer una posición dentro del entramado de relaciones y hacer explícitas demandas que tienen que ver sobre todo con determinaciones que el orden económico expande.

La identidad de la colectividad boliviana aparece así, escindida en distintas dimensiones, cuyas relaciones sólo pueden establecerse sobre la producción de estereotipos identificatorios. Cada grupo dentro de la denominada comunidad boliviana lucha por la definición en alguna de las dimensiones de la identidad y estas posiciones que adoptan tienen que ver precisamente con la cuota de poder social que representan dentro del colectivo. En este sentido, los miembros del Centro de Residentes apelan a remarcar la importancia de haber conseguido la personería jurídica y de participar de distintas instancias de concertación política conjuntamente con otras organizaciones. Aquellos grupos informales que no integran el trabajo formal del Centro, no poseerían la posición autorizada para entrar en debate político para el cual el Centro se confiere semejante mandato.

Hemos tratado de realizar un recorrido preliminar sobre cómo las organizaciones se constituyen en un ámbito a partir del cual se generan nuevas representaciones identitarias. Por un lado, hemos considerado un aspecto fundamental del trabajo organizativo y es la elaboración de un proyecto sobre el accionar de la organización con relación a la definición de una identidad, primero organizacional y luego comunitaria. A partir de este elemento es posible realizar un análisis de los valores culturales que han sido seleccionados para la construcción del mismo. Estas operaciones tienen que ver por un lado, con la propia representación como actores sociales, de su tarea con relación al resto de los actores sociales, y las condiciones socio históricas a través de las cuales opera esta definición. Por otro lado, están vinculadas con la reflexividad que adquieren como sujetos de acción histórica, en términos de los movimientos que genera la modernidad-mundo.

Bibliografía

- Bolos, Silvia (1999). *La constitución de actores sociales y la política*, México: Plaza y Valdés.
- De Certeau, Michel (1999). *La cultura en plural*, Buenos Aires: Nueva Visión.
- _____ (1995). *La toma de la palabra y otros escritos políticos*, México: Universidad Iberoamericana.
- _____ (1996). *La invención de lo cotidiano. Artes de hacer*, México: Universidad Iberoamericana.
- Delfino, Silvia (1997). “Desigualdad y diferencia. Retóricas de identidad en la crítica de la cultura”, en *Estudios*, Centro de Estudios Avanzados, UNC, núm. 7-8.
- Devoto, Fernando (1995). “Participación y conflicto en las sociedades italianas de Socorros Mutuos”, en F. Devoto y G. Rosoli (comps.), *La inmigración italiana en Argentina*, Buenos Aires: Biblos.
- Eagleton, Terry (2000). *La idea de cultura. Una mirada política sobre los conflictos culturales*, Buenos Aires: Paidós.
- Favero, Luis (1995). “Las escuelas de las sociedades italianas en la Argentina (1866-1914)”, en F. Devoto y G. Rosoli (comps.), *La inmigración italiana en Argentina*, Buenos Aires: Biblos.

- Fernández, Lidia (1998). *Instituciones educativas*, Buenos Aires: Paidós.
- Fernández, Alejandro (1991). “Los españoles de Buenos Aires y sus asociaciones en la época de la inmigración masiva”, en H. Clementi (comp.), *Inmigración española en Argentina*, Buenos Aires: Oficina Cultural de la Embajada de España.
- Rodino, Hugo J. (1992). “Asociacionismo gallego en Buenos Aires (1879-1960)”, en H. Clementi (comp.), *Inmigración española en Argentina*, Buenos Aires: Oficina Cultural de la Embajada de España.
- Pereyra, Brenda (2001). *Organización de inmigrantes de países vecinos en la construcción de ciudadanía*, Tesis de Maestría en Políticas Sociales, UBA, Buenos Aires: mimeo.
- Ortiz, Renato (1996). *Otro territorio. Ensayos sobre el mundo contemporáneo*, Buenos Aires: Universidad de Quilmes.
- Zalles Cueto, Alberto (2002). “El enjambramiento cultural de los bolivianos en la Argentina”, en *Nueva Sociedad*, núm.178.

La fiesta como espacio de discurso y de prácticas sociales: El caso de la Virgen de Urkupiña en Córdoba

José María Bompadre

Villa El Libertador es un barrio populoso de la ciudad de Córdoba, ubicado al sur, con una población para mediados de la década del '90 estimada en 40.000 personas aproximadamente. A su vez, es uno de los destinos elegidos por migrantes bolivianos que llegan año a año a esta urbe mediterránea, constituyendo un importante grupo de alrededor de 7.000 residentes (Giorgis, 1999: 107).

Las experiencias cotidianas de los migrantes bolivianos que residen en Villa El Libertador están atravesadas por diferentes elementos: el lugar de origen, los lazos de parentesco y la existencia de un espacio común que opera como referencia para el que viene, como para el que regresa a su tierra y orienta a quienes deciden migrar.

Los migrantes que viven en “la Villa” -como la llaman- provienen mayoritariamente de las ciudades de Potosí y Cochabamba, aunque también se los puede encontrar de La Paz, de Oruro, y “los chuquisaqueños”, oriundos éstos de Sucre, o en quechua Chuquisaca como algunos siguen denominando a esta ciudad.

Algunos de ellos provienen de las zonas rurales, pero mayoritariamente pertenecen a estos centros urbanos, especialmente a sus zonas periféricas, donde reside aún parte de su familia. “Nosotros en Potosí -afirma María- vivíamos a las afueras, al lado del campo donde los señores [en referencia a los terratenientes] tienen la tierra para el cultivo...”.

Por lo menos una vez por año, viajan uno o más miembros a su ciudad, ya sea para ver a sus familiares, como para llevar dinero o regalos, símbolos de la prosperidad alcanzada, y que opera -si se quiere- como hecho que justifica y legitima su estancia fuera de su lugar de origen y de su “patria”. Pedro señala que “casi siempre vamos pa-

ra la navidad, porque los chicos terminaron la escuela (...) Pero ahora que está más caro, no vamos todos, porque no podemos...”.

Si bien la presencia de bolivianos en Córdoba puede rastrearse desde la década del '50, los beneficios que trajo el tipo de cambio establecido por la ley de convertibilidad desde 1991, motivó el aumento de residentes, movidos por la posibilidad de hacer dinero rápido y enviarlo o regresar con él a Bolivia. Esta situación muestra su ligazón permanente con el lugar de origen, la que no sólo se mantiene por el hecho de llevar objetos materiales, sino por la necesidad misma del migrante de reforzar su sentido de pertenencia y su resistencia hacia prácticas culturales existentes en el “nuevo lugar”, que difieren considerablemente con su concepción del mundo.

Pero “la comunidad boliviana” en este barrio cordobés no sólo es importante por la cantidad de sus miembros, sino también por su visibilidad en distintos ámbitos sociales, inscribiendo periódicamente en el espacio público prácticas culturales traídas de sus lugares de origen, que se hibridan permanentemente con las llevadas a cabo por los nativos. La fiesta de la Virgen de Urkupiña es un ejemplo de esto. Todos los 15 de agosto, mientras la Iglesia Católica celebra “la ascunción a los cielos de la virgen María”, la comunidad boliviana lo hace particularmente con la advocación de Urkupiña.

Esta práctica se lleva a cabo en los alrededores de la plaza en cuyo frente se encuentra la parroquia de Nuestra Señora del Trabajo, lugar donde la comunidad ha encontrado un espacio para llevar a cabo su ceremonia. La fiesta, que dura varios días, se hace en medio de bailes y comidas típicas, lo que convoca a mucha gente no devota, a la que le interesa degustar los sabrosos platos preparados por las mujeres bolivianas.

Y es así como esta festividad, año tras año, se ha convertido en un hecho significativo, no solamente para los habitantes de la Villa, sino para la ciudad misma. Importa señalar que algunas radios barriales, previo al 15 de agosto, la promocionan, y durante los días de festejo, pueden verse, desde hace ya unos años, periodistas de algunos medios gráficos de Córdoba.

Podemos ver cómo la fiesta opera como un mecanismo de visibilización de los bolivianos en la ciudad. La promoción y su muestra en medios gráficos y televisivos cordobeses, pone en acto no sólo la fiesta en sí misma, sino a sus protagonistas centrales, quienes toman posesión de una parte de la Villa, al menos por tres días.

Sobre la celebración de la fiesta y la presencia boliviana en Cór-

doxa, sólo existe un trabajo significativo, realizado por Marta Giorgis, publicado a fines de la década de los noventa. Éste trasluce una importante labor etnográfica y se encuadra dentro de las investigaciones antropológicas vinculadas a los fenómenos migratorios. El resto de lo publicado sobre la fiesta se agota en pequeños artículos aparecidos en medios gráficos cordobeses, que son meramente de carácter informativo, sin poder encuadrarlos en lo que actualmente se llama “periodismo de investigación”.

Por su parte, este trabajo tiene como objetivo determinar y comprender la lógica de la acción colectiva protagonizada por diferentes actores sociales, en la ciudad de Córdoba. Particularmente se pretende analizar la construcción de marcos identitarios y algunas formas de expresión en el ámbito público, por parte de estos migrantes bolivianos¹ que viven en Villa El Libertador, y que han elegido no sólo para vivir circunstancialmente, sino para criar sus hijos y realizarse colectivamente.

En el trabajo, se intentará dilucidar las relaciones existentes entre el fenómeno religioso y lo no religioso, dentro del sistema social, a partir de las imbricaciones de las creencias tanto en las acciones cotidianas de la gente (individuales y colectivas) como en las específicas relaciones de clase posibles. No nos quedaremos en el plano meramente funcional de la religión como satisfacción de las necesidades humanas, o bien en la necesidad de explicar la existencia y pertenencia a un grupo a partir del aglutinamiento que conlleva una práctica religiosa, sino que indagaremos en los porqués de los comportamientos religiosos colectivos, en tanto formas particulares de legitimación en la sociedad (Bastide, 1995: 38-39). A su vez, intentaremos interpretar las prácticas y creencias, o sea, esta cosmología (basada en la existencia de una intervención divina permanente que rige los actos humanos individuales y colectivos), como forma de representación y de realización de los sentidos sociales.

Por último, quiero destacar que la información recabada para la realización de este trabajo, se obtuvo mediante la observación participante

¹ Algunos de los entrevistados adscribieron voluntariamente a autodenominarse usando categorías étnicas, como por ejemplo los miembros de la “comunidad kolla”, o bien, aseverando hablar el aymara o quechua. Otros (la mayoría de los entrevistados), en cambio, manifestaron ser “bolivianos”, adscripción usada además frente a los habitantes de Villa El Libertador, construyendo así una relación con la alteridad atravesada por prácticas e imaginarios en torno a la cuestión nacional, o sea, se presentan como originarios y provenientes de Bolivia, y que se expresa verbal y materialmente en el otro no boliviano (el argentino que vive en la villa), quien los designa por oposición -y casi siempre despectivamente- como “bolita”.

previa y durante las fiestas de la Virgen de Urkupiña llevadas a cabo en los años 2002 y 2003, y a través de entrevistas realizadas con miembros y no miembros de la comunidad boliviana de Villa El Libertador².

La fiesta de Urkupiña: un espacio de devoción pública y privada

Los inicios de la celebración de la fiesta de la Virgen de Urkupiña se remontan a los comienzos de la década de 1980. Algunos de los asistentes que migraron a principios de los '90 no saben desde cuándo se lleva a cabo la celebración, pero la simple expresión “desde hace mucho” en la boca de un devoto, opera como la magnitud que permite comprender que en su imaginario, la realización de la misma no es nueva, y que el espacio donde se lleva a cabo, ya está internalizado como propio por el grupo promesante.

Marta Giorgis (1999: 107) afirma que “en 1982 un grupo de bolivianos residentes en el barrio Villa El Libertador, en la periferia urbana de Córdoba, Argentina, comenzó a celebrar la fiesta de la Virgen de Urkupiña, que desde entonces se sigue celebrando todos los años alrededor del 15 de agosto con una gran concurrencia de devotos, incluso de otros barrios de la ciudad”.

Las imágenes de las vírgenes que se veneran públicamente son dos. Una de gran tamaño y otra pequeña (“la virgen grande y la virgen chica”, como los bolivianos las designan) son las que se instalan dentro del templo de Nuestra Señora del Trabajo cuando se inicia la novena, o sea, nueve días antes de la celebración del 15 de agosto. No obstante, y paralelamente a la celebración pública, en los hogares de la comunidad (e incluso en algunas casas de familias argentinas) se lleva a cabo el culto privado.

Importa señalar que los preparativos para la fiesta comienzan algunos meses antes. Por lo menos durante los dos o tres meses previos a los actos centrales, los “pasantes”, o sea, los protagonistas centrales de ese año, piden “prestadas” las vírgenes (ya que pertenecen a fami-

² El relevamiento de información se instrumentó a partir de la necesidad de estudiar las formas de construcción de marcos identitarios y sus formas particulares de inscripción en el espacio público, de diferentes actores sociales de la ciudad de Córdoba, como actividad programada desde las cátedras Antropología Cultural y Antropología General que dicto en las Tecnicaturas de Lenguas Aborígenes y en Folklore, en el Instituto de Culturas Aborígenes de Córdoba. Quiero agregar además, que se llevó a cabo simultáneamente un relevamiento fotográfico de la fiesta celebrada en el año 2003 por parte de algunos alumnos cursantes de estas asignaturas, con el objeto de poner en práctica técnicas varias para recabar información.

lias particulares) y las instalan en sus hogares, donde construyen verdaderos altares con adornos típicos de Bolivia, flores, velas, y en lugares accesibles para que los devotos (tanto migrantes como nativos) puedan llevar a cabo sus promesas y sus agradecimientos. Durante esos meses, algunas casas se convierten en verdaderos lugares de culto y peregrinación, debido a la cantidad de gente que concurre.

Los “pasantes” son siempre parejas, que desean cumplir una promesa a la virgen, generalmente consistente en obtener de ésta todas las bendiciones necesarias para garantizar la continuidad de la relación y, a su vez, para solicitar la acción providencial de la asistencia en el campo laboral. La relación es netamente de “ida y vuelta”, propia de la vinculación entre una divinidad y su devoto, donde la inversión en tiempo de adoración, y en dinero para comprar todo lo necesario para la fiesta, implica una contrapartida, una cancelación por parte de la divinidad.

No obstante, es “la comunidad boliviana” la que ha instituido esta fiesta como un hecho religioso, que se fue naturalizando en la Villa, especialmente para los no bolivianos. Ella es la verdadera protagonista de la celebración, en tanto la manifestación pública que adquiere lo cultural, apunta a fortalecer los lazos de pertenencia. “Yo iba siempre [a la celebración] en Potosí. Íbamos con mis hermanas, cuando éramos chicas. (...) Y acá vienen todos... nosotros no dejamos de venir con mi comadre”, afirma Susana.

Una pareja de pasantes afirma que “...cuando llegamos a la Villa, nos contaron que acá también se hacía la fiesta, como en Bolivia. (...) Dicen que siempre la hicieron, para que los protegiera y no se sintieran solos”. Por su parte, Teresa, una devota que concurre todos los años, manifiesta: “Yo siempre le rezaba a la virgen y bailaba para ella [en alusión a su vida pasada en Bolivia], pero ahora no la abandono, vengo todos los años, y no le bailo porque eso es para los jóvenes. Gracias a ella tengo mi casita...”.

La realización de la fiesta no sólo se lleva a cabo en la parroquia, sino también en el espacio público que la circunda, hecho que pone de manifiesto una forma particular de aceptación por parte de los no pertenecientes a la comunidad boliviana, legitimada por la presencia de personajes públicos como el sacerdote, concejales, cuerpos policiales y bomberos...

La fiesta: de la descripción...

La fiesta propiamente dicha dura tres días. “*La víspera* es la tarde del primer día, todo el segundo es el *día de la fiesta* y el tercero es

la despedida. El segundo día es el más importante en cuanto a su carácter público y de mayor afluencia de devotos” (Giorgis 1999: 111).

Si bien, como asegura Marta Giorgis, la duración de la festividad es de tres días, importa señalar, que la *novena* los precede indefectiblemente. Durante los nueve días previos al 15 de agosto, en la parroquia, tiene lugar la manifestación de oraciones a la virgen, por parte de aquellos creyentes que habitualmente profesan el culto católico, novena que, en el mismo templo y en el mismo momento, se lleva a cabo por parte de los no bolivianos a la advocación mariana de Nuestra Señora del Trabajo, mientras los bolivianos lo hacen frente a las imágenes expuestas de la Virgen de Urkupiña. Un devoto explica que “...ya hace mucho tiempo, que en la parroquia nos dejan traer a la virgen, y nos hicieron un lugar con ellos...”. Esta afirmación muestra, por un lado, la naturaleza de la relación entre nativos y migrantes, caracterizada en este caso por la apertura de los primeros por dejar llevar a cabo un ritual similar, con un advocación diferente a la parroquial, pero que, sustancialmente, no difiere del propio. Y, a su vez, la celebración simultánea de la novena, distingue y mantiene las diferencias entre los grupos que promesan a ambas advocaciones, distinción que dura hasta la finalización misma de la fiesta, y que se materializa claramente durante los tres días centrales, como explicaremos más adelante.

Las novenas son ritos propios del credo católico (ya sea para con las vírgenes como para con los santos), y preceden a cualquier celebración central. Como han sido instauradas por la tradición, no constituyen rituales rígidos, sino que básicamente lo pautado consiste en rezar el rosario comunitariamente y, en algunos casos, expresar espontáneamente peticiones y agradecimientos, los que suelen ser coronados por canciones religiosas. Generalmente existe un momento de vinculación privada con la divinidad, manifestada muchas veces, en el encendido de una vela o la puesta de flores, previa o a continuación de la plegaria que corresponde.

Importa señalar que las representaciones de la virgen son nítidamente diferentes: las dos imágenes de Urkupiña traídas de Bolivia se exponen separadas a la local, una de ellas (la más grande) coronada con cintas coloridas y en forma de herradura, y la más pequeña con cintas con los colores de la bandera boliviana (verde, amarillo y rojo), precedidas ambas de floreros con flores naturales y artificiales, y con un pequeño altar para velas, donde los devotos las encienden incesantemente, como muestra concreta de su devo-

ción. Susana asegura ponerle "...todos los días [que dura la novena] una vela, pidiendo por mi familia, por el trabajo, y la salud primero...", y así una larga lista de demandas, que son acompañadas por un agradecimiento permanente que, asegura Susana, "...hago siempre porque ella cumple".

Terminada la novena, se suceden los tres días centrales que caracterizan propiamente a la fiesta. En ellos se materializan las particularidades del ritual, las que se manifiestan a través de formas que permiten la visibilización del "otro" (en este caso, de la comunidad boliviana), en contraposición del no boliviano, que concurre y participa, en algunos casos, como si fuese uno más.

Desde el primer día asiste un público diverso. Algunos lo hacen motivados por la popularidad que tienen las bebidas y comidas típicas de la comunidad boliviana; otros por la misa que inicia la jornada, y están aquéllos que lo hacen con el fin de comprender el significado del cambio de ropa de las vírgenes. "Este siempre es un buen espacio para chupar api y vino", afirma un asiduo concurrente que dice ser estudiante universitario, mientras otro que lo acompaña, alzando su máquina fotográfica, señala que pretende hacer un trabajo parecido a una muestra fotográfica. "Me gusta ver las ropas que les ponen. Los vestidos de seda con hilos amarillos como el oro son los más lindos", manifiesta una asistente.

La *misa* marca la apertura del primer día y sirve como nexo entre la novena y la fiesta propiamente dicha. En ella todo gira en torno a la liturgia católica, que marca la asunción y consagración de la virgen como una divinidad. Cabe señalar que el sacerdote explica a la asamblea la importancia de esta fecha para la comunidad boliviana la que, presente, asiste una vez más a consentir la diferenciación positiva. Esta calificación (que he llamado positiva), contrasta con la negativa que se visibiliza cotidianamente en el espacio público, donde los migrantes son designados despectivamente como "los bolitas", "los indios", o simplemente "los bolivianos", expresiones que se fundan en el imaginario acerca de que los inmigrantes vienen a "quitarnos el trabajo".

Culminado el rito de la misa, se inicia uno de los momentos más esperados: *el cambio de los vestidos*. Este consiste en desvestir las imágenes de las vírgenes (tanto las de las dos mencionadas como las particulares que los devotos llevan a la fiesta) y vestirlas con nuevas ropas previamente confeccionadas, con telas de alta calidad. Esta parte de la fiesta es seguida atentamente por los asistentes,

quienes pueden ver el empeño que ponen los devotos en dejar vestidas a las vírgenes como verdaderas reinas. Una devota expresa que la hechura del vestido la “vengo haciendo desde hace varios meses. Porque tengo que comprar todo: la tela, el hilo, las cintas... y después hacerle las mediciones”, en referencia al tamaño que debe alcanzar. Y agrega: “En el fondo, uno siempre quiere ser como Ella [dice con énfasis], la que te hace favores y está al servicio de todos”.

El cambio de los vestidos a las vírgenes, se hace fuera del templo, en una habitación ubicada en el mismo predio de la parroquia. Adriana afirma que “desde algún tiempo atrás, los bolivianos permiten que la gente común [en referencia a los no bolivianos y no devotos] entren a ver el cambio de ropa, porque antes era imposible”. Frente a la pregunta de por qué cree que ha ocurrido esto, ella responde: “Le permiten entrar porque la gente siempre quiere saber todo, en realidad no es que sea privado, lo que pasa que la gente no siempre respeta... hablan en voz alta y no entiende que esto es muy importante para nosotros”.

Música folklórica boliviana y serpentinas coronan la jornada, en la que no faltan quienes concurren para beber y comer toda la noche, y adherir a los festejos, los que son acompañados con bombas de estruendo y la fusión entre comunitarios, nativos y foráneos que se mezclan en una sola experiencia, como si inconscientemente, desaparecieran las barreras culturales que los separan. La atmósfera que se crea por momentos asemeja a la de cualquier ciudad boliviana donde se homenajea a la virgen: las pequeñas bandas musicales hacen sonar la música que se escucha en el altiplano, disponiendo a los asistentes a crear un verdadero tejido donde se enhebran las comidas típicas (empanadas, picante de pollo y diversas fritadas...), las distintas variantes de bebidas alcohólicas, todas ellas adornadas por el humo de las parrillas callejeras y por las serpentinas que a menudo arrojan algunos devotos.

El segundo día no sólo es el más importante por la cantidad de público que asiste, sino por llevarse a cabo el mayor despliegue de todo lo que ha sido preparado con esmero. Junto a la expresión simbólica de los promesantes y devotos, se entrecruzan elementos vinculados a los aspectos institucionales y normativos, propios de la vida en sociedad. Aparecen no sólo las autoridades religiosas (el sacerdote de la parroquia y algún otro cura que participa en la celebración), sino que suelen concurrir instituciones folklóricas de nuestro país, el cónsul de Bolivia, autoridades policiales, algún con-

cejal que representa a la Villa, y “una escolta de cuatro representantes del Cuerpo de Bomberos de la ciudad de Córdoba, que todos los años son invitados para custodiar a las vírgenes” (Giorgis 1999: 120).

A la mañana, y antes de la procesión, se izan las banderas nacionales y se entonan los himnos respectivos. Luego, en medio de guirnaldas y humaredas de incienso, las autoridades acompañan la procesión que en un círculo de bailes rodea la plaza. El lugar que éstas ocupan es lo suficientemente estratégico como para “hacer saber” que adhieren a un festejo que ya forma parte de las celebraciones de la Villa, aunque los protagonistas centrales no sean connacionales.

Otros dos momentos de este día merecen ser considerados: por un lado, el desfile de las cofradías y los cargamentos y, por el otro, la actividad comercial que se lleva a cabo en la plaza, paralela a las celebraciones.

Diversos tipos de automóviles desfilan mimetizados con la fiesta. Los bolivianos los llaman *cargamentos* por la cantidad de cosas diversas que cargan. Autos y camionetas son adornados con variados elementos, algunos propios de Bolivia, como la bandera nacional y la mención de atributos propios de alguna ciudad de ese país, otros con elementos que marcan la impronta étnica, representada en los aguayos (mantas multicolores), objetos de platería, balsas de totora que representan el pasado aymara del Titicaca, e instrumentos musicales de viento, propios de los valles cochabambinos y de los parajes montañosos. “Nosotros estamos un tiempo para ver qué le ponemos al auto”, afirma Jorge, en referencia a las discusiones que se propician a la hora de elegir qué cargar o no.

La bandera argentina suele estar presente en algunos automóviles. No sólo pretende expresar la fraternidad entre países, la que está presente permanentemente en las oraciones que a viva voz se manifiestan cada vez que se detiene la procesión, sino que expresa también la presencia que tienen algunos argentinos dentro del núcleo familiar de los migrantes, especialmente como resultado de las alianzas matrimoniales.

Junto a los estandartes bordados en finos hilos dorados o plateados, donde puede leerse el nombre de los promesantes y el año de su consagración, los numerosos caporales bailan al son de la música. Niños y jóvenes de distinto sexo ocupan los lugares estratégicos, danzando al compás de los bailes milenarios. La coreografía y el símbolo de lo representado, muestran una vez más su concepción sobre la sociedad, la que está atravesada por figuras sincréticas, de connotación religiosa, que parecieran guiar determinísticamente las prác-

ticas de los actores. Santos y diablos enmascarados encabezan la jerarquía de los bailarines, y se entremezclan representando lo bueno y lo malo de la sociedad (la dualidad del pensamiento andino) y, a su vez, una sociedad jerárquica, donde las autoridades presiden la vida de los individuos, los que se comportan de acuerdo a lo prescripto, que -en este caso- en la danza, se simboliza con señales, gritos y silbatos, que estos guías propinan a los danzantes.

Por otro lado, contrastando con la atmósfera festiva que domina en los alrededores de la plaza, donde se conjugan la fiesta para las vírgenes, con el ritual de comer comidas típicas en los innumerables puestos que se instalan junto a la capilla, se encuentra la feria.

En la vereda de la plaza, emerge la feria de artículos usados que los pobladores -la mayoría no bolivianos- monta periódicamente, como actividad de supervivencia, y a la que concurre cualquier vecino, cuando necesita algún elemento que le sirve para arreglar su cocina, el baño, o bien reparar la bicicleta, sabiendo que el precio a pagar, siempre será más bajo que el que se paga por un repuesto nuevo. Todos los sábados, argentinos y bolivianos confluyen en la plaza donde instalan diversos objetos nuevos y -especialmente- usados, para la venta. Inodoros y bicicletas, cables, escaleras e instrumentos musicales, se exhiben junto a tornillos y herramientas varias, muebles y cortadoras de césped.

A su vez, ubicadas en forma perpendicular a la feria, pueden observarse las humeantes parrillas con diferentes tipos de carnes y las carpas donde se encuentran grandes ollas con comidas típicas. Estas complementan el marco de lo que se vende para comer, y siempre están repletas de gente, la que se amontona para solicitar -casi a empujones- lo que piensa comer y beber. Se intercalan con ellos los vendedores ambulantes quienes con gritos y cantos pretenden conformar a los curiosos con globos, con distintos tipos de silbatos e imágenes de la Virgen de Urkupiña, acompañadas de rosarios, anillos y demás objetos.

El segundo día culmina con festejos en casas particulares y salones de baile, donde puede accederse libremente o, en algunos casos, con invitaciones especiales. En ellos se sigue comiendo y bebiendo casi hasta el amanecer. Muchas veces ocurre que algunos jóvenes hacen verdaderas procesiones entre los vecinos, comiendo y bebiendo en cada casa que visitan. “Para nosotros es muy importante reunirnos con la familia y los amigos -afirma Jorge-, porque estamos juntos como si fuera en Bolivia. (...) Siempre viene alguno y le hacemos pasar para que coma, para que tome...”.

“Al día siguiente tiene lugar *la despedida* o, como se llama, *el último día* que se lleva a cabo en el domicilio de los pasantes. Una vez más se trata de una retribución, pero esta vez la de los pasantes a todos los que colaboraron con ellos. Lo hacen invitando comida y bebida” (Giorgis 1999: 126). En algunas ocasiones, cuando el lunes cae 17 de agosto, la fiesta religiosa se funde con las celebraciones cívicas propias del día de la Villa, en relación al aniversario de la muerte de José de San Martín, instaurado por el Estado como el “Padre de la Patria”. Nuevamente la fiesta se apodera de la Villa, ahora sin tanto colorido y tinte religioso, pero con la presencia populosa de miembros de la comunidad boliviana, que la viven como propia.

...a la significación

Ahora bien, como puede verse, la fiesta de la Virgen de Urkupiña constituye un espacio fundamental de socialización para los migrantes bolivianos, que desde hace tiempo se vienen asentando en Villa El Libertador.

Si bien la migración rompió -en algunos casos- las relaciones de intercambio existentes en el lugar de procedencia -y muchas de ellas basadas en los lazos de parentesco-, el convivir barrialmente con otras familias venidas de la misma zona y que mantienen similares prácticas culturales, e incluso, se encuentran en la misma situación de precariedad laboral, permitió la regeneración de las relaciones sociales que funcionan estructuralmente de manera similar a las existentes en su tierra, resignificadas a partir de la comunión con prácticas rituales (por ejemplo, la fiesta de la Virgen de Urkupiña, la fiesta de la Pachamama, los bautismos, comuniones, matrimonios...), que operan como identitarias y creadoras de nuevos lazos de parentesco a partir de la socialización que implican los padrinzos, compadrazgos, noviazgos y casamientos³.

Al hablar entonces de migración y de construcción de los marcos identitarios, se hace referencia a las formas en que los agentes aludidos construyen y resignifican sus prácticas sociales, en tanto

³ Al respecto Belli y Slavutsky (2001) señalan la significación que cobra el acto migratorio, al definirlo como una construcción elaborada socialmente que está imbricada en las condiciones estructurales generales y particulares de la sociedad, tanto como en la organización de la vida cotidiana. Asimismo, sostienen que implica flexibilidad sobre las condiciones de vida locales y generales, decisiones que constituyen las prácticas y las conciencias. Es uno de los diversos procesos materiales que producen las lógicas prácticas con que las personas y los colectivos sociales producen, reproducen y transforman

mecanismos de acción condicionados por un contexto sociohistórico concreto. El padrinzago, el casamiento, las prácticas religiosas, entre otros, se transforman en hechos que ligan parentalmente a los migrantes, apareciendo -muchas veces- como la instancia que permite contrarrestar los problemas económicos y de exclusión social que el medio impone⁴.

Y como hemos señalado al inicio del capítulo, esta fiesta es ante todo una celebración consagrada por los bolivianos de la Villa como una manifestación de fe y de refuerzo de sus sentidos de pertenencia. Su vigencia se actualiza no sólo por su realización periódica, sino por el vínculo recíproco que mantienen con la divinidad.

Esta reciprocidad no se estructura a partir de un interés necesariamente económico. Y aún cuando a la virgen se la identifica como dadora de gracias materiales, la circulación de un servicio (preparación y celebración pública de la fiesta) y la contraprestación (la estabilidad material y espiritual) trasciende el plano familiar y se proyecta en el plano comunitario, donde la lógica de la creencia se expresa en la hermandad de compartir la misma fe, pertenecer al mismo lugar de origen, y sobre todo, la conciencia de ser, frente al “otro” (al nativo, argentino o “criollo”), el “bolita” que hace trabajos precarios por su “ilegalidad”⁵.

En otras palabras, la instancia de festejar a la virgen cada año, pone en evidencia la acción de perpetuidad que cobra el evento. Se hace visible la aseveración maussiana de la permanencia del contrato, el que se ve continuado -o mejor dicho no cancelado- con la aparición anual de los nuevos promesantes, quienes asumen el deber comunitario de seguir haciendo aquello que ha sido instaurado previamente. La regla central de la fiesta es el intercambio y, en este caso, lo material (la casa, el trabajo, el auto...) se subsume en el

⁴ Al respecto, Giorgis (1999: 115) nos dice que, por ejemplo, en el caso de los pasantes (protagonistas centrales en la fiesta de Urkupiña), “tienen entre sí una relación de compadrazgo o padrinzago, vínculo de parentesco ceremonial proveniente de los actos sacramentales cristianos que la tradición quechua y aymara recrea. Implica relaciones de reciprocidad en cuestiones religiosas, laborales y sociales”.

⁵ Siguiendo a Mauss (1979: 158) podemos aseverar que en las relaciones recíprocas, aparentemente de carácter libre y voluntarias, existe un componente obligatorio e interesado, que permite entrever un interés económico, pero también, de legitimación social (o sea, simbólico). La noción de sistema de prestaciones totales es definida por el autor como una instancia donde lo que (en este caso) los devotos intercambian “no son exclusivamente bienes o riquezas, muebles e inmuebles, cosas útiles económicamente; son sobre todo gentilezas, festines, ritos (...) en las que el mercado ocupa sólo uno de los momentos, y en las que la circulación de riquezas es sólo uno de los términos de un contrato mucho más general y perma-

hecho de devolver “la gentileza” del dar, a través del agradecimiento, que es, ante todo, público.

A su vez, esta divinidad aparece como importante para los migrantes, ya que ha sido instaurada por los bolivianos creyentes, como garante de la prosperidad en el nuevo país: los devotos afirman que socorre con dinero y bienes materiales a todos “sus hijos” que lo soliciten, asegurando así la supervivencia de la persona o su grupo. Se produce así una consagración pública -frente a los cordobeses que no son bolivianos-, de una fiesta, que si bien está abierta a la participación de todos, se la reconoce socialmente, como “la fiesta de los bolivianos de Villa El Libertador”, o sea, la visibilización de una práctica de “otros”, pero dado su carácter público, abierta para todos.

Interesa señalar ahora los sentidos de esta fiesta, una vez definida la naturaleza de la relación entre los participantes y la divinidad. Si bien el festejo se realiza todos los años, durante los mismos días, y presenta etapas marcadas, insustituibles, como lo son la novena, la misa, el cambio de ropas, la procesión..., lo que da la apariencia de un ritual debidamente normado, deja abierta una serie de intersticios, que rompen con las prescripciones propias de lo -supuestamente- instituido. Las manifestaciones de los devotos, visibles -entre otros- en las danzas y cantos que se ofrecen, se articulan con las de los curiosos y no comunitarios, caracterizadas por la espontaneidad y muchas veces el asombro, frente a pautas culturales diferentes.

A lo que parece normado se le oponen formas diversas de manifestaciones individuales y colectivas, que hacen del suceso una fiesta, un espacio para expresar, por encima de lo reglado, las diferencias que atraviesan la vida cotidiana de los habitantes de la Villa.

Por un lado, hemos señalado que a la fiesta no asisten solamente bolivianos, sino que también lo hace gente que no pertenece a esta comunidad, como también algunas personas reconocidas socialmente como autoridades políticas, religiosas, internacionales... La fiesta se transforma, por lo tanto, en un espacio de mediación donde se encuentra y convive, en una difusa dinámica, aquello que cotidianamente aparece fragmentado y contrapuesto: migrantes y nativos, dirigentes y dirigidos.

Este espacio de manifestación de alegría y fraternidad, simultáneamente, crea la ilusión de un consenso donde se intentan invisibilizar así las diferencias sociales, conformándose una suerte de uniformidad que, mientras dura la fiesta, parece hacer desaparecer los prejuicios raciales y la marginación que padecen cotidianamen-

te muchos de los inmigrantes bolivianos indocumentados.

A su vez, se refuerza el sistema jerárquico, debido a que en el mismo espacio de la fiesta, las autoridades ocupan un lugar central, autolegitimándose con el hecho público de adhesión y participación, reforzada generalmente por medio de altoparlantes, cuando los organizadores le anuncian a los participantes, la presencia de aquéllos. El encuentro festivo opera así como un reproductor de las relaciones sociales, en tanto no sólo legitima la presencia de los migrantes que ocupan el espacio público, sino también las autoridades instituidas por los Estados nacionales y por la Iglesia, supuestos garantes de la vigencia de las normas legales y sociales actuales⁶.

Es preciso señalar que varios migrantes bolivianos sin documentos argentinos y fuera de los tiempos legales previstos para residir en el país, comparten la fiesta con autoridades consulares bolivianas, a las que acusan de no facilitar la posibilidad de obtener la residencia en Argentina. “Siempre te dicen una cosa o la otra, pero lo que más quieren es que le digas que tienes el dinero para estar aquí, y cómo quieres que lo consiga si me pagan dos pesos la hora para limpiar la casa de la señora [en alusión a la casa de familia donde trabaja]”, afirma Rosario. Por su parte, Susana agrega que las autoridades les demoran los documentos “y nosotros queremos mandar a los chicos a la escuela, y la directora nos dice que el gobierno les pide documentos argentinos, y no los quieren anotar”.

Dentro de la fiesta, merece particular atención detenerse a explicar los sentidos atribuidos a las danzas que llevan a cabo los caporales de las numerosas fraternidades que se hacen presentes en el momento de la procesión.

Los danzantes de ambos sexos van vestidos con trajes que evocan a personajes con connotación divina (ángeles, santos, diablos...) o bien a conceptos abstractos, como la muerte o la vida. Suelen representar también a algún animal propio de la comunidad de procedencia, con valor sagrado.

Las vestimentas preparadas generalmente a mano y con mucho tiempo de anticipación, ponen en un primer e igual plano a todos los seres vivos del mundo, y las atribuciones que sobre ellos se hacen o que ellos representan. Muchos son antagónicos, como por

⁶ Al respecto, Anthony Wallace (1966) afirma que en los cultos comunitarios, donde el sistema de creencias y prácticas se complejizan, y en los que pueden verse agrupamientos organizados societalmente, se llevan a cabo fiestas y rituales vinculados a conseguir el bienestar del grupo o a reforzar determinados tipos de relaciones sociales.

ejemplo los diablos y los ángeles, y otros provienen del mundo precolombino, impronta presente aún en la cosmología de estos migrantes, y que se hace visible como creencia y práctica sincrética. Pedro afirma que en su fraternidad está representada toda la comunidad: “Acá está todo, lo bueno, lo malo, los vivos, los muertos y todos nuestros dioses...”.

El ritmo de los tinkus otorga movimiento e imprime en el heterogéneo grupo la dinámica necesaria para completar el círculo procesional, representando no sólo el desplazamiento espacial, sino el tiempo histórico que atraviesa inexorablemente a todos los grupos sociales.

Estos grupos danzantes simbolizan a la sociedad misma: están precedidos por personajes jerárquicos, que controlan el orden interno del grupo, y se identifican por ir adelante y portar símbolos como cruces, espadas y máscaras de personajes socialmente importantes. Algunos emiten sonidos con silbatos y amenazan con punir cualquier intento de alteración del orden o rumbo instituidos. Cada participante ocupa un lugar específico, así como cada uno lo hace en la sociedad en la que vive, reflejándose esta realidad simultáneamente en la procesión, donde en el todo, se puede ver claramente, el lugar que ocupa cada uno, desde las divinidades, hasta las autoridades y los fieles.

Al respecto, Pierre Ansart (1993: 99) sostiene que en los pueblos con una cosmología donde lo mítico ocupa un lugar central, este tipo de relato no solamente representa “la estructura totalizante del sentido colectivo, sino también un instrumento de regulación social, el código a la vez funcional y coercitivo que impone el mantenimiento del sistema de estratificación, (...) es una especificidad del sistema mítico el asegurar simultáneamente la provisión del sentido globalizante -la explicación del mundo y de las cosas- y la imposición del sistema de jerarquías y poderes”⁷.

De todas maneras, entre las fuerzas constitutivas de este 'todo' existen tensiones permanentes, una suerte de enfrentamiento constante entre los elementos opuestos que integran o forman parte de esa totalidad. Pero es en esta oposición donde radica justamente la dinámica, la que rompe con cualquier concepción estática y que encuentra sentido en el accionar de los seres que intervienen permanentemente para lograr el equilibrio entre las fuerzas que se oponen. Este cosmos creado por los dioses es concebido como dual,

⁷ También puede consultarse a Kusch (1977).

como un universo par, donde los elementos que se oponen, son, a su vez, el necesario complemento para el mantenimiento del orden creado. Así, la existencia de los seres vivos y de las cosas se subsume en ese equilibrio entre las fuerzas opuestas que, al complementarse, dotan de dinamismo a ese universo creado, garantizando al mismo tiempo su continuidad, su reproducción.

En otras palabras, los elementos opuestos que aparecen en las fraternidades están expresados en los conceptos de *tinku* y *kuti*, de origen precolombino. “Tinku es el nombre de las peleas rituales en las que se encuentran dos bandos opuestos, frecuentemente llamados *alasaya* (el lado de arriba) y *māsaya* (el lado de abajo). Parece un combate guerrero, pero en realidad se trata de un rito; por eso une. El *tinku* es la 'zona de encuentro' donde se juntan dos elementos que proceden de dos direcciones diferentes: *tincuthaptatha*, encontrarse los que van y vienen en el camino” (Bouysse-Harris, 1987: 30). Estas peleas rituales simbolizan el juego de fuerzas que se dan en el plano social, donde convergen el *tinku* que implica la igualación, frente al *kuti* que implica un vuelco, un cambio o inversión que se explicita, por ejemplo, en las disputas con autoridades consulares, o en los intentos por ocupar un lugar en el ámbito social extracomunitario.

En síntesis, es posible visibilizar la dualidad simbólica y social constitutiva de esta cosmología, la que, más allá de sus particularidades, reproduce en sus prácticas la dinámica social donde las fuerzas que se oponen son, a la vez, generadoras de la transformación a partir de una continua búsqueda del equilibrio. Así, en su actual concepción histórica, es este juego de opuestos un movimiento permanente, donde el mundo de arriba (de los dioses) y el de abajo (para algunos, de los antepasados) fecundan al de los hombres y contribuyen a regenerar la sociedad.

Complementa a esta representación, el consumo de las bebidas típicas como la chicha, la aloja o el api, y de las comerciales, como el vino o la cerveza. La abundancia de bebida en el marco de la fiesta debe entenderse no sólo como la expresión del festejo y de todo lo que está dispuesta la comunidad a ofrecer a sus dioses, sino también, como todo aquello que ella espera de sus divinidades, o sea, la prolífica devolución que los seres sobrenaturales llevarán a cabo, tanto en bienes materiales (la casa o el auto, por ejemplo) como en salud y bienestar para todos sus miembros. La bebida aparece aquí como el ingrediente necesario capaz de mediar las intenciones y las prácticas de los celebrantes, transportándolos a un mundo casi de

saciedad que expresa hasta dónde son capaces hombres y divinidades, de satisfacerse mutuamente.

Cabe señalar también la aceptación social que tiene el consumo de alcohol en el contexto festivo. Por ejemplo, la chicha es la bebida milenaria que se asocia a toda festividad ligada a la supervivencia comunitaria (siembra, cosechas en Bolivia, tener trabajo en Argentina), garantizando la fertilidad de todo lo que es capaz de reproducirse, especialmente del grupo social en cuestión. No obstante, la línea que divide lo socialmente aceptado y lo prohibido es muy delgada, estando definida en forma subjetiva por diferentes sectores comunitarios, los que expresan sanciones distintas (por ejemplo calificativos morales) para quienes consumen. Muchas veces, los “borrachos” son calificados de viciosos y desacreditados públicamente, acto que permite el silenciamiento de unos y la imposición de intereses particulares por parte de otros (los que sancionan)⁸.

A este marco de danzas y consumo de alcohol, se le suma la feria, la que aparece casi como imperceptible, pero a la vez, naturalizada dentro del festejo. Al extenderse en el sentido de la calle donde se baila y se reza, la misma acentúa lo heterogéneo de la celebración. Un verdadero mercado de lo usado y de lo “robado”, como expresó un informante, se monta como un ámbito natural de comercialización dentro de la Villa, mediado por las transacciones infaltables de los sábados, las mismas que cada 15 de agosto los bolivianos no llevan a cabo por tener que participar de la fiesta, de esa fiesta donde se renuevan los pedidos de trabajo, expresados en este caso, con vender lo que se expone. Así, trabajo cotidiano y fiesta religiosa se conjugan en un todo, donde lo cotidiano se hace público, se muestra para otros -para los argentinos que viven en la Villa-, pero también para los propios migrantes, los que, en el acto visible de mostrar sus creencias, renuevan el sentido de pertenencia comunitaria, fuerza natural para sobre llevar los prejuicios discriminatorios y la precariedad laboral.

Vemos de esta manera cómo la fiesta se transforma en un espacio para el análisis de la realidad social. La fiesta simboliza el mundo cotidiano, en el sentido que en ella se encuentra presente todo lo que en él existe: las personas, las cosas, los imaginarios y, ante todo, las posiciones que ocupa cada uno en la sociedad. Y es aquí donde se hace evidente la cosmología a la que hicimos alusión al inicio

⁸ Para profundizar los sentidos atribuidos a la bebida y a quienes beben en un contexto de fiesta se puede consultar Harvey (1993).

del trabajo. En ella se resume la experiencia sagrada signada por la herencia precolombina y las prácticas cristianas sobrevivientes de la colonización, con la experiencia profana, la de todos los días, que se imbrica en el contexto social, y en este caso, con la realidad argentina, cordobesa, de Villa El Libertador.

Conclusión

Como hemos afirmado al inicio, uno de los objetivos del trabajo fue establecer la existencia de espacios o nichos donde se lleven a cabo prácticas culturales tendientes a reforzar los marcos identitarios, marcos a los que podemos acceder para establecer el fundamento de los imaginarios y las prácticas sociales, en este caso, de los migrantes bolivianos. Sin duda que la fiesta de la Virgen de Urkupiña constituye una puerta de entrada para comprender cómo los migrantes bolivianos refuerzan sus marcos identitarios.

Esta fiesta se lleva a cabo en nombre de un colectivo, un grupo con un pasado e historia común que deja oír su voz en la esfera pública. Pero esta voz, esta práctica no implica una demanda hacia un oponente, a partir de un hecho, de una realidad caracterizada como de injusticia. Tampoco esta acción colectiva impulsa demandas particulares con pretensión de generalizarlas y lograr solidaridad. Ante todo, la festividad aparece como una instancia de mediación, como un ámbito donde es posible expresar no sólo la creencia que se tiene, sino también el pasado histórico, la tradición, donde se conjugan prácticas precolombinas con las huellas indelebles que el cristianismo impuso en nuestro continente.

Sin duda, entonces, que la fiesta de la Virgen de Urkupiña es una fiesta de la comunidad boliviana de Villa El Libertador, la fiesta que los migrantes celebran desde hace más de veinte años. En ella se afirman los sentidos de pertenencia no sólo dados por el lugar de origen, la historia y la cultura común, sino que también cobra el sentido de una fiesta con fuertes insinuaciones patrióticas, que parecen potenciarse aún más, en tanto los protagonistas centrales son bolivianos y los festejos se hacen en otro país.

El espacio público, en este caso la plaza de la Villa, se convierte durante tres días en un ámbito distinto al cotidiano, sufriendo una forma de extrañamiento, donde los participantes (nativos y migrantes) se involucran por medio de una nueva simbiosis, la que deja transparentar difusamente, los complejos mecanismos de interacción social.

La fiesta, por lo tanto, remite al ámbito religioso, a un espacio don-

de es posible reconocer prácticas de fe, pero que a su vez, se vinculan (las que no se escinden, por decirlo en otras palabras) con el mismo espacio donde se desarrolla la vida cotidiana. Ésta, como lo atestiguan los migrantes, está atravesada por momentos donde los prejuicios y las dificultades laborales suelen ser un común denominador.

La migración deslocaliza a las personas y las reubica en un nuevo ámbito. El migrante debe utilizar las estrategias más eficaces, no sólo para garantizar la supervivencia material, sino para contrarrestar las diferentes formas de “no aceptación” en el nuevo medio. O sea, que debe buscar la manera de legitimar su presencia social, y en este caso, la fiesta opera como un espacio donde, en forma colectiva, el migrante muestra sus creencias y abre un vínculo de participación con el no connacional.

De lo afirmado anteriormente, surge una aseveración: la “integración” entre migrantes y argentinos no es fácil. Aun cuando los sectores allegados a la capilla Nuestra Señora del Trabajo aceptan compartir las instalaciones y participar de la celebración, queda claro en las entrevistas que la fiesta de la Virgen de Urkupiña es “la fiesta de los bolivianos”. La nacionalidad constituye un elemento que separa y distingue, aun cuando en el acto oficial o en los rezos, se habla de “la unión del pueblo boliviano y del pueblo argentino”. En la Villa nunca se deja de ser boliviano. Y en muchos casos, se es -despectivamente- “bolita”, especialmente cuando se materializan las disputas y agresiones y se desvanece la delgada línea que crea la ilusión de la unidad, tanto dentro de la fiesta, como en las actividades cotidianas.

Los testimonios muestran que entre los migrantes existe una conciencia de la desigualdad, por las asimetrías existentes entre ellos y los representantes de la sociedad nacional. No siempre están dados los caminos para que esta desigualdad se transforme en diferencia, y si bien, la fiesta constituye un espacio de encuentro, representa más una muestra de las relaciones sociales, que un medio eficaz para cambiar la naturaleza de las relaciones, entre miembros y no miembros.

Por lo tanto, la fiesta está lejos de representar un proyecto o un cuestionamiento al orden social, representando más un espacio que permite poner en acto una forma de concebir el mundo y, por la misma acción del contraste, de las diferencias culturales, fortalecer los sentidos de pertenencia. Debemos comprender que la lógica del funcionamiento de lo social está representado en la fiesta misma, ya que la reciprocidad existente con la divinidad es análoga con el sistema de relaciones sociales (pocas veces simétricas) que involucra

a los residentes entre sí, y a éstos con la sociedad nacional.

Por último, quiero detenerme en la cosmología que caracteriza a estos migrantes, y que permite completar los sentidos atribuidos a la fiesta. Cambiar los vestidos a las vírgenes no sólo representa una forma de agradecer a la divinidad, sino también, de proyectar en este acto, un cambio interior, una forma de disposición que trasciende la dimensión individual y la coloca en la social. La expresión de querer ser como ella, implica asumir un rol comunitario de servicio, especialmente con los miembros de pertenencia, y como forma de mitigar los obstáculos cotidianos que impone el ser migrante. En otras palabras, representa el despojo del “hombre viejo” que ve nacer uno “nuevo” (simbolizado en quitarse la ropa vieja y ponerse la nueva) y que se compromete públicamente frente a sus connacionales y a la comunidad toda.

A su vez, los cargamentos, las danzas y el festejo por medio de la elaboración de abundante comida y bebida, evidencian un pasado histórico que se ha superpuesto, en parte, a las marcas que los Estados nacionales intentaron imprimir luego de la etapa colonial.

La fiesta aparece no sólo como un lugar de manifestación de las creencias, sino también como la manera simbólica de recrear las actividades cotidianas, de fortalecer las relaciones entre los hombres y las divinidades y de asegurar la supervivencia comunitaria (reproducción social). Así, los bienes que circulan en ella simbolizan (por extensión) los que circulan en la sociedad, y las formas de circulación expresan la naturaleza de esas relaciones sociales. El comportamiento simbólico expresado por el grupo durante las festividades crea condiciones favorables para la reciprocidad mediante la redistribución de bienes, fundados en sentidos de pertenencia a un mismo país o por lazos de parentesco, y que apuntan a lograr una mayor cohesión del grupo.

Así, la fiesta cumple una función integradora, tendiente a propiciar la cohesión comunitaria y a garantizar la reproducción social, en tanto se promueve el sentido de pertenencia y, simultáneamente, su consistencia y renovación a través del sentido que alcanza la experiencia colectiva con los seres sobrenaturales que asisten a la población: dioses (en este caso vírgenes) y hombres, se entrelazan en una experiencia que se subsume en brindarse mutuamente, la mayor satisfacción.

De lo enunciado con anterioridad, se desprende que el nuevo lugar de residencia opera como un ámbito de socialización, capaz de re-significar prácticas anteriores, potenciando ahora otras marcas de lo identitario, que no tienen necesariamente que ver tanto con la ciudad

de procedencia, sino más con el país de origen (en este caso Bolivia) o con la adscripción étnica (“la comunidad kolla”, por ejemplo), y con festividades que expresan rupturas y continuidades en la historia de las trayectorias de los migrantes. Por lo tanto, el nuevo espacio de residencia se transforma en un nuevo ámbito social y cultural.

Es así como estos espacios o nichos (en este caso Villa El Libertador), no sólo son lugares concretos de existencia física, sino que son los ámbitos naturales desde donde se construyen los marcos identitarios que disparan las prácticas sociales, o sea, lugares que pueden ser entendidos como de reconstrucción permanente de los imaginarios sobre el mundo social y, a su vez, donde se generan los mecanismos de resistencia, frente a las diferentes relaciones -muchas veces de coerción y/o violencia simbólica- dentro de la estructura social.

Bibliografía

- Ansart, Pierre (1993). “Ideologías, conflictos y poder”, en E. Colombo, *El imaginario social*, Montevideo: Altamira.
- Bastide, Roger (1995). *Sociología de la Religión*, Madrid: Júcar Universidad.
- Belli, Elena y Ricardo Slavutsky (2001). “Nuevas formas de reproducción de la exclusión”, en *Antiguos y nuevos asalariados en el agro argentino*, Buenos Aires: La Colmena.
- Bouysse-Cassagne, Thérèse y Olivia Harris (1987). “Pacha: En torno al pensamiento Aymara”, en *Tres reflexiones sobre el pensamiento andino*, La Paz: Hisbol, pp. 11-59.
- Harvey, Penélope (1993). “Género, comunidad y confrontación. Relaciones de poder en la embriaguez en Ocongate, Perú”, en Th. Saignes (comp.), *Borrachera y Memoria. La experiencia de lo sagrado en los Andes*, La Paz: Hisbol/IFEA.
- Kusch, Rodolfo (1977). *El pensamiento indígena y popular en América*, Buenos Aires: Hachette.
- Giorgis, Marta (1999). “...Y hasta los santos se trajeron”, en *50 Cuarto intermedio*, Cochabamba.
- Mauss, Marcel (1979). “Ensayo sobre los dones. Motivo y forma del cambio en las sociedades primitivas”, en M. Mauss, *Sociología y Antropología*, Madrid: Tecnos.
- Wallace, Anthony (1966). *Religion: An Anthropological View*, New York: Rando House.

Sobre los autores

Julia Albarracín

Es Doctora en Ciencias Políticas por la Universidad de Florida, Estados Unidos. Para la realización de su tesis doctoral titulada “Políticas Migratorias argentinas en perspectiva comparada: factores económicos, culturales, institucionales e internacionales” recibió becas de la *Tinker Foundation*, *National Science Foundation* y de la Universidad de Florida. Actualmente se desempeña como *Assistant Professor* en la Universidad de Western Illinois en los Estados Unidos.

José María Bompadre

Es Profesor en Historia por la Universidad Nacional de La Pampa (UNLPam); Licenciado en Comunicación Social por la Universidad Nacional de Córdoba (UNC); Maestrando en Antropología de la UNC. Es docente en la Escuela de Ciencias de la Información de la UNC y profesor de Antropología Cultural e Historia Argentina Aborígen II en el Instituto de Culturas Aborígenes de Córdoba, donde se desempeña como miembro permanente del Departamento de Investigación y como colaborador permanente en la Revista Cultural “Pachamama”. Es integrante del proyecto “Cultura política y acción colectiva en los '90. Córdoba en el contexto nacional” en el Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba.

Eduardo E. Domenech

Es candidato a Doctor en Sociología por la Universidad de Salamanca (USAL); Master en Calidad Educativa por la Universidad Autónoma de Barcelona (UAB); Magister en Demografía por el Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba (CEA-UNC); Licenciado en Ciencia Política por la Universidad Católica de Córdoba (UCC). Se desempeña como docente-investigador en el CEA-UNC, donde co-coordina el Programa Multicultura-

lismo, Migraciones y Desigualdad en América Latina. Fue becario del Ministerio de Cultura y Educación de la Nación y actualmente lo es de la Secretaría de Ciencia y Tecnología de la Universidad Nacional de Córdoba (SECyT-UNC). Ha dictado cursos y seminarios en carreras de posgrado de la UNC y la Universidad Nacional de Catamarca (UNCa). Es integrante del Grupo de Trabajo “Migración y Cultura” del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). Actualmente desarrolla su tesis doctoral sobre el papel del Estado y la escuela en la construcción y legitimación de la diferencia y la desigualdad en contextos migratorios y multiculturales.

Sergio Caggiano

Es candidato a Doctor en Ciencias Sociales por el Instituto de Desarrollo Económico y Social y la Universidad Nacional de General Sarmiento; Magister en Sociología de la Cultura y Análisis Cultural, Universidad Nacional de San Martín e Instituto de Altos Estudios Sociales; Licenciado en Comunicación Social, Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Como becario del CONICET, trabaja problemas ligados a migraciones, interculturalidad y discriminación. Ha desarrollado tareas de investigación para la UNLP, el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y el *Center for Latin American Social Policy*, University of Texas, Austin. Integra el Grupo de Trabajo “Migración y Cultura” de CLACSO. Es autor de *Lo que no entra en el crisol. Inmigración boliviana, comunicación intercultural y procesos identitarios* (Prometeo, 2005). Es docente en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP, y en la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. Ha dictado cursos y seminarios de posgrado en la UNLP, en la Universidad Nacional de Jujuy y en la Universidad Nacional de Córdoba.

Corina Courtis

Es Doctora en Ciencias Antropológicas por la Universidad de Buenos Aires, donde enseña Etnolingüística en la Facultad de Filosofía y Letras. Trabaja sobre migración y discriminación, combinando la perspectiva antropológica con herramientas de la lingüística. Es autora de *Construcciones de alteridad. Discursos cotidianos sobre la inmigración coreana en Buenos Aires* (Eudeba, 2000) y de diversos artículos sobre inmigración coreana en la Argentina. Ha realizado estudios sobre política/normativa migratoria y racismo, migración y derechos humanos, racismo discursivo y discursos sobre

la discriminación étnico-racial, y ha participado en la producción de informes sobre la situación local de solicitantes de asilo y refugiados, migración y prostitución, y migración y servicio doméstico. Ha sido becaria de la Universidad de Buenos Aires, la Korea Foundation y el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), del cual es actualmente investigadora. Ha recibido invitaciones de la Universidad de Michigan y de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París.

Ana Inés Heras Monner Sans

Doctora y Magister en Educación por la Universidad de California. Fue becaria post doctoral en CONICET por la Universidad Nacional de Jujuy. Actualmente reviste el cargo de Investigadora Adjunta de CONICET con sede en la Universidad Católica de Santiago del Estero, Departamento Académico San Salvador de Jujuy. Se desempeña, además, como Investigadora Responsable de una red de diez instituciones (universidades públicas y privadas, Institutos CONICET y Asociaciones Civiles) que llevan adelante la investigación “Trabajo, Desarrollo y Diversidad” (www.trabajoydiversidad.com.ar), financiada por la Agencia Nacional Científica y Tecnológica, en la línea de Proyectos de Áreas de Vacancia/FONCyT. Preside la Asociación Civil INCLUIR, Instituto para la Inclusión Social y el Desarrollo Humano.

Gabriela Novaro

Se desempeña como investigadora del Instituto de Antropología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA). En esta unidad académica dirige el proyecto UBACyT “Cultura y Educación. Representaciones sociales en contextos escolares interculturales”. Profesora de Antropología en la misma facultad. Obtuvo el doctorado en antropología de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA a partir de la tesis “Nacionalismo y diversidad cultural en educación. Un análisis antropológico de los contenidos escolares”. Ha dictado cursos y seminarios en carreras de grado y posgrado vinculados a la temática de antropología y educación” en la Universidad de Buenos Aires y en la Universidad Nacional de Córdoba. Colabora en programas educativos del Ministerio de Cultura y Educación de la Nación y de la Secretaría de Educación de la Ciudad de Buenos Aires.

María Paula Montesinos

Es Licenciada en Ciencias de la Educación y Magister en Políticas Sociales por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Se desempeña como investigadora en el Programa de Antropología y Educación del Instituto de Ciencias Antropológicas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en temáticas vinculadas con el Estado, las políticas educativas, la desigualdad social y la diversidad cultural. Ha dictado cursos y seminarios de posgrado en la UBA y en el Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba (CEA-UNC). Es asesora del Programa 'Puentes Escolares: oportunidades educativas para chicos y chicas en situación de calle' de la Secretaría de Educación del gobierno de la ciudad de Buenos Aires.

Claudia I. Ortiz

Se desempeña como docente-investigadora en la Universidad Nacional de Córdoba (UNC) y la Universidad Nacional de Chilecito (UNCh). Es Magister en Comunicación y Cultura Contemporánea por el Centro de Estudios Avanzados de la UNC y Licenciada en Comunicación Social por la UNC. Actualmente realiza el Doctorado en Ciencias Sociales del Instituto de Desarrollo Económico y Social y la Universidad Nacional de General Sarmiento (IDES-UNGS). Es becaria en el proyecto “Los migrantes del Cono Sur en el espacio público: Identidades diferenciadas y lucha por los derechos ciudadanos” (FONCyT-IDES). Integra el programa Multiculturalismo, Migraciones y Desigualdad en América Latina del CEA-UNC.

Indice

Presentación	05
Dora Celton	
Introducción	07
<i>Eduardo E. Domenech</i>	
Inmigración en la Argentina moderna: ¿un matrimonio en la salud y en la enfermedad con los europeos?	19
<i>Julia Albarracín</i>	
En torno a la diversidad sociocultural. Algunas relaciones posibles entre migraciones, Estado, sociedad y educación en Argentina	41
<i>María Paula Montesinos</i>	
Nacionalismo escolar y migraciones en educación: de los “hordas cosmopolitas” a los “trabajadores competentes”	69
<i>Gabriela Novaro</i>	
Marcadores de valor y disvalor en situaciones de contacto sociocultural: percepción y expresión de la diferencia a través del discurso	97
<i>Ana Inés Heras Monner Sans</i>	
Políticas e ideologías en torno a los usos de la lengua coreana en el contexto migratorio: una aproximación lingüístico-antropológica a la inmigración coreana en Buenos Aires	131
<i>Corina Courtis</i>	
“Lo nacional” y “lo cultural”. Centro de Estudiantes y Residentes Bolivianos: representación, identidad y hegemonía.	155
<i>Sergio Caggiano</i>	
Proyectos político-culturales de las organizaciones de inmigrados: estrategias para la reterritorialización del desarraigo.	187
<i>Claudia Ortiz</i>	
La fiesta como espacio de discurso y prácticas sociales: el caso de la Virgen de Urkupiña	203
<i>José María Bompadre</i>	
Sobre los autores	225

La presente edición se terminó de imprimir
en el mes de Diciembre de 2005 en los
Talleres Gráficos de EDITORIAL EUDECOR
Tel: (0351) 411-3939
e-mail: eudecor@starmedia.com

